KASS MORGAN
DANIELLE PAIGE

Secuela de **RAVENS**

MONARCAS

CROSS BOOKS

KASS MORGAN
DANIELLE PAIGE

MONARCAS

Contenido

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
Agradecimientos

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para nuestro aquelarre editorial: Lanie, Laura, Ellen y Emilia. Sus palabras son magia pura.
—Kass

Para mi hermana, Andrea. Cuando éramos niñas, solía seguirte como el sol. Te adoro, hermana. Aún te seguiría adonde fuera. Y para Fi y Sienna, mi propio aquelarre personal.
—Danielle

Prólogo

Un par de ojos muertos hace mucho parpadean dentro de la cripta.

Lo primero que perciben es la ausencia de oscuridad. La luz se filtra por pequeños agujeros casi imperceptibles.

Los pulmones se llenan de aire y ardor, pero el dolor es placentero después de tantos años vacíos.

Inhala, exhala.

Un grito punzante sale como lava de la garganta hambrienta, pero los muros de la tumba lo contienen. Las manos arañan los costados de la caja hasta que el hueso y la sangre entran en contacto con la piedra.

Entonces se desata el pánico cuando el recuerdo le viene a la mente. Rememora lo ocurrido, a quienes construyeron los muros de esa prisión encantada. Fueron las brujas, sin duda.

Las brujas.

«¿Dónde estarán?».

No tarda en aparecer… Ahí está. El dulce perfume de la magia.

Las brujas.

«Son las culpables. Y siguen aquí. Las siento cerca».

Una bruja. Dos brujas. Tres brujas.

Trajeron consigo al viento que aúlla ahí, casi como un lamento humano. Se escabulle entre las ramas de los árboles, azota los tallos y libera las hojas como confeti que cae al suelo. Da vueltas y arremete, se sumerge en la tierra y destruye todo a su paso.

Trajeron la lluvia. Una tormenta implacable y furiosa que se desata entre relámpagos y truenos.

En medio de todo, tres muchachas. Una Copa, una Astil y, la más malévola de todas, una Espada que ansiaba con desesperación desafiar las leyes de la naturaleza.

Cae un árbol. Se rompe un cristal. Una por una, las brujas caen al suelo… y la malvada no vuelve a ponerse en pie.

Estremecieron la tierra. Ruge… y luego se detiene todo. El viento se queda quieto. La lluvia cesa tan rápido como empezó. Las nubes se disipan y despejan el cielo sin luna.

Las brujas están demasiado ocupadas llorando como para percatarse de algo que no sea su aflicción.

Nadie lo percibe: la forma en que el mundo se resquebraja, la grieta profunda que se abre en la tierra apaleada.

Y nadie lo ve: la mano pálida y cubierta de tierra que emerge de las profundidades y que se aferra a la superficie para impulsarse.

—Soy libre. Iré por ellas —susurra una voz en la oscuridad. Nadie la escucha. Nadie más lo sabe, pero la venganza está en camino.

Una bruja, dos brujas, tres brujas… ¡adiós!

CAPÍTULO UNO

Scarlett

—Lo que sugieres me suena más bien a que quieres cambiar lo que significa ser una bruja Kappa —le dijo Eugenie a Scarlett en tono acusatorio mientras le pasaba a su madre el platón de puré de papa con trufa.

«Por favor que ya se acaben las vacaciones de invierno», pensó Scarlett Winter durante la última cena antes de su regreso a Westerly, sintiéndose atrapada en casa entre dos exKappas que eran ni más ni menos que su madre y su hermana.

Scarlett inhaló profundamente para relajarse. Mientras miraba a Eugenie, deseó estar en la sororidad, con sus hermanas de verdad: las Ravens. Habían pasado tres semanas desde que las chicas Kappa se habían despedido para volver a casa, después del ciclo escolar más difícil de la vida de Scarlett y, aunque se mandaban mensajes todo el tiempo, no era lo mismo. Si bien su madre Marjorie y su hermana Eugenie habían sido *un poquitito menos* terribles con Scarlett en los últimos tiempos… todo cambió cuando Scarlett les compartió su propuesta durante la cena.

—Estoy segura de que eso no es lo que tu hermana quería decir, ¿verdad, cariño? —preguntó Marjorie con voz dulce.

—Bueno, no… y sí —titubeó Scarlett, pero justo en ese instante vibró su celular. Lo había escondido bajo uno de sus muslos para ahorrarse las quejas de su madre sobre el uso de celulares en la mesa del comedor. Esa noche no había podido resistir la tentación de llevarlo de contrabando. Todo por culpa de Jackson, a quien definitivamente debía dejar de darle alas. Y dejar de escribirle también. Jackson, a quien le lanzó un encantamiento para borrarle todo recuerdo de ella.

—¿Ves? Te lo dije. Está tratando de destruir Kappa desde adentro —intervino Eugenie con una sonrisa engreída.

Scarlett aprovechó para echarle un vistazo a la pantalla del teléfono.

«¡Estás viva! Como no supe de ti en todo el día, empecé a preocuparme…».

Se mordió el labio inferior para contener la sonrisa.

—¿Scarlett? —dijo Marjorie en un tono insistente.

Scarlett hizo a un lado su complicada vida amorosa y asentó las palmas entrelazadas sobre la mesa. Esa noche necesitaba obtener la aprobación de su madre, pero no se estaba dirigiendo a ella como su madre, sino que se dirigía a ella como la jefa del concilio de exalumnas Kappa, las Monarcas. Era la pieza necesaria para que el resto de las brujas accedieran. A veces, bastaba convencer a una bruja para que todas lo hicieran.

—Quiero cambiar las cosas, mamá, para que nunca vuelva a suceder lo que ocurrió el semestre pasado.

—¿Y crees que eso se lograría si todas las Kappa pusieran sus secretos por escrito? Eso nos expondría al peor de los riesgos: ¡que nos descubran!

—Lo sé y lo he pensado. He tomado en cuenta todas las posibles consecuencias. A fin de cuentas, soy una Winter, ¿no? —Al decir eso, se irguió con orgullo. Era cierto que había pensado en *todo*: durante tres semanas no había tenido otra cosa que hacer más que *pensar*.

Marjorie suspiró.

—Lo que sucedió el semestre pasado fue una anomalía, pero ya pasó. Hay que dejar el pasado atrás.

Eso era justo lo que Scarlett temía, que las que no habían estado ahí no entendieran cómo fue sentir en carne propia el verdadero peligro. Cómo fue que tu mejor amiga se tornara malvada y matara a otras tres brujas para volverse aún más poderosa.

—Ese es justo el problema. El pasado no se queda atrás. El pasado fue lo que volvió para atormentarnos sin que lo supiéramos. No estábamos preparadas para él porque desconocemos nuestra propia historia. —Si hubieran sabido de la existencia del talismán de Henosis, tal vez habrían podido frenar a Tifanny antes. Tal vez habrían salvado a Dahlia, la presidenta anterior de Kappa.

Su madre hizo una pausa para reflexionar.

—Cuéntame más sobre la encuesta que quieres llevar a cabo. —Marjorie Winters apretó los labios. El énfasis en la palabra había sido tan sutil que casi nadie lo habría percibido, pero Scarlett conocía lo suficiente

a su madre como para oír sus dudas.

—Sí, hermanita, explícanos por qué crees que vale la pena invadir la privacidad de nuestras exalumnas —intervino Eugenie.

—Ignorar los esqueletos en nuestro armario nos causó mucho daño el semestre pasado y no quiero que vuelva a ocurrir algo así.

—En eso estamos todas de acuerdo —murmuró Marjorie, lo que animó un poco a Scarlett.

Tras enderezarse, continuó:

—Quiero pedirles a todas las Kappa que entreguen un relato personal de su paso por la sororidad. No tiene que incluir detalles privados porque no nos interesan las historias de sus romances sórdidos ni nada por el estilo. Solo información sobre los hechizos que conjuraron en la sororidad, en especial los que fueron grupales, así como información histórica sobre la casa de Kappa o incluso sobre Westerly…

Marjorie alzó una mano para interrumpir a su hija.

—Lo siento, cariño, pero Kappa Rho Nu siempre ha valorado muchísimo la privacidad.

—¿En serio esperas que algunas de las mujeres más poderosas del país accedan a mandarte una cartita a mano en la que se demuestre que son brujas? —preguntó Eugenie con una sonrisa burlona.

—No, claro que no —contestó Scarlett con la misma dosis de desdén. También se había anticipado a esa posible objeción. Abrió el bolso Hermès vintage que su madre le había regalado por las fiestas. Era un bolso que había comprado hacía décadas en París y que Scarlett siempre había admirado. Estaba encantado para que no pesara nada al colgárselo del hombro.

Un regalo incluso mejor que el bolso fue ver la cara que puso Eugenie cuando Scarlett lo abrió. El bolso era un recordatorio de que Marjorie respetaba a Scarlett y confiaba en ella. Después de lo ocurrido el semestre anterior —y después de ver en qué se había convertido Tiffany —, la madre de Scarlett debía reconocer que el plan tenía cierta lógica.

Scarlett sacó una libreta con encuadernado de cuero. En la portada tenía grabadas dos imágenes del tarot en versión estilizada: la Luna y el Mago. Tras abrirlo, susurró en voz muy baja:

—Invoco a la Luna y al Nigromante. Revelen las ambiciones de mis hermanas participantes.

Eugenie se reclinó en su silla y cruzó los brazos, sin dejarse impresionar.

Marjorie, en cambio, se acercó y se asomó a la libreta. Las páginas en blanco mostraron letras negras tan rectas y claras que parecían impresas.

—Qué interesante. Así que el encantamiento protege el anonimato de las autoras.

Scarlett asintió.

—Y, si la libreta detecta indicios de que una bruja externa a Kappa está intentando corromperlo, se borra. —Pasó las páginas y cerró los ojos con fuerza al ver de reojo la entrada de Mei del semestre anterior—. Recolecté la información de las Kappa actuales como muestra. Mi plan es pedirles a las Monarcas durante la reunión de exalumnas que se unan a nosotras en un ritual grupal para que agreguen la información que deseen.

—Bueno, es un hechizo impresionante. —Marjorie golpeteó la mesa de madera con las uñas mientras Scarlett cerraba la libreta de golpe. Guardó silencio durante un largo rato—. Bien. Tendremos que discutirlo en la siguiente reunión del concilio.

Eugenie suspiró.

—Supongo que habrá que someterlo a votación —dijo. Scarlett parpadeó varias veces, como si no pudiera creer que su hermana la apoyaba. Luego Eugenie esbozó una sonrisita burlona—. Disfruto mucho ver que las propuestas nuevas se van al caño. Hace que la charla a la hora de los cocteles sea más divertida.

«Claro». Su hermana jamás la apoyaría, sin importar cuántas cosas lograra ni qué tanto se esforzara. A fin de cuentas, de entre todas las noches posibles, su hermana había decidido ir a cenar a casa esa misma noche, en la que Scarlett le había pedido específicamente a su madre que cenaran solas porque quería discutir cuestiones de Kappa con ella. Eugenie argumentó que era porque quería pasar más tiempo con su hermana menor, pero Scarlett sabía que no era cierto. Eugenie estaba celosa. Le preocupaba que Scarlett usurpara su lugar como la presidenta de Kappa más sobresaliente de la familia.

«Y con justa razón», pensó Scarlett, sonriendo con los labios apretados. Porque eso era justo lo que planeaba hacer.

—Además —continuó Eugenie mientras agarraba la campanita para llamar al ama de llaves—, por lo que he oído, no necesitas indagar en el pasado ancestral para encontrar conflictos. Ya bastante tienes con el presente.

—¿De qué hablas? —preguntó Scarlett, haciendo un esfuerzo consciente por mantener la calma.

Eugenie esbozó una sonrisa engreída.

—Dicen por ahí que Kappa no será la única casa en pujar en el consejo Panhelénico para albergar la Fiesta de Primavera este año. Theta

planea arrebatárselas.

Scarlett se rio, aliviada.

—¿Eso es todo? —Esperaba algo peor. No era propiamente una novedad que Theta Omega Xi, la segunda sororidad más grande de Westerly, fuera a competir contra Kappa para organizar la Fiesta de Primavera. Era una rivalidad que se remontaba prácticamente a la fundación de la universidad—. María le suplica al consejo cada año que las dejen ser anfitrionas —explicó Scarlett—. No me parece que una presidenta celosa sea una amenaza. Mucho menos después de lo que pasó el verano pasado.

A lo largo de su historia, Theta se había preciado mucho más que las otras sororidades y fraternidades de su apego a ciertas prácticas, como códigos de vestimenta estrictos y reglas de conducta inflexibles. El verano pasado alguien filtró en internet secciones de su manual que se viralizaron casi de inmediato. Una de las cosas que más burlas generó fue la gráfica que mostraba cómo combinar distintos tonos de blanco, así como un capítulo sobre estilos de vestimenta ideales para distintos tipos de cuerpo. Fue un golpe a su reputación. Todos asumieron que había sido una Theta inconforme quien lo había filtrado, pero nunca supieron la verdad.

—Subestimar a tu enemigo es el primer paso hacia el fracaso —contestó Eugenie mientras entraba el ama de llaves—. Ay, Beth, qué bueno que te asomas. Ya casi estamos listas para el postre.

Scarlett le lanzó una sonrisa fría a su hermana a la vez que la nueva empleada doméstica entraba empujando un carrito con panecillos y crema batida, y ponía un panecillo frente a cada comensal. Apenas le dio un mordisco al panecillo y, de inmediato, Scarlett volvió en el tiempo, hasta su infancia. Aquel bocado sabía a seguridad, amor e inocencia.

Sabía a la vida con Minnie.

—Ay, mamá, ¿cómo le…? —Scarlett volteó a ver a Marjorie. Minnie, su amada niñera, había fallecido hacía como un año.

—Fue Beth. Además de ser Copa, es émpata. Creímos que este postre sería un lindo detalle —contestó Marjorie con una sonrisa magnánima.

Scarlett sabía lo que su madre estaba haciendo. Marjorie Winter creía que los problemas se solucionaban aventándoles una de dos cosas: dinero o magia. Después de lo que Scarlett había vivido el semestre anterior, su madre estaba sacando la artillería pesada.

Scarlett empujó el plato. Su madre intentaba ser bondadosa, pero no la conocía tan bien como Minnie, quien habría sabido que no había

sustituto para lo que ella cocinaba, así como no había nada ni nadie que pudiera sustituir a Minnie. De pronto, Scarlett sintió unas ansias intensas e irreprimibles de estar sola.

—Tengo que hacer cosas de la escuela —anunció. Esperó nada más a que Marjorie asintiera en señal de despedida y se fue.

Una vez que se sintió a salvo en su habitación, dejó que las lágrimas fluyeran. Segundos después, gotas de lluvia golpetearon su ventana, a lo lejos retumbaron los truenos conjurados por su magia de Copa y su llanto. Antes de que entendiera su conexión especial con el agua, la atemorizaba ese tipo de tormenta. En ese entonces, se escabullía al cuarto de Minnie y, temblorosa, se acurrucaba a su lado.

«No temas, chiquita. El agua es parte de ti. Es tu magia», le murmuraba Minnie y la abrazaba. «Claro que es curioso que algo tan destructor pueda ser tan hermoso al mismo tiempo». Con Minnie, todo siempre tenía un lado educativo, un lado protector y un lado amoroso, y Scarlett estaría eternamente agradecida por cada una de sus palabras. Eso la había mantenido viva, a salvo.

Pensó entonces en Tiffany, su mejor amiga, quien cedió a su deseo de poder y *mató* gente con tal de obtenerlo, incluyendo a algunas de sus hermanas. Ella también había sido una fuerza hermosa, pero destructora.

«No temas pero ten cautela», le decía Minnie cuando percibía que Scarlett tenía miedo. «Aunque tú seas la tormenta, allá afuera hay otras tormentas también».

Con el tiempo, las palabras de Minnie se fueron materializando. Los poderes de Scarlett se fortalecieron con los años, tanto que logró conjurar una tormenta la noche que Tiffany amenazó con matarlas a Vivi y a ella. Minnie tenía razón: ella era la tormenta. Tiffany también lo había sido.

Ese pensamiento le provocó una punzada de culpabilidad. Solo las Kappa actuales entendían. Ellas conocían la historia de inicio a fin. Y ellas habían experimentado la misma pérdida. Una vez que volvieran a estar bajo el mismo techo, se sentiría mejor de nuevo, más centrada y con los pies en la tierra. Más en casa. Otra razón de peso para ansiar el regreso a Westerly.

Scarlett rebuscó en su bolso hasta encontrar su baraja de tarot. No era la brillante baraja nueva que le dio su madre al inicio del año escolar, sino el mazo viejo y estropeado que Minnie le había regalado hacía muchos años. Tenía las orillas gastadas, incluso algunas tenían dobleces o manchas, pero esa baraja conocía a Scarlett y entendía su corazón.

Siempre le daba respuestas francas, aunque fueran difíciles de escuchar.

Un rugido distante sacudió los cristales de las ventanas. Scarlett sostuvo el mazo con ambas manos y se enfocó en el próximo semestre, en su papel como nueva presidenta de Kappa, en las posibilidades de reconstrucción que tendrían sus hermanas y ella. Un nuevo comienzo después de los horrores de la caída.

La primavera traía consigo vida nueva, renacimiento, rejuvenecimiento. Y ellas lo necesitaban con desesperación.

—Muéstrenme lo que el semestre tiene preparado para Kappa —le susurró a las cartas y a Minnie, si acaso la escuchaba desde algún lugar.

Scarlett extendió las cartas sobre la cama y las rozó con las puntas de los dedos. La piel le hormigueó al tocar una en particular. La sacó del mazo extendido y volvió a pasar la mano sobre ellas. La siguiente salió volando del mazo por cuenta propia antes de que la agarrara. La tercera hizo lo mismo. Scarlett agarró las tres, las puso boca abajo frente a ella e inhaló profundo para centrarse.

La primera carta representaba el pasado reciente de Kappa. La volteó.

«La Torre». Peligro, destrucción, una repentina y terrible conmoción. «Muy preciso, sin duda».

La segunda carta representaría el presente de sus hermanas y ella. Scarlett contuvo el aire y la volteó.

«El tres de Espadas». La imagen mostraba un corazón sangrante atravesado por tres espadas. Aflicción, duelo, pérdida. Scarlett recordó que ese era el palo al que pertenecía Tiffany. Cada una de las tres espadas le recordó a una de sus hermanas perdidas: Tiffany, Dahlia y Gwen.

Scarlett pasó saliva y tomó la última carta. El futuro. Esa carta indicaría qué podían esperar el siguiente semestre. «Por favor, que sean buenas noticias». Las necesitaban.

Sin embargo, al ver la carta, se le estrujó el corazón.

El diez de Espadas. La imagen de un hombre tirado boca abajo en el suelo, con diez espadas atravesándole el costado.

«Traición. Enemigos. Maldiciones. Ataques».

Un destello iluminó la habitación; era de un blanco tan cegador que a Scarlett le dolieron los ojos. Después, un destello de ira. Azotó las cartas con tal fuerza sobre la cama que varias cayeron al suelo. Caminó de prisa hacia la ventana para ver la tormenta. Era casi tan violenta como la que conjuraron la noche en que Tiffany y ella pelearon, la noche en que su mejor amiga murió, hacía apenas un mes.

Sentía como si hubieran pasado años.

—No me importa lo que las cartas digan —le susurró Scarlett a su

reflejo—. Haré que este semestre sea mejor. Cueste lo que cueste.

La única respuesta que recibió fue el rugido de los truenos en el cielo.

CAPÍTULO DOS

Vivi

—Ay, mira, hay un lugar allá enfrente. Es buena señal, ¿no crees, Chicharito?

Vivi le lanzó a su madre una mirada suspicaz desde el asiento del conductor. Daphne Devereaux veía señales por doquier, presagios de mala fortuna en las cartas del tarot, portentos de fatalidad en las hojas del té e indicios de peligro en el graznido de los cuervos… Pero lo que nunca veía eran buenas señales. Tampoco acostumbraba hablar en el tono lento y excesivamente alegre que suele emplearse para apaciguar a los bebés o desarmar a los asesinos con hachas.

Vivi sabía que su madre intentaba disimular sus inquietudes sobre el regreso de su hija a Westerly College, en especial a la casa de Kappa, la elegante mansión de Savannah que estaba como a un kilómetro del lugar en el bosque donde Vivi estuvo a punto de perder la vida el semestre anterior.

Sin embargo, aunque aquel roce con la muerte la había obligado a aceptar que la magia tenía un lado peligroso, Vivi sabía que era capaz de enfrentar cualquier amenaza en compañía de sus hermanas. A fin de cuentas, las Kappa formaban parte de uno de los aquelarres más poderosos del país.

—¿Segura de que cabemos ahí? —preguntó Vivi.

—No puedes evitar estacionarte en paralelo para siempre. Deberíamos haberlo practicado más en vacaciones —contestó Daphne con un suspiro.

—No lo estoy evitando —dijo Vivi, indignada—. Está bien. Puedo hacerlo. —Inhaló profundo, enderezó el auto y empezó a echarse en reversa cuando vio a tres hermanos PiKa que venían por la acera. Aunque

apenas eran poco más de las 11 a.m., los tres sostenían vasos rojos de fiesta. Vivi puso los ojos en blanco. «Chicos de fraternidad».

—¡Allá vamos! ¡Comienza la carrera para estacionarse! —gritó uno de los chicos y alzó su vaso en el aire.

—El campeonato está en juego, pero ¿el equipo estadounidense logrará la medalla? —comentó otro con voz fingida de comentarista deportivo.

—Ignóralos, muñeca —dijo Daphne conteniendo una sonrisa. Por lo regular desconfiaba mucho de los hombres, pero le daban cierta ternura los jovencitos engreídos que a Vivi siempre la alienaban.

Con las mejillas rojas como tomate, Vivi agarró el volante y susurró:

—Invoco a la Gran Sacerdotisa y al Sota de Espadas. Concédanme la habilidad para hacer esta actividad. —Tan pronto la última sílaba salió de entre sus labios, su cuerpo empezó a llenarse con una calidez reconfortante, como si la hubieran envuelto en una cobija cálida y pesada. Se le relajaron los hombros y, casi sin pensarlo, se echó en reversa con un único movimiento fluido, guiada por una memoria muscular que nunca había tenido.

Volteó a ver a los chicos con una expresión triunfante. El que había sacado el celular para filmarla, alzó el pulgar. Los otros dos ya habían perdido el interés y se estaban yendo.

Daphne la reprendió con la mirada.

—Es una mala costumbre usar la magia para absolutamente todo.

—¡Pensé que querías que practicara!

—Sí, pero para cosas relacionadas con defensa personal, corazón. No para estacionarte en paralelo —dijo Daphne mientras veía de reojo a los PiKa que se iban alejando—. Y *definitivamente* no enfrente de chicos desconocidos.

Vivi soltó un resoplido.

—Los chicos de fraternidad no reconocerían un encantamiento ni aunque sus pipas cobraran vida y empezaran a cantar Kumbayá. Seguro le echarían la culpa a su marihuana.

—No todos los muchachos de las fraternidades son iguales, Vivi. En mis tiempos conocí a algunos muy especiales. —La expresión de Daphne se volvió anhelante, lo cual, además de ser inusual, solo podía significar una cosa: estaba pensando en la única persona de la que jamás de los jamases hablaban.

—¿Mi padre estaba en una fraternidad? —preguntó Vivi, con tono casual para evitar que Daphne se retrajera o cambiara el tema, como ocurría cada vez que sentía que Vivi la presionaba demasiado.

—Claro. Vince era quarterback. Y se unió a la fraternidad de los futbolistas.

Vivi se quedó fría. «Vince». Su madre siempre se había negado a decirle a Vivi cómo se llamaba su padre para que no se le ocurriera «buscarlo en internet» o rastrearlo de alguna otra forma.

Daphne nunca había revelado tantos datos en una sola conversación, lo que le infundió a Vivi el valor de indagar más.

—¿Estudiaba en Westerly también?

Daphne fingió estar muy ocupada agarrando su bolso y quitándose el cinturón de seguridad.

—¿Lista? Empecemos a sacar tus maletas.

Aunque ya era la tercera semana de enero, las casas de la cuadra seguían teniendo luces navideñas, salvo por la de Kappa, pues ese año habían decidido no poner decoraciones en señal de respeto a su difunta presidenta. En los otros lugares en donde había vivido antes, Vivi pensaba que era deprimente ver casas con decoraciones navideñas en enero, porque le parecían una señal de pereza y descuido que coincidía con las expresiones faciales de sus habitantes. Savannah era otra historia. Las mansiones elegantes y ligeramente desgastadas por el paso del tiempo, y adornadas con luces navideñas que se asomaban por entre las enredaderas no podadas, le recordaban a Vivi a una excéntrica joven fiestera que se había quedado dormida sobre su collar de perlas.

—¿Quieres que te ayude a llevar tus cosas a la habitación? —le preguntó Daphne junto al auto.

—No te preocupes —contestó Vivi y susurró otro encantamiento que había estado practicando. La enorme bolsa de lona se volvió tan ligera como una pluma, y las maletas sobre las escaleras de la entrada levitaron a unos centímetros del suelo.

Sin pensarlo, se asomó por encima del hombro hacia el bosque que estaba atrás de la casa de Kappa. Se estremeció al recordar el destello maniaco en la mirada de Tiffany y la luz de luna que se reflejaba en la daga que le puso a Vivi en el pecho.

El recuerdo la transportó a aquel claro. Escuchó el estruendo de los truenos, el crujido de las ramas arrancadas por el viento de la feroz tormenta. Percibió el aroma de la tierra mojada por la lluvia, mezclado con el de su propia sangre…

A sus pies, el piso se estremeció y la llevó de vuelta al presente.

—¿Qué diantres…? —Miró de prisa en todas direcciones para encontrar la fuente del movimiento. Debía ser un camión enorme entrando a la calle o un equipo de construcción con maquinaria inmensa,

pero no había nada. Todo estaba en absoluto silencio.

Daphne, quien al parecer no había sentido nada, jaló a Vivi para darle un fuerte abrazo.

—Cuídate mucho, corazón.

—Sí, te lo prometo.

—Te adoro, muñeca —le dijo Daphne y luego la soltó.

—Yo también te quiero —contestó Vivi con una sonrisa y se despidió agitando la mano mientras Daphne volvía al auto. No podía dejar de pensar en cuánto habían cambiado las cosas en apenas unos meses. Vivi había llegado a Westerly desesperada por empezar una nueva vida, lejos de Daphne y sus constantes premoniciones catastróficas, pero ahora sentía una punzada en el pecho al ver a su madre alejarse.

Ese atisbo de nostalgia se esfumó tan pronto Vivi se dio media vuelta y vio a Etta en la puerta con una enorme sonrisa.

—¡Volviste! —exclamó Etta y la abrazó. Como de costumbre, olía ligeramente a lavanda y menta por el tiempo que pasaba cuidando el jardín y las plantas exóticas del invernadero—. ¡Adelante! ¿Quieres ayuda? —Señaló las maletas de Vivi.

—No, estoy bien. —Vivi tronó los dedos y las maletas se acercaron flotando.

—¡Genial! —dijo Etta, impresionada—. Se ve que practicaste.

Vivi la siguió al recibidor y sonrió al ver el papel tapiz de rosas y la curveada mesita de caoba junto al perchero de latón. La planta baja de la casa estaba encantada para adaptarse a las estaciones, la hora del día o el estado de ánimo general de las habitantes, pero esa versión en particular era la favorita de Vivi.

—Hasta hace diez minutos la decoración era como de mediados de siglo XX, así que supongo que la casa percibió tu llegada —comentó Etta.

—¡Ya llegaste! —expresó Mei y bajó la ancha escalinata. Tenía el cabello húmedo y teñido de rosa brillante, y le llegaba hasta la cintura—. ¿Probaste los encantamientos que te envié?

Mei, que era la única otra Pantáculo de la casa, se había dado a la tarea de llenar la bandeja de entrada de Vivi con encantamientos especializados en magia de tierra.

—Sí, ¡gracias! El último está increíble. —Mei le había enviado un encantamiento que permitía a la usuaria atraer piedras del suelo para crear un escudo. Practicarlo una y otra vez en el jardín de su madre permitió que Vivi se sintiera más tranquila y segura que aquel día en el bosque.

Ni en sueños volverían a agarrarla desprevenida.

De algún lugar del interior de la casa, Vivi oyó un grito ahogado y, después de un instante, un ente chillón chocó contra ella.

—¡Pensé que ya no vendrías! —Ariana la abrazó y la estrujó—. ¿Viniste *caminando* desde Jekyll Island? ¿O pasaste primero a ver a Mason?

—Sí, ya sabes —contestó Vivi en tono irónico—. Decidí llevar a mi madre a ver a mi novio. —Era la primera vez que decía la palabra *novio* para referirse a Mason. De hecho, era la primera vez en su vida que podía decir que *tenía* novio.

—Ya decía yo que había llegado mi cabrona favorita —dijo Reagan al entrar al vestíbulo en compañía de Sonali, quien corrió a darle a Vivi un abrazo de oso casi tan fuerte como el de Ariana.

—¿Cómo vas? —preguntó Sonali y retrocedió un paso para examinar a Vivi con ojo crítico. Había pasado las vacaciones trabajando en el hospitalito de un pueblito montañoso en Perú, donde la señal telefónica era pésima, y le había causado mucha desesperación no poder estar al pendiente de la recuperación de Vivi.

—Tranqui, doctora Mani, que Vivi está *bien* —intervino Reagan y se acercó para despeinar a Vivi con un gesto juguetón—. Nunca había estado así de sana. Más bien deberías preocuparte por mí. Mi mamá está obsesionada con que salgo con el hijo de un senador y me llevó a ocho fiestas navideñas distintas en Washington. Si tengo que oír a otro hijo de papi hablar de su equipo de lacrosse en Darthmouth o de su equipo de remo en Princeton, me voy a autoaplicar un hechizo arrancaorejas.

—Eso debería resolver el problema —dijo Ariana—. Ningún jugador de lacrosse universitario que se respete saldría con una chica sin orejas. —Tomó a Vivi del brazo—. Ven. Hay un vaso de té helado esperándote en el jardín. Quiero que me cuentes todo sobre Mason.

—No creo que haya mucho que contar, pero déjenme llevar mis cosas arriba y las veo allá afuera. —Vivi sonrió y se dirigió a las escaleras, seguida de su equipaje encantado. Mason y ella no pudieron verse durante las vacaciones, pero habían hablado a diario. Era extraño, aunque de forma exquisita, que el chico que le empezó a gustar al llegar a Westerly, y que además ahora era exnovio de Scarlett, se hubiera convertido en la primera persona con quien quería hablar si entraba en pánico a la hora de elegir materias o a quien quería compartirle videos graciosos de perritos. No obstante, la cercanía que podían desarrollar tenía límites, pues había una parte de su vida que Vivi debía mantener oculta para siempre. Bajo ninguna circunstancia podía revelarle que la magia existía y que Kappa Rho Nu era una sororidad de brujas.

Pasó por el primer piso e hizo una pausa para admirar las paredes azul oscuro cubiertas de espejos antiguos, candelabros y pinturas al óleo de brujas famosas y lugares mágicos del mundo entero. A Vivi le encantaba el encantamiento dramático de esa parte de la casa, pero ninguna la hacía más feliz que el soleado segundo piso, con su techo de dos aguas y muros encalados, las habitaciones reservadas para las hermanas de primer año en las que Ariana, Bailey y ella se hospedaban. Sin embargo, antes de entrar a su habitación, le llamó la atención una voz.

—Definitivamente no estaba así antes —dijo Bailey, preocupada—. ¿Crees que se estrelló un pájaro o algo así?

Bailey y Scarlett estaban frente a una de las ventanas que daban al jardín. A un lado había un cómodo sillón donde Vivi había pasado horas leyendo, en compañía de una taza de té encantada para permanecer a la temperatura perfecta hasta acabarse.

—¿Todo bien? —preguntó Vivi.

—¡Vivi! —exclamó Bailey—. ¡Volviste! —Abrazó a Vivi por un breve instante y luego volvió a enfocarse en la ventana y a juguetear con el dobladillo de su suéter, como solía hacer cuando estaba nerviosa.

—Sí, volví —contestó Vivi—. Hola, Scarlett. —Para su sorpresa, su hermana mayor solo le respondió con una sonrisita antes de inclinarse hacia la ventana para inspeccionarla. Uno de los cristales tenía una enorme grieta en forma de telaraña.

—Seguro que no es nada —dijo Scarlett rozando la grieta con la punta de sus dedos perfectos. Como de costumbre, estaba ataviada de forma impecable, con un vestido corto a cuadros y un collar de perlas digno de la nueva presidenta de la sororidad—. A veces pasan cosas así cuando se asientan los cimientos de casas viejas como esta.

Era verdad que a veces la casa emitía crujidos y gruñidos, sobre todo cuando había una tormenta, pero a Vivi se le hacía raro que los cimientos se asentaran tanto que quebraran una ventana.

—Hace unos minutos sentí algo raro en el patio, como un temblorcito.

A Vivi le pareció ver un destello de alarma en la expresión de Scarlett antes de que se tornara en una sonrisa animada.

—¡Eso fue! Seguro fue un camión de mudanza que pasó muy cerca de la casa. ¿Puedes arreglarlo sola o necesitas ayuda?

—No te apures, yo me encargo —contestó Bailey con voz confiada.

—¡Genial! Las veo abajo en cinco minutos. Voy a convocar una reunión sororal.

—De acuerdo —dijo Vivi, con la intención de luego preguntarle a su

hermana mayor cómo le había ido en vacaciones.

Sin embargo, ella ya estaba bajando las escaleras de prisa.

Para cuando Vivi logró meter sus maletas al cuarto y bajó corriendo a la reunión, el salón ya estaba repleto de hermanas. Les sonrió y saludó de lejos a las Kappa que no había visto hasta entonces mientras atravesaba la habitación para alcanzar a Ariana, quien se hizo a un lado para hacerle espacio en el reposapiés de terciopelo azul que hacía juego con el sofá en el que Jess y Juliet estaban acurrucadas.

La única que seguía de pie era Scarlett. Dio un paso al frente y un silencio respetuoso inundó el salón.

—Bienvenidas una vez más, señoritas —dijo con una mezcla perfecta de calidez y autoridad—. Espero que hayan tenido las vacaciones relajantes y sanadoras que todas nos merecíamos. El semestre pasado enfrentamos la peor amenaza en la historia de nuestro aquelarre, gracias a eso ahora somos más fuertes. Cuando las Kappa nos unimos, somos capaces de lograr cualquier cosa. —Hizo una pausa y posó la mirada en la antigua silla roja junto a la chimenea donde Dahlia solía sentarse en las reuniones—. Pero también sufrimos una tragedia. —A Vivi se le hizo un nudo en la garganta. En un mundo justo, Dahlia seguiría ahí y sería quien estaría dándoles la bienvenida después de las vacaciones con uno de sus discursos cargados de humor negro, en lugar de yacer inerte y callada en una tumba recién cavada del Cementerio Bonaventure—. Quizá Dahlia ya no esté con nosotras en cuerpo, pero sabemos que su espíritu nos acompaña. Seguiremos sintiendo su presencia y siempre sentiremos su magia. Guardemos un minuto de silencio por nuestra hermana… por nuestras *hermanas*.

«Se refiere a Tiffany». Vivi se dio cuenta al ver que algunas de las Kappa intercambiaban miradas incómodas. Tiffany era la mejor amiga de Scarlett antes de obsesionarse con el talismán de Henosis, un amuleto legendario que aspiraba a usar para curar la enfermedad terminal de su madre, y, aunque sus intenciones habían sido nobles, la magia malvada resultó ser demasiado poderosa para su mente y la llevó a un camino retorcido y desesperado que la impulsó a asesinar a Dahlia para robarle su magia.

Al final, Scarlett se vio obligada a luchar contra su mejor amiga para salvar a Vivi, la bruja novata que no había tenido la fuerza suficiente para defenderse. Vivi sintió una punzada de culpa en el pecho. «No es tu culpa», repitió para sus adentros.

Sintió que ese pensamiento era una mentira hueca, vacía.

Cerró los ojos con fuerza, pero su mente la llevó en una espiral descendente. Vio de nuevo el bosque, el claro tenebroso. El corazón latió más rápido, salvaje y frenético, de la misma forma que aquella noche. Percibió el olor de la tormenta que se avecinaba y escuchó el crujido del aire electrizado, pero, sobre todo, alcanzó a oír las risas de Tiffany.

Si hubiera sido una bruja más fuerte y hubiera sabido más sobre el mundo, como las otras brujas, tal vez no habría caído en la trampa de Tiffany.

Con razón Scarlett estaba enojada con ella. Era comprensible. Se había visto obligada a matar a Tiffany porque Vivi no había sido lo suficientemente fuerte como para defenderse por sí sola. ¿Acaso Vivi era una carga para las otras Kappa?

—Ahora bien, tenemos que atender algunos asuntos internos antes de discutir la organización de las fiestas de regreso a clases —continuó Scarlett.

—¡Excelente! —Reagan se enderezó y alzó la voz desde el rincón del cuarto donde estaba sentada, con la espalda recargada en la pared—. ¿Podemos hacer una fiesta con temática de la Revolución Francesa? Acabo de heredar un montón de joyas antiguas de mi tía abuela Sylvie, incluyendo un brazalete que María Antonieta traía puesto la noche antes de morir.

Ariana puso los ojos en blanco.

—Qué bueno que ya no guillotinamos a la gente por ser riquillos sin conciencia de clase —susurró.

—Eso le corresponderá a la nueva encargada de sociales —contestó Scarlett con voz firme. Aun así, Vivi percibió que estaba haciendo un esfuerzo por mantener la compostura. Ese era el antiguo puesto de Tiffany—. Quiero nominar a alguien cuyo trabajo arduo y dedicación han dejado una huella impresionante. ¿Vivi?

Confundida, Vivi miró a su alrededor durante unos instantes. ¿Scarlett le estaba pidiendo que recomendara a alguien?

No fue sino hasta que Mei alzó la mano que Vivi entendió a qué se refería su hermana mayor.

—Secundo la moción —dijo Mei.

«Me nominó a mí».

—¿Alguna objeción? —Scarlett miró a su alrededor, pero nadie alzó la voz. La sonrisa de Scarlett se ensanchó entonces—. ¿Aceptas el reto, Vivi?

Por fin entendió por qué Scarlett había estado comportándose de

forma tan extraña: no quería que Vivi sospechara nada antes de la reunión. Vivi sintió una oleada de orgullo ante la muestra de confianza de su hermana mayor. «Scarlett cree en mí».

En el salón, las expresiones faciales de las Kappa comunicaban sorpresa y emoción; y, en el caso de Ariana, euforia absoluta. Etta y Juliet intercambiaron miradas de complicidad, como si lo hubieran sabido desde antes. Mei también. Reagan se veía un poco molesta, pero, cuando su mirada se encontró con la de Vivi, se obligó a sonreír.

Vivi carraspeó.

—Sí, claro. ¡Gracias!

—Excelente —dijo Scarlett—. Ahora bien, hablemos de esas fiestas. —Miró de reojo a Reagan, quien se inclinó hacia el frente, sin poder disimular sus ansias—. Nuestra casa será la sede de la fiesta anual de regreso a clases de PiKa/Kappa el próximo viernes. —Las novatas soltaron chillidos de emoción mientras las demás se entretenían observando la escena—. Después de que nuestra casa estuviera bajo las sombras el semestre pasado, es momento de dar lo mejor de nosotras mismas. Por eso me alegra que Vivi haya aceptado esta responsabilidad.

Parte de la emoción previa de Vivi empezó a esfumarse. La encargada de sociales tenía que organizar los eventos *sociales*, lo que significaba que su primera gran prueba estaba a la vuelta de la esquina: debía armar la fiesta más grande e impresionante que Kappa hubiera celebrado jamás, y tenía menos de una semana para lograrlo.

«Sin presiones, ¿cierto?».

CAPÍTULO TRES

Scarlett

Algo no andaba bien con la tumba de Dahlia. Scarlett observaba la lápida de la familia Everly, con su hermana menor a su lado, sin lograr descifrar qué era.

—No puedo creer que de verdad se fue. —La voz de Vivi sonaba muy callada en la quietud del cementerio, el mismo cementerio en el que, en lo que parecía hace una eternidad, Scarlett les gastó una broma a Vivi y a las demás chicas de primer año en su rito de iniciación como Kappas.

Sobre la tierra que rodeaba la base de la lápida estaban apiladas pequeñas montañas de flores. Desde costosos buqués arreglados por algún florista profesional hasta pequeños manojos de flores silvestres quizás recogidos por los estudiantes de Westerly. Entonces vio qué era lo que no estaba bien, entre los lirios y claveles y otros arreglos: rosas.

—Odiaba las rosas —dijo Scarlett, las emociones en aumento.

—Nadie odia las rosas —dijo Vivi en automático; luego abrió la boca para retractarse—. Perdón, no quise decir… —Scarlett no tenía tiempo para las disculpas de Vivi; ya estaba de rodillas y había comenzado a sacar las flores ofensivas de su lugar. Vivi se arrodilló a su lado y le puso una mano sobre el codo para detenerla—. Oye, Scar… está bien…

Miró a Vivi sorprendida, sorprendida por haber perdido la calma y también porque, por alguna razón, Vivi, aquella aspirante a la que desestimó a primera vista, se había convertido en su confidente más cercana. La única mejor amiga que le quedaba. El nudo en su garganta se hizo más grande; le dolió. Scarlett apretó la mandíbula.

Si era honesta consigo misma, no era que las flores equivocadas estuvieran ahí; era que Dahlia *no*. Cerró el puño y apretó las flores que había tomado; se dejó caer y se sentó en el pasto húmedo.

—Oye, podemos ponerlas en una de las tumbas que están solas —dijo Vivi con dulzura. Mientras Vivi le quitaba las flores de la mano, Scarlett miró al mar de mensajes. «Gracias», «Te extrañamos», «Te queremos» de otras estudiantes, sororidades, trabajadoras de la cafetería. Todo el mundo en Westerly conocía a Dahlia. O creían que la conocían, cuando menos.

Una nota en particular le llamó la atención. Estaba a un lado de las rosas que quedaban cerca de la tumba. Scarlett la tomó. Estaba escrita sobre papel verde, con una elegante caligrafía. Tan solo decía: «Sabemos que fuiste tú». Scarlett se estremeció.

Dahlia siempre puso a Kappa primero. Fue una gran líder. Dahlia usaba su magia de forma sutil por todo el campus para acumular buena voluntad para Kappa. O influencia. O poder. Quizás alguien había descubierto lo astuta que Dahlia podía ser.

—Dahlia era amiga de todo el mundo no solo porque le agradaban, sino porque creía que eso nos protegería. «Ser una buena bruja es bueno para todas las brujas».

—Vaya —dijo Vivi, tras procesar las palabras. Luego añadió—: Habría hecho cualquier cosa por mantenernos a salvo. Y eso hizo al final. —Scarlett sintió la mano de Vivi sobre el hombro—. Estaría muy orgullosa de ti en este momento.

—¿Lo estaría? —Scarlett se rio sin humor—. No estoy tan segura de que le gustaría la dirección en la que quiero llevar a la sororidad. —Entre el fantasma de su hermana mayor, que la acechaba a cada paso, y la presión constante de su madre y su hermana por ser perfecta, el trabajo de Scarlett parecía imposible. Había estado en busca de la perfección desde el momento en que aprendió su primer hechizo. Y por más que se acercara, por alguna razón, siempre se le escapaba. Siempre terminaba en el casi. Y nunca era suficiente.

—Te respetaba. Ella te eligió. Y ella sabía mejor que nunca que las cosas estaban muy lejos de ser perfectas —protestó Vivi.

Justo en ese momento, el viento sopló con fuerza. Los pétalos de las flores se separaron de los tallos que estaban a sus pies y volaron entre las tumbas. Unos mechones se le escaparon de la cola de cabello a Scarlett y cubrieron sus ojos. Alzó una mano para quitárselos.

A su lado, Vivi jadeó por lo bajo.

—Mira… —Justo en el centro de la placa con el nombre de Dahlia, junto a la pluma, estaba una mariposa. Era tan hermosa, con alas enormes y brillante bajo la luz morada y profunda, casi negra, que a Scarlett le hizo pensar en el color de un cuervo. Se tragó el repentino nudo de la

garganta, mientras la mariposa revoloteaba reflejando la luz. «Dahlia». Un instante después, volvió a levantar el vuelo sobre sus cabezas y pareció desaparecer en el cielo azul sin nubes—. ¿Ves? —Vivi sonreía, una sonrisa de verdad, la primera que Scarlett había visto desde que volvieron a la casa de Kappa un día antes—. Dahlia está de acuerdo. Vas a ser una presidenta maravillosa.

Scarlett no podía recordar la última vez que estuvo tan nerviosa por una cita. «¿Es una cita?», se preguntaba mientras recorría el campus hacia el jardín principal. Jackson no lo especificó.

Scarlett sintió que el destino le estaba dando una segunda oportunidad, cuando, Jackson le escribió para preguntarle de quién era el número y por qué lo tenía en su teléfono. Mintió y le dijo que debía de estar ahí por el grupo en el que compartían los apuntes de la clase de filosofía, y él se compró la mentira. Ese debió de haber sido el fin, pero Jackson le escribió de nuevo. Y de nuevo. Mientras más se escribían, entre bromas sobre su sororidad «elitista» y las «implicaciones morales del conformismo», más se alargaban sus conversaciones, más coquetos se hacían los *emojis* al final de cada mensaje y más culpa sentía Scarlett.

«Vamos por un café ahora que ya volvimos al campus». Eso podría significar cualquier cosa: una cita en una cafetería, una reunión entre amigos para ponerse al tanto sobre sus vidas.

Jackson había pasado por demasiadas cosas el semestre anterior. Rastrear a una bruja desquiciada, Gwen, descubrir la verdad sobre lo que ocurrió con su hermanastra, Harper. Encontrar el cuerpo de esa bruja, ayudar a Scarlett a rastrear a la asesina. «Besar a Scarlett».

Cada noche, cuando cerraba los ojos, Scarlett podía verlo una y otra vez. La banca con vista al río Savannah. La sensación de los labios de Jackson, cálidos y suaves, sobre los suyos. La sonrisa confiada en sus ojos mientras tomaba un largo trago del té que ella le había llevado.

Té cargado de una poderosa poción para hacerlo olvidar.

La culpa le punzaba como un cuchillo.

Se detuvo a ver su reflejo en una ventana del edificio de ciencias. Se había decidido por algo clásico y sencillo: una minifalda plisada y un saco, con una blusa de seda debajo, corte bajo pero no demasiado reveladora. Junto con su cola de caballo alta y los libros bajo el brazo, era la imagen perfecta del regreso a clases. Podía ser una cita, podía no ser una cita. ¿Quién sabía? ¿A quién le importaba?

Ella era Scarlett Winter y ningún chico podía ponerla nerviosa.

Con una última sonrisa, Scarlett emprendió el camino de nuevo. Cuando dio la vuelta en la esquina del edificio, lo vio de inmediato, les sacaba una cabeza a todos los del grupo con el que estaba y tenía la cabeza echada hacia atrás en plena risa.

Scarlett se detuvo por un momento y lo observó.

Jackson se veía a la vez irresistible y despreocupado, con una playera lisa y jeans medio agujereados. La piel morena tenía tonos cálidos bajo el sol, se había dejado crecer un poco los rizos en el cabello; nada más había cambiado desde la última vez que lo vio.

Al sentir su mirada, Jackson se dio vuelta. Tras una última palabra al grupo, trotó a través del jardín para encontrarse con ella.

El corazón se le aceleró. Se habían enviado mensajes todas las vacaciones, pero no lo había visto en semanas, y él no recordaba lo cercanos que habían sido el semestre anterior. ¿La abrazaría? ¿La besaría? Los labios le cosquilleaban.

Aún recordaba el beso, aunque él no pudiera hacerlo.

Cuando Jackson estuvo frente a ella, todas sus preocupaciones se esfumaron. Se acercó y, tan casual como si lo hubiera hecho un millón de veces, le besó la mejilla.

—Qué gusto verte. —Los ojos, a la luz de la tarde, se le veían color almendra, cálidos y dulces.

—A mi también me da gusto. —Miró atrás de él—. ¿Amigos tuyos?

Del otro lado del césped, las personas del grupo en el que Jackson estaba los miraban sin una pizca de discreción, probablemente preguntándose qué hacía él con Scarlett Winter. Scarlett meneó los dedos y al menos tres de los chicos dieron un salto y alejaron la mirada.

—El Club de Jóvenes Filósofos del que te conté —respondió Jackson.

Scarlett arqueó una ceja y sonrió, un tanto burlona.

—¿Cómo pude haberlo olvidado?

—Te dije que voy a estar a cargo del grupo este semestre. Estábamos haciendo planes para nuestra primera reunión. —Comenzó a caminar a su lado y a guiarla hacia el Molino, el café favorito de todos en el campus —. Deberías venir. Si te gustó la clase de Follet el semestre pasado, te van a encantar nuestros debates. El jueves, en la sala común del edificio Taylor, después de clases.

—La verdad es que sí suena divertido.

Jackson parecía estar genuinamente sorprendido.

—¿En serio? ¿Scarlett Winter parte de la sociedad de pensadores? Para todo hay una primera vez…

—Porque las chicas de sororidades no pueden ser pensadoras… —

dijo ella con un tono casual.

—Yo no dije eso. No estaba seguro de que tendrías tiempo, digo, con tu ocupada agenda social y demás.

Scarlett lo miró de reojo.

—¿Juzgas a todas las chicas de sororidades a partir de tus ideas preconcebidas?

—Solo a las más cautivadoras —respondió Jackson con un guiño de ojo que hizo que el corazón de Scarlett tropezara. Luego agregó—: Pero hay algo sospechoso en lo perfecta que pareces todo el tiempo.

La boca se le secó.

Habían llegado al centro del campus, donde había hileras de mesas colocadas en los bordes del césped. Cada una anunciaba diferentes eventos y actividades para el semestre que comenzaba. Scarlett vio una mesa con un barco encima y otro grupo que regalaba *muffins* para publicitar su club de repostería.

—Bueno, no sé si perfecta —dijo con el tono más casual que pudo producir—. Una vez el cabello no se me acomodaba.

Jackson soltó una carcajada.

—Ah, sí, disculpa. Digamos, entonces, casi perfecta. Noventa y nueve por ciento.

Sonrió.

—Aunque, claro, si hablamos de porcentajes…

—Si vas a volver a hablar de cómo sacaste mejor calificación que yo en el semestral, te juro que… —Pero le dio un empujoncito juguetón mientras lo decía.

—No es mi culpa que se te haya olvidado todo Descartes.

—Pues, ya que no quiero que *Descartes* el Club de Jóvenes Filósofos —se rio un poco de su propio chiste—, quisiera tener un poco de tiempo para preguntarte algunas cosas. ¿Tal vez en una cena? —Esa sí era una cita, pero antes de que pudiera responder, Jackson alzó la mano—. Antes de que respondas, hay algo que deberías saber —dijo de pronto mucho, más serio—. Cuando empecé a escribirte, mis intenciones no eran del todo honestas. Cuando encontré tu número en mi teléfono, pensé que era como una señal del destino. Quería saber más sobre Kappa.

Scarlett exhaló un aliento que no sabía que tenía contenido.

—No aceptamos hombres, por ahora, de cualquier manera —dijo en un intento por aligerar el momento. Jackson mostró una pequeña sonrisa.

—Quería saber sobre Kappa porque ahí fue donde… donde creí que perdí a…

—Jackson, te lo puedo explicar… —comenzó a decir.

Jackson negó con la cabeza.

—Algo se apoderó de mí, una especie de paz. No fue culpa de Kappa; fue un accidente. No debí de haberme enojado con Kappa ni sospechar de ustedes. Entendí que tú no eres Kappa, tú eres tú. Eres Scarlett, y lo único que quiero…

—¿Qué quieres? —repitió Scarlett mientras Jackson daba un paso al frente para acercársele más.

—Quiero intentar hacerte de cenar y ver una película tan mala que sea buena…

—Yo quiero lo mismo. Menos la cena. Déjame ayudar, sé lo que hago en la cocina.

—Gracias a Minnie.

—Sí —dijo con una enorme sonrisa, encantada de que lo hubiera recordado de sus mensajes—. Pero dime la verdad: no quieres estar en público conmigo porque no quieres que los pensadores te vean conmigo.

—No, no es eso. Es solo que estoy intentando ahorrar hasta el último centavo.

Comenzaron a caminar al mismo ritmo otra vez, Scarlett lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Un viaje el próximo verano —respondió Jackson—. Mi hermana, Harper, y yo lo habíamos planeado, antes de… eh. Digo, tú la conociste, creo. ¿Cierto? ¿En tu primer año? —Se frotó la nuca con la mano.

Scarlett vaciló.

—Sí —alcanzó a decir.

Harper murió en su primer año durante un terrible accidente en la casa de las Kappa. Tiffany y Scarlett estaban ahí; de hecho, ellas causaron el accidente sin darse cuenta, un secreto que Tiffany le hizo jurar que se llevaría a la tumba.

El semestre anterior, Jackson descubrió la verdad sobre lo que le ocurrió a Harper. Pudo pasar la página. Pero ahora…

«Tantos secretos». ¿Cómo podrían funcionar las cosas con Jackson si Scarlett tenía tantas cosas que ocultar?

Jackson movía la cabeza de lado a lado.

—En fin, creo que aún quiero hacer el viaje. Por ella, ¿sabes?

—Lo entiendo. —Scarlett alejó la mirada, hacia el cúmulo de mesas al que se acercaban. El resto de los estudiantes bullían por todo el campus; el semestre anterior, con toda su muerte y dolor, parecía no haberles afectado. Scarlett había cambiado de manera irrevocable, como se imaginaba que Jackson debió cambiar tras la muerte de Harper.

—Oye. —Scarlett lo miró, una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza—. ¿No trabajas en eventos?

Así fue como habló con él por primera vez afuera de un salón de clases. Trabajó en un evento que Dahlia organizó en Kappa, en lo que parecía haber sido una vida pasada.

Jackson levantó una ceja.

—¿Por qué? ¿Estás buscando servicios?

—De hecho, sí. Con bastante frecuencia. Tenemos una fiesta de regreso a clases el viernes. Si necesitas trabajar más turnos o algo…

El rostro se le iluminó a Jackson. Scarlett podría perderse en esos ojos.

—Muy bien. Tal vez te tome la palabra.

—¡Fiesta de regreso a clases el viernes! —gritó alguien, Scarlett volvió a la realidad de golpe.

Theta Omega Xi había rentado dos stands plegables y los juntaron en medio del césped, cubiertos de los colores de su sororidad: verde y rosa. Se veía tan elegante y bien arreglado que Scarlett podría haberlo confundido con una tienda *pop-up* de Lilly Pulitzer.

Tenían una máquina de hielo seco en una hielera rosada, las chicas metían las manos en ella con florituras, como si estuvieran en un espectáculo de magia, y sacaban botellas reusables con monogramas de UW (Universidad Westerly) para regalárselas a la gente que pasaba. Scarlett estaba dispuesta a apostar que ya estaban llenas, y no con agua.

—¿Es en serio? —le susurró por lo bajo a Jackson, justo cuando una de las chicas con una ajustada falda a cuadros le puso los ojos encima. Kappa ya había anunciado su fiesta de regreso a clases para la misma noche.

Scarlett recordaba a la chica. Intentó unirse a Kappa el mismo año que Scarlett. Logró encender una bengala, apenas, pero fracasó en su segunda prueba. No tenía suficiente magia como para convertirse en una bruja real. Scarlett recordaba a todas las aspirantes, pero las chicas que tenían un poco de magia siempre destacaban. Sin embargo, el nombre de esa chica en particular se le escurría de la mente. ¿Katie? ¿Katheryn? Algo así…

—¡Scarlett! —trinó la chica. Se abrió paso a empujones entre una manada de chicos de primer año que hablaban con María, la presidenta de Kappa, para intentar convencerla de que les diera una segunda ronda de botellas de agua que no tenían agua—. Qué gusto verte. Queríamos invitarlas a ti y a las demás Kappas en particular.

Extendió un volante impreso en una versión pastel de los colores

que estaban sobre la mesa.

«PRECOPEO DE BIENVENIDA».

—No queríamos interferir con su fiesta ni nada por el estilo —decía la chica… «¡Cait!». Así se llamaba—. Es solo que Theta no ha organizado un evento grande en mucho tiempo y pensamos que, como su fiesta suele empezar tarde, les daríamos un lugar al que ir antes.

—¿Ah, sí? —respondió Scarlett con un tono tan frío como su mirada. «¿O es para intentar mejorar su reputación mientras arruinan la nuestra?».

La mirada de Cait brincó de Scarlett a Jackson y de regreso. Entonces, miró más de cerca a Jackson y pestañeó, coqueta.

—Tú también estás invitado. ¿Eres nuevo en el campus? No te había visto antes.

Scarlett batalló contra un desprecio repentino y profundo.

Jackson, por su parte, le pasó un brazo por la cintura a Scarlett, y un poco de su actitud defensiva se derritió.

—Nop. Llevo aquí desde mi primer año. Es un campus muy grande cuando te aventuras a salir del pabellón griego, ¿sabías?

Scarlett tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse. Le devolvió el volante a Cait.

—Me temo que en Kappa vamos a estar muy ocupadas, preparándonos para nuestro propio evento esa misma noche. Dile a María que lo lamentamos.

—Me lo puedes decir tú misma —respondió María, por encima del hombro de Cait.

La presidenta de Theta tenía puesta la misma falda a cuadros que sus chicas. ¿Habían comprado uniformes para el año? Muy de 1990. La había combinado con un suéter gris que contrastaba muy bien con su cabello oscuro y complexión pálida. María era una de esas chicas bellas que sabían que lo eran y lo aprovechaban al máximo.

—María —Scarlett la miró con frialdad. El brazo de Jackson, aún alrededor de su cintura, se tensó—. Le decía a Cait que no podremos ir a su fiesta, pues, como sabrás, tenemos un evento que preparar para esa misma noche.

—Qué lástima. —La sonrisa de María era toda dientes—. Esperábamos poder involucrar a más gente en el campus. Las Kappas siempre llenan sus fiestas, pero el año pasado escuché a algunas personas decir que no estaban seguras de que podrían ir. Otras dijeron que les gustaría que las fiestas empezaran más temprano para que duraran un poco más. Y, de repente, IDEA: ¿por qué no llenar ese hueco?

—Sí, pues —la mandíbula se le tensó a Scarlett—, estoy segura de que su fiesta será muy divertida. —«Esperemos que no embriaguen a todo el campus antes de que empiece la nuestra».

—Claro que lo va a ser. ¿No te enteraste? La exclusividad ya pasó de moda; en Westerly, la moda ahora es la inclusión. Eso significa que Kappa, la sororidad más exclusiva del campus, también pasó.

Las palabras le dolieron. Y no parecían verdad. Las Kappas eran la sororidad más diversa de todo el campus, salvo por una cosa: todas tenían magia.

—¿Todavía te duele el corazón por no ser Kappa? —disparó Scarlett de vuelta.

María se rio.

—Ahora prefiero las rosas a las plumas. No sé en qué estaba pensando. Las plumas son muy del año pasado.

Los ojos de Scarlett se posaron sobre la rosa en la solapa de María. Era del mismo color que las que estaban en la tumba de Dahlia junto a la nota: «Sabemos que fuiste tú».

—¿Quién filtró su manual el verano pasado, María? —preguntó Scarlett, envalentonada.

La sonrisa se le congeló a María.

—No hay peor bruja que el karma, Scarlett Winter. Ya lo verás.

«Bruja». El pulso se le aceleró. Debió de haber sido un intento fallido por intentar usar una frase popular.

Antes de que Scarlett pudiera responder, María se dio vuelta y se alejó, ondeando el volante como si fuera un pendón de batalla.

Así que Eugenie tenía razón. Theta quería atacar a Kappa y, aunque Dahlia fuera responsable o no de la caída de Theta, había algo de lo que Scarlett estaba segura: las consecuencias serían grandes.

CAPÍTULO CUATRO

Vivi

Vivi sonrió al sentarse en la silla que Mason le ofreció. Antes de mudarse a Savannah, ese tipo de gestos caballerescos le causaban aversión, en especial si provenían de chicos de su edad. Mason abría puertas, se ponía de pie cada que una mujer en la mesa se levantaba para irse y le habría dado su chaqueta al fantasma de Lizzie Borden si le hubiera parecido que tenía frío. Aun así, Vivi se había dado cuenta de que su comportamiento en realidad no era producto de un apego a normas de género anticuadas, sino de un deseo genuino de hacerle la vida más agradable a la gente a su alrededor.

—¿Ya te dije que te ves preciosa esta noche? —le preguntó Mason y frunció el ceño con preocupación fingida mientras se sentaba y se ponía la servilleta sobre el regazo. La había invitado a un bistró francés con una terraza exterior, a la orilla del río. Los árboles estaban adornados con series de lucecitas blancas y de las ramas colgaban linternas que parecían versiones enormes de las libélulas que resplandecían a su alrededor.

—Sí, lo hiciste —contestó Vivi, contenta de que el clima fuera lo suficientemente cálido como para no tener que usar suéter. Le había pedido prestado a Ariana un vestido rosa pálido y no quería cubrir el halagador escote de corazón—. Pero no tengo objeción con que me lo digas unas cuantas veces más.

—Anotado. Activaré un recordatorio para hacerlo cada doce minutos. —Mason fingió sacar el celular del bolsillo.

Vivi se rio y se inclinó por encima de la mesa para darle un manotazo juguetón en el brazo, pero por accidente tiró una botella de vinagre balsámico en la mesa.

—¡Diablos! —exclamó mientras el río de líquido negro corría hacia

la orilla de la mesa y se derramaba sobre su vestido. Sin embargo, en vez de que la tela lo absorbiera, se resbaló y cayó al suelo, como si Vivi trajera puesto un impermeable.

—¿Le pasó algo a tu vestido? —preguntó Mason mientras con la mano llamaba a un mesero para pedirle que limpiara la mesa.

—No, está bien —contestó Vivi, sonriente y aliviada. Sonali había conjurado un encantamiento reparador para Vivi antes de que se fuera y así asegurarse de que su peinado, maquillaje y atuendo se mantuvieran perfectos durante toda la cita. «Me encanta este hechizo», le dijo Sonali. «Aunque a mis compañeras del equipo de natación las enloquecía ver que yo salía de la piscina con el delineador intacto». Vivi agradeció muchísimo el apoyo. No había estado a solas con Mason desde antes de Navidad y no quería que nada arruinara la velada. El encuentro la había puesto muy nerviosa; estaba convencida de que, a pesar de las largas llamadas telefónicas, quizá no tendrían la misma química en persona. Su nerviosismo se desvaneció tan pronto abrió la puerta de la casa de las Kappa y lo vio en los escalones, sonriéndole.

—¿Qué tal el regreso? —le preguntó Mason—. Supongo que no es sencillo estar en esa casa.

Según la prensa, Dahlia y Tiffany habían perdido la vida a causa de un tornado imprevisto que había atacado el bosque detrás de la casa de las Kappa. Era casi risible lo alejada que estaba esa versión de la realidad, pero en cierto modo también era acertada: una tragedia violenta y desgarradora que extinguió la vida de dos jóvenes. Mason sabía que Vivi había estado en el bosque también y, aunque evidentemente Vivi no podía confesarle que la había secuestrado una bruja demoniaca que intentó sacarle el corazón, era un alivio poder hablar de aquel suceso traumático en términos generales: lo aterrador que había sido, la impotencia que sintió al enfrentar una fuerza tan poderosa y la culpabilidad de haber sobrevivido cuando otras perdieron la vida.

Si bien no podía revelar los detalles, sí podía hablar de sus emociones con honestidad.

—Sí, no es fácil —contestó Vivi tras una larga pausa—. Cada vez que paso por sus cuartos o que voy al estudio de Dahlia a ver a Scarlett…

Mason asintió con gesto empático.

—Me imagino. ¿Cómo está Scar?

Vivi trató de no erizarse ante la familiaridad implícita. Mason y Scarlett se habían separado en buenos términos el semestre anterior… o al menos así fue hasta que Scarlett los vio a él y a Vivi besándose poco después. Scarlett los había perdonado y, a juzgar por el relato acalorado

de su cita con Jackson, parecía que ya había seguido adelante con su vida.

—Tan bien como se puede en estas circunstancias, supongo.

Mason meneó la cabeza con expresión triste.

—Perder a tus dos mejores amigas al mismo tiempo es… es una crueldad. No sé, quizá le habría venido bien tomarse un semestre de descanso o algo así —dijo Mason, pero se detuvo al ver que Vivi arqueaba la ceja, lo cual lo hizo reír—. Sí, eso es algo que Scarlett nunca haría. Tienes razón. Supongo que lo mejor es que se mantenga ocupada en otras cosas.

—Asumió la presidencia con su típica voluntad de acero. Es agradable verla tan activa.

En ese momento, la principal preocupación de Scarlett era organizar la reunión de exalumnas de Kappa el próximo mes para celebrar los 150 años de la fundación de la sororidad. Asistirían mujeres de todo el mundo, incluyendo una ganadora del premio Pulitzer, una supermodelo que devino en emprendedora, una exsecretaria de Estado, una actriz famosa y dos senadoras. Las Kappa actuales no cabían de la emoción, en especial las mayores, pues sabían que era una oportunidad única para hacer conexiones profesionales.

Vivi, en cambio, no tenía cabeza para pensar en la reunión. Tenía muchas cosas que hacer para la fiesta de regreso a clases, su primera gran responsabilidad como encargada de eventos sociales. Era su primera oportunidad para demostrarles a todas que Scarlett había tomado la decisión correcta al elegirla o, por el contrario, para demostrar que aquello la rebasaba…

—¿Vivi? —Mason la sacó del ensimismamiento. Vivi meneó la cabeza y vio que el mesero estaba esperando para tomar su orden.

—Ay, perdón. —Bajó la mirada al menú que había olvidado revisar —. Quiero la… buli… base, por favor.

—La *bouillibaisse* —repitió el mesero, torciendo los labios mientras corregía la pronunciación de Vivi—. Bien, *mademoiselle*.

Vivi se sonrojó. Al parecer, toda la magia del mundo no bastaba para impedirle hacer el ridículo. De forma inconsciente, conjuró el hechizo borrador de memoria que había estado practicando, que era uno de los pocos que podía conjurar sin decir una palabra. Si las cosas salían bien, el mesero no recordaría su traspié.

—Perdón —dijo Vivi después de que el mesero se alejara con expresión confundida—. Por eso es una locura que Scarlett me haya nombrado coordinadora de eventos sociales. ¡Ni siquiera soy buena para ordenar en un restaurante! ¿Cómo se supone que voy a organizar fiestas

sofisticadas? Apenas estoy aprendiendo esto de la bru… —Se detuvo a tiempo y se tragó el resto de la palabra *brujería*—, de la vida de sororidad. ¿Y ahora esperan que sepa organizar cosas?

Mason estiró el brazo por encima de la mesa y le apretó una mano.

—Tranquila, Vivi. Scarlett es tan perfeccionista y controladora que no te habría elegido si no supiera que puedes con esto y más. ¿Cuándo es la fiesta?

—El próximo viernes. Mañana tengo la primera junta de planeación con las otras chicas. —Vivi había reclutado a las otras Kappa de primer año para que la ayudaran. Quería que la fiesta fuera una gran sorpresa para las mayores.

Reagan aceptó desde el principio y le envió a Vivi un montón de ideas, que en su mayoría parecían girar en torno a elementos específicos de su guardarropas. Bailey temía que necesitaran la ayuda de brujas más experimentadas, así que Vivi le prometió que les pedirían apoyo de ser necesario.

Mason le acarició la parte interna de la muñeca, lo que le provocó escalofríos.

—Con tu inteligencia y la ayuda de tus hermanas, la fiesta va a ser un éxito. Además, sabes que cuentas conmigo si necesitas que te ayude con algo. Hasta puedo meserear si quieres.

—Voy a necesitar que hagas el trabajo más importante de todos: que estés conmigo y me mantengas cuerda toda la noche.

—Lo haré con mucho gusto. —Mason le guiñó el ojo y le soltó la mano antes de asentir en dirección del vaso vacío de Vivi—. ¿Pedimos algo de tomar? —Volteó para llamar la atención del mesero.

«Mierda». A juzgar por la forma en que el mesero volteó a verlos sin realmente verlos, el encantamiento había funcionado demasiado bien.

Mientras Mason le daba la espalda, Vivi susurró:

—Invoco al As de Espadas, que la atención del mesero atraigas.

El mesero volvió a prestar atención y caminó directo hacia ellos. Una vez que Mason ordenó, el mesero hizo una reverencia exagerada y se fue tan rápido que parecía que iba a salir volando.

—Aquí son muy, eh… ¿atentos? —dijo Mason, un tanto desconcertado.

—Es que tienes un encanto irresistible.

—Sí, supongo —dijo Mason entre risas y miró por encima del hombro mientras fruncía el ceño, como si algo le molestara.

Vivi carraspeó.

—¿Tú qué tal? ¿Qué tal estuvo tu primera semana?

Mason parpadeó y volvió a enfocarse en Vivi.

—Muy bien, de hecho —contestó—. Mi supervisora me dijo que está preparando la propuesta para invitarme oficialmente a ser su estudiante.

—Pensé que ya lo eras.

Mason había pasado el último año colaborando como asistente de investigación y ayudando a su supervisora con su libro sobre mujeres en Savannah en la época colonial. Algunas veces Vivi y él se habían reunido afuera del ayuntamiento una vez que concluía su día de trabajo en el archivo que estaba en un sótano sin ventanas. Al salir, a Mason le brillaban los ojos como un niñito en el taller de Santa Claus.

—No, me refiero a entrar al doctorado en Georgia Southern después de graduarme de Westerly. Necesitas que un supervisor te dirija la tesis y por lo regular ninguno lo hace hasta que terminas la maestría, pero ella dice que trabajamos tan bien juntos que no quiere arriesgarse a que me ofrezcan un lugar en otra escuela.

—¡Qué increíble, Mason! ¡Felicidades! —Vivi alzó el vaso de agua para brindar—. ¡Por el futuro doctor Gregory! ¿Ya les contaste a tus papás?

Mason negó con la cabeza.

—No, aún no.

Vivi sabía que los padres de Mason insistían en que estudiara derecho y trabajara en el despacho de abogados de su padre. De hecho, «insistir» era un eufemismo; ya había un cubículo en el despacho con su nombre, y sus padres habían dejado muy, muy en claro que, si Mason decidía «perder el tiempo leyendo diarios y libros de recetas», le quitarían todo el apoyo económico.

—¿Quieres que te acompañe a decírselos? O sea, para darte apoyo moral.

—Qué linda —contestó Mason con una sonrisa—. Pero creo que es algo que debo hacer solo.

Vivi asintió, pero se preguntó cómo serían las cosas si Mason siguiera con Scarlett. Si la hija perfecta de la prestigiosa familia Winter hablara con los Gregory y les dijera que respaldaba los planes de Mason, ¿sus padres lo tomarían más en serio? Scarlett le daba un aire de credibilidad a todo lo que tocaba, pues su familia había sido parte de la alta sociedad de Savannah durante generaciones, mientras que lo más cercano que tenía Vivi a un hogar ancestral era la ventanilla del autoservicio de Wendy's.

A menos, claro, que el padre de Vivi tuviera algún vínculo con Savannah. Desde aquella conversación con su madre, se le quedó el

nombre de Vince grabado en la memoria. Sin embargo, cada vez que se armaba de algo de valor para buscar en Google una combinación de «Vince futbol Westerly», se paralizaba por temor a lo que pudiera encontrar. ¿Y si tenía otra familia? ¿En serio quería saber sobre los hijos que había elegido en lugar de ella? ¿Y si era un delincuente o uno de esos locos conspiradores de internet? Daphne debía tener sus razones para mantener el secreto. ¿En serio quería abrir la caja de Pandora aunque fuera imposible cerrarla después?

Vivi se estremeció cuando una brisa fresca le rozó los hombros desnudos. Al alzar la mirada, descubrió que la noche estrellada se había vuelto nebulosa, y la luna amarilla resplandeciente era un borrón indistinguible tras las nubes.

—¿Quieres mi saco? —le preguntó Mason. Su voz era tenue y distante, como si él también estuviera escondido tras las nubes.

Encima de ellos se escuchó una especie de crujido. Vivi alzó la mirada de golpe y vio un cuervo enorme posado en una rama baja que la miraba directamente con un par de ojos amarillos que no parpadeaban. Por lo regular sentía cierta afinidad hacia esas aves, por razones obvias, pero esta le provocó escalofríos. Movió la cabeza hacia un lado y luego se quedó extrañamente quieto, como si estuviera observando algo atrás de Vivi. No, lo estaba *señalando*.

Vivi miró con lentitud por encima del hombro y ahogó un grito al ver la silueta alta y rubia.

«Tiffany».

Todos los músculos del cuerpo se le pusieron rígidos, como si estuviera paralizada. Miró fijamente a su atormentadora. Pero no, la chica que estaba con dos amigas, esperando una mesa del interior, no se parecía a Tiffany de cerca. Y su coleta tenía mechas color rosa neón.

En ese momento, como si hubiera percibido la mirada de Vivi, se dio media vuelta y la miró a los ojos.

Se le aceleró el pulso y le retumbó en las venas. Vivi esperaba sentirse mejor al confirmar que no era Tiffany, pero por alguna razón era enervante. Mason le dio una palmadita en el brazo para sacarla del ensimismamiento.

—¿Quieres más pan? —le preguntó, apretando los labios para contener la sonrisa y miró de reojo la canasta de pan.

Era imposible decirle que no a Mason al sentir la calidez electrizante de su mano sobre su propia piel.

—Sí, por favor —contestó ella con una sonrisa.

Al voltear de nuevo la mirada, la chica del cabello rosado había

desaparecido, el mesero iba deprisa hacia ellos con su comida. Aun así, Vivi tenía la sensación persistente de que estaba pasando por alto algo importante. ¿Por qué la chica la miró tan fijamente? Había sido algo inusual, sobre todo sin un encantamiento de atención de por medio.

—Empieza antes de que se enfríe —dijo Mason y señaló la sopa de Vivi.

—Ah, sí. —Vivi tomó una cucharada de la sopa de mariscos y cerró los ojos para deleitarse con la exquisita mezcla de sabores. Había valido la pena hacer el ridículo al no saber pronunciar su nombre. Las especias le hicieron olvidar sus preocupaciones, pasó el resto de la velada concentrada en Mason en lugar de pensar en chicas de cabello rosa y cuervos de comportamiento extraño.

—¿Sabes qué otra ventaja tiene el doctorado? —le preguntó Mason una vez que pagó la cuenta y que empezaron a pasear por la ribera.

—No, ¿cuál?

Mason le tomó la mano y la jaló para besarla de nuevo.

—Que pasaré los siguientes años en Savannah… contigo.

Vivi sintió un vuelco en el estómago, como si hubiera estado a punto de caerse. Luego lo abrazó del cuello y dejó de pensar por completo.

CAPÍTULO CINCO

Scarlett

La vibración anticipatoria en el salón hizo poco por disminuir la distracción de Scarlett. No podía dejar de pensar en la cita que tendría esa noche. Cenar en la casa de Jackson. Le había pedido que se encontraran en el campus para que caminaran juntos a su departamento.

También insistió en que Scarlett no necesitaba llevar nada más que su presencia. Ella llevaba una botella de vino de cualquier forma, una botella especial, de la reserva secreta que estaba debajo de la casa. Había decidido que se lo merecían después de todo lo que habían vivido… aun si Jackson no recordaba la mitad de esas cosas.

—Señora presidenta —trinó Etta e interrumpió sus pensamientos—. ¿Dónde necesitas estas?

Scarlett miró a su amiga, que tenía una pila de semillas sobre una bandeja. Etta sonrió. Etta era una bruja de Copas, su magia se alineaba con todas las cosas que crecían. Scarlett sabía que, por importantes que fueran las hierbas que cultivaba para sus hechizos, Etta en ocasiones se sentía opacada por otros poderes más vistosos. Tenía la esperanza de que su idea le ayudara a Etta a ver lo importante que eran sus habilidades para la sororidad y para ella.

—Junto a las macetas está bien. —Scarlett señaló el muro del otro lado de la habitación, donde Mei acomodaba unas macetas de cerámica por color y tamaño y les tomaba fotografías para su más de un millón de seguidores.

Las chicas de primer año estaban sentadas, con las piernas cruzadas, en el piso de la sala común, que había sido transformado en una lámina de plástico, en vez de los tapetes persas de siempre. Más fácil de limpiar.

—¡Esperen! ¿Cómo nos va a ayudar este hechizo a derrotar a Theta?

—preguntó Hazel Kim, una Astiles de segundo año, quien estaba extendida sobre el piso y hacía estiramientos para su competencia de atletismo en la que participaríamás tarde.

Todas las Kappa se habían enterado del precopeo de Theta y todas suponían que ese era el propósito de la reunión.

—¿Las semillas se van a convertir en plantas que harán que las Theta se queden dormidas en su fiesta? —se aventuró a adivinar Reagan, siempre ansiosa por una estrellita en la frente.

—Vamos a lidiar con ellas después. En este momento tenemos algo mucho más importante que hacer.

Las chicas se miraron unas a otras, confundidas.

—¿Qué podría ser más importante que maldecir a alguien que nos insultó? —preguntó Reagan.

Scarlett fijó la mirada en ella.

—¿Qué es más importante que la vulgar hora feliz en la casa Theta? Nosotras. Pensé que les interesaría aprender algo de magia nueva.

Los veinte pares de ojos se posaron sobre ella de golpe. Había llamado su atención.

—Sí, por favor —dijo Vivi. Le guiñó un ojo a Scarlett, una señal de apoyo.

—Bien. Este es un ritual nuevo. Bueno, es más bien un ritual viejo. Tomé la idea de uno de los cuadernos de exalumnas que he estado leyendo en la biblioteca. —Esa, en realidad era una tradición en la casa que databa de hacía varias generaciones—. Es magia de Pantáculos. —Miró a Vivi, quien se irguió un poco—. Cada una va a elegir algo que les gustaría ver crecer este semestre: sus calificaciones, sus habilidades atléticas… su vida amorosa. —Unas cuantas de las chicas se rieron por lo bajo—. Lo que sea que ustedes decidan. Luego, van a escoger la planta correcta para ayudar con su deseo; Etta les ayudará con la herbología. —Etta saludó con la mano desde donde había terminado de acomodar las semillas junto a las macetas—. Y todas vamos a encantar sus plantas. Conforme crezcan, durante los próximos meses, sus metas florecerán también. —Scarlett sonrió, complacida consigo misma.

Reagan hizo una mueca sarcástica, pero al menos no comentó nada en voz alta. Sonali le acercó la cabeza y le susurró algo al oído.

—Espera. ¿Ahora somos brujas Goop? —bromeó Reagan, lo que le valió unas cuantas risas de parte de Jess y Juliet.

Scarlett también se habría reído, si no fuera el objeto de la burla. Fue algo que ella le habría susurrado a Tiffany un par de años atrás, pero ahora le dolía.

—Ja —dijo en voz alta—. Deberíamos de considerarnos afortunadas si llegamos a trabajar en un negocio de ese nivel.

—O sea… ¿estás diciendo que Gwyneth es Kappa…?

—Lo que digo es que tener la mente abierta siempre es el primer paso hacia el éxito. Aquí y más allá. Y no se trata del pasado, se trata del futuro.

—Me encanta —contribuyó Vivi; les lanzó una mirada furiosa a sus compañeras de primer año.

—A mí también —dijo Ariana con una sonrisa enorme. A su lado, Bailey asentía, pero no parecía estar tan entusiasta como de costumbre.

—¿Es obligatorio? —preguntó Juliet. Estaba sentada detrás de la silla de Jess, trenzándole el cabello a su amiga—. Tengo que entregar un borrador de mi tesis la próxima semana…

—Si no quieren participar, no tienen que hacerlo. —Scarlett se erizó un poco—. Pero es el primer ritual que hacemos todas juntas desde que volvimos al campus. —La expresión de Juliet se tornó hosca; la chica de último año se encogió de hombros y se quedó justo donde estaba. Scarlett se aclaró la garganta—. Vamos a tomarnos un momento para pensar en la meta que vamos a elegir. —Ella ya tenía la suya decidida. Plantaría una semilla por sus habilidades como líder, quizás un iris para la sabiduría o un majuelo para el poder y la energía.

«¿O preferirías plantar violetas para el amor?», le susurró una vocecita en la cabeza.

La ignoró. Liderar a Kappa era más importante.

Un murmullo atrapó su atención. Juliet y Jess, con las cabezas agachadas.

—Dahlia nunca fue tan *alivianada* —fueron las únicas palabras que alcanzó a escuchar, pero suficientes como para hacerla sentir una punzada en el pecho.

¿Tenían razón? ¿Era una mala idea?

Dahlia nunca habría organizado un ritual así, cierto. Sus rituales siempre tuvieron que ver con poder, con metas inmediatas. Scarlett estaba segura de que su enfoque era el correcto. «Uno que hace menos probable que tengamos a otra Tiffany en nuestras manos».

Scarlett se había prometido que llevaría a Kappa en una nueva dirección ese semestre, y planeaba cumplir su promesa. No volverían a abusar de sus poderes.

—¿Estamos listas? —Esperó a que todas asintieran—. Genial. Ahora, Etta, ¿podrías explicarnos qué hierbas podemos elegir y cuáles son los mejores usos de cada una?

Le complació ver que Bailey y Ariana tomaron sus libretas cuando Etta comenzó a hablar.

No podía sacudirse la molesta sensación de que, desde algún lugar, Dahlia la miraba con desaprobación.

Cuando Scarlett llegó a los jardines, ya iba tarde. Jackson le había pedido que se encontraran en la biblioteca Hewitt, quince minutos atrás, pero el ritual tomó más tiempo del que pensó. No lograba concentrarse, solo tenía la cabeza a medias en lo que hacía. No dejaba de vigilar a las demás, para asegurarse de que las chicas de primer año lo hicieran bien y… sí, para espiar a Juliet y Jess otra vez, para ver si ellas o Reagan volvían a quejarse.

Nadie dijo otra cosa negativa, pero Scarlett alcanzó a ver unas cuantas miradas esquivas que no supo cómo interpretar.

«¿Qué me pasa?». Aceleró el paso. Por lo general era muy confiada, se sentía tan segura de sus decisiones, pero, desde que volvió a Westerly, se sentía como una niña nerviosa de primer año, dudando de todo lo que hacía.

Revisó su teléfono. Aún no recibía respuesta de Jackson. Su último mensaje «¡Unos minutos tarde!» no estaba marcado como leído.

Apresuró el paso, algo a su derecha le llamó la atención: un chico que batallaba con un gigantesco mapa de papel del campus.

Era un chico de más o menos su edad, vestido con jeans y un suéter azul de cachemira. Miraba hacia arriba y a su alrededor, la cara llena de frustración. Luego, encontró con los ojos a Scarlett y sonrió. Estaba colorado por el esfuerzo, con el sudor en la frente resplandeciente. Debajo de todo eso, era apuesto. Una mandíbula fuerte y cuadrada, ojos azul cielo y un espeso nido de cabello grueso y oscuro que Scarlett estaba segura de que, por lo general, peinaba hasta que estuviera perfecto.

—No quise asustarte. —Se pasó una mano por el cabello, se lo revolvió un poco, y el suéter se le subió solo lo suficiente como para darle a Scarlett un vistazo de sus definidos abdominales—. Perdón, perdón. No quise verte así. Es solo que eres tan… eres la primera persona a la que veo en el campus desde hace unos minutos. Y estoy… un poco perdido.

Scarlett miró a su alrededor y se dio cuenta de que el chico tenía razón. Para ser fin de semana, a esa hora, el campus estaba sospechosamente desierto.

Le mostró su teléfono.

—¿De dónde sacaste un mapa de papel? ¿No sabías que tenemos

una app con mapas integrados?

—Ahhh… vaya —respondió él, avergonzado—. Necesito descargarla. Este venía con mi paquete de bienvenida.

—¿Y ese mapa te funciona de maravilla?

—Lo hará, cuando averigüe dónde está el norte. —Scarlett se rio, le puso las manos sobre los hombros y lo giró en la dirección correcta. Todas las brujas eran capaces de orientarse, en caso de que necesitaran conjurar en una dirección particular—. Gracias, me salvaste la vida. Ya voy tarde.

—¿Qué edificio buscas? —le preguntó, acercándose al mapa. Ya tenía pareja, o quería tenerla, una vez que viera a Jackson, pero no tenía caso desperdiciar a alguien tan atractivo. Mei había estado soltera a un extremo doloroso el semestre anterior. Tal vez Alto, Lindo y Perdido era la cura. Debería de invitarlo a la fiesta.

—Necesito encontrar la oficina principal. Soy nuevo. —Hizo una mueca—. Se supone que tengo que recoger mis papeles de transferencia. —Asentó los talones, como si esperara a que Scarlett continuara con la conversación, que le preguntara de dónde se había transferido o por qué.

A juzgar por su marcado acento sureño, no podía haberse mudado de muy lejos. De todos modos, Scarlett iba tarde también; no podía darse el lujo de complacerlo.

—Tienes que ir al edificio administrativo. —Señaló al otro lado de los jardines, al edificio con la torre del reloj—. Pero no creo que esté abierto en fin de semana.

—Vaya —dijo él, en realidad nada decepcionado—. Bueno, no pasa nada. Voy a tener que volver.

—Mmm —. Se dirigió hacia Hewitt de nuevo.

El chico no captaba indirectas. Comenzó a caminar a su lado.

—Te he visto por aquí, ¿cierto? En el Pabellón Griego. ¿De qué sororidad eres?

Scarlett lo miró de reojo. Era lindo, como una invitación a tomar malas decisiones. Ya tenía suficientes cosas con que lidiar, sin mencionar a un candidato mucho más digno de su atención.

—Kappa Rho Un.

—¡Ay! Somos hermanos. —Le tendió la mano—. Era PiKa en Vaderbilt. Cuando me mudé aquí, por suerte, una habitación estaba disponible en la casa.

La habitación de Mason, no pudo evitar pensar Scarlett mientras le estrechaba la mano.

—No quiero ser grosera, pero tengo un compromiso —dijo Scarlett. Se dio vuelta para irse, pero hizo una pausa—. Soy Scarlett Winter, por

cierto. —Le sonrió un instante.

—Xavier —respondió el chico—. ¿Nos veremos por aquí?

Se despidió con un apático movimiento de la mano. Casi podía sentir la mirada de Xavier siguiéndola por los jardines y consideró voltear. ¿Qué de malo tendría que le llevara un nuevo prospecto romántico a Mei o a otra de sus hermanas?

—Oye… —Xavier le sonrió, expectante. Scarlett se sorprendió a sí misma—. Evitar la clase de historia del profesor Grant. Los PiKas van a intentar convencerte de que es un diez fácil, pero es brutal.

Xavier se quitó un sombrero imaginario mientras Scarlett se daba vuelta otra vez.

Scarlett tenía la invitación a la fiesta en la punta de la lengua, pero algo la detuvo. Era un desconocido y, tras el semestre anterior, la idea de invitar a alguien nuevo a cualquier lugar la hacía vacilar. No importaba qué tan lindo fuera ese alguien nuevo.

«Ocúpate de tus asuntos».

Luego se olvidó de Xavier por completo, pues había dado la vuelta a la esquina de la biblioteca y… no vio a Jackson.

«Mierda».

Tomó su teléfono y encontró su número para llamarle. Mientras timbraba, caminó alrededor del edificio. Justo cuando el buzón de voz comenzó a sonar, oyó risas desde el jardín de rosas, un pequeño hueco escondido detrás de la biblioteca.

Colgó el teléfono y siguió el sonido. Unos pasos más adelante, reconoció la voz de Jackson.

—¡No es en serio! —exclamaba.

Scarlett dio la vuelta en la esquina, sonriente, con una disculpa en los labios. En el jardín, Jackson estaba en el centro de su círculo de amigos, el mismo grupo del club de filosofía con el que Scarlett lo había visto.

—Perdón por llegar tarde —dijo sin aliento. Jackson alzó la mirada, el ceño fruncido—. Hola a todos. —Scarlett mantuvo la sonrisa en el rostro, aunque comenzaba a sentirse falsa y forzada—. ¿Les molesta si les robo a su valeroso líder? Tenemos planes para cenar.

Jackson ni siquiera la miraba. Había vuelto a dirigirse al grupo.

—Matt, ¿habías sugerido que leyéramos a Butler para la reunión de la próxima semana?

Scarlett se quedó paralizada frente a la entrada; el corazón le retumbaba en los tímpanos. Seguro que solo tenía que terminar con la reunión. Seguro que no iba a ignorarla por haber llegado unos minutos

tarde.

Jackson siguió sin prestarle atención; seguía con los planes para la próxima reunión de su grupo y dónde ocurriría.

Scarlett frunció el ceño. De todas las formas en las que había imaginado que resultaría su primera cita, esa no era una de ellas. «Scarlett Winter no espera por ningún hombre». Pero ahí estaba, esperando a un hombre.

—¿Jackson? —Esta vez, en su voz había un dejo de nerviosismo.

El grupo con el que estaba sabía qué hacer, aun si Jackson no. Los Jóvenes Filósofos comenzaron a dirigirse a la salida del jardín; algunos se despedían de Jackson por encima del hombro, mientras que otros se burlaban de Scarlett al pasar. Cuando el último de ellos desapareció, Jackson al fin volteó a verla, sin poder evitarlo un segundo más.

—Scarlett, qué bueno que te veo. —Su voz sonaba forzada, casi falsa.

Se había vestido bien: pantalones de vestir y una camisa de botones. Más elegante de lo que Scarlett jamás lo había visto. Algo resplandecía alrededor de sus cuello: un collar de plata.

Intentó sonreír más, aun si el pulso se le aceleraba.

—Perdón por llegar tarde. Los asuntos de las Kappa me detuvieron un poco más de lo que creí.

—Sí, bueno, no te preocupes. Como puedes ver, me puedo entretener bastante bien sin ti. —Se echó la mochila al hombro.

El corazón se le subió a la garganta a Scarlett.

—Entonces… ya no quieres cenar conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué no? Tú me invitaste, ¿recuerdas? —dijo herida, confundida y a la defensiva, todo al mismo tiempo.

—No… no puedo. —Se dirigió a la salida, pero Scarlett se interpuso en su camino. Jackson la miró a los ojos, los dientes apretados—. Te veo en clase, Scarlett.

—No estás hablando en serio.

Luego, sacudió la cabeza, y la mirada vacía y distante volvió a los ojos.

—Pensé que podía, pero no puedo. Eres Kappa. No puedo estar con una Kappa. Nos vemos, Scar.

El corazón se le hundió en el pecho mientras lo veía alejarse. Se sentía herida, más de lo que se tenía permitido. Por alguna razón, se había engañado a sí misma para pensar que en verdad le importaba a Jackson, que una extraña fuerza del universo no dejaba de acercarlos y

juntarlos.

Sí, coquetearon durante las vacaciones, pero no fue más que eso: coqueteo por mensaje. Creyó que hubo química entre ellos cuando se vieron unos días atrás.

Jackson no recordaba el semestre anterior, no recordaba cómo se lanzaron juntos hacia el peligro. No recordaba el *beso*.

«O tal vez no le gustas», pensó mientras lo veía cruzar el césped bajo la luz del atardecer. Nunca miró atrás, ni una sola vez. Si Scarlett no le agradaba por ser quien era, más allá de la historia que tenían juntos…

Eso hacía que su rechazo doliera aún más.

CAPÍTULO SEIS

Vivi

El Universitario Sediento era uno de los lugares favoritos de los estudiantes de Westerly porque estaba abierto hasta muy tarde y los cantineros no pedían identificación siempre que dieras buenas propinas. Por eso las cinco Kappa de primer año se reunieron ahí, en un gabinete, lejos de los oídos alertas de sus otras hermanas.

Eso significaba que también debían asegurarse de que ningún otro integrante del sistema griego, que estuviera pasando el rato en el bar de techo bajo y paneles de madera, alcanzara a escuchar su conversación. Tan pronto Sonali tomó asiento, pues era la única que faltaba por llegar, Bailey sacó su baraja de tarot de la mochila y empezó a pasar las cartas disimuladamente bajo la mesa, por si acaso pasaba alguien. Una vez que eligió la carta indicada, la estrujó entre los dedos y tomó a Sonali de la mano.

Entre todas formaron una cadena y susurraron al unísono el encantamiento.

—Invocamos a la Reina del Aire. Que nadie aquí se percate de nuestro baile.

Vivi se concentró en canalizar su poder hacia Bailey. Instantes después, percibió un cambio en la habitación. Las miradas se desviaron y los ojos curiosos volvieron a posarse sobre sus propias mesas.

Bailey sonrió, satisfecha, y soltó la mano de Sonali.

—¡Listo!

—Gracias —dijo Vivi y tomó la nota mental de estudiar la técnica de Bailey, la cual le pareció mucho más eficaz que el intento que hizo Vivi durante su cita con Mason.

—Perdón por llegar tarde —dijo Sonali y suspiró mientras se ataba

el cabello rizado y negro en un chongo casual—. Se cometieron errores.

—¿Qué pasó? —preguntó Ariana—. ¿Estás bien?

—Yo *sí*, pero hay un *mansplainer* insoportable en mi clase de salud pública que nunca deja hablar a los demás, y creo que hoy me colmó la paciencia… —Hizo una pausa y se sonrojó—. Conjuré el hechizo que hace que a la gente se le inflame la lengua. Todos creyeron que estaba teniendo una reacción alérgica y lo rodearon, así que no pude conjurar el contrahechizo antes de que llegaran los paramédicos. Fue un desastre.

—¡Qué increíble! —exclamó Reagan entre risas.

—¿El chico va a estar bien? —preguntó Bailey preocupada—. O sea, no digo que no se lo mereciera, pero…

—Sí, está bien. Finalmente logré conjurar el hechizo cuando lo pusieron en la camilla, pero fue tardado. En fin, ¡hablemos de la fiesta!

Vivi asintió y abrió la boca, pero, antes de que pudiera hablar, Reagan se inclinó hacia el frente, y su deslumbrante cabellera rojiza se derramó sobre los hombros de su blusa negra brillante.

—Tengo algunas ideas, Deveraux —dijo.

—¿Por qué no dejamos que Vivi nos diga lo que tiene en mente primero? —intervino Ariana. Su voz era dulce, pero con un toque amenazante.

—Sí, Reagan —agregó Bailey—. Ten cuidado si no quieres que Vivi te haga lo que Sonali le hizo a su compañero de clase.

Vivi le sonrió a Ariana, agradecida.

—Claro que quiero escuchar tus ideas, Reagan. Solo quiero presentar algunas cosas generales. —Metió la mano a su mochila para sacar su celular y abrió el video que Ariana le había ayudado a crear. Sacó su propia baraja de tarot y volteó la carta superior—. Invoco a la Luna, creadora de confusión y fortunas. Reproduce esta ilusión de forma oportuna. —Se encendió la pantalla de su celular, y sobre ella se reprodujo una imagen del salón de la casa de las Kappa en tercera dimensión, como un holograma giratorio—. Se me ocurre hacer la fiesta con temática de *Alicia en el País de las Maravillas* —explicó Vivi—. ¿Lo ven? —Tocó el sofá, que se transformó en un hongo gigante, y luego pasó un dedo por el techo para revelar un candelabro hecho de tazas de té—. El salón podría ser la fiesta del té del Sombrerero Loco, y en el jardín podríamos hacer algo relacionado con la Reina Roja y el croquet.

—¡Guau! —Bailey se acercó para ver mejor, mientras Sonali asentía impresionada.

—Cada parte está marcada con el encantamiento que creo que podríamos usar —continuó Vivi. Hizo un acercamiento a la mesa de los

refrigerios, la cual estaba cubierta de pastelillos gigantes y sándwiches diminutos—. Creo que un encantamiento ilusorio básico funcionaría aquí.

Reagan arqueó una ceja.

—Sí, claro, si no te preocupa que se disipe a la mitad de la fiesta y asuste a los invitados.

Bailey asintió.

—Vas a necesitar un hechizo mucho más poderoso para no levantar sospechas. ¿Has pensado en usar un hechizo ilusorio alquímico? Eran muy populares en el Renacimiento. Juliet y yo los hemos probado en las sesiones de tutoría.

A Vivi se le subió el color a las mejillas. Jamás había oído hablar de hechizos alquímicos. Scarlett y ella no habían reiniciado las sesiones de tutoría desde la crisis del semestre anterior con Tiffany.

—Lo tomaré en cuenta.

Reagan y Sonali intercambiaron miradas que Vivi no supo interpretar.

«¿Qué estoy haciendo?». No estaba preparada para tanta responsabilidad. Si no lograba que las otras chicas de primer año la respaldaran, ¿de qué forma iba a impresionar a las mayores?

Vivi sabía lo importante que era la fiesta de regreso a clases. «Marcará la pauta para el resto del semestre», le había dicho Scarlett en el desayuno esa mañana, «por no mencionar que debemos demostrarle al concejo panhelénico que Kappa sigue siendo la sororidad indicada para organizar el Baile de Primavera. Theta está sacando la artillería pesada. De hecho, creo que quieren vengarse de nosotras, luego de que Dahlia filtrara su estúpido manual de comportamiento. O al menos dicen que fue ella. En fin, avísame si necesitas una mano».

«Una mano». Vivi negó con la cabeza e insistió en que tenía todo bajo control. Se negaba a pedir ayuda tan pronto y a decepcionar a su hermana mayor desde el principio.

Bajo la mesa, Ariana le dio un empujoncito en la pierna.

Vivi carraspeó.

—De acuerdo. Bueno, necesitaré que cada una recopile encantamientos para los distintos elementos. Reagan y Bailey, ¿quieren hacerse cargo de la iluminación con linternas y velas? —Dado que eran Astiles, tenían una afinidad natural con la magia relacionada con luz y flamas.

—Etta me enseñó un truco de Copas que también podría sernos útil —dijo Ariana con entusiasmo—. Es una poción que te permite sentir los efectos del alcohol, pero sin que te dé resaca.

—¡Me encanta! —dijo Vivi con una sonrisa—. ¿Lo reservaremos únicamente para las Kappa? ¿O compartiremos la magia con los menos afortunados?

—Yo digo que lo segundo si eso impide que vomiten en nuestro jardín. Theta está organizando un estúpido precopeo en su casa —dijo Reagan y fulminó con la mirada a unas chicas que estaban del otro lado del bar—. Se van a ahogar antes de llegar a nuestra fiesta.

Vivi siguió su mirada y vio a las Theta, reunidas cerca de la barra. Aunque su sororidad hubiera cambiado el discurso oficial, le pareció gracioso ver que las chicas seguían ostentando alguno de los tres peinados aprobados en el infame manual, además de usar ballerinas y bolsos Longchamp. En ese instante, otra chica con ballerinas se acercó a las Theta, aunque su cabellera rosada dejaba en claro que no se ceñía a las viejas reglas. Era la misma chica que Vivi había visto la otra noche en el restaurante. Volvió a estremecerse al recordar que la había confundido con Tiffany, pero luego volteó a ver a sus hermanas de nuevo.

—Mira, no quiero ser aguafiestas —dijo Reagan en un tono que insinuaba justo lo contrario—, pero creo que este plan es un poco… ambicioso. O sea, el que mucho abarca poco aprieta, ¿verdad, Vivi?

—A ver —intervino, Ariana—, ¿no estabas ahí en la tumba la noche en que Vivi nos salvó la vida? No *te vi* detener esa ola gigante con tu magia, Reagan.

—Nunca dije que Vivi no fuera *poderosa*. —Reagan abrió mucho los ojos, con expresión indignada—. Pero creo que Vivi será la primera en aceptar que le hace falta ponerse al corriente con sus hechizos. O sea, si los encantamientos se disipan durante la fiesta, nos vamos a meter en problemas muy graves. —Hizo una pausa para darle un sorbo a su bebida, pero de inmediato hizo una mueca de repulsión y la escupió en su vaso. Su vodka con agua mineral se había convertido en un líquido espeso y pardo—. ¡Quién convirtió mi bebida en jugo de carne! —gritó.

—Supongo que te hace falta ponerte al corriente con tus hechizos protectores —contestó Bailey con voz dulce. Hubo un breve instante de silencio y tensión, pero luego las cinco rompieron en carcajadas.

—Está bien, está bien, me lo merecía —dijo Reagan mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. ¿Cómo diablos voy a conseguir otra bebida? Me niego a ir a la barra y tener que saludar a las Theta.

—¿Por qué de pronto se volvieron tan competitivas con nosotras? —preguntó Ariana—. Pensé que había un entendimiento tácito de que no nos llegan a los talones.

—Scarlett me dijo que María culpa a Dahlia de haber filtrado el

manual —contestó Vivi.

—¿En serio? —preguntó Reagan con los ojos en blanco—. Solo lo está usando de pretexto para quitarnos nuestro lugar como la sororidad más prestigiosa de la universidad. Su discurso inclusivo es una simple estrategia de mercado. Es el plan más descabellado que he oído jamás.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Bailey mientras observaba a María con curiosidad.

—¿Además de subir un millón de *selfies* con citas «positivas»? —Reagan se encogió de hombros—. No sé, pero parece que se siente realizada nada más porque sale con el hijo de Vince Lee.

—¿El futbolista? —preguntó Ariana—. Es una leyenda en Westerly, ¿no?

Vivi sintió una opresión en el pecho. «¿Vince?». Fue el nombre que accidentalmente se le salió a su mamá el otro día. El nombre del padre de Vivi. Se había negado a buscar información sobre él hasta ahora, pero, si tenía un hijo en la universidad, eso significaba que Vivi tenía…

Con las manos ligeramente temblorosas, sacó su celular y buscó «Vince Lee Westerly». Había cientos de resultados, pero un año en particular llamó la atención de Vivi: 1998. Vince se graduó un año antes que Daphne, lo que significaba que estuvieron en el campus al mismo tiempo. ¿Cuántos otros Vinces pudo haber en el equipo de futbol americano en ese entonces?

Reagan asentía.

—Y dicen que Tim, su hijo, es todavía mejor que él. Es probable que deje la universidad antes de terminar para irse a la NFL. Y entonces María podrá vivir el sueño de ser una WAG —dijo Reagan. Las demás la miraron sin entender—. Así les dicen a las novias y esposas de los atletas profesionales, sobre todo a las que gastan la fortuna de sus parejas en joyas y peinados.

Vivi trató de mantener una expresión neutra, pero el corazón se le aceleró al buscar la alineación del equipo de futbol americano de Westerly en la época en la que su madre estudió ahí. Vince Lee era el único Vince del equipo. Él debía ser su padre.

—Mira quién habla —dijo Sonali con una sonrisa mientras tomaba un mechón del cabello anormalmente brillante de Reagan.

—Yo *no* pagué un peinado profesional —dijo Reagan, indignada—. Me lo hizo Mei.

—¿Estás bien, Vivi? —le preguntó Bailey—. Parece que te perdiste.

—Perdón, no es nada. —Vivi agitó la cabeza, pero ni así logró sacarse de la mente la duda expansiva que dominaba cualquier otro

pensamiento. ¿Tenía un medio hermano en Westerly?

La infancia solitaria de Vivi pasó frente a sus ojos. Las largas tardes sin nada que hacer en una procesión interminable de departamentos amueblados con lo mínimo indispensable en donde Vivi esperaba a que su madre volviera del trabajo. Siempre había fantaseado con tener un hermano o hermana, pero descartó la idea mucho tiempo atrás.

—Yo sé en quién está pensando —dijo Ariana con una sonrisita cómplice—. Acaba de entrar al bar.

Vivi siguió la mirada de Ariana y vio a Mason buscando a alguien en el salón abarrotado. A juzgar por su portafolio a reventar y las carpetas que llevaba bajo el brazo, venía directo de la biblioteca y lucía un tanto desconcertado de estar de pronto en un ambiente tan ruidoso y lleno de gente.

—No finjas que sabes leer mentes, Ari —dijo Vivi con una sonrisa afectuosa—. Sabemos que no es tu carta de presentación. Literalmente. —Dado que era una Copa, Ariana era buenísima para ponerse en los zapatos ajenos, pero los hechizos para leer mentes que tanto se les facilitaban a Astiles como Reagan eran su talón de Aquiles—. Ahora vuelvo.

Vivi se puso de pie y agitó la mano para llamar la atención de Mason, rompiendo por un momento el hechizo de distracción. Cuando sus miradas se encontraron, él esbozó una enorme sonrisa que a Vivi le provocó una sensación burbujeante en todo el cuerpo. Mason se acercó a su mesa y colocó el portafolio en el asiento junto a Vivi. Le dio un beso a Vivi en la mejilla y luego saludó a las demás chicas.

—¿Alguien quiere algo de beber? Puedo esperar en la barra mientras terminan su junta. Sé que no debo husmear en secretos de Estado.

—No te preocupes —dijo Ariana con voz dulce—. Siempre podemos borrarte la memoria.

Mason se rio mientras Bailey fulminaba a Ariana con la mirada.

—De acuerdo. Pero primero déjenme invitarles otra ronda de bebidas.

—Yo quiero otro vodka con agua mineral —dijo Reagan con la placidez de quien acostumbra que le inviten las bebidas en un bar. Luego volteó a ver la barra y miró de nuevo a Vivi y a Mason con una sonrisa traviesa—. De hecho, permíteme acompañarte. El guapo de mi clase de antropología acaba de entrar.

—Sí, claro —dijo Mason y miró a Vivi con una expresión risueña.

—Es un partidazo —susurró Ariana mientras Mason y Reagan se

dirigían a la barra—. Yo quiero uno así. Me pregunto qué tan bien funcionarán los hechizos de clonación.

La mesera se acercó a la mesa con una sonrisa.

—¿Quieren pedir algo de comer? ¿U otra cosa de beber?

Las Kappa se le quedaron viendo, desconcertadas. Los hechizos de distracción de Bailey *jamás* fallaban.

—Eh… creo que necesitamos unos minutos —dijo Vivi, y Sonali y Ariana intercambiaron miradas inquietas.

—No hay problema. Volveré tan pronto me deshaga de esto —dijo la mesera, refiriéndose a la bandeja llena de vasos sucios que tenía apoyada en la cadera. Sin embargo, antes de que diera media vuelta, algo chocó contra ella, y la bandeja salió volando por los aires.

De pronto, algo húmedo y frío le empapó la cara a Vivi y le nubló la vista. Jaló una bocanada de aire y miró con desesperación en todas direcciones, mientras Ariana, Bailey y Sonali hacían lo mismo. Su mesa estaba cubierta de charcos de cerveza, y las cuatro estaban empapadas con un líquido pegajoso.

Un segundo después, un brazo musculoso pasó por encima de sus cabezas; un tipo alto y rubio, con casquete corto, le había lanzado un puñetazo a un tipo aún más fornido, de cabello negro.

Bailey se levantó de un brinco y se aventó hacia el otro lado de la mesa, lejos de la línea de fuego, mientras Sonali se pegaba a la pared.

—¡Oigan! —gritó la mesera—. ¡Deténganse!

Los tipos la ignoraron, y luego un tercer fortachón se unió a la pelea. En cuestión de segundos, estaban unos encima de otros.

—¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea! —exclamó la multitud que se formó alrededor de ellos. A nadie parecía preocuparle que la pelea estuviera ocurriendo sobre la mesa. Un puño fue directo hacia Vivi y le rozó la mejilla, pero instintivamente se hizo a un lado, más por el susto que por el dolor.

—¿Qué diablos te pasa? —gritó Mason mientras se abría paso entre la multitud y quitaba a uno de los tipos que estaba sobre la mesa.

El rubio se enderezó y le lanzó un puñetazo a Mason.

—¿Por qué te metes donde no te llaman, Gregory?

Mason alzó un brazo para bloquear el golpe.

—Porque tú te metiste con mi novia y le acabas de pegar.

Vivi nunca había visto tal furia en la mirada de Mason.

El rubio miró a Vivi de arriba abajo y soltó una risotada cruel.

—Seguro hizo algo para merecérselo.

La voz de Mason se tornó fría y calculadora.

—No te expreses así de nadie. *Mucho menos* de mi novia. Pídele una disculpa.

Se escuchó un golpe seco cuando el puño del rubio se incrustó en el vientre de Mason. Vivi se levantó de golpe y se paró sobre su asiento, pero era difícil distinguir lo que estaba pasando porque la multitud parecía haberse duplicado en el último minuto. Incluso había gente parada en sillas o mesas que trataba de ver la pelea.

Sin pensarlo, cerró los ojos con fuerza y susurró lo más discretamente posible:

—Invoco a la Emperadora. Ayúdame ahora. —La muchacha de cabello rosado volteó a verla y sus miradas se encontraron. Se veía muy serena, a pesar del caos que se desataba frente a ella. Vivi desvió la mirada, desconcertada, pero en ese momento vio que uno de los involucrados le daba un puñetazo a Mason en la quijada. «¿Qué demonios les pasaba a esos tipos?». Vivi bajó la mirada y descubrió que dos cartas se asomaban de su baraja. Las liberó. Como era de esperarse, el Emperador y la Emperadora la vieron con absoluta serenidad, a pesar del desastre—. Invoco al Emperador y a la Emperadora. Ayúdenme ahora.

Un silencio tenso y repentino se cernió sobre el bar. Unas cuantas personas aún murmuraban, pero al menos dejó de oír bofetadas y gruñidos.

Vivi abrió los ojos de golpe.

El oponente de Mason se tambaleó y cayó en una silla. El tipo de cabello puntiagudo se resbaló, y Mason lo atrapó justo a tiempo y lo ayudó a apoyarse en la barra para no caer al suelo.

El rubio tenía una mano en la nariz sangrante, pero al menos no intentó atacar a Mason de nuevo. Solo se tambaleó hasta la salida, sin poder recobrar el equilibrio. La multitud se abrió para dejarlo pasar, pues nadie se atrevía a acercarse a él al ver su camiseta ensangrentada.

Vivi lo seguía con la mirada cuando de pronto el bar se transformó por completo. En vez de paneles de madera y mesas acogedoras, del techo salieron ramas y el suelo se convirtió en lodo. De las mesas y sillas salieron enredaderas que reptaban hacia donde estaba ella. Vivi sintió que algo se le enredó en el tobillo y ahogó un grito.

«¿Qué está pasando?». Intentó zafarse, pero descubrió que no podía moverse. Tenía los pies hundidos en el suelo y las enredaderas le trepaban por las piernas. Ya iban a la mitad del muslo y le rozaban las corvas de las rodillas.

El entorno también había cambiado. El aire acondicionado rancio se había convertido en algo húmedo y pegajoso. Escuchó aleteos. «¿Serán

polillas?», se preguntó. «O quizá mariposas…».

—¡Vivi! —Mason la tomó del codo.

Vivi parpadeó, y de golpe el bar volvió a ser lo que era. Techo normal, piso normal. Gente normal que volvía a sus mesas y a sus tragos, una vez que el espectáculo se había terminado.

Vivi dio unas cuantas bocanadas para intentar recobrar el equilibrio y calmar su corazón acelerado.

Por un instante, sintió que estaba de nuevo en el bosque. Perdida en la oscuridad, con una tormenta al acecho. Agitó la cabeza. Solo había sido un mal recuerdo. Eso era todo.

—¿Estás bien? —preguntó Mason. Apenas entonces vio su rostro, la mejilla amoratada y los hielos envueltos en servilletas que tenía en una mano.

—Estoy bien —contestó ella y se llevó una mano a la quijada. No sentía nada—. Pero me preocupas tú. —Vivi tomó el hielo de la mano de Mason y se lo puso a él en la mejilla para aliviar su dolor.

Él se obligó a sonreír, aunque su expresión era más bien de dolor.

—No es nada. Al menos no en comparación con Dante. —Volteó a ver al tipo del cabello puntiagudo apoyado en la barra. A juzgar por la hinchazón, alguien le había dejado el ojo morado.

—¿Lo conoces? —Vivi volteó a ver al tipo y luego a Mason.

—Estaba en PiKa conmigo. —Era la antigua fraternidad de Mason, a la que había renunciado el semestre anterior. Vivi sabía que la mayoría de sus mejores amigos seguían siendo parte de ella—. Es uno de los tipos más tranquilos que conozco. —Mason negó con la cabeza—. No entiendo qué mosco les picó.

—¿Están ebrios?

—Supongo. —Mason suspiró, y Vivi percibió la angustia en su voz —. Pero nunca lo había visto actuar así.

De forma impulsiva, Vivi lo abrazó de la cintura y escondió la cara en su pecho.

«Mason está bien. Todos están bien».

Incluso así, no podía sacarse de la cabeza la imagen del bosque.

CAPÍTULO SIETE

Scarlett

—Tengo que darte crédito, hermanita. Jamás se me habría ocurrido. Kappa en el País de las Maravillas… —Scarlett observaba la sala de la casa transformada. En vez de los sofás antiguos de siempre, había taburetes encantados con forma de hongos y setas. Las alfombras, para combinar, parecían pasto. Los espejos distorsionados por todas las paredes de la habitación hacían que el espacio pareciera más amplio de lo que era. Vivi la miró, expectante—. Pensé que habría más Reinas Rojas y Alicias —dijo Scarlett mientras se alisaba el vestido. La crinolina que tenía debajo rebotó, dándole a Scarlett la satisfacción que solo un fabuloso disfraz podía darle.

—¿Cómo crees? Nadie se atrevería. Temen por sus cabezas. Tú eres nuestra Reina Roja.

Y Vivi, sin duda, era su Alicia. La maravilla que Scarlett temía que su Menor hubiera perdido había vuelto a todo vapor, en cada detalle de la fiesta que había creado.

Los invitados paseaban por la fiesta vestidos como el Gato de Cheshire, la Liebre de marzo, el Lirón. Junto a la entrada del patio trasero, una fuente hecha con tazas de té en perfecto equilibrio fluía con champaña. Cerca de ahí, unas cuantas hermanas Kappa y hermanos PiKa se turnaban para pararse frente a un muro lleno de relojes. Un letrero cercano explicaba que los relojes revelarían la fecha de nacimiento del amor verdadero de quien los viera, aunque Scarlett sabía que solo estaban encantados para mostrar la fecha de nacimiento de quien estuviera más cerca.

Mei le llamaba el muro de los besos. Vivi lo había nombrado el Muro de Corazones, que Scarlett supuso que Lewis Carroll habría

preferido. Scarlett vio la reacción de júbilo de Mei al ver que los relojes le mostraban una serie de números a un chico de PiKa al que le tenía el ojo puesto desde el semestre anterior y quien de alguna forma había logrado que su disfraz de Tweedledee se viera sexy.

—Oye, ese es mi cumpleaños —proclamó el incauto PiKa. Le guiñó el ojo a Mei.

—No me digas, Capitán Obvio —respondió Mei.

—No, soy Tweedledee —dijo él, muy serio.

—Sí que lo eres.

«No sé si es el indicado», *Mei*, Scarlett se aventuró a decir en la cabeza de Mei. Era evidente que había bebido de más en el precopeo de las Theta.

«Tweedledee está tan mal que podría estar bien… después de unas doce tazas de café», respondió Mei en la cabeza de Scarlett.

Al ver a Mei echarse el cabello blanquecino sobre el hombro de su vestido de la reina Blanca y coquetear con su nueva pareja, Scarlett sintió una opresión en el pecho. No podía evitar pensar en qué tendría puesto Dahlia de haber estado ahí, o en qué le estaría susurrando Tiffany al oído.

Probablemente, algún mordaz comentario sobre el tema. Tiffany siempre odió las fiestas temáticas. Scarlett contuvo una sonrisa, conflictuada.

«No debería de extrañarla después de lo que hizo». Scarlett inhaló profundo, un aliento purificador.

A un costado suyo, Vivi seguía ruborizada por los cumplidos de su presidenta.

—Sé que dijiste que no exagerara…

Scarlett miró a su hermana menor de reojo.

—Sí, es mucho. —Se había preocupado cuando Vivi comenzó a hacer los preparativos. Los hechizos estaban a cargo de todo, desde los encantamientos hasta el bar que servía las bebidas por sí solo, sin mencionar la protección contra manchas de toda la casa porque, claro, era fiesta universitaria—. Pero lo lograste.

Vivi se irguió, complacida por lo que acababa de oír, y Scarlett sintió una oleada de afecto por su hermana.

Estaba orgullosa de su hermana menor. Y feliz de que su primera fiesta como presidenta fuera tan bien. Ese sería el año de las Kappa. Se aseguraría de ello.

Ni siquiera la fiesta de precopeo de las Theta, planeada con toda alevosía, había resultado ser un problema. Juliet y Etta trabajaron juntas para poner un hechizo sobre la puerta que rechazaba de forma

automática a cualquiera que hubiera bebido de más. Les provocaba la repentina e irresistible urgencia de volver a casa y dormir. El Tweedledee de Mei parecía la excepción, no la regla.

—Ah, y… perdón por eso. —Vivi miró por detrás de Scarlett.

Abajo, un puñado de meseros circulaban entre la gente con bandejas llenas de canapés y cocteles en copas especiales. A Scarlett le tomó un minuto entender a quién miraba Vivi y por qué.

Jackson llevaba una bandeja de champaña, que le ofrecía a un grupo de chicos de tercer año que estaba cerca de la chimenea. Scarlett sintió el cuerpo caliente y frío a la vez.

Aun con los exagerados trajes del Sombrerero Loco que Vivi les había dado a los meseros, Jackson se veía bien. Tenía una delgada cadena alrededor del cuello, con el cabello engominado por debajo del sombrero de copa, pero usaba el atuendo con la misma confianza con la que vestía sus jeans, como si no le importara lo que la gente pensara de él.

«Y yo menos que nadie».

—Olvidé cancelarlo. Podemos enviarlo a casa. Puedo hacer un… —susurró Vivi, sin duda a punto de ofrecer hacer un hechizo.

—Está bien —respondió Scarlett, con voz tensa—. Necesita el dinero. No quiero costarle un trabajo solo porque no está interesado en mí.

A un costado, Vivi resopló.

—Si no estaba interesado, te lo podía haber dicho. No hacía falta que te diera esperanzas para luego plantarte en frente de la gente. ¿Qué fue eso?

—No sé y no me importa. No sé en qué estaba pensando. Nunca habría funcionado… —Scarlett se dio cuenta de que estaba usando demasiadas palabras para alguien que fingía que no le importaba; se detuvo. Alejó la mirada de Jackson, con la nariz en alto—. Hacia adelante, sin mirar atrás—. Sin embargo, por alguna razón, ese rechazo parecía más difícil de dejar atrás que cualquier otro. Quizás era porque sus emociones seguían a flor de piel después del semestre anterior. O tal vez porque no podía evitar pensar en cómo habrían sido las cosas si no tuviera que guardar los secretos de Kappa.

Como si hubiera sentido su mirada encima suyo, Jackson miró hacia arriba para examinar el balcón. De inmediato, Scarlett dio un paso hacia atrás.

Vivi seguía a su lado, con la espalda erguida, y a la espera de recibir más órdenes. Su entusiasmo hacía que su disfraz de Alicia —con el vestido azul y el moño inocente encima del cabello encantado— se viera

aún más convincente.

Scarlett resistió el impulso de reírse.

—Anda. —Ahuyentó a su hermana menor hacia las escaleras—. Disfruta tu fiesta. Te lo ganaste.

La vio bajar para sumarse a su panoplia de arreglos, luego la siguió, despacio, e intentó encontrar su energía habitual. Por lo general, Scarlett adoraba las fiestas. Ver y que la vieran. Impresionar a todo el campus.

Esa noche se sentía distinta. Quizás era porque ella era la responsable de todo. O quizás porque, al bajar los escalones, solo unos cuantos rostros la siguieron con la mirada.

No había escatimado ni un poco en su disfraz de Reina Roja. El vestido era una reinterpretación del que Beyoncé usó en un video que había lanzado para otro de sus álbumes sorpresa, pero Scarlett había cambiado el color de platinado a rojo. Tenía el cabello en un panal de suaves rizos rojizos que apuntaban hacia el techo. Mei le había encantado el maquillaje con María Antonieta en mente: labios rojos, mejillas rojas, unas pequeñas siluetas dibujadas con delineador que se suponía que representaban pasión. En términos objetivos, era una visión andante, ¿por qué no lo reconocían todos en la fiesta?

Del otro lado de la sala, otra chica había ido bastante más lejos: una peluca más alta que parecía hacer crecer rosas por sí misma, y un vestido de coctel rojo hecho de cuero pero que de todos modos parecía contorsionarse en un estilo de salón neoclásico. Scarlett era una visión, pero esta chica era un espectáculo.

«Vulgar», pensó. Y, sin embargo, la multitud se deshacía en elogios frente a ella.

El sabor amargo en la boca de Scarlett se agrió más cuando la otra chica se dio vuelta y Scarlett se dio cuenta de que se trataba de María. Debió saberlo por el compañero alto y con bigote al que llevaba del brazo, con orejas de conejo y un reloj digno de Flavor Flav colgado del cuello. Tim y María eran una de las parejas más conocidas. De hecho, Mason y Scarlett tuvieron un par de citas dobles con ellos durante su primer año, pero cuando Scarlett recibió una pluma roja y María no, no volvieron a salir. Scarlett la había visto en fiestas, pero ahora parecía verla en todas partes. Pues no iba a dejar que las acciones de Dahlia y los mezquinos planes de venganza de María se interpusieran en el camino de sus modales.

Se deslizó hasta donde estaban con una sonrisa forzada en el rostro.

—Tim, María. Qué gusto que vinieron. No sabía si llegarían, ya saben, por la fiesta que organizaste y todo eso.

La sonrisa de María se tensó en las orillas.

—¡Claro! No nos perderíamos su fiestecita como postre de la nuestra —Guiñó el ojo. Scarlett estaba a punto de reventar, pero María ya había pasado a señalar sus disfraces—. Y, supongo que las grandes mentes piensan igual, ¿eh? ¡Qué coincidencia!

Scarlett se mordió el carrillo de la mejilla y se resistió al impulso de señalar que su disfraz hecho a la medida y digno de un diseñador de renombre no tenía nada en común con el disfraz de vinilo de María.

—Te ves muy bien —dijo Scarlett, tan cortés como pudo. No debió ocultar su irritación muy bien, porque María le dio unas palmaditas en el antebrazo.

—Ay, corazón, no te preocupes, tú también te ves adorable.

Scarlett se quitó la mano de María de encima, decidida a no permitir que esa niña pequeña volviera a alterarla. A final de cuentas, María no era más que eso: una niña. Y ella era Scarlett Winter.

—Y yo estoy feliz de que alguien se haya atrevido a traer el vestido de carne de vuelta.

La sonrisa de María desapareció; le hundió las uñas en el brazo a Tim.

—Auch, nena. —Tim se rio.

—Tengo que socializar —dijo Scarlett tras dar un paso al costado—. Disfruten de la *fiestecita*.

María la detuvo con un brazo extendido.

—¡Espero que a la próxima puedan ir a la casa de las Theta! Vamos a tener otra fiesta el próximo fin de semana.

—Oye —intervino Tim—, tal vez puedas convencer a los PiKa de que vayan. Si Mason y tú quieren… —Se detuvo cuando María le dio un codazo en el costado. Al parecer, Mason no había seguido en contacto con sus hermanos de PiKa después de dejar la fraternidad. De otro modo, Tim habría sabido sobre su ruptura con Scarlett. María, sin duda, sabía; tenía una sonrisa más grande que la del Gato de Cheshire.

—Mason ya no está en PiKa, y ya no estamos juntos —respondió con mucha tranquilidad—. *Y* voy a tener que revisar mi agenda. Algunas *sí* tenemos trabajo de la escuela por hacer.

Asintió una vez más a María y se disculpó.

«Diablos». Eugenie tenía razón. Las Theta habían emprendido una fuerte campaña para ser anfitrionas del Baile de Primavera. No había otra razón para que María organizara eventos en fines de semana consecutivos, sobre todo si uno de esos eventos se empalmaba de forma tan directa con uno de Kappa.

Debió haber enviado a un par de chicas al precopeo de Theta, para averiguar si en realidad fue un evento decente, el tipo de competencia por el que Kappa tendría que preocuparse. Le costaba trabajo creer que lo fuera, sobre todo al considerar la reputación de Theta como la sororidad segundona… y el pequeño detalle de que las Kappa podían usar magia.

La casa estaba llena del rumor de las conversaciones y el choque de las copas. Al caminar por el vestíbulo, vio al chico que la emboscó para pedirle direcciones, ¿Xavier?, vestido de negro de pies a cabeza. Merodeaba la entrada de la casa y sobresalía como Pie Grande en un centro comercial. ¿Qué hacía en la fiesta?

El mar de gente se abrió con facilidad para que Scarlett llegara hasta donde él estaba, como siempre hacían las multitudes por ella.

—Sí sabes que esta era una fiesta de disfraces, ¿verdad? —dijo cuando llegó a su lado.

—Estoy disfrazado —dijo Xavier.

—Si tienes que explicarlo, no es un disfraz.

—No estoy de acuerdo. Creo que esos son los mejores disfraces. ¿Nunca has oído hablar de la Sota de Espadas? —dijo Xavier con una floritura del brazo—. La Reina Roja lo sentenció a muerte. Pero, al final, resultó que él no era la Sota de Espadas, sino de Tréboles.

—¿Y Lewis Carroll sabe sobre esto? —preguntó Scarlett.

—Era una sota menos conocida. —Se sacó una carta del bolsillo y se la dio a Scarlett. Era la Sota de Tréboles.

Scarlett sintió cómo los labios se le extendían en una enorme sonrisa; era agradable sentirse sorprendida.

—No vas a ganar el concurso de disfraces, pero te puedes quedar.

Xavier inclinó la cabeza.

—Gracias, Su Majestad.

—Creo que no deberías de agachar la cabeza frente a la Reina Roja —bromeó Scarlett.

—No me molesta un poco de peligro. Creo que la reina me va a perdonar la vida.

Scarlett sintió cómo la tensión desaparecía un poco. Se sentía bien hablar con alguien que no sabía nada sobre sus problemas.

—¿Y cómo se compara nuestra fiesta con las tuyas en…? —Scarlett alzó la barbilla; no quería dar la impresión de que en realidad le importaba su respuesta.

—Vanderbilt —Xavier completó la pregunta por ella. Hizo una larga pausa para mirar a su alrededor—. Te lo cuento con un café, si quieres tomarte uno conmigo mañana.

Scarlett resopló.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy, muy persistente?

—«Persistente» es mi segundo nombre. —Hizo una reverencia, como si estuviera frente a un público—. Nueve de la mañana, en el Molino.

El café del campus. Scarlett habría preferido ir a la sala exclusiva para estudiantes de tercer y cuarto año en el edificio Taylor. Pero ¿cómo iba a saberlo? Era nuevo.

—Nunca dije que sí —dijo considerándolo de nuevo. Tras un día devastador, en el que la vida fue toda lluvias y truenos, Xavier sin duda era un pequeño arcoíris.

—Tampoco dijiste que no.

No pudo evitarlo. Dirigió la mirada de vuelta a la multitud, hacia los meseros que circulaban entre ella. No encontró a Jackson desde donde estaba, pero Xavier pudo leer su expresión sin ningún problema.

Scarlett hizo una mueca de hartazgo.

—*No*. Ya, lo dije. ¿Contento, Xavier?

—Ah, ya veo. —Su actitud cambió de inmediato. Irguió la espalda y se llevó las manos a los bolsillos—. La dama está comprometida con otros caballeros. No te preocupes, sé captar indirectas.

Se alejó, con las manos en los bolsillos.

Scarlett lo vio irse. Al mismo tiempo, vio a varias chicas mirándolo también. Dirigió su atención de vuelta a la fiesta. «¿Qué estaba haciendo?». Claro, el ridículo. Había tirado a un chico de lo más aceptable por uno que no quería ni voltear a verla.

No había querido atreverse a ver a Jackson de nuevo. No tan pronto, no cuando él había dejado muy claro que no estaba interesado, pero, al saber que estaba tan cerca, Scarlett no podía resistirse. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que algo no estaba bien. Hubo algo en su última conversación que le pareció fuera de lugar. Aun si no le gustaba a Jackson, habría esperado que se lo dijera. Siempre había sabido comunicarse bastante bien.

«¿Y si recuerda más de lo que debería?».

No sabía qué haría si su hechizo para la memoria fallaba. ¿Intentarlo de nuevo? Odiaba esa idea. Nada había cambiado. Su lealtad siempre estaría con Kappa antes de con cualquier otra cosa o persona.

De pronto, como si lo hubiera invocado, los rizos de Jackson aparecieron en la cercanía. Desapareció por la esquina del vestíbulo. El pulso se le aceleró a Scarlett de solo verlo pasar. El corredor al que se dirigía estaba acordonado con sogas de terciopelo y un gigantesco letrero,

imposible de no ver, que decía: SOLO KAPPAS.

«¿Qué hace?».

Salió del área común y pasó por encima de los cordones para seguirlo. Quizás se había perdido de camino a los baños.

Dobló la siguiente esquina, hacia donde estaban las alacenas y las escaleras que llevaban al sótano. No quería que alguien tan tenaz y perspicaz como Jackson husmeara por ahí. En cuanto dio la vuelta, se paralizó y se quedó sin aliento. Sentía como si alguien la hubiera golpeado en el vientre.

Jackson estaba recargado sobre la puerta del sótano, a plena vista, pero no estaba solo. Una chica con una falda brillante de plástico tenía las manos alrededor de su cuello. Le susurró algo al oído. Luego, sus labios se encontraron.

Por una fracción de segundo, la chica volteó; el estómago le dio un desagradable vuelco a Scarlett. Era una chica de Theta. «Cait».

Entonces, Jackson la besó de nuevo. Scarlett se dio vuelta, con el corazón partido por la mitad.

CAPÍTULO OCHO

Vivi

Vivi sonrió mientras dos chicas, una vestida como una versión sexy del conejo blanco y otra con un disfraz que parecía ser de oruga sexy, observaban maravilladas la mesa de refrigerios.

El pecho se le infló de orgullo al admirar su obra de arte. La mesa estaba cubierta con platones llenos de postres de color pastel. Había pastelillos del tamaño de pelotas de basquetbol, de colores rosa y blanco, y también *ecláirs* de lavanda apenas del tamaño de una caja de cerillos. En una orilla de la mesa, una enorme tetera plateada producía volutas de vapor.

—¿Cuál es el truco? —preguntó la coneja sexy y se inclinó hacia la tetera para verla más de cerca.

—¡Ten cuidado! —La oruga jaló a su amiga de la cola blanca y esponjosa para evitar que se quemara la nariz pintada de rosa—. Oí que contrataron un especialista en efectos especiales de Hollywood. Seguro les costó una fortuna.

Sobre sus cabezas, linternitas en forma de taza de té flotaban por el jardín, idénticas a las de los encantamientos hechos a los candelabros del interior. Parecía una fiesta de té mágica, salvo por la esquina del patio que habían reservado para la pista de baile en forma de tablero de ajedrez.

Las Kappa habían hecho un trabajo extraordinario con los hechizos, coordinadas por Vivi.

Los elogios de Scarlett al inicio de la velada hacían eco en su mente. «Se ve increíble». Vivi estaba de acuerdo.

A su lado, Mason sonrió y el destello de las velas flotantes se reflejó en su mirada.

—Es innegable que las Kappa tienen una peculiar tendencia al

drama.

—¿Insinúas que *somos* dramáticas? —dijo, con un resoplido de indignación fingida—. ¡Jamás! —Se inclinó hacia él y le recorrió el centro del pecho con la punta de un dedo. Mason había echado la casa por la ventana con su disfraz de Sombrerero Loco y se veía supersensual con su abrigo púrpura, corbatín de moño y sombrero gigante—. Aunque no puedes negar que se nos da de maravilla.

Mason la tomó entre sus brazos y la giró para quedar cara a cara.

—Sí, de maravilla. —Se inclinó hacia ella hasta que sus frentes se encontraron. Ella se acercó más para besarlo y luego se separó con una sonrisa.

—Ven. Hay invitados a los que todavía no saludo. Hay que socializar.

Mason se estremeció.

—Sí sabes que por eso abandoné el sistema griego, ¿verdad?

—¡Ay! ¡Pero tuviste opción! Te dije que no era necesario que vinieras.

—¿Ah? ¿No querías que fuera testigo de tu triunfo? —Mason miró a su alrededor, asombrado, y luego le tendió la mano. Vivi se la tomó, y Mason la hizo girar. La falda del vestido de Vivi flotó por los aires con el movimiento.

—Son tan tiernos que empalagan —les dijo Bailey mientras ponía los ojos en blanco—. Deberían exigir permisos para que parejas como ustedes pudieran aparecer juntas en público.

—Uy —dijo Mason—, ¿eso significa que tu cita de la otra noche fue un fracaso? —Después de oír a Bailey quejarse de lo difícil que era conocer chicos en la carrera de literatura francesa, Mason ofreció presentarle a un amigo suyo.

Bailey miró a Mason con expresión amarga.

—Ojalá me hubieras advertido que hacía imitaciones de Adam Sandler.

Mason meneó la cabeza.

—Le dije que eso no era apropiado para una primera cita. Lo lamento, Bailey. Te prometo que es buen tipo.

Ariana se acercó dando brinquitos con varias copas en las manos. A pesar de lo mucho que se movía, no derramó ni una sola gota. Era, en sus propias palabras, una de las virtudes de ser Copa.

—A ver, el ponche ya tiene suficiente mezcla especial antiresaca.

—Eres mi heroína. —Vivi aceptó la bebida que Ariana le entregó y les sonrió a Reagan y Sonali, que estaban cerca—. Las linternas quedaron

increíbles. Y la gente está enloquecida con los hologramas de flamencos, Sonali.

Sonali hizo una reverencia exagerada.

—Es el truco favorito de las cenas de mi madre.

Vivi estaba a punto de preguntarle qué tipo de cenas organizaba su madre, pero entonces vio que Reagan hacía una mueca de repulsión por algo que estaba atrás de Vivi.

—Aguas —dijo, justo antes de que Vivi escuchara que alguien a sus espaldas carraspeaba.

Al voltear, encontró a una chica que le resultaba vagamente familiar, vestida de la Reina Roja (lo cual seguramente le molestaría a Scarlett), acompañada de un muchacho de cabello oscuro con un reloj de bolsillo gigante sobre el brazo. Detrás de ellos estaba la chica del cabello rosado que había visto por segunda vez en El Universitario Sediento.

—Eres Vivi, ¿verdad? —dijo la Reina Roja con una gran sonrisa—. Me dijeron que eres la artífice de esta maravilla. —Le tendió la mano—. Soy María. Él es mi novio Tim y ella es Rose, también de la casa de Theta.

«Tim». Vivi se quedó sin aliento mientras veía al hijo de Vince Lee, el chico que quizás era su hermano. Parecía la caricatura de un *quarterback* estrella, con su quijada cuadrada y su rostro rectangular que a Vivi le hizo pensar en Gastón de *La bella y la bestia*, aunque su expresión era más tediosa que intimidante. Salvo por el cabello castaño oscuro, no se parecía a Vivi en nada, pero, a fin de cuentas, eran medios hermanos… y quizá Tim se parecía más a su mamá que a su papá.

—Eh, gracias —Vivi miró de reojo a sus amigas. Reagan no cabía de orgullo, mientras que Ariana, Bailey y Sonali miraban a María con suspicacia. Tras titubear un segundo, le estrechó la mano a María.

La otra chica se la estrechó con una precisión profesional que le recordó a Vivi los simulacros de entrevistas laborales que hacían en la clase de economía de uno de los bachilleratos a los que asistió.

—Tienes que ser una magnífica planeadora para sacar adelante algo tan sofisticado —dijo María, soltándole la mano—. Qué pena que no tuvimos alguien como tú hace unas horas. Nuestra fiesta de esta noche podría haber atraído más gente.

—Tal vez debieron pensarlo dos veces antes de organizarla el mismo día que la fiesta de Kappa —intervino Reagan con voz dulce.

María arqueó una ceja y miró con curiosidad la copa de vino de Reagan.

—Ahí está la famosa hospitalidad de las Kappa de la que tanto hablan.

—¿Ya vieron la mesa de postres? —intervino Bailey de inmediato—. Deberían echarle un ojo antes de que se acaben los *éclairs*.

Esa palabra despertó ligeramente a Tim.

—¿*Éclairs*?

María meneó la cabeza con pesar.

—Yo estoy haciendo la Whole30 y Rose no come gluten.

Tim se entristeció, entonces Vivi vio su ventana de oportunidad.

—Bueno, pero *tú* no deberías perdértelos por nada. Están exquisitos. ¡Ven, te los enseño! —Su emoción repentina desconcertó a Mason, pero Vivi decidió ignorarlo. No tenía nada de malo que la coordinadora de eventos sociales de Kappa se encargara de entretener a los invitados, aun si eso implicaba guiarlos un par de metros hacia la mesa de refrigerios—. ¡Henos aquí! —dijo Vivi y le entregó a Tim un plato—. ¿Te la estás pasando bien en la fiesta?

—¿Eh? —Tim estaba muy concentrado llenando su plato de postres color pastel—. Sí, está bien.

—¿Qué otros planes tienes este fin de semana?

—No sé. Otras fiestas, supongo. —Le dio un mordisco tan entusiasta al pastelillo que se formó una nube de azúcar glas frente a él—. Ah, y el partido del domingo.

—Claro —dijo ella y sintió una punzada de decepción. Si Tim y ella eran medios hermanos perdidos, debía haber algún tipo de conexión entre ellos, ¿cierto? Un entendimiento natural, cierta familiaridad y comodidad. La realidad, en cambio, era muy extraña—. Tu papá estudió en Westerly, ¿verdad?

Tim volteó a verla por encima de la montaña de pastelillos, sorprendido. Tenía una mancha blanca de azúcar en la nariz que le recordó a Vivi al video del perro al que a atraparon con el hocico metido en el refrigerador.

—¿Te gusta mucho el futbol universitario?

—Sí, muchísimo. Me encantan… los deportes —contestó Vivi con voz débil, aunque sabía que no había un solo hechizo en el mundo entero que fuera capaz de hacerla pasar por una entusiasta del futbol americano —. Bueno, no del todo. Es que…

Al menos Tim no parecía prestarle atención al tartamudeo de Vivi. Le dio otra mordida al *éclair* y la miró con expresión complacida, como si no tuviera problema con devorar los postres mientras la chica torpe de primer año descifraba exactamente lo que quería decirle.

—No sé mucho sobre mi padre, si por ahí va tu pregunta —dijo Tim con voz lo suficientemente amable.

—Eh, no son… ¿cercanos?

—Mi mamá no habla mucho de él. De hecho, durante mucho tiempo no supe que había sido futbolista.

—¡Yo tampoco! —exclamó ella. Tim se le quedó viendo confundido. No había forma de salir de ese bache. Vivi *nunca* había sido capaz de salir de los baches con gracia. Si no le decía la verdad en ese momento, Tim pensaría que estaba medio trastornada y pasaría el resto de su vida en Westerly evitándola—. A ver, esto va a sonar muy descabellado, pero… —Inhaló profundo—. Yo también crecí sin papá. Ni siquiera sabía su nombre hasta hace unas semanas, cuando a mi mamá se le escapó por accidente. Dijo que se llamaba Vince y que jugaba futbol en Westerly. Y mi mamá se graduó un año después que tu papá.

Vivi se preparó para las risotadas de incredulidad o una respuesta agresiva del tipo «¿me estás queriendo tomar el pelo?». En vez de eso, Tim se le quedó viendo largo rato con una expresión inescrutable.

—Caray —dijo él finalmente.

—Sí —dijo Vivi. Hubo otro silencio incómodo—. Estoy segura de que no era lo que esperabas escuchar esta noche. Mi mamá dijo que mi papá jugaba futbol en Westerly, lo que me hace pensar que… —Se quedó callada, sin poder pronunciar las palabras.

—¿Que a lo mejor somos hermanos o algo así?

—Sí —dijo ella, aliviada de que él le quitara las palabras de la boca —. O algo así.

—Sería una superlocura —dijo él y sonrió por primera vez.

—Bueno, una locura normalita —contestó Vivi de inmediato para que él no la tildara de intensa—. No es como si estuviéramos en un *reality show* o algo por el estilo.

—Sí, supongo. Eh, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Vivi.

—Vivi —repitió Tim, como si saboreara la palabra—. Un placer conocerte, Vivi. —Tim meneó la cabeza y se rio—. Perdón, es raro decirle eso a tu potencial hermana.

Vivi sonrió.

—Sí, es una situación muy extraña. ¿Dónde creciste tú?

—Nací a las afueras de Nueva Orleans, pero nos mudamos a… — Tim se quedó callado porque lo distrajo una de las linternas flotantes que pasó por encima de él.

Vivi había intentado asegurarse de que las lamparitas no se alejaran demasiado del roble para no despertar sospechas, pero esa taza transparente parecía suspendida en el aire, sin nada que la separara del

cielo estrellado. Vivi sintió un nudo en el estómago.

—Son alambres invisibles —contestó con voz casual.

—Qué buena onda —dijo Tim—. Y, ¿cómo…? —Sus palabras se ahogaron en el estruendo escandaloso que venía del interior de la casa.

Vivi intercambió miradas inquietas con Ariana, quien seguía hablando con Mason y Bailey a unos metros de ellos. «¿Fuegos artificiales?», le dio a entender Ariana. Vivi le había dicho a Reagan que bajo ninguna circunstancia encenderían fuegos artificiales esa noche. Además, el estallido venía del interior de la casa.

—Perdona —le dijo Vivi a Tim, con una sonrisa fingida, a pesar del pánico que le inundaba el vientre—. Tengo que revisar algo. Ahora vuelvo. —Tan pronto se dio media vuelta, vio horrorizada que la taza flotante explotaba como un globo y lanzaba esquirlas de vidrio en todas direcciones. La gente que estaba junto a la mesa de las bebidas gritó y se agachó para resguardarse, incluyendo a Rose, a quien le cayeron trozos de cristal en el cabello—. ¡No te muevas! —le gritó Vivi y corrió hacia ella, pero Rose ya se estaba quitando las esquirlas manchadas de sangre que le habían rasgado la piel. Antes de que Vivi pudiera ayudarla, Rose se dio media vuelta y salió corriendo, agarrándose el brazo—. ¡Espera, Rose! —le gritó Vivi de nuevo. Si la alcanzaba, podría conjurar un hechizo sanador y otro para borrarle la memoria. Pero otros estallidos ahogaron su voz; las tazas flotantes se iban reventando una por una.

—¿Qué hacemos? —le susurró Ariana.

—Ve por Scarlett —le dijo Vivi mientras metía las manos con desesperación en los bolsillos del disfraz. No había podido guardar en ellos toda su baraja de tarot, pero había seleccionado unas cuantas cartas por si acaso necesitaba reforzar algún hechizo.

Ariana asintió y se fue hacia la casa, justo cuando Sonali volvió.

—¡La hoguera…! —exclamó sin aliento—. ¡Auxilio!

Vivi miró hacia el lugar del que venía Sonali y vio a Reagan y a Bailey a ambos lados de la hoguera, cuyas flamas se alzaban hacia el cielo con tal furia que habían empezado a rebasar el anillo de piedra que las rodeaba. Algunas eran tan altas como la casa de las Kappa, a pesar de que en la hoguera no hubiera suficiente leña como para producir algo tan intenso.

—¡Dios mío! —susurró Vivi, horrorizada, mientras las brasas ardientes salían disparadas hacia los balcones de madera.

Sonali y Vivi se echaron a correr y alcanzaron a Bailey y a Reagan justo a tiempo para conjurar un hechizo colectivo.

—Invocamos a la Reina de Astiles y Fuego. ¡Ayúdanos a extinguir

este estruendo!

Vivi se dio media vuelta. Estaban hablando demasiado fuerte y cualquiera podría escucharlas. Entonces descubrió que el jardín entero era un caos. Había chicas de otras sororidades trepadas en las bancas para evitar pisar los montones de cristal apilados en el suelo. Los muchachos cargaban a sus novias para sacarlas de ahí, mientras otros atravesaban el pasto corriendo para salir a la calle.

Nadie les estaba prestando atención. O al menos eso quería creer Vivi. Inhaló profundo y se unió al conjuro.

—Invocamos a la Reina de Astiles y Fuego. ¡Ayúdanos a extinguir este estruendo!

En ese momento sintió la magia. Le recorrió los hombros, los brazos, y se unió con la energía que emanaba de Reagan, Bailey y Sonali. En vez del intenso flujo de energía que por lo regular se producía cuando conjuraba hechizos con sus hermanas, Vivi sintió un jalón de resistencia dolorosa, como si le hubiera dado puñetazos a una pared de ladrillos. Era como si el hechizo estuviera saliendo mal.

Y las flamas siguieron creciendo y lengüeteando de forma hambrienta el costado de la casa de las Kappa.

—Invocamos a la Reina de Astiles y Fuego. ¡Ayúdanos a extinguir este estruendo!

Vivi gritaba las palabras, pero no escuchaba a sus hermanas porque el estruendo del fuego lo dominaba todo. Solo sentía el calor y la presión de esa otra mente que apaleaba la suya.

Luego, a lo lejos, en los linderos de su percepción, le pareció escuchar otro sonido.

«Carcajadas».

—¡Vivi!

Alguien la agarró de los hombros, se desconcertó tanto que soltó las manos de sus hermanas y sintió que la magia se apagaba como una vela.

Scarlett murmuró algo a su lado. Instantes después, Mei y Etta se detuvieron e inhalaron profundo. En un parpadeo, la hoguera se extinguió como si nunca hubiera existido. Y hasta se apagaron las llamas que empezaban a quemar la fachada de la casa.

—Gracias —dijo Vivi con voz ronca y suspiró, aliviada. No le duró mucho el gusto. El jardín estaba casi completamente destruido, y el pasto estaba cubierto por una capa de copas y platos rotos.

En todas las superficies resplandecían las esquirlas de vidrio de los candelabros flotantes. Los asistentes que quedaban estaban conmocionados. Tenían los ojos desorbitados y la boca entreabierta. No

podían creer lo que estaban viendo.

A través de las puertas del patio, Vivi alcanzó a ver que el desastre en la casa era muy parecido. Todos los muros y las alfombras estaban manchados, y alguien había roto la mesa del comedor por la mitad. Por si eso fuera poco, a lo lejos se escucharon sirenas. Alguien había llamado a la policía.

Los invitados asustados se desbandaron, y solo quedaron las Kappa. Finalmente, Vivi volteó despacio a ver a Scarlett y se preparó para la furia o la decepción. O una combinación de ambas cosas.

Scarlett solo apretó la quijada y desvió la mirada. Observó el desastre y empezó a dar órdenes:

—Jess, recibe a la policía en la puerta. A ver cómo le haces para convencerlos de que aquí no pasó nada. Sonali, ve con ella. Reagan y Bailey, limpien este desastre. —Señaló la hoguera—. Mei y Etta, ayúdenme allá adentro. Juliet y Hazel, les toca limpiar el patio…

—¿Y yo? —preguntó Vivi en voz baja.

Scarlett le lanzó una mirada tan fría que Vivi se estremeció a pesar del aire cálido de Savannah.

—Creo que ya hiciste suficiente por hoy.

CAPÍTULO NUEVE

Scarlett

Cuando lograron poner la casa en relativo orden, ya eran las tres de la mañana. Gracias a Mei y Etta, la sala estaba reluciente otra vez, todas las superficies limpias del ponche y la comida que se habían derramado en el frenesí por huir del caos. La policía les dio solo una advertencia, pues era la primera falta de las Kappa; la policía *no* era llamada a las fiestas de Kappa Rho Un.

Scarlett se imaginaba la llamada que recibiría de su madre en la mañana, pero eso no importaba de momento. Necesitaban concentrarse.

—¿Todas entienden lo que tienen que hacer? —preguntó en voz baja.

Todo el aquelarre estaba de rodillas sobre la alfombra de la sala, alrededor de un tazón con hojas de laurel e incienso de cerdo, para purificar y proteger. Todas las chicas tenían su baraja de tarot en frente, con una carta volteada, todas cartas distintas del palo de Espadas.

—Tal vez deberíamos hacerlo en la mañana —murmuró Etta—. Están exhaustas, Scar.

—Dahlia nos habría dejado descansar —añadió Reagan, con una mirada penetrante en dirección de Scarlett.

Scarlett apretó los dientes frente a la oleada de molestia. Dahlia nunca tuvo que alterar la memoria de la mitad del estudiantado de un solo golpe. Una cosa era que sus hermanas se quejaran cuando les intentaba enseñar algo nuevo, otra muy distinta era que renegaran de su obligación más esencial: proteger a su aquelarre.

—Tienen razón. Deberíamos dormir un poco y, cuando alguien pinte la palabra «bruja» en nuestra puerta con grafiti, la gente comenzará a

creerles porque van a recordar la vez que la Casa de las Kappa se incendió y luego se apagó sola —respondió Scarlett, a la defensiva.

Mei intervino.

—El tiempo es esencial con los hechizos de memoria.

Scarlett le agradeció a Mei en su cabeza. No quería dar evidencia a las sospechas de que Mei siempre se ponía de su lado.

—¿Scarlett, no deberíamos pedirle a una bruja de Espadas que guíe el ritual, entonces? —insistió Reagan. Le dio un empujoncito a Sonali, que estaba a su lado. Sonali no parecía tan segura de sí misma; agachó la cabeza y la movió de lado a lado.

Scarlett suspiró.

—Entiendo que todas estemos estresadas. Pero las cosas van a empeorar si no estamos unidas. Así que —les tendió las manos a las chicas que tenía a ambos costados— ¿están conmigo o no?

Reagan la miró a los ojos, la barbilla alzada en señal de desafío. Pero, una por una, las demás comenzaron a tomarse de las manos. Tras una larga pausa, Reagan al fin puso una mano sobre la de Sonali y otra sobre la de Vivi.

Scarlett intentó ocultar su alivio. No sabía si podrían hacerlo si faltaba siquiera una de las Ravens. Los hechizos de memoria nunca eran sencillos, y hacer uno de ese tamaño… Scarlett no podía creer que, en vista de lo ocurrido, alguien se hubiera opuesto. ¿Qué se le había metido a Reagan en la cabeza?

El movimiento del otro lado del círculo le llamó la atención a Scarlett. Vivi no podía mantenerse quieta: se mordía el labio, se retorcía en su asiento. Había estado así toda la noche, desde que Scarlett la reprendió. La culpa comenzaba a inundarle el pecho.

Culpar a Vivi así no fue muy presidencial de su parte. Estaba aturdida y, por supuesto, aterrada. Nunca había visto que la magia saliera tan mal, no en manos de las Kappa. Adentro de la casa, la fuente de tazas de té comenzó a hervir, los candelabros explotaron y los espejos se deformaban y se derretían conforme los encantamientos se rompían.

No había forma normal de explicarles a sus invitados cómo un taburete de felpa con forma de seta de pronto se transformó en una otomana de terciopelo, ni por qué la alfombra que parecía pasto cambió de color y textura en un abrir y cerrar de ojos.

Lo único que Scarlett podía ver eran las expresiones de horror. Y el horror se transformaría en asco y miedo si descubrían quiénes y qué eran las Ravens en realidad. Era lo más cerca que habían estado de ser descubiertas. Y todo ocurrió bajo su supervisión.

No debió de haberle confiado una responsabilidad tan grande a una chica de primer año, y mucho menos a una bruja tan nueva.

—Lo que ocurrió esta noche —dijo Scarlett muy despacio, al darse cuenta de que tenía que reconocerlo abiertamente—, fue mi culpa. Como presidenta, se supone que debo de mantenerlas a salvo y proteger nuestros secretos. Les fallé y lo siento.

Vivi negó con la cabeza.

—No, Scarlett, era mi trabajo…

—Un trabajo que yo te asigné —la interrumpió Scarlett—. Me hago responsable de eso. Pero, en este momento, necesitamos de la ayuda de todas para arreglarlo. Ravens, asegurémonos de estar concentradas en lo que importa: corregir esto.

Esperó a que todas asintieran antes de bajar la mirada. Luego, comenzaron a trabajar.

Scarlett no pudo dormir. Después de que terminaran con los encantamientos de memoria, las demás chicas comenzaron a irse a la cama, una por una, pero ella volvió a la cocina para terminar de lavar los trastes. Podría haberlos limpiado con magia, o podría haberle pagado al servicio de banquetes para que volviera y se llevara las sobras. Pero el movimiento sencillo y repetitivo la relajaba.

—Ser presidenta no es lo que te imaginas, Scar —recordó que Dahlia le dijo alguna vez—. Significa que, por cercana que seas a tus hermanas, tienes que estar un poco alejada también. Tienes que ver lo que ellas no pueden. Tienes que ser su amiga tanto como su guía. Tienes que decir las palabras más duras y las palabras de aliento. Y, si de verdad quieres que te presten atención, tienes que asustarlas un poco…

Scarlett pensó en el tiempo que pasó con Dahlia y en todo lo que aprendió de su hermana mayor, convencida de que algún día tomaría su lugar como presidenta. Solo que no así. Contrario a Dahlia, Scarlett estaba decidida a no liderar a partir del miedo. Su nueva forma de formar brujas no estaba funcionando muy bien, ¿o sí?

Scarlett no podía, y se negaba a hacerlo, liderar con miedo. ¿Y si la parte de la distancia era cierta? Si hubiera dado un paso atrás esa noche, habría visto que Vivi se había echado más magia encima de la que podía manejar. Si no hubiera estado tan preocupada por mejorar a las chicas con el hechizo de mejoramiento, quizás habría hecho caso de lo que las chicas le dijeron sobre Theta. Si tan solo no hubiera tenido la mente puesta en Jackson. Si tan solo... Si tan solo… Si tan solo… Y tantos «tan solo»

desembocaron en eso: no había prestado atención. Eso era *su* responsabilidad. No de Vivi. No de sus hermanas.

Continuó lavando los platos, pero lo que no lograba limpiar era su consciencia. Estaba agazapada sobre la estufa, enjuagando una flauta de champaña, cuando unas suaves pisadas sobre la loseta la tensaron.

—Soy yo —murmuró Vivi, muy bajo para no sobresaltarla—. Puedo ayudar, si quieres.

Scarlett, pensativa, fijó por un momento la mirada en la tarja llena de jabón. Luego, sin decir nada, se recorrió a la izquierda y dejó que Vivi se acercara con un trapo para secar.

Trabajaron en silencio durante algunos minutos. Scarlett fregaba y enjuagaba; Vivi secaba y devolvía los platos a su lugar.

Vivi carraspeó después de un rato.

—Lo siento.

—Lo sé —exhaló Scarlett—. Yo también lo siento. No te debí de haber regañado enfrente de todas las demás. Y yo fui quien te dio la tarea…

—Solo quisiera saber qué fue lo que salió mal —gimió Vivi—. No sé qué hechizo fue el que falló ni cómo. Tantos daños…

—Debiste de haberme pedido ayuda —dijo Scarlett—. Después de todo lo que hemos pasado juntas, ni siquiera tendrías por qué dudar.

Cuando Vivi hablaba, su voz sonaba pequeña, más joven.

—Quería impresionarte.

—Y, gracias a eso, pudimos haber quedado expuestas frente a todo el campus —respondió Scarlett. La furia comenzaba a encenderse dentro de su pecho otra vez. Se sentía mal por Vivi y, al mismo tiempo, estaba enojada con ella. Estiró una mano y abrió más la llave del agua caliente. Pensar en su madre, en lo que diría cuando se enterara del desastre que fue su primer evento como presidenta, hizo que su molestia creciera—. Tienes que aprender a priorizar, Vivi. Impresionar no es tan importante como mantenernos a salvo.

—Lo sé —dijo Vivi casi en un susurro, con lágrimas llenándole los ojos.

Las tuberías se quejaron.

—No lloramos por la magia que salió mal; la arreglamos y seguimos adelante. Juntas. Y apretamos las tuercas para que no vuelva a salir mal. Tuvimos suerte esta vez. —Otro gruñido de las tuberías. Scarlett lo ignoró —. Te di la posición de coordinadora de eventos sociales porque creí que, después del semestre pasado, lo harías bien. Mantuviste la calma durante una crisis. Después de lo de esta noche, me preocupa haber cometido un

error. Y me preocupas tú, Vivi. Tenemos la reunión del 150 aniversario pronto, y todas las Kappa en las que puedas pensar van a estar aquí. Ni hablar del Baile de Primavera después, a menos que Theta nos lo quite. Tal vez no estás lista. Tal vez fue demasiado, demasiado pronto… después de… todo. Si no puedes con esto, necesito encontrar a alguien más.

Vivi dio un pequeño salto.

—No, yo puedo. Te lo prometo. Es solo que…

Con un cascabeleo, el grifo salió disparado de la tarja. Ambas chicas brincaron hacia atrás, entre maldiciones, mientras un agua de aspecto furioso, roja y anaranjada, brotaba de la tubería rota. El hedor a huevos podridos inundó la cocina.

—Claro. —Scarlett aventó las manos al cielo—. ¿Qué más podría explotar hoy? —le gritó a la casa en general. A su lado, Vivi miraba hacia arriba, sin duda pensando en sus hermanas, dormidas en algún lugar de la planta alta—. Voy a cerrar el agua. —Scarlett se dirigió a pisotones a las escaleras que llevaban al sótano. Tendría que llamar a mantenimiento en la mañana. Genial. Más gente para husmear en la casa.

—Te ayudo. —Vivi la siguió. Scarlett la ignoró y continuó su camino a la parte trasera de la casa. En la cima de la escalera, Scarlett abrió la puerta. Vivi se agachó para pasar por debajo de ella y encender la luz. O eso intentó hacer. Subió y bajó el apagador unas cuantas veces, luego negó con la cabeza—. Está muerta.

Más adelante de Vivi, la oscuridad era tan absoluta que Scarlett podía ver solo unos centímetros delante de sí. Lo demás era silencio, vacío.

—Carajo. —Buscó a tientas en el armario de suministros las velas que Etta guardaba ahí. Cuando tuvo una en la mano, susurró—: Invoco a la Reina de Astiles. Muéstrame tu generosidad y enciende los candiles. —La vela chisporroteó y cobró vida. Con una mano alrededor de la débil flama, Scarlett comenzó a bajar las escaleras. La flama que llevaba en las manos siseaba y se hacía más grande, más caliente. Con cada paso que daba, el aire se tornaba más cálido, bochornoso y espeso como sopa—. Vivi, tú ve a encender los switches. —Scarlett dirigió a su hermana menor al rincón más profundo y oscuro del sótano, cerca de hilera tras hilera de ungüentos etiquetados con sumo cuidado, y más que unas cuantas botellas de vino antiguas—. Yo me encargo del agua.

Vivi se alejó de Scarlett, su respiración pesada. Volteó.

—Scarlett, el agua… ¿fuiste tú? Sé que estás enojada conmigo…

Scarlett negó con la cabeza. Sí, estaba enojada, pero no fue ella.

—No soy yo. Es una casa vieja —. En el fondo, había algo en la situación que no le sentaba bien. La Casa Kappa tenía un millón de años, sí, pero estaba llena de magia; como una mujer que usó La Mer toda la vida, estaba muy bien conservada. Scarlett no recordaba haber tenido que llamar a mantenimiento salvo para preservar las apariencias en todo el tiempo que llevaba ahí.

Scarlett, por su parte, se acercó al calentador, anidado entre la lavadora que las chicas no usaban casi nunca, era mucho más fácil limpiar la ropa con magia, y la bomba del agua exterior que alimentaba a casi todo el invernadero.

Ese lado del sótano, a diferencia del otro, era todo telarañas y espacios vacíos. Era enorme. Scarlett sabía que hubo peticiones para renovarlo a lo largo de los años, para añadir recámaras o área de estudio. Todas fracasaron; las autoridades de Westerly negaron todas las solicitudes, a pesar de la considerable influencia de Kappa. Así que el sótano se quedó vacío, lleno de polvo. No se usaba ni siquiera como bodega.

Una parte de ella se preguntaba por qué. Por otro lado, sí era un espacio bastante tétrico.

Con cada paso que daba hacia el calentador, el calor se hacía más intenso. La cara le ardía y le recordaba a unas horas antes, cuando tuvo que correr a contener el incendio. Se sentía igual, con las llamas casi besándole la nariz.

Detrás suyo, escuchó unas cuantas maldiciones ahogadas mientras Vivi intentaba encender las luces, pero Scarlett tenía ojos solo para la pared.

Podría haber jurado que oyó algo más. No el crujir de la casa encima de ellas ni la ocasional ráfaga de viento que pasaba por una puerta entreabierta. No, era algo más rítmico, constante y profundo.

Un silbido y un soplido. Casi como…

«Respiración».

El pie se le hundió en algo suave. Contuvo la respiración. Pero, cuando bajó la vela, vio que se trataba de un pedazo de alfombra vieja que alguien había tirado y estaba pastosa por la humedad. Torció la boca. Tendrían que limpiar ahí abajo pronto. Quizás podría hacer que las nuevas lo hicieran, su penitencia por lo ocurrido en la fiesta.

Rodeó el pedazo de alfombra y continuó su camino hacia la pared. Arriba, la casa se había sentido bastante fresca para una tarde en Savannah. Ahí abajo, el sudor se le acumulaba en la frente, le caía por la espalda. Cuando tocó la válvula para cerrar el agua, se quemó.

Con una maldición, Scarlett alejó la mano.

«¿Qué rayos?».

Susurró un conjuro y la flama de la vela se hizo más larga e iluminó un círculo más amplio. El muro se veía normal: piedra y cables que la recorrían. Sin embargo, cuando le pasó un dedo por encima a la piedra, estaba tan caliente como para hacerla saltar de nuevo.

«¿Problemas eléctricos?».

Entonces lo escuchó de nuevo. La suave inhalación y exhalación. Un poco más fuerte. Un poco más cerca. Como si alguien estuviera dormido a solo unos centímetros.

—¿Hola? —murmuró. Esperaba que Vivi respondiera, pero nadie habló. La respiración se detuvo. Por un instante, estuvo segura de que lo había imaginado todo.

Entonces comenzaron los susurros.

Revueltos, siseantes. Una decena de voces que hablaban todas al mismo tiempo en una lengua que no reconocía, pero, aunque no lograra entender las palabras, podía comprender el sentimiento:

«Furia».

Todas las fibras de su cuerpo le gritaban que corriera. Pero Scarlett Winter no huía de las peleas, mucho menos cuando la pelea era con su propia imaginación.

—Basta —estalló.

Antes de poder vacilar otra vez, giró hacia donde estaba la válvula y la jaló con fuerza, ignorando el ardor y el dolor en sus dedos. Tenía que cerrarla para que la cocina no se inundara.

Jalaba tan fuerte como podía, pero la válvula se resistía. Luego, se envolvió la mano con la manga de la blusa y le dio un tirón a la posición de cerrado.

Los susurros se hicieron más fuertes, más cercanos.

Un aliento le cosquilleaba sobre la nuca; algo se arrastraba por su cabello. ¿El viento? «¿Dedos?».

—Por favor. —Jaló con fuerza una última vez y todo ocurrió al mismo tiempo.

Las luces se encendieron e iluminaron el sótano con una brillante fluorescencia. Del otro lado del sótano, Vivi soltó un pequeño grito triunfal.

Por encima de Scarlett, el techo gimió de forma lastimera… y estalló.

Agua sulfurosa y maloliente le cayó sobre la cabeza y apagó la vela. Scarlett gritó y saltó hacia atrás, pero fue demasiado tarde. Estaba empapada, de pies a cabeza. Los ojos le ardían y se le inflamaron.

«Óxido». El agua tenía un horrible color anaranjado y pardo.

Al menos eso explicaba los susurros. «El agua en las tuberías». Se sintió como una idiota. Una idiota mojada y asqueada.

—¿Scarlett? —Pisadas enloquecidas que corrían hacia ella. Vivi la miraba, los ojos como platos—. Ay, Dios. ¿Qué pasó? Dime, por favor, con qué hechizo lo arreglo.

Scarlett se rio de la ironía andante que era Vivi. En verdad era una bruja bebé en casi todos los sentidos, a pesar de que había vivido ya más cosas de las que la mayoría de las brujas verían en sus vidas.

—Hay cosas que están más allá de los hechizos. Creo que necesitamos un plomero…

Después de todo lo que vivieron esa noche, Scarlett había estado segura de que las cosas no podían ponerse peor, aunque, mientras se exprimía la cola de caballo lo mejor que podía, supo que así había sido.

CAPÍTULO DIEZ

Vivi

Vivi despertó tras una noche intranquila, plagada de visiones de llamas y ecos de los gritos de los invitados aterrorizados. Pero nada de eso se comparaba con el recuerdo de la cara que puso Scarlett cuando le dijo: «Si no puedes con esto, tendré que encontrar alguien más que lo haga».

Tal vez era lo más sensato. No solo había arruinado la primera fiesta del año, el evento que supuestamente pondría a las Kappa de nuevo en la cima de la jerarquía de Westerly, sino que casi revela el secreto de las Ravens.

El nudo en el estómago se volvió más incómodo cuando se obligó a aceptar la realidad: tenía que renunciar.

Alguien tocó a su puerta discretamente. Vivi gruñó y se escondió bajo la almohada, con ansias de que la tierra se la tragara. Sabía que había un hechizo para eso, pero, siendo Vivi, seguro metería la pata y terminaría atrapada en un limbo mágico por el resto de sus días.

Volvieron a tocar la puerta, esta vez un poco más fuerte.

—Adelante —dijo Vivi con un suspiro y bajó las piernas por el costado de la cama. Traía puesta su camiseta más deslavada y unos shorts de pijama de Hello Kitty de los que no se enorgullecía, pero nada de eso se comparaba con la mortificación que había experimentado la noche anterior.

La puerta se abrió y entraron Ariana y Bailey, cada una con una charola.

—Pensamos que estarías indispuesta, así que te trajimos el desayuno —dijo Ariana con voz alegre mientras colocaba la charola en la cama de Vivi. Tenía hot cakes, huevos estrellados, tocino y jugo de naranja recién exprimido. Luego se acercó Bailey con dos jarras distintas y una taza.

—No sabíamos si querrías café o té —dijo y puso la charola en la colcha—. Ari no me dejó prepararte el ponche de jengibre energizante en el que he estado trabajando.

Ariana puso los ojos en blanco.

—Bailey, es una receta de un libro de hechizos del siglo XV. La mitad de los ingredientes prácticamente son veneno.

—Ay, pero te dije que encontré un sustituto para el arsénico —insistió Bailey con un resoplido.

—Café está bien, gracias —dijo Vivi—. No necesito más recordatorios de lo trágica que fue mi fiesta del té. Les agradezco mucho, pero creo que no tengo hambre.

—Bien, más para mí entonces —dijo Reagan mientras entraba a la habitación, seguida de Sonali. Traían postres: un bote de helado y un pastel de chocolate con una decoración elaborada.

—¿Hicieron pastel? —Vivi estaba anonadada.

—¿No viste el soufflé de chocolate que hizo Sonali porque no sacó diez en un examen?

Sonali se encogió de hombros, avergonzada.

—Me gusta hornear cuando estoy alterada.

Vivi cerró los ojos con fuerza al sentir un nuevo estremecimiento de culpa.

—Lamento mucho lo de anoche. No debí haberlas presionado tanto. Se me pasó la mano. No debí tratar de hacer tantas cosas a la vez.

—No es tu culpa —dijo Ariana con firmeza—. Lo hicimos entre todas. Lo que pasó con los hechizos…

—No fue nuestra magia —intervino Reagan, con la boca aún llena del helado al que le había entrado con singular alegría—. He realizado ese hechizo de fuego mil veces.

—¡Y lo hicimos todo bien! —añadió Bailey. Tenía ojeras y se veía tan agotada como Vivi se sentía—. Hicimos *todo* bien. No había razones para que la hoguera se saliera de control.

—Es posible que haya cometido un error con la magia de Espadas —dijo Sonali y miró a Reagan antes de continuar—. Al final de la fiesta, mientras intentábamos contener la hoguera, sentí algo… como otro tipo de magia… que oponía resistencia.

Vivi también lo había sentido. Era como si su magia tuviera mente propia. Si alguien más había intervenido, quizá entonces el caos no había sido culpa de ellas, pero, si no había sido *su* culpa, eso significaba que tenían problemas mucho más graves.

—No sé… —contestó Vivi, titubeante.

—Deberíamos hablar con Scarlett —dijo Ariana, encaramada en una orilla de la cama de Vivi—. Si alguien nos está saboteando, tiene que saberlo.

Las demás guardaron silencio y se miraron entre sí. El entorno se tensó, pues era obvio que las cinco estaban pensando en lo que Tiffany había hecho sin que nadie se diera cuenta. ¿Era posible que hubiera otra traidora en la casa?

—Yo hablaré con Scarlett —dijo Vivi finalmente—. Pero no nos adelantemos. Estamos alteradas por lo que pasó el semestre pasado, no es descabellado que hayamos metido la pata anoche. —Reagan abrió la boca para protestar, pero Vivi la interrumpió—. No digo que *tú* hayas metido la pata, Reagan. Conjuramos un montón de hechizos y había que equilibrar muchísima magia. Quién sabe en qué nos equivocamos. —La brujería era poderosa, impredecible. La explicación más lógica era que Vivi había sobrepasado sus capacidades. Además, las mayores habrían dicho algo si hubieran percibido la presencia de magia maligna—. De cualquier modo —continuó Vivi—, la culpa de lo que pasó es mía.

—No te tortures por eso. —Ariana le acercó el plato de hot cakes—. Fue tu primer evento. Y la verdad es que iba muy bien, casi hasta el final, ¿verdad, chicas? —Todas asintieron, hasta Reagan, aunque antes de hacerlo volteó a ver a Sonali de nuevo. Vivi se preguntó qué habrían dicho de ella a sus espaldas. No sabía si Reagan seguía molesta de que hubieran elegido a Vivi como coordinadora de eventos sociales, pues Reagan y Sonali tenían más experiencia que ella, ya que habían crecido sabiendo que eran brujas. Vivi, en cambio, se había enterado hacía muy poco—. No te des por vencida —agregó Ariana en voz baja—. Apenas empiezas. Todo el mundo comete errores al principio. Vas a ser una coordinadora extraordinaria. Estoy segura.

Mientras Vivi se vestía, practicó lo que le diría a Scarlett. Sin embargo, al bajar las escaleras, el terror de enfrentar a su hermana mayor hizo que le pesaran tanto las piernas que apenas pudo bajar los últimos escalones.

Tal vez era mejor esperar uno o dos días para que a Scarlett se le pasara el enojo.

Por fortuna para Vivi, la casa de las Kappa estaba muy tranquila esa mañana. En general, ansiaba el ruido y el bullicio de las veinte brujas universitarias que vivían bajo ese techo: los aplausos de celebración por un encantamiento exitoso, los tronidos ominosos de los hechizos fallidos, el choque de las tazas en la cocina, los golpes secos de los bailes

improvisados en las habitaciones, el gorjeo de las aves en el aviario… Ese día agradecía no tener que lidiar con las miradas fulminantes y lastimeras de sus hermanas.

Agarró su mochila del perchero de la entrada y se fue a la biblioteca, que era uno de sus lugares favoritos en la casa. Era uno de los pocos que no tenía encantamientos por razones obvias: habría sido un delito modificar con magia los enormes libreros llenos de libros antiguos, encuadernados con cuero, y las hermosas vitrinas y cajones llenos de frascos de boticario que contenían ingredientes deshidratados para hacer pociones, así como el extraordinario techo azul adornado con una brújula hecha de láminas de oro.

Vivi se acomodó en su sofá favorito e inhaló profundo para percibir el aroma reconfortante del cuero, del aceite para pulir madera, de la cera de vela y de las hierbas deshidratadas, así como el ligero olor ahumado de la magia. Esa acción solía llenarla de una devoción incomparable, como si estuviera percibiendo el aroma de generaciones de magia, de un próspero legado al que pertenecía. Esa mañana, en cambio, la hizo sentir como una impostora. ¿Cuántos de los hechizos contenidos en esos libros lograría conjurar sin lastimar a otras personas?

Sacó de la mochila el libro de neurociencias y lo abrió en el capítulo de esa semana; sin importar cuántas veces leyera las primeras oraciones, no lograba entender nada. Al parecer, su cerebro no tenía espacio para nada más que la vergüenza y el arrepentimiento. Hizo una mueca de dolor al recordar la expresión en el rostro de Tim mientras ayudaba a María y a sus hermanas aterradas a escapar de la casa del horror. La posibilidad de que fueran medios hermanos era por sí sola una historia de otro planeta, pero su comportamiento errático al final de la fiesta le debió restar mucha credibilidad a ojos de Tim. Además de arruinar la reputación de su sororidad, probablemente también había cerrado las puertas a la posibilidad de conocerse.

Vivi suspiró, se puso de pie y empezó a dar vueltas por la biblioteca. La mayoría de las ventanas estaban tapiadas por enredaderas que le daban a la estancia un toque verde oscuro que reforzaba su misticismo, como si proviniera de un cuento de hadas. Acarició los lomos de cuero con una mano; algunos estaban resecos y quebradizos por el paso del tiempo, mientras que las letras doradas de otros seguían resplandeciendo. Había glosarios de hierbas, registros históricos, manuales para hacer cartas astrales, atlas de mapas antiguos e incontables libros de hechizos.

Si lograba descifrar lo que había salido mal la noche anterior, ya fuera por interferencia ajena o por algún hechizo propio que salió mal, al

menos podría asegurarse de que no volviera a ocurrir jamás. En algún lugar debía poder encontrar la respuesta enterrada en el cúmulo de conocimiento de las hermanas que habían pasado por Kappa y las brujas que las habían antecedido.

Dio otra vuelta por la habitación, pero esta vez se fijó mejor en los títulos de los volúmenes. Una brisita le cosquilleó la nuca, así que volteó para ver de dónde venía. Las ventanas de la biblioteca rara vez se abrían, pero no era extraño que a veces fluyeran brisas en la casa de las Kappa, debido a las tejas dañadas por la lluvia, a la apertura constante de puertas y al resabio persistente de la magia de las Astiles.

Volvió a percibir esa misma sensación, pero era más como si alguien le soplara en la nuca que una brisa.

Se estremeció y se concentró de nuevo en los libros. Había un gran volumen empastado en tela azul oscuro en la orilla de uno de los estantes. Parecía que alguien lo había sacado y devuelto de forma descuidada: *La guía de Llewellyn para la construcción de protecciones para jardines.* Con curiosidad, Vivi lo sacó y lo abrió con mucho cuidado para no dañar el empastado frágil.

La cubierta se abrió con facilidad y, para su sorpresa, Vivi descubrió que había un librito escondido dentro. Era delgado, como una libreta, aunque elegante y costosa. Era como las libretas que la mamá de Vivi le regalaba en sus cumpleaños, con pasta de cuero y hojas blancas que ella temía llenar y arruinar con su caligrafía infantil. Por eso siempre terminaban arrumbadas en el armario, acumulando polvo.

La portada de cuero café oscuro tenía grabado un patrón rebuscado de hojas plateadas con símbolos en su interior. El más sobresaliente era un círculo atravesado por líneas que formaban un patrón. Parecía un pentagrama.

Vivi sintió un aguijonazo de emoción al acariciar el cuero terso con la punta del dedo. ¿Un pentagrama para una Pantáculo? Instintivamente alzó la mirada para asegurarse de que la puerta de la biblioteca siguiera cerrada antes de sacar la libreta escondida.

Luego puso el libro de *Llewellyn* en su lugar y volvió al sofá con la libreta para examinarla con detenimiento. El papel era tan antiguo que se había puesto amarillo en las orillas, como si fuera pergamino. Estaba escrito a mano, su autora tenía una caligrafía envidiable. Por un instante, Vivi creyó que las elegantes letras cursivas estaban hechas por computadora, pero luego se percató de la ocasional variación de tonalidad, como si la tinta también se hubiera opacado con el tiempo. Era un grimorio, un libro de hechizos. Algunas páginas tenían ilustraciones

hechas a mano, ya fueran reproducciones complejas de altares o despliegues de barajas de tarot. Otras páginas contenían anotaciones: primero un hechizo, luego unas cuantas páginas descriptivas y consejos de la autora para poner a prueba el hechizo.

Había incontables hechizos de los que nunca había oído hablar. Una receta para «miel de sirena» que, al mezclarla con té de lavanda y cardo, producía una voz para cantar tan hermosa que hipnotizaría a cualquiera que la escuchara. Un encantamiento que permitía entender los cantos de las aves y enviar mensajes con ayuda de gorriones voluntarios.

Lo que más llamó la atención de Vivi fue el prefacio de la autora, un breve manifiesto sobre los peligros de hacer magia basada en los palos de las barajas:

> *Las jóvenes brujas suelen pasar por una iniciación a la comunidad mágica que consiste en pruebas para identificar la fuente de sus poderes: magia de Astiles, magia de Copas, magia de Espadas o magia de Pantáculos. Esta costumbre surgió apenas en el siglo XVII, pero la popularizaron quienes querían limitar el poder individual de las brujas. Concebir que hubiera brujas rebeldes era una amenaza tan grande para el sistema que los grupos de poder decidieron promover la falsa idea de la pertenencia a palos de barajas para fomentar la formación de aquelarres que fueran más fáciles de rastrear, monitorear y manipular. Este modesto volumen tiene la intención de ayudar a las brujas a liberarse de las cadenas de estas restricciones injustas y a acoger la totalidad de sus habilidades mágicas.*

La cabeza de Vivi iba a mil por hora. Si aprendía algunos de esos hechizos, quizá podría desatar todo su potencial. Tal vez podía empezar con uno de los más sencillos para calibrar las cosas. Buscó en el cuadernillo hasta encontrar un subtítulo que decía: «Hechizo para desaparecer a conveniencia», seguido de un breve resumen:

> *Este hechizo sumamente adaptable puede considerarse magia esencial para cualquier bruja. Puede usarse para desaparecer un simple objeto, e incluso, en las circunstancias correctas, puede resultar útil para doblegar a los enemigos.*

Vivi frunció el ceño y se preguntó qué significaba eso de «doblegar» a los enemigos en ese contexto, pero luego decidió no darle mayor importancia. La única persona que quería que desapareciera era su excompañera de cuarto, Zoe, pero como Vivi ya no vivía en la residencia

universitaria sino en la casa de las Kappa, los comentarios mordaces y pasivo agresivos de Zoe ya no eran un problema.

«Un simple objeto». Vivi agarró un bolígrafo y jugueteó con él mientras seguía leyendo.

> *Los hechizos para desaparecer requieren magia de aire y magia de tierra por partes iguales. En lugar de invocar a la Emperatriz de Espadas y/o a la Reina de Pantáculos, las cuales diluyen el poder de las brujas con sus encantamientos burdos, es mucho más elegante liberar la mente y abrevar de estas dos fuentes de energía que siempre rodean a una bruja talentosa, sin importar la clasificación que se le haya asignado.*

Vivi frunció el ceño. Ya era bastante difícil hacer magia como para además tener que seguir instrucciones poco claras como «liberar la mente». Supuso que no tendría nada de malo intentarlo. Observó la pluma con detenimiento e intentó imaginar que desaparecía. No pasó nada. Lo intentó de nuevo, esta vez con los ojos cerrados. Al poco tiempo, sintió el zumbido familiar de la magia en el pecho, pero al abrir los ojos descubrió que el bolígrafo seguía ahí.

Suspiró. ¡Genial! Su plan maestro para mejorar sus habilidades mágicas e impresionar a sus hermanas había durado en total diez minutos. Bajó la mirada al grimorio y repasó las notas escritas al margen.

> *La sangre, que actúa como amplificadora en la mayoría de los hechizos, puede ser especialmente útil en los hechizos de desaparición. Bastan unas gotas para que el efecto sea muy notorio.*

Vivi rebuscó en su mochila hasta encontrar un alfiler y se picó la yema del pulgar. Con algo de dificultad, logró sacar una única gota de sangre.

Luego entrecerró los ojos y miró fijamente el bolígrafo, sin prestar atención a la punzada de dolor.

«El bolígrafo ya no está aquí». Se obligó a imaginar que se desvanecía en el aire.

Una gota de sudor le cayó por el cuero cabelludo. Trató de ignorarla, pero el cosquilleo se volvió tan ardoroso que tuvo que abrir los ojos y rascarse.

Cuando se miró la otra mano, el bolígrafo había desaparecido.

¡El hechizo había funcionado!

Con una sonrisa de satisfacción, Vivi se reclinó en el sofá y cerró la libreta. Al alzar la mirada, le sorprendió descubrir que ya era casi de

noche y que, a través de las enredaderas, se alcanzaban a distinguir las luces amarillas del pórtico vecino sobre el fondo carmesí del atardecer.

Al menos había sido tiempo bien aprovechado. Aquella mañana se había sentido desesperada, perdida, ansiosa de encontrar una guía. Había estado a punto de rendirse, de desilusionar a su hermana mayor más que nunca. Pero, en su momento de mayor desesperación, la casa de las Kappa le había dado la respuesta.

Vivi miró los retratos de las antiguas Ravens, cuyas miradas ya no parecían amenazantes, sino alentadoras. Era como si le dijeran en silencio: «puedes arreglarlo todo».

Por primera vez en el día, Vivi tuvo la convicción de que así era.

CAPÍTULO ONCE

Scarlett

La explanada principal estaba abarrotada para el martes de películas. Cada sororidad tenía su territorio bien demarcado y Kappa, como de costumbre, tenía el lugar de honor: justo en el centro del jardín, tan lejos del proyector como para no tener que arquear el cuello para poder ver la pantalla, y lo suficientemente cerca como para que la luz de la película se reflejara sobre su cobija y les permitiera a todos en el campus admirar a las Ravens en toda su gloria.

Sin embargo, la energía de la noche estaba más apagada de lo usual. Ninguna se había recuperado del todo de la fiesta del viernes, aunque habían hecho su mejor esfuerzo por ocultarlo.

Scarlett, en particular, tenía los nervios de punta.

«¿Por qué #ThetaParaElBaileDePrimavera es tendencia en Twitter?». Eugenie le había escrito a primera hora de la mañana siguiente.

Más tarde esa misma noche, tuvo que lidiar con una furiosa Marjorie en el teléfono. «¿La POLICÍA fue a la casa?», rugió su madre. Debajo de su ira, Scarlett pudo ver que Marjorie también tenía miedo.

Miedo de que fueran a quedar expuestas. Miedo de que Kappa estuviera en un peligro mayor al que habían enfrentado el semestre anterior. Scarlett tuvo que echar mano de todos sus poderes de persuasión para asegurarle a su madre que tenía todo bajo control. Le explicó que la visita de la policía fue un incidente aislado, uno del que se hicieron cargo.

No describió lo mucho que la fiesta se les salió de las manos. Si Marjorie se enteraba, se iba a volar la cabeza, pero, a juzgar por la pequeña misión de inteligencia que había montado, con preguntas tentativas a otras sororidades y fraternidades sobre la fiesta, el hechizo

había hecho su trabajo.

Nadie recordaba mucho sobre la fiesta de Kappa. Solo la fantástica decoración y cocteles demasiado fuertes. Todos parecían achacarles los huecos en su memoria al precopeo en la casa de las Theta. Todo el mundo estaba extasiado con la postfiesta improvisada de Theta; al parecer, María había logrado montar un buffet, organizar un torneo de pingpong y ofrecer barriles de cerveza, todo en el último minuto.

Que la opacaran así provocaba que a Scarlett le hirviera la sangre, pero no podía quejarse. Sería mucho peor que la gente supiera lo que en realidad había pasado.

Se reacomodó en su silla insignia, un enorme puf blanco disfrazado de cisne. Tiffany se la compró en segundo año. En un principio fue una broma, pero la mejoraron con magia y la hicieron tan cómoda como una cama de plumas.

Desde que Scarlett comenzó a usarla en las noches de películas en el campus, comenzó a ver que sillas parecidas se aparecían en todas las sororidades, chicas con flamencos rosados y cisnes inflables en un intento por competir con ella.

Podía ver una de esas sillas en ese momento, sobre la cobija de Theta. Una chica llamada Deylin con una chica de Gamma sobre un cisne rosa a medio desinflar que parecía mirar furioso a Scarlett, burlón.

Bajo la parpadeante luz de la película, la función de esa semana era un clásico: *Psicosis*. Scarlett apenas alcanzaba a ver el brazo protector de Jackson alrededor de los hombros de Cait.

Un intenso escalofrío le recorrió el cuerpo entero; se obligó a alejar la mirada. El escalofrío era doble porque *Psicosis* era una de sus películas, solo que Jackson ni siquiera lo sabía. Algo que los acercó mientras estaban de camino a confrontar a Gwen, cuando creían que era ella quien intentaba lastimar a las Kappa, fue su amor por las películas de terror. El recuerdo había desaparecido de forma tan definitiva como la misma Gwen. Scarlett estaba ahí, en la oscuridad, reviviéndolo sola.

Suspiró y alejó la mirada de la pantalla. Ni siquiera pudo disfrutar de la escena en la que Norman Bates menciona a su madre por primera vez.

—No voltees —le susurró Mei desde su lugar en el colchón junto a Scarlett, un sencillo puf estilo marroquí encantado para combinar con los pantalones bohemios de seda y la blusa sin mangas que traía puestos—, pero Alto, Moreno y Pómulos lleva diez minutos sin quitarte los ojos de encima.

Mei asintió en dirección a la cobija de Theta. Xavier estaba tendido

junto a una chica. No había llevado una cobija, solo extendió su sudadera de PiKa para sentarse en ella.

En efecto, tenía la mirada fija sobre Scarlett. En cuanto hicieron contacto visual, la saludó con una pequeña sonrisa alegre en el rostro. La chica a su lado alzó la mirada, ofendida.

Sintió un impulso inmediato por poner los ojos en blanco, pero…

Volvió a mirar a Jackson de forma tan discreta como pudo. Consideró a Xavier, luego a Jackson. Sería una prueba. Como cuando tomas una carta y sientes en las entrañas qué es lo que en verdad quieres. Si había una parte de Jackson que aún sentía lo que Scarlett creía, en cuanto la viera con alguien más, reaccionaría de alguna forma. Vaciló al pensar en el papel de Xavier en el asunto, en cómo se sentiría si supiera que lo estaban utilizando. En ese momento, Jackson acercó a Cait hacia sí después de que un ruido en la pantalla la hiciera saltar.

Volvió a mirar a Xavier, sonrió y levantó una mano. Lo llamó con un solo dedo.

Eso fue todo lo que necesitó hacer. Se puso de pie con un brinco, levantó su sudadera y caminó hasta la cobija de Kappa.

Cuando estuvo más cerca, Mei le guiñó el ojo. «Disfruta», le susurró, en su cabeza, con una sonrisa juguetona en los labios pintados de un rojo brillante. Luego, tomó su puf y lo recorrió para hacerle espacio a Xavier a un lado de Scarlett.

A su alrededor, sus hermanas se relajaban en un confort palpable. Vivi tenía la cabeza sobre el pecho de Mason, con los brazos sobre el vientre. Scarlett movió los ojos para mirar a Juliet, quien tenía la cabeza de Jess sobre el regazo y jugaba, distraída, con las trenzas de su novia. Etta y Ariana estaban sumergidas en la película, haciéndose gestos y susurrando entre los momentos más escalofriantes. Reagan no dejaba de callarlas.

¿Quién sabía que las películas de terror eran tan afrodisiacas?

Justo en ese momento, Xavier le tapó la vista a la pantalla y a la melosa escena frente a ellos. Se sintió agradecida. Le sonrió.

—Permiso para acercarme a su majestad —inquirió.

Xavier titubeó un poco antes de dejarse caer a un lado de Scarlett. Kappa había puesto un enorme edredón debajo de todas las sillas, decorado con lunas y estrellas.

Xavier alzó las cejas mientras palpaba la tela.

—¿Cómo es tan cómoda esta cosa si sé muy bien que el pasto es 90% piedras y 10% ramas?

Scarlett se rio por lo bajo.

—Después de unos años, aprendes a trabajar con el terreno.

—Escuché que te debo una disculpa —dijo.

Scarlett arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Xavier hizo una mueca, avergonzado. Con el parpadeo de la pantalla, las sombras alrededor de sus facciones afiladas hacían que resaltaran aún más.

—Debo confesar que me fui temprano de tu fiesta.

Scarlett suspiró.

—Déjame adivinar: fuiste a Theta.

Xavier negó con la cabeza.

—Me fui a dormir. ¿Qué te puedo decir? Soy un alma vieja.

Se rio de nuevo; Reagan se dio vuelta para callarlos. Pero, al ver que se trataba de Scarlett, se puso roja y volvió en silencio a la película. Scarlett le miró la espalda y recordó lo enojada que pareció durante la limpieza de la fiesta. ¿Seguía sintiéndose así? ¿Seguía creyendo que Scarlett no era tan buena líder como fue Dahlia?

A su lado, Xavier se le acercó al oído.

—Voy a ir por palomitas —susurró—. ¿Quieres algo?

Estaba a punto de pedirle una Coca-Cola cuando un movimiento le llamó la atención: Jackson se desenredaba de Cait y se dirigía al puesto de comida del otro lado de la explanada.

—Voy contigo —murmuró antes de tener oportunidad de arrepentirse.

Xavier le ofreció una mano; Scarlett se dejó levantar de su silla. La mano de Xavier se sentía áspera, callosa, como si trabajara con ella.

No concordaba con el resto de su actitud, que era la del típico chico de fraternidad despreocupado. Curiosa, comenzó a caminar a su lado.

—¿Qué te parece Westerly hasta ahora? —preguntó—. ¿Está a la altura de tu escuela anterior?

—Y un poco más —respondió él, con los ojos sobre los de Scarlett—. Ah, perdón, ¿hablabas en términos académicos o de los prospectos románticos?

Scarlett resopló e hizo una cara. Pero no pudo evitar sonreír, aunque fuera un poco. Cuando menos, coquetear con Xavier le dio un muy necesario levantón a su ego.

—¿Por qué te transferiste? O sea, además de por los prospectos románticos.

Xavier sonrió.

—Qué curiosidad la tuya. ¿Interrogas así a todos los recién llegados

o soy especial?

—Solo estoy conversando —protestó Scarlett.

Se acercaron a la fila del puesto. Scarlett vio que Jackson estaba dos lugares más adelante, con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada.

Scarlett siguió la dirección de su mirada y descubrió que estaba mirando a Cait, al otro lado del jardín. Como si no soportara estar lejos de ella ni un solo minuto.

«¿Qué rayos tiene de especial?», no pudo evitar preguntarse. Jackson siempre había sido muy firme en su aversión por las chicas de sororidad. A Scarlett le tomó semanas de mensajes para desgastar sus defensas y que la invitara a salir.

Luego la mandó a volar después de unos días. ¿Y todo para enamorarse perdidamente de una chica que era el extremo opuesto de lo que quería?

La fila se movió. Jackson dio un paso al frente sin siquiera parpadear. Bajo las luces del puesto, Scarlett vio que estaba vestido distinto, traía una camisa de botones y pantalones de vestir. Se veía mal así. El Jackson al que ella conocía no usaba más que playeras que tuvieran caras o mensajes impresos.

—Si estoy estorbando… —dijo Xavier para traerla de vuelta al presente.

Scarlett se sonrojó. Vio que la mirada de Xavier iba de Jackson a ella y de vuelta con una expresión de perspicacia. Scarlett forzó una risa.

—Perdón. Me perdí en mi cabeza. Ha sido una semana un poco loca.

—Es martes —señaló Xavier.

—Decías: te cambiaste aquí porque…

—No dejas que la gente cambie de tema, ¿eh? —Se pasó una mano por el cabello.

Scarlett lo miró con más detenimiento. ¿Por qué de pronto se tensó tanto?

—Si no quieres hablar de eso…

—No, está bien. Es un tema delicado en mi familia, nada más. —Se rio de nuevo, pero esta vez fue una risa más débil y forzada—. Mis padres… tienen expectativas bastante grandes sobre quién debo de ser y qué camino debo tomar.

A Scarlett la garganta se le cerró de pronto. Podía entenderlo. Los reproches de su madre durante el fin de semana seguían frescos en su memoria.

—¿Ellos te hicieron cambiarte de escuela?

—No me obligaron —dijo con la boca torcida en un gesto irónico

que le decía a Scarlett que eso era justo lo que hicieron—. Solo dejaron muy claras las razones por las que tenía que hacerlo, y también que no pagarían mis colegiaturas si me negaba.

Scarlett suspiró.

—Por desgracia, me suena muy familiar.

Xavier hizo una mueca.

—Siento escucharlo.

—Meh. —Scarlett alzó un hombro con poco entusiasmo—. Podría ser peor. No me malinterpretes, amo a mi familia.

—Sí, yo también. —Le dirigió una segunda mirada, más larga que la primera—. Solo es que a veces me gustaría que me quisieran tanto como a sus tradiciones.

Scarlett lo miró y sintió una repentina cercanía que nada tenía que ver con que sus hermandades estuvieran ligadas. Se sentía como si eso hubiera sido la primera cosa honesta que Xavier le dijo.

—La reina ha reconsiderado su postura con respecto a los disfraces. Prefiere que no tengas el tuyo puesto —dijo muy seria.

—Creo que algo puede hacerse al respecto —respondió Xavier con sinceridad. Alguien chocó con Scarlett y la empujó hacia adelante—. Oye, cuidado —le dijo Xavier al chico que estaba detrás de ellos. Le puso una mano en la espalda a Scarlett en un gesto protector.

Scarlett no se movió, pero, al mirar hacia el frente, se dio cuenta de que habían llegado al frente de la fila. Jackson estaba a un costado, esperando sus palomitas. Hablar con Xavier casi la hizo olvidar, casi la distrajo lo suficiente.

Algo no estaba bien con Jackson, lo sabía. No solo era Cait. La mirada en sus ojos parecía distante y perdida. Nunca lo había visto así. Por lo general, Jackson le prestaba atención a todo y todos. Cuando lo conoció, era atento al grado de ser molesto. En un principio le pareció perturbador, luego le resultó encantador; al final, era casi irresistible. Ahora solo estaba ausente.

Tenía que hablar con él. Tenía que intentarlo. Tratar de ponerlo celoso era infantil, ridículo. Lo único que importaba era que él estuviera bien. No se trataba de recuperarlo, se dijo… y casi se convenció a sí misma.

—¿Me disculpas un segundo? —le dijo a Xavier. Se salió de la fila—. Jackson. —No reaccionó. No movió los ojos ni hizo nada por reconocer su presencia. Scarlett se resistió al impulso de gritar y, en cambio, le tocó el brazo con suavidad—. *Jackson*.

Jackson brincó casi medio metro. Finalmente la miró. Más o menos.

Más bien miró por encima de su hombro, como si no pudiera enfocarse en su cara.

—Hola.

—¿Estás bien? ¿Bien, bien? —se le escapó a Scarlett. Por lo general, Jackson la hacía sentirse analizada, estudiada, comprendida hasta la médula con solo una mirada. En ese momento, apenas registraba que estaba ahí—. Deja de mirarla a ella; mírame a mí —le ordenó.

Estuvo a punto de recurrir a su magia, pero se detuvo. Jackson era la única parte de su vida que quería mantener libre de magia.

Jackson frunció el ceño. Una profunda arruga le apareció entre las cejas. El Jackson al que conocía tampoco fruncía tanto el ceño. Estaba más acostumbrada a las sonrisas altaneras y los comentarios sarcásticos.

—Estoy bien —le dijo con la misma monótona y muerta voz que Scarlett llevaba una semana escuchando—. Solo necesito bebidas para Cait y para mí.

Mientras hablaba, se frotó la nuca con la mano, lo que hizo que el collar que llevaba rotara hacia adelante y hacia atrás.

—Ya. —Scarlett se aclaró la garganta. Tenía que dar el salto, atreverse. Si no preguntaba, nunca lo sabría—. Ya que mencionas a Cait…

La primera señal de luz que Scarlett vio en los ojos de Jackson en varios días.

—Es maravillosa.

—Ok. Digo, qué bueno. Me alegra, pero… ¿Cuándo empezaste a salir con ella? —El pulso se le aceleró, sin importar cuántas veces intentara recordarse: «No importa. Nunca fue mío».

Si estuvieron juntos durante todo el tiempo que Scarlett intercambió mensajes con él durante las vacaciones o antes de que Scarlett tuviera planes de salir en una cita con él…

—Este fin de semana —dijo Jackson—. En el precopeo de Theta.

Una oleada de alivio la inundó. Al menos no estuvo jugando con ambas durante las vacaciones. «Aunque…».

—Así que… todo es bastante nuevo, ¿eh?

Jackson asintió.

—Supongo que sí. Aunque siento como si la conociera de toda la vida. Es maravillosa.

El dolor le partió el pecho a Scarlett como un cañón.

—Mira, Jackson…

—Tengo que irme. —Tomó un par de refrescos y volvió al otro lado de la explanada.

Scarlett lo siguió con la mirada unos momentos con un hueco en el

corazón. «Déjalo ir». Era evidente que estaba bien. Enamorado, de hecho. Lo que sea que hubiera pensado que podía ocurrir entre ellos, no iba a pasar.

Al menos se había asegurado de que Jackson no tenía idea de qué habían vivido el semestre anterior. Eso era bueno. «Deberías estar muy feliz por eso», se reprendió. Volvió a la fila con Xavier, quien se movía, inquieto, en su lugar.

—¿Hace cuánto que terminaste con el mesero?

—No le digas así.

—Hace poco, ¿entonces?

—No exactamente. Pensé que teníamos algo, pero él no estaba de acuerdo —dijo Scarlett. Las palabras le supieron agrias en la boca.

—Pues es un idiota. ¿Sabes? Hay hombres que no pueden ver algo increíble, aunque lo tengan enfrente de las narices.

—¿Y tú sí? —reviró Scarlett, sarcástica.

Xavier sonrió.

—Sí, yo tengo visión perfecta.

—¿En serio esa frase te ha funcionado alguna vez? —lo molestó.

—Todavía no. Pero soy optimista.

Con las palomitas y bebidas en mano, estaban a punto de volver a la cobija de Kappa cuando lo oyó. Fue muy tenue al principio, casi un susurro, en los bordes de su percepción. Scarlett supuso que era solo una de las tantas parejas junto a las que pasaban, murmurándose linduras, sobre todo porque la película se acercaba a su conclusión romántica.

Se hizo más fuerte, más cercano.

A su lado, Xavier se detuvo de golpe. Ladeó la cabeza.

—¿Escuchas…? —comenzó a preguntar.

Alguien gritó.

Y no fue en la pantalla. Hitchcock no le llegaba ni a los talones a ese grito. Era real. Un grito agudo, lleno de pánico, como Scarlett nunca había oído uno, ni siquiera durante su pelea con Tiffany. Todos los vellos del cuerpo se le pusieron de punta.

A su alrededor, la gente se sentaba o se ponía de pie, desconcertada.

Los gritos continuaban, histéricos, cada vez más fuertes. Y venían justo del centro de la explanada. «Kappa».

Scarlett se olvidó de Xavier y se echó a correr. Tuvo que esquivar a todas las otras sororidades y fraternidades mientras todos saltaban de sus respectivas cobijas y sillas. Después logró avistar la conmoción.

Bailey se retorcía sobre la cobija. Reagan y Sonali intentaban tomarle los brazos, pero cada vez que lo hacían Bailey perdía el control de nuevo. Scarlett vio a Reagan retroceder y una línea roja sobre el brazo donde Bailey la había arañado.

En la fracción de segundo que logró zafarse de Reagan, Bailey se tomó un mechón de cabello y jaló con todas sus fuerzas. Aun a unos cuantos metros de distancia, Scarlett oyó cómo se le desprendía del cuero cabelludo.

Un momento después, llegó hasta donde estaban Mei y Etta, que ya tenían los ojos entrecerrados y murmuraban algo.

—¡Bailey! ¡Soy yo! Aquí estoy. Todas tus hermanas están contigo… —gritó desde una distancia segura.

Cerró los ojos y les habló a todas sus hermanas al mismo tiempo. «Hechizo calmante», pensó Scarlett dentro de las cabezas de todas las Kappa que estaban ahí. «Ahora».

Luego siguió su propio consejo: se arrodilló y extendió las manos. Todas las demás Kappa hicieron lo propio.

Bailey se veía mal. Se había arañado la cara y la garganta. Hilos de sangre le manchaban el vestido blanco.

A la distancia, unos reflectores se encendieron. Scarlett oyó gritos y murmullos, el aullido de la sirena de una ambulancia.

A su lado, oyó a Mei formular un conjuro de distracción y sintió una pizca de alivio mezclada con angustia. Ella debió haberlo pensado en cuanto vio a Bailey. A su alrededor, las miradas de la gente se veían desorientadas, se alejaban. El hechizo no duraría mucho tiempo, y los transeúntes ya habían visto demasiado.

Scarlett les tomó las manos a sus hermanas.

—Dos de Copas y…

«Mierda. ¿Cómo iba la segunda parte?».

La respiración se le entrecortó, llena de pánico, la cabeza seguía dándole vueltas por el miedo. Bailey se veía tan vulnerable, enroscada, pintada de rojo. Scarlett no podía dejar de pensar en Tiffany, en el bosque, en cómo se veía cuando la tormenta la devoró.

Las demás Ravens la observaron un momento. Hasta que, al fin, Etta le dio un apretón en el hombro y se hizo cargo.

—Dos de Copas y de la Rueda la Estrella…

Scarlett encontró por fin su voz.

—…sana y cálmala a ella.

—Dos de Copas y de la rueda la Estrella —repitieron todas—. Sana y cálmala a ella.

Las extremidades de Bailey dejaron de luchar. Cayó inerte sobre la cobija; los ojos se le cerraron. Las franjas de sangre seguían sobre su cara y garganta; el enorme mechón de cabello le faltaba todavía.

Bailey estaba en problemas. La magia no parecía llegar a ella. Estaba tiesa. ¿Por qué no se movía? Al menos aún respiraba.

—Dos de Copas y de la rueda la Estrella. Sana y cálmala a ella. —La voz de Scarlett subió de volumen por la frustración, al igual que la de sus hermanas.

—No funciona —siseó Reagan.

Mei se quedó sin aliento. «La distracción está fallando. Nada funciona. ¿Por qué nada funciona?». En cuanto la voz de Mei sonó en su mente, Scarlett sintió cómo la escena cambió. La gente comenzó a notarlas de nuevo. Unos cuantos chicos de PiKa se habían acercado ya.

—¿Por qué están ahí a su alrededor? ¿Por qué no le ayudan? —preguntó alguien.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó alguien más a Mason, que estaba a un lado de Vivi.

Tim, el novio de María, lo hizo a un lado.

—Yo me la llevo —dijo—. La ambulancia está junto al estacionamiento.

Se arrodilló y miró a Scarlett como para pedirle permiso.

Scarlett lo miró y luego al cuerpo inerte y ensangrentado de Bailey. Asintió.

Tim levantó a Bailey como si no pesara más que el vestido que tenía puesto. Vivi se separó de Mason y fue a donde estaba Tim.

—Yo voy con ella —se ofreció la hermana menor de Scarlett—. Para asegurarme de que llegue bien al hospital.

—Yo también. —Reagan se levantó con un salto.

Scarlett las vio recorrer la explanada hacia las luces rojas a la distancia. «¿Qué pasó?». Unos minutos atrás, Bailey estaba bien, disfrutando de la película con sus hermanas. ¿No?

¿Hubo algún indicio? ¿Scarlett no lo vio porque estaba ocupada intentando hacer que Jackson se sintiera celoso de Xavier?

Ni siquiera se acordó de Xavier hasta que Mei le dio un empujoncito y asintió en dirección suya. No fue sino hasta entonces que Scarlett volteó y lo vio mirándola con una expresión de desconcierto.

«Mierda». ¿Cuánto había visto?

CAPÍTULO DOCE

Vivi

—¿Hierba de San Juan? —preguntó Vivi desde uno de los pasillos de Caldero y Candela, la tienda del centro de Savannah donde las Ravens compraban la mayoría de sus suministros para hacer magia.

Scarlett sacó un compendio pesado de un estante y empezó a hojearlo.

—Estoy segura de que hay un manojo fresco en la alacena. ¿Repusieron los conos de incienso? Y ya casi no tenemos sangre de dragón.

—Veré qué hay —dijo Vivi e inhaló profundo para deleitarse con la mezcla embriagadora de hierbas deshidratadas, incienso punzante y libros viejos. El olor a magia le aclaraba la mente y le tranquilizaba el pulso. Era la primera vez que se sentía genuinamente relajada desde el desastre de la fiesta.

—He estado pensando en la fiesta de regreso a clases —dijo Scarlett sutilmente, como si le hubiera leído la mente—. Y en cómo todos los hechizos fallaron al mismo tiempo… ¿Qué crees que salió mal?

Vivi se tensó y olvidó que por un breve instante había estado en paz. ¿Era una pregunta de verdad o una especie de prueba?

—Reagan y las demás creen que alguien interfirió —contestó Vivi con cautela—. Dicen que sintieron otro tipo de magia mientras intentaban reparar los hechizos.

Scarlett asintió mientras se ponía de puntitas para agarrar una ágata azul verticilada del estante superior.

—¿Tú qué crees?

La culpa y el horror que llevaba tiempo fermentándose en su vientre le subió a la garganta.

—Creo que fue mi culpa.

—¿Por qué?

—Porque… me distraje durante la fiesta. —Scarlett arqueó una ceja, pero no dijo nada. Vivi sabía que ya no era momento de poner pretextos burdos, así que inhaló profundo y dijo de golpe—. Creo que conocí a mi hermano.

—¿Qué? —Scarlett parpadeó varias veces, con un desconcierto inusual en ella. No era fácil lograr que Scarlett Winter perdiera la compostura, pero esa revelación lo había logrado—. ¿Cuál hermano? —Vivi le compartió la extraña conversación con Daphne y lo que había descubierto gracias a Tim. La expresión sobresaltada de Scarlett se convirtió en empatía mientras la escuchaba con atención. Debajo de esa mueca se escondía algo más, algo que se asemejaba a la compasión—. ¿Estás hablando del Tim de María? —preguntó Scarlett una vez que Vivi terminó. Vivi asintió—. ¡Caray! Digo… no sé qué decir. —Vivi se volteó incómodamente y deseó haber pensado más las cosas antes de sacarlas de esa manera—. Bueno, pero sabes que cuentas conmigo si necesitas algo —agregó Scarlett con cierta torpeza, como si Vivi hubiera perdido un familiar en lugar de haber ganado uno nuevo.

¿Acaso era vergonzoso tener un hermano perdido? Hasta ese momento, Vivi no se había dado cuenta de que, para alguien como Scarlett, que venía de una familia de abolengo, tener un hermano de otra señora estaba mal visto.

—Gracias —contestó Vivi y quiso cambiar de tema—. En fin, por ahora estoy enfocándome en la familia que sí conozco: las Ravens. Te lo prometo.

Scarlett asintió.

—Entonces, ¿sigues creyendo que fue un hechizo de Kappa lo que falló en la fiesta?

Vivi negó con la cabeza.

—No sé. Después de lo que le pasó a Bailey en los campos, no quiero creerlo, pero… ¿y si alguien *quiere* hacernos daño? No podría sobrevivir un semestre como el pasado.

—Lo sé. —Scarlett suspiró largamente y colocó la ágata en su lugar —. Si alguien quiere dañar a las Ravens, necesitamos ponerle un alto.

—También pasó algo en El Universitario Sediento. Hubo una pelea que rompió nuestro hechizo de distracción y terminó en nuestra mesa. ¡Y surgió de la nada!

Scarlett titubeó.

—Podría no ser nada. El alcohol *provoca* ese tipo de cosas.

—Sí, lo sé, pero… —Vivi hizo una pausa, pues no quería revelar nada más que pudiera despertar la compasión de Scarlett—. He estado teniendo unas… visiones… extrañas. Es como si siguiera en el bosque, con Tiffany. Primero todo está normal y, de pronto, todo se transforma. Se siente tan real que por instantes creo que estoy de nuevo ahí.

—Lo lamento. —Scarlett se acercó y la abrazó—. Yo también tengo ese tipo de *flashbacks*. Es horrible.

—Creo que es algo más que eso —dijo Vivi en voz baja, pues temía pronunciar las palabras—. ¿Y si en realidad sigue viva?

Scarlett negó con la cabeza de inmediato.

—Yo la vi. Su familia se la llevó… —No se atrevía a hablar del cuerpo de Tiffany—. Ya no está aquí, Vivi. Pero, si alguien más se inspiró en ella…

Vivi se tensó, pues de pronto sospechó que Scarlett había llevado a Vivi ahí para tener con ella esa conversación. Lejos de la escuela. Lejos de las miradas y los oídos chismosos.

—No crees que haya sido otra Raven, ¿o sí?

Scarlett apretó los labios por un instante antes de contestar.

—Espero que no. Confío en mis hermanas. Pero también confiaba en Tiffany —dijo. Vivi cerró los ojos, y la inundó una oleada de náuseas. Si había otra hermana malvada, ¿cómo podrían confiar las unas en las otras? —. Escucha —continuó Scarlett y la tomó del hombro—, procuremos no perder la calma. Al menos no hasta que tengamos algo concreto, ¿de acuerdo?

Vivi abrió los ojos.

—De acuerdo.

—A fin de cuentas, necesitamos concentrarnos en que la celebración del 150 aniversario de Kappa sea un éxito, ¿no?

Vivi le sonrió a su hermana mayor y asintió con más confianza de la que en verdad sentía. Ese evento debía ser perfecto. No había alternativa.

Esa misma tarde, Vivi estaba sentada con la espalda apoyada en un árbol y el grimorio en el regazo. El bosque estaba tan oscuro que ya casi no alcanzaba a distinguir las palabras y el sol había empezado a ponerse, así que, cuando el viento agitaba las ramas, sus sombras formaban telarañas sobre las páginas. Hacía apenas unos días, se habría negado rotundamente a acercarse al bosque al que Tiffany la llevó para sacarle el corazón y robarle su magia. Sin embargo, después de hablar con Scarlett, sintió que necesitaba un lugar privado para pensar (y para practicar los

hechizos que estaba aprendiendo), así que se dirigió hacia el bosque que estaba atrás de la casa de las Kappa. Con el grimorio en las manos, se sintió más poderosa y segura que en los últimos meses. Ese librito contenía magia que parecía saltar de la página y sumergirse en las venas de Vivi. Hacía que los hechizos parecieran tan sencillos y naturales que Vivi se sentía preparada para enfrentar cualquier demonio que acechara en el bosque, ya fuera real o imaginario.

Era apenas el comienzo. Si lograba dominar los encantamientos del grimorio, podría preparar toda la fiesta sin un solo hechizo y sin ayuda de nadie. Pero si algo salía mal, la única responsable sería ella. Si había una bruja rebelde en el aquelarre (Vivi se estremeció de solo pensarlo), la única magia con la que interferiría sería con la suya.

Llegó al bosque bien entrada la tarde, y al principio todo pareció estar bien. En donde se sentó se alcanzaba a escuchar el zumbido de los autos que pasaban por el pabellón griego, lo cual era reconfortante, aunque no pudiera verlos a través del espeso follaje.

Conforme fue anocheciendo, una parte de ella no pudo evitar mirar de reojo las sombras que se alargaban y retorcían, le recordaban a las aves que Tiffany conjuró a partir del humo. El corazón se le aceleró, se llevó instintivamente la mano al pecho al recordar la presión creciente, aguda y atronadora que sintió en el esternón.

Hizo el esfuerzo de inhalar profundo. No le iba a pasar nada. Habían derrotado a Tiffany y destruido el talismán de Henosis.

Además, Vivi jamás se permitiría volver a estar en una posición tan débil y vulnerable, era por su propio bien y por el de sus hermanas. Leería aquel grimorio de cabo a rabo, absorbería sus secretos y se convertiría en el tipo de bruja que la gente admira, no en una bruja que solo inspira lástima y angustia.

Encendió la linterna del celular y siguió trabajando.

Tenía la impresión de que los hechizos le salían mejor en el bosque, quizá tenía que ver con que Vivi era una Pantáculo. Tal vez le ayudaba tener una conexión con la tierra, con los árboles que se cernían sobre ella y las raíces que crujían en las profundidades subterráneas.

Se reacomodó, estiró los brazos por encima de la cabeza e inhaló profundo para percibir el aroma del bosque: la tierra húmeda cubierta de hojarasca invernal en estado de descomposición y el frescor de los pinos.

Luego sacó un alfiler del bolsillo y se pinchó la piel delgada entre los huesos de la muñeca hasta sentir un dolor agudo.

—Muéstrame lo que quiero ver. —Apenas reconoció la voz rasposa que le arañó los pulmones y le rasgó la garganta. Echó la cabeza hacia

atrás y, entre las marañas de cabello, se dio cuenta de que el bosque se transformaba.

Primero se movieron los árboles, cuyas ramas se arquearon hacia arriba y hacia atrás, como si alzaran las manos suplicantes para rogarle a Vivi que no les hiciera daño.

Vivi se puso lentamente de pie.

Se veían las estrellas, millones de estrellas en el cielo, muchas más de las que las luces de Savannah permitían por lo regular. Entre más las miraba, más parecía que el cielo se cernía sobre ella, como una cortina que aleteaba al alcance de su mano. Vivi alzó la mano, hizo el gesto de agarrar la cortina con las puntas de los dedos y la jaló.

El cielo se derrumbó.

O al menos eso pareció; se colapsó como tela sobre el suelo del bosque y cubrió la superficie hasta que Vivi ya no pudo ver la tierra ni las hojas, solo estrellas a sus pies. Arriba, el cielo se había oscurecido por completo como una nada que bostezaba sobre las copas de los árboles.

A su alrededor, los árboles se erguían como centinelas extraños que sobresalían del suelo estrellado. De pronto algo le llamó la atención. Un destello de movimiento entre los árboles.

Alguien la estaba observando.

Sintió una oleada de ira; había ido ahí para tener privacidad, algo de espacio. ¿Por qué no podían simplemente dejarla en paz? Momentos después la magia que le hormigueaba en las venas disipó el resentimiento y dejó tras de sí fuertes ansias de poner a prueba sus nuevas habilidades. ¿Qué más daba que alguien la estuviera espiando? La energía que se le acumulaba en el pecho le infundió la confianza de que podía realizar cualquier hechizo que quisiera. Podía borrarle la memoria a alguien. Podía conjurar una imagen tan aterradora que asustaría a cualquiera y le quitaría las ganas de hablar de ello jamás.

Vivi alzó ambas manos. En menos de un segundo, el mundo real volvió a su lugar: las estrellas normales en el cielo normal. Los árboles normales ya no se derretían en charcos de oro.

La silueta lejana se había convertido apenas en una sombra. Vivi la persiguió mientras buscaba un hechizo que pudiera frenar a quien la había estado observando.

—Invoco a la Reina de la Tierra —dijo Vivi jadeando—. Muéstrame tu poder sobre la muerte de ida y vuelta. —El suelo se estremeció ligeramente mientras las raíces se asomaban para seguir sus órdenes. Salieron disparadas por encima de la superficie del suelo y persiguieron al espía hasta agarrarlo de un tobillo.

«Está funcionando», pensó Vivi, complacida, mientras veía que la sombra se detenía. Vivi intentó acelerar el paso, ansiosa por confrontar al intruso, pero de pronto sintió las piernas muy pesadas. Instantes después, hasta el último centímetro de su cuerpo se congeló, como si se hubiera sumergido en un mar helado. A su alrededor, el aire se volvió cortante y atroz, las exhalaciones de Vivi formaban nubecitas visibles frente a su cara. Jamás había sentido un frío así, ni siquiera durante el invierno que su madre y ella pasaron en Dakota del Norte.

Se abrazó y trató de hablar a pesar de que los dientes le castañeaban.

—Invoc-co a… l-la… R-reina de Ast-tiles. Mu-muéstrame tu g-generosidad y enciende l-los c-candiles. —Esperó el familiar hormigueo en las puntas de los dedos, pero aún tenía las manos heladas e inmóviles. Siempre se le había dificultado la magia de Astiles, pero eso no le impedía conjurar un hechizo así de sencillo—. M-m-muéstram-me t-t-tu g-g-generosid-d-dad…

Entonces, con la misma rapidez con la que llegó, la parálisis gélida se esfumó. Vivi jadeó, aliviada, y se frotó los brazos con fuerza mientras sentía en los dedos de las manos y los pies el familiar cosquilleo de la sangre que vuelve a circular.

A lo lejos, la silueta había desaparecido.

—¡Maldición! —susurró y miró en todas direcciones hasta que vio algo que le llamó la atención, algo que se agitaba en un arbusto con las ramas rotas, como si alguien se hubiera atorado al pasar junto a él.

Un cabello.

Vivi se acercó y lo tomó. Tenía la raíz rubia y la punta de color rosa neón.

«Rose».

¡Cielos! ¿Qué iba a hacer? Era muy problemático que alguien fuera de Kappa la hubiera visto haciendo magia, además de que no había sido un hechizo común y corriente que pudiera explicarse de otra forma. Había conjurado magia inmensa, imposible. Tendría que buscar otro hechizo para borrarle la memoria, aunque ya le habían borrado a Rose los recuerdos de la fiesta.

En ese instante vibró su celular y Vivi dio un brinco antes de guardar el cabello en un bolsillo y sacar el teléfono.

—¿Qué pasó, Mason? —La voz le temblaba. ¡Maldición! «Actúa como si nada, Vivi».

Al parecer, Mason no se dio cuenta.

—¿Que *qué pasó*? ¿Dónde estás, Vivi? Llevo casi una hora esperándote. —Al fondo se escuchaba música y el zumbido de

conversaciones distantes.

Vivi parpadeó unas cuantas veces y se puso el teléfono frente a la cara para ver la hora: 7:47. «Demonios». ¿En qué momento se hizo tan tarde? Había planeado volver a la casa de las Kappa mucho antes de la hora de su cita con Mason.

—Estaba estudiando y se me fue el tiempo. Perdón.

—Vivi… —Mason sonaba tenso e irritado, lo cual era inusual en él —. Es la primera vez que nos vemos en muchos días. Esperaba esta cita con ansias, pero ahora…

—Lo sé, voy para allá. —Bajó la mirada y se horrorizó al ver sus jeans cubiertos de lodo—. Nada más dame unos minutos para cambiarme.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea.

—Olvídalo, Vivi.

Vivi sintió un hueco en el estómago.

—Te lo compensaré, Mason, te lo prometo. Es solo que he estado muy estresada con las clases y con Kappa…

—Lo sé, Vivi. —Mason suspiró—. Pero no olvides que el tiempo de los demás también es valioso, ¿de acuerdo? No eres la única que tiene muchas cosas que hacer. Y te extraño. Tenemos que hacer tiempo para vernos.

—Tienes razón. Lo siento —repitió, esta vez con más sinceridad. Sin embargo, cuando volteó a ver la pantalla de nuevo, Mason ya había colgado.

CAPÍTULO TRECE

Scarlett

Salvo por un par de cosas, Scarlett había dejado la oficina de Dahlia intacta. Era una práctica común: la mayor parte de la decoración era herencia de las presidentas anteriores de Kappa, desde las estanterías repletas de cosas hasta el enorme escritorio y el globo terráqueo que se abría para revelar copas de cristal cortado y un decantador.

Eso hacía que Scarlett se tensara por una fracción de segundo cada vez que entraba. Los recuerdos la bombardeaban siempre: las largas horas que pasó a un lado del escritorio, donde Vivi estaba ahora, haciendo notas en su cabeza de las instrucciones de Dahlia.

Cada tanto, ver la habitación desde el otro lado le provocaba vértigo. Se mareaba de pensar que era *suya*, pero esa tarde hizo la nostalgia a un lado. Algo andaba muy mal y necesitaba pensar. Aunque no se lo mencionó a Vivi en la tienda de artículos mágicos, había comenzado a creer que alguien *sí* buscaba interferir con la magia de Kappa. Pero ¿quién?

Visitó a Bailey en el hospital después del ataque, junto con Vivi y algunas de las chicas más jóvenes. Sin importar cuánto se esforzara, Bailey no podía recordar qué había provocado la crisis, ni nada más de aquella noche. Recordaba esperar a que comenzara la película, compartir sus palomitas con Ariana, guiñarle el ojo a uno de los chicos sentados en la cobija de Theta, y luego… nada. Hasta que despertó en el hospital, cubierta de vendajes.

Bailey estaba de vuelta en la casa; sus heridas habían sanado gracias a la magia, el cabello había vuelto a crecerle. ¿Que algo le hubiera pasado a una de las hermanas de Scarlett bajo su mandato? Inaceptable. Desolador, incluso.

«Es como si Scarlett ni siquiera sabe qué está haciendo», dijo Reagan.

Las palabras le escocieron porque eran verdad.

Despejó el escritorio, que estaba cubierto con sus cuadernos y computadora, los apuntes que había transcrito con ayuda de su magia del papel a la pantalla para algunas de sus clases. Momento de hacer un poco de adivinación.

Colocó una bola de cristal en el centro del escritorio y cerró las cortinas. Se sentó e inhaló profundamente, contuvo el aire un momento y exhaló despacio. El sonido de su respiración llenó la habitación en un lento crescendo hasta que pareció que toda la oficina respiraba a su alrededor.

El aire se sentía espeso. Caliente. Scarlett pensó que vería vapor salir del cristal.

Dejó que la visión se le nublara. El enfoque comenzó a desvanecerse de su visión periférica hasta que toda la habitación tuvo una cierta cualidad onírica. Sentía como si tuviera un pie en la oficina y el otro en otro reino, un lugar lejano y pacífico, un lugar donde nadie podría tocarla…

Fue entonces que comenzaron los susurros. Suaves al principio, tan débiles que Scarlett los confundió con el sonido del agua en las tuberías o con las voces de sus hermanas varios pisos debajo.

No parpadeó, no le quitó los ojos de encima a la bola de cristal.

Entonces lo vio también. Tenue en un inicio, más claro a cada segundo que pasaba. Parecían manos, decenas y decenas de manos que presionaban el interior del cristal, que se empujaban, que intentaban salir de adentro de la bola.

Los susurros se hicieron más fuertes. Un siseo que le soplaba sobre la nuca.

«Bang bang bang».

Con un grito, Scarlett maldijo y la habitación volvió a la normalidad en un parpadeo. El cristal era solo cristal. Los susurros desaparecieron.

«Bang bang bang».

Scarlett contuvo una sonrisa. Era solo la puerta.

—¿Quién es?

Mei estaba en el pasillo, el cabello en un inusual revoltijo de rizos color caoba.

—Reunión de emergencia —jadeó sin aliento—. Concejo… panhelénico. Auditorio.

Scarlett se levantó de la silla de inmediato. El concejo panhelénico

gobernaba a todas las sororidades y fraternidades del campus. Las reuniones de emergencia solían tratarse de asuntos importantes, cosas que el rector necesitaba supervisar. La última reunión de emergencia a la que Scarlett había asistido fue cuando una fraternidad ya desaparecida fue acusada de adulterar el ponche en sus fiestas. Perdieron sus letras griegas y la casa. Cuando pasó por la sala, vio a Vivi encorvada en un sillón en una esquina.

—Vivi, ven con nosotras.

Como coordinadora de eventos sociales, tenía que asistir a la reunión también.

Scarlett siguió a Mei y Vivi hacia el exterior de la casa, recorrieron el pabellón griego y llegaron al auditorio. Se quedó un par de pasos detrás de ellas, con la frente fruncida. Había visto manos. Muchas manos. Aunque no estaba muy segura de qué significaba. Tendría que investigarlo después.

La mente le corría a toda velocidad, y aceleró el paso para alcanzar a Mei y Vivi. Estaba ansiosa por descubrir de qué podría tratarse la reunión. ¿Había ocurrido algo más? ¿Otra pelea como la del Universitario Sediento? O tal vez la gente estaba preocupada por Bailey… ¿Por qué convocar una reunión para discutir lo que le pasó?

Adentro del auditorio, el concejo estaba organizado como de costumbre: un semicírculo al frente para los presidentes de cada fraternidad y sororidad, y unas cuantas hileras de sillas plegables para los demás oficiales. El rector Sanderson estaba detrás de un podio en el centro, en control de la sesión.

Mei tomó su lugar en la primera fila, como enlace con las exalumnas, con Vivi a su lado como coordinadora de eventos sociales. Como siempre, las Kappa fueron las últimas en llegar, aunque, en esa ocasión, Scarlett sintió una ansiedad poco común por hacerlo.

Todos los ojos en el auditorio seguían su procesión. Scarlett estaba acostumbrada a ese tipo de atención e incluso la disfrutaba. A últimas fechas, Kappa solía atraer las miradas equivocadas.

Scarlett caminó hasta su asiento cerca del centro de la mesa.

María, a su izquierda, se puso muy seria de pronto.

—Ya era hora —le susurró.

Scarlett miró al enorme reloj sobre la puerta del auditorio. Sin tener que pedírselo, vio que Mei movía las manos en una compleja coreografía; el minutero del reloj retrocedió un par de pasos.

—Si no me equivoco, llegué justo a tiempo —respondió Scarlett cuando Mei terminó con su hechizo.

María frunció la nariz.

Scarlett miró a Vivi y recordó lo que le había contado sobre Tim. «No sé qué le ve tu tal vez hermano a esa bruja», le susurró en la cabeza.

Vivi apretó los labios y contuvo una carcajada. Scarlett devolvió su atención al rector.

—Bien —el rector Sanderson carraspeó—. Vamos al grano. Creo que todos sabemos por qué es necesaria esta reunión. —Scarlett, muy remilgada, se puso las manos sobre el regazo y recorrió el auditorio con la mirada. Todos seguían mirándola. Solo a ella. El corazón se le aceleró y comenzó a subirle por la garganta—. Como bien sabemos, el fin de semana pasado, la policía se vio obligada a visitar nuestro campus en respuesta a quejas de ebriedad y comportamiento inapropiado en una de nuestras casas. —«¿Ebriedad?». Los hombros se le tensaron a Scarlett. No podía ser que…—. Vi el reporte con mis propios ojos —continuó el rector —, y el comportamiento reflejado ahí es inaceptable, en particular cuando se trata de una sororidad que siempre ha sido venerada en esta escuela. —«Ay, Dios». Scarlett miró a María, sentada rígida como una vara y con una pequeña sonrisa petulante en la orilla de los labios. «¿Nuestros hechizos de memoria fallaron?». Scarlett vio cómo Jess hechizó a los dos oficiales que fueron a la casa. Les dijo, palabra por palabra, qué escribir en su reporte. No había nada sobre alcohol, solo una queja por el ruido, y una muy pequeña, si acaso—. Además, recibimos quejas por parte de varios miembros de este concejo que estuvieron presentes esa noche en tanto la absoluta indiferencia con respecto a la seguridad en este… evento. —El rector torció el labio con desprecio.

—Pero… —escupió Scarlett antes de poder detenerse. Apretó los labios con fuerza. «Pero nadie debería poder recordarlo», estuvo a punto de decir.

El rector dejó de hablar y le lanzó una mirada fría y calculadora.

—Señorita Winter, por favor espere su turno.

El corazón le latía tan fuerte a Scarlett que se le empezó a nublar la vista. «Esto no puede estar pasando». Kappa nunca se metía en problemas, mucho menos en problemas de ese tamaño. «¿Qué va a decir mi madre?». Estaba mareada; su cabeza conjuraba imágenes de Marjorie furiosa y Eugenie burlona. El rector siguió con su discurso, con una lista de sus pecados, pero lo único que Scarlett podía oír era ruido blanco… Señorita Winter, al fin, apuntó hacia donde estaba sentada. si tiene algo que decir en defensa de Kappa Rho Nu frente a estas acusaciones, este es el momento.

—Yo… —La garganta se le tensó y amenazó con cerrarse. «Tú

puedes», escuchó de pronto la voz de Vivi en su cabeza. Scarlett miró hacia la primera fila, desde donde su hermana menor la animaba con los dos pulgares arriba. A un lado de Vivi, Mei asentía con los ojos bien abiertos. Scarlett inhaló profundo y cuadró los hombros—. Sí, organizamos una fiesta en Kappa Rho Nu el viernes pasado. Recibimos una queja por el ruido que dos oficiales nos entregaron en persona, por lo que estamos más que arrepentidas. Pero esta es la primera falta de esta magnitud de Kappa y, hasta donde sé, el ruido fue el único problema. Es lo primero que escucho sobre el alcohol o cuestiones de seguridad. Sin duda, haré todo lo que esté en mis manos para resolver estos problemas en el futuro…

—Si es que *tienen* un futuro — murmuró María.

Scarlett se resistió al impulso de mirarla con furia.

—Pero no puedo atender preocupaciones de las que no estaba enterada, rector.

El rector Sanderson la miró, enfadado. Scarlett alzó la barbilla y lo miró de vuelta. Había pasado muchos años de su vida intimidada por Marjorie Winter. Ese hombre no la asustaba. Solo estuvo un poco desorientada cuando comenzó la reunión, descolocada por las acusaciones.

Scarlett era una Raven, ¡maldición! Podía darles la vuelta a las cosas.

Con la mirada fija aún sobre el rector, se enfocó en el hechizo. Un conjuro de influencia, uno del que, en sentido estricto, no debería de abusar. Un pequeño empujoncito en la dirección correcta no le haría daño…

«Invoco a la Justicia y a la Moderación», pensó. «Que este juez nos tenga consideración».

El rector Sanderson rompió el duelo de miradas y reacomodó un montón de papeles sobre el podio. Guardó silencio por un largo, largo momento, durante el cual Scarlett no pudo respirar. Parecía que el concejo completo contenía el aliento con ella, todos en la orilla del asiento a la espera del desenlace.

Todos salvo María, quien estaba desparramada en la silla a un lado de Scarlett, relajada y engreída. Entre el público, las chicas de Theta que habían ido con ella, Cait, una chica llamada Deylin, y la chica de primer año del cabello rosa… ¿Rose? Parecían estar igualmente emocionadas, como niñas en Navidad a punto de abrir sus regalos.

«Saben algo», entendió Scarlett.

El rector, por fin, resopló en el micrófono.

—Me temo que vamos a tener que amonestar a Kappa —dijo.

El corazón se le estrujó.

—¿Qué? —exclamaron Scarlett y María al unísono.

—¿Perdón? —dijo María. Scarlett la miró, desconcertada; María se sonrojó. La otra presidenta apretó los puños—. Una amonestación no es suficiente. —Las sororidades y fraternidades amonestadas podrán continuar con sus operaciones de forma normal, a reserva de que se presentara otro mandato—. Deberían suspenderlas —dijo María—. Pusieron en peligro a la gente.

—Es nuestra primera falta —alegó Scarlett. Se puso de pie—. ¿Y de qué peligro hablas?

—Sabes muy bien a qué me refiero —replicó María, la mandíbula apretada.

«¿Qué tanto recuerda?». El pulso volvió a acelerársele.

El rector se aclaró la garganta.

—Señoritas. Ese no es comportamiento apropiado para el concejo. Señorita Winter, usted en particular debería de tener mucho cuidado. —Scarlett volvió a sentarse y evitó cruzarse de brazos en un berrinche. En la primera fila, Vivi y Mei la miraban con preocupación. «Todo va a estar bien», le dijo Mei. Pero Scarlett no podía evitar pensar que no estaría bien. Kappa se caía a pedazos y todo era su culpa. Las lágrimas le pinchaban los bordes de los ojos—. Kappa Rho Nu estará amonestada por un periodo de prueba, a reserva de que surja alguna otra queja o interdicto.

—Pero…

El rector Sanderson alzó una mano para silenciar la protesta de Scarlett.

—En caso de que su sororidad logre comportarse como debe ser durante este periodo, la amonestación será borrada y podrán reanudar sus operaciones habituales. Pero quedan advertidas: *no* se tolerarán más comportamientos como este. No se le tolerarán a nadie —añadió al final, con la mirada puesta en los demás presidentes y presidentas que estaban sobre el escenario.

Andrew Haight, presidente de PiKa, miró a Scarlett y se disculpó a la distancia.

Scarlett se preguntó si él también sabía lo que ocurriría y no se lo advirtió.

«Que se pudran».

A su lado María alzó una mano. Scarlett apretó los dientes para evitar decir algo. El rector puso los ojos en blanco.

—¿Sí, señorita Grimaldi?

—¿Qué hay del Baile de Primavera? —María cruzó las manos sobre

su regazo—. Es el evento griego más grande del semestre, tengo entendido que suele ser organizado por la sororidad en mejor posición frente al Concejo Panhelénico. Si Kappa Rho Nu comenzará el semestre con una amonestación…

—Señorita Grimaldi, el Baile de Primavera es en abril. ¿No le parece un poco pronto para…?

—Con todo respeto, Rector, la planeación suele empezar al principio del semestre. Para un evento de ese tamaño, claro está. Si se quiere organizar de forma… *segura*. —Miró de reojo a Scarlett, quien apretó tanto la mandíbula que podía oírla crujir.

El rector Sanderson suspiró.

—Bien. Por el momento, Theta Omega Xi puede comenzar con la planeación del Baile…

—¿Es en serio? —exclamó Scarlett como por reflejo.

—…y, conforme se acerque la fecha, reexaminaremos el comportamiento de cada una de las casas.

—¿Se supone, entonces, que comencemos a planear una fiesta que podríamos no organizar? —María apretó los puños. Era evidente que tampoco estaba feliz con la decisión.

—Eso depende, señorita Grimaldi. —El rector Sanderson la miró por encima del marco de sus anteojos—. ¿Theta tiene intenciones de cometer faltas durante el semestre?

Las mejillas enrojecidas de María se oscurecieron.

—Por supuesto que no, pero…

—Bien. —El rector azotó una mano sobre el podio como si fuera un mazo—. Está decidido, entonces. A menos que alguien tenga algún otro asunto que discutir…

El resto de sus palabras volvieron a desvanecerse, ahogadas por el estruendo en los oídos de Scarlett, la cruda y dolorosa cristalización de la idea: quizás estaba dando patadas de ahogado cuando habló con Vivi. Tal vez no había problema alguno con la magia, nadie más a quien culpar.

Quizás era ella.

«Oficialmente soy la peor presidenta en la historia».

CAPÍTULO CATORCE

Vivi

Sentada en la escalinata que llevaba al centro de exalumnos de Westerly, Vivi suspiró y se arropó con el abrigo de piel de camello que Scarlett le había regalado en Navidad. Dado que le había incomodado recibir un regalo tan sofisticado, porque hasta alguien tan inocente como Vivi se daba cuenta de inmediato de que el abrigo color beige con forro de seda era muy costoso, Scarlett puso los ojos en blanco y afirmó que lo había hecho más por ella misma que por Vivi, pues ya no quería ver la chaqueta «deprimente» de su hermana menor. En el primer semestre, ese comentario le habría dolido, pero, como ya sabía traducir a Scarlett, entendía que lo que en realidad significaba era «Quiero hacer algo lindo por ti sin que sea incómodo».

Era el primer día verdaderamente helado que habían tenido en Savannah durante ese invierno, y el aire fresco era energizante en comparación con la sordidez que se sentía en la casa de las Kappa desde que estaban a prueba.

Vivi se aferró al vaso de sidra caliente y saboreó el calor que le recorría la piel, tan parecido a la magia. De último minuto decidió agregar un latte de vainilla a su orden. No sabía qué le gustaba tomar a Tim, pero, a juzgar por su atracón de postres en la fiesta de las Kappa, era obvio que le gustaban las cosas dulces.

Tim y ella habían acordado reunirse en el centro de exalumnos para visitar el Salón de la Fama de Westerly y ver qué podían averiguar sobre Vince. Vivi creyó que sería una forma agradable de conocer mejor a su hermano, pues aquella situación seguía siendo bastante extraña.

Le dio un sorbo a la sidra e intentó tranquilizarse. Le sorprendió darse cuenta de lo mucho que ansiaba que las cosas salieran bien. Hacía

apenas una semana no sabía que Tim existía, pero el hecho de tener un hermano había puesto su mundo de cabeza. A lo largo de su vida, Daphne había sido su única familia. Ahora el universo le había dado ese regalo, un medio hermano, y no quería perderlo.

El celular vibró en su bolsillo. Era un mensaje de texto de Mason.

«¿Qué haces? ¿Nos vemos al rato para tomar un café?».

Lo miró un segundo y volvió a guardar el celular, a pesar de la culpabilidad que eso le generó. No le había dicho nada a Mason sobre Tim, era muy extraño no compartirle un secreto así de grande. Pero cada vez que trataba de sacar el tema, no encontraba las palabras. Era una situación ridícula, incluso para ella. Había llamado a su madre hacía unas noches y lo había confirmado: Daphne había tenido un romance con Vince en una de las muchas ciudades por las que pasó después de graduarse de la universidad.

—Hola —dijo Tim, ligeramente sin aliento, pues había subido las escaleras corriendo—. Qué frío hace hoy. —Dio brinquitos en su lugar y se frotó las manos.

—Tal vez te habría convenido usar pantalones en lugar de shorts —dijo Vivi con una sonrisa mientras le entregaba el latte—. Te traje esto.

—Ay, qué linda —dijo él, sorprendido. «Una buena sorpresa», pensó Vivi. Tim le dio un gran sorbo y luego observó la taza de cartón—. ¿Qué es?

—Un latte de vainilla. Perdón si es que…

Tim le dio otro sorbo.

—¡Me encanta!

—Ay, no es para tanto —dijo Vivi, convencida de que se estaba burlando de ella. Vivi sospechaba que, en el mundo de los deportes colegiales, donde estrellas como Tim recibían toda clase de regalos extravagantes a diario, un latte debía ser un detalle insignificante.

—Es en serio. Nunca había tomado uno de estos.

—¿Nunca habías tomado un latte?

Tim esbozó una sonrisa bobalicona.

—Supongo que siempre se me hizo… una bebida de niñas.

Vivi le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Ah, sí?

—Ya sé que es ridículo. Pero tú estás en una sororidad. Sabes qué se siente tener que proyectar cierto tipo de imagen.

—Bueno, Kappa no es así. Nadie me regañará por usar el tono incorrecto de blanco después del Día del Trabajo. —Se sonrojó al recordar que Tim salía con la presidenta de la sororidad de la que ella se estaba

burlando—. Perdón, sé que María está tratando de cambiar las cosas.

—Está bien —dijo Tim—. Sé qué tipo de reputación solía tener Theta, pero María quiere que ahora sea mejor. —Alzó la mirada hacia el centro de exalumnos, un elegante edificio de ladrillos con persianas blancas y una pared cubierta de enredaderas—. ¿Crees que aquí haya información sobre Vince?

—Supongo. Casi todo lo que encontré en internet tiene que ver con su carrera colegial. ¿Sabes algo más sobre él?

Tim soltó un resoplido.

—No. Solo sé que era mejor para desaparecer que para jugar futbol. Abandonó a mi mamá antes de que yo naciera. Ni siquiera lo conozco en persona. Lo último que supe era que estaba en Canadá. Para ser sincero, fue un poco extraño llegar a Westerly y ver que la gente hablaba de él como si fuera un dios. Sé que fue una leyenda deportiva y eso, pero para mí solo es el bastardo que nos abandonó.

—Sí, tiene sentido —dijo Vivi y sintió una incomodidad repentina—. Entonces, ¿por qué aceptaste venir conmigo?

Tim se encogió de hombros.

—No sé… Me dio la impresión de que para ti era importante.

—Pues gracias. —Vivi exhaló—. En fin, ¿todavía quieres entrar?

—Sí, vamos.

Mientras subían las escaleras faltantes, se abrió la puerta principal, una chica salió corriendo. A juzgar por el saco y la etiqueta dorada en la solapa, Vivi supuso que era una alumna que trabajaba de medio tiempo en el centro. Al ver a Tim, la chica se detuvo de pronto, abrió los ojos como platos y ahogó un grito.

—¡Ay, Dios! ¡Hola! —dijo y agitó la cabeza—. Perdón, no quise incomodarte. Siempre olvido que eres, eh… una persona de verdad que estudia aquí. El fin de semana pasado jugaste increíble.

—Gracias… Amanda —dijo Tim con una sonrisa cálida mientras leía el nombre en la etiqueta—. Gracias por el apoyo. No sería lo mismo sin nuestra afición.

Mientras Amanda se alejaba con una enorme sonrisa, Vivi volteó a ver a Tim.

—¿Decías entonces que a Vince lo trataban como un dios? —preguntó con una sonrisita burlona.

Más que un edificio administrativo, el interior del centro de exalumnos parecía la recepción de un hotel boutique. Elegantes sillones y sofás de cuero rodeaban mesitas de cristal con floreros y revistas de lujo. Había platones de fruta y dulces por doquier, Tim no dejó pasar la

oportunidad de agarrar un puñado de mentas.

—¡Hola! —dijo una rubia alegre que estaba atrás de un enorme escritorio de caoba—. ¿En qué los puedo ayudar?

Tim se sonrojó y guardó las mentas en su bolsillo.

—Hola —dijo Vivi—. Estamos buscando el Salón de la Fama de Exalumnos. Está en este edificio, ¿verdad?

—Sí, al final de ese pasillo. Acompáñenme.

—Gracias —dijo Vivi y le hizo una seña a Tim para que las siguiera. Una vez que la rubia le dio la espalda, Tim agarró otro puñado de mentas y corrió para alcanzarlas.

—¿Son estudiantes de licenciatura? —preguntó la rubia con voz amable. Una vez que asintieron, continuó—. ¡Qué maravilla! Ojalá más estudiantes de licenciatura nos visitaran. —Los llevó por un pasillo cubierto con papel tapiz de rosas que llevaba a una galería alargada llena de vitrinas de cristal. Las paredes estaban cubiertas de retratos de exalumnos de Westerly, y los más antiguos eran de hombres con sombrero de copa y levitas—. ¿Buscan información de alguien en particular?

—Sí, eh, de Vince Lee —contestó Vivi.

La rubia se entusiasmó y miró a Tim con un destello en los ojos.

—Por supuesto. Les mostraré la sección deportiva. —Los guio hasta el fondo de la habitación, donde una vitrina enorme cubría una pared completa. Contenía trofeos, fotografías en blanco y negro de hombres con antiguos cascos de cuero y porristas con largas faldas plisadas, viejos pendones, montones de bates y pelotas con autógrafos—. Helo ahí —dijo la rubia sonriente y señaló una foto impresa en papel brillante de un joven atractivo con la mandíbula cuadrada. Tenía el cabello corto y oscuro empapado de sudor, pero su expresión era triunfante y alzaba un trofeo por los aires—. Esa foto es del final de su tercer año, cuando logró que Westerly terminara la primera de sus dos temporadas invictas.

Vivi le dio las gracias y esperó a que los dejara solos.

—Te pareces mucho a él —dijo Vivi, asintiendo y observando la foto.

Tim se encogió de hombros y desvió la mirada. Luego abrió los ojos como platos cuando algo a espaldas de Vivi llamó su atención.

—¡Caray! ¡Mira esto!

Vivi siguió a Tim hasta una vitrina llena de maniquís vestidos con atuendos de todo tipo: esmóquines, vestidos de fiesta, túnicas de jueces, uniformes militares, entre otros.

—Qué cosa más extraña —dijo Vivi mientras se acercaba a inspeccionar un maniquí que parecía traer un vestido de patinadora

olímpica—. Pero tiene mucho encanto.

—«Lo que usaron» —leyó Tim en una placa—. «Esta colección conmemora los logros de los exalumnos más queridos de Westerly a través de los atuendos que usaron en sus momentos de éxito, ya fuera al recibir un Oscar, un Premio Nobel o un Corazón Púrpura».

—¡Qué bien! ¿Cuál de tus atuendos te gustaría que estuviera aquí algún día? —le preguntó Vivi mientras pensaba cuál de los hermosos diseños de Mei terminaría ahí. Sus tutoriales de YouTube tenían al menos medio millón de reproducciones, y sin duda pronto dejaría huella en el mundo de la moda o la cosmética. O quizá en ambos—. ¿Crees que deban hacer espacio para la Copa Stanley?

—No, a menos que de pronto me vuelva una superestrella del hockey.

Vicky se llevó una palma a la frente.

—Sí, claro, era broma. Eh, ¿qué te gustaría entonces que pusieran aquí?

—No sé… supongo que mi jersey —contestó él con frialdad.

—No suenas muy emocionado.

—A ver, o sea, claro que sería un honor y esas cosas. Pero ya estoy un poco harto de ser superestrella del futbol. En fin, da igual. Creo que todo el mundo sabe lo que es que te tengan en la mira todo el tiempo. Así es el mundo en estos tiempos.

—Sí, claro —dijo Vivi y empezó a asentir por reflejo, pero luego hizo una pausa—. No, de hecho, no. Cuando era niña nos mudábamos mucho, cada año escolar me cambiaba de escuela, a veces más de una vez al año. Así que estoy bastante acostumbrada a sentirme invisible, creo.

—¡Caray! Debe haber sido difícil. ¿Alguna vez…? —Frunció el ceño y cambió de posición antes de continuar—. ¿Alguna vez culpaste a Vince por eso? O sea, ¿crees que las cosas habrían sido diferentes si él hubiera sido parte de tu vida?

Su tono de voz tocó fibras sensibles en el alma de Vivi, por un instante, dejó de ver a la estrella de futbol y logró ver al niñito que anhelaba a un padre que jamás volvió a casa.

—No precisamente —contestó Vivi con dulzura—. Para mí fue distinto. Mi mamá nunca me quiso decir nada sobre mi padre. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta hace unas semanas.

—Me da un poco de envidia —dijo Tim con amargura y meneó la cabeza—. Perdón, vas a pensar que soy patético.

—¿Qué? ¡Para nada! —Vivi titubeó, pero luego se acercó y le dio una palmadita torpe en la espalda—. Te fue mal en la feria. Es normal que

estés enojado.

—Gracias. Es agradable hablar de esto. Siempre que saco el tema con María, ella trata de curarme con cristales sanadores y no sé qué cosas para «alejar las malas vibras».

—Supongo que es su forma de tratar de… ayudarte.

Tim sonrió.

—Mira, no dejes que Scarlett te haga pensar mal de María. Es muy linda cuando la conoces.

—Perdón, tienes razón —dijo Vivi, sonrojada. María era la novia de Tim, y Vivi tendría que llevarse con ella si quería que Tim fuera parte de su vida—. Creo que está haciendo un gran trabajo como presidenta de su sororidad.

—Sí, me da gusto que la hayan elegido. Siempre ha creído que está en segundo lugar. No había tenido muchas oportunidades para resaltar, hasta ahora. Creo que será algo bueno para ella, ¿sabes?

—Lo entiendo. En serio. Claro que yo siempre he sentido que estoy como en… ¿séptimo lugar? —dijo Vivi entre risas—. Tal vez podríamos salir un día los tres.

—¡Claro! —Tim sacó el celular y frunció el ceño—. Debo irme a clase. ¿Adónde vas tú?

—A Barbiea Hall. Tengo que ir por una carpeta al centro de fotocopiado.

—Bien. Mi clase es en el edificio de al lado. ¿Vamos juntos?

—Sí, claro —contestó Vivi. Volvieron a la recepción, donde Tim agarró otro puñado de dulces antes de salir. En el camino, Tim se adelantó varias veces, pues era obvio que no quería pasar demasiado tiempo en el frío, pero, al darse cuenta de que había dejado atrás a Vivi, se daba vuelta y la esperaba.

—Perdón —dijo él, avergonzado—. Siempre camino así de rápido.

—No te preocupes —contestó ella, y en ese momento vibró su celular. «Estoy en la fila del café. ¿Qué te pido?». Vivi sintió un hueco en el estómago. El café estaba a un costado de Barbiea Hall, lo que significaba que Mason podría verla con Tim, y eso provocaría muchas más preguntas de las que estaba lista para responder—. Perdón —le dijo a Tim—. Olvidé en casa un libro que necesito, así que debo volver por allá.

—No te preocupes —dijo él—. ¿Hablamos pronto?

—Sí, claro —respondió Vivi con una gran sonrisa.

Tim se echó a correr, pero luego se dio media vuelta y le gritó desde lejos:

—¡Gracias por el café!

—¡Cuando quieras! —contestó Vivi, pero luego hizo una mueca de dolor al ver que tenía una llamada perdida de Mason.

«Perdón», le contestó de inmediato. «Scarlett necesita que la ayude con algo en la casa. ¿Te puedo ver después?».

Pasaron casi cinco minutos antes de que Mason contestara.

«¿Qué está pasando, Vivi? ¿Por qué me estás evitando?».

Se le hizo un nudo en el estómago. Sabía que lo más sensato era contarle lo de Tim, pero de por sí ya estaba en desventaja con respecto a la perfección de Scarlett. La familia de Mason era más parecida a la de Scarlett que a la suya. Aunque Mason fuera un hombre afectuoso y de mente abierta, ¿estaría dispuesto a llevar a casa a la chica cuyo padre era un patán que tuvo un montón de hijos con diferentes mujeres? Vivi no podía olvidar la expresión de Scarlett en la tienda de productos mágicos… lástima. Y temía que Mason reaccionara del mismo modo.

«¡Ni al caso!», contestó. «Es solo que hay muchas cosas que hacer. ¡Te lo juro! Te llamo al rato».

Sostuvo el teléfono en la mano durante el camino de regreso a la casa de las Kappa, con la esperanza de que Mason contestara, pero su celular nunca vibró.

CAPÍTULO QUINCE

Scarlett

El Universitario Sediento rebosaba vida. Sin embargo, cuando Scarlett se abrió paso hacia la entrada, alcanzó a oír que las conversaciones se detenían y se percató de que la gente la miraba, boquiabierta, antes de comenzar a susurrar. No necesitaba su magia para adivinar lo que decían. Todos chismorreaban sobre la caída de Kappa.

Marchó hasta un banco en una esquina, con la frente en alto.

Sí, ya todo el mundo sabía sobre la amonestación y que habían perdido el Baile de Primavera. Al menos no tendría que darle la noticia a nadie.

Se sentó sobre el banco, los hombros tensos, la espalda rígida. Se negaba a darle más material de conversación a la gente. Había ido por un trago. No se iría hasta que lo consiguiera, sin importar qué tan incómoda estuviera.

Necesitaba un descanso de la Casa Kappa. Las miradas de los estudiantes desconocidos de Westerly ahí adentro no le molestaban tanto como los murmullos y miraditas de sus hermanas. Con la reunión de exalumnas a la vuelta de la esquina, todas estaban al límite. La sororidad estaría amonestada durante la reunión, lo que era incómodo y vergonzoso e incluso podría afectar el futuro de las alumnas actuales. ¿Cómo podrían impresionar a las poderosas e influyentes exalumnas cuando, en ese momento, su más grande logro era poner a Kappa en grave peligro?

Era, en particular, un duro golpe para las chicas de último año. Mei, quien había pasado semanas preparando su portafolio para mostrárselo a una legendaria diseñadora de vestuario, estaba huraña y callada. La frustración de Jess era aun más palpable, pues había recibido un hosco

correo de la periodista ganadora del Pulitzer con la que esperaba hacer una pasantía en el verano. Scarlett sentía que todo era su culpa. Kappa se desmoronaba a su alrededor.

Vivi insistía en que tenía los planes de la reunión bajo control, que no necesitaba la ayuda de Scarlett. Pero lo único en lo que Scarlett podía pensar era en la fiesta de bienvenida. Si las cosas volvían a salirse de control…

Levantó una mano de la barra y agitó el brazo a la vez que usaba un sutil hechizo de Espadas.

El cantinero miró hacia donde estaba, asintió y volvió a su conversación con otra chica. Scarlett no estaba segura, pero creyó reconocerla: una de las Theta más jóvenes de María.

«Genial». También afuera del campus Theta vencía a Kappa.

Se encorvó en su asiento; olvidó su postura. Por supuesto, Xavier escogió justo ese momento para aparecer a un lado suyo.

—¿Semana difícil?

—Ni te lo imaginas —masculló.

Xavier levantó una mano. El cantinero dejó a la chica de Theta y se les acercó. Scarlett estaba demasiado agotada como para sentirse insultada.

—¿Cómo está la chica? ¿Cómo se llamaba? ¿Bailey? —preguntó Xavier después de pedirles el especial de la casa, una suerte de bebida con whiskey que Scarlett habría evitado en casi todas las circunstancias.

Pero esa noche, parecía apropiado.

Suspiró.

—Se siente mucho mejor, por fortuna.

—¿Los doctores saben qué pasó? —Xavier deslizó el trago de Scarlett por la barra. Sus manos se rozaron.

Scarlett ignoró el cosquilleo que le recorrió el brazo.

—Dijeron que fue provocado por el estrés. Considerando todo lo que pasó en Kappa el semestre pasado, es comprensible. —¿En verdad podía el estrés hacer que alguien se hiciera ese daño? Scarlett tomó un sorbo de su whiskey. Luego le dio un trago más largo; el ardor en su pecho ayudaba—. No puedo evitar sentir que soy la peor presidenta en la historia de Kappa.

—Hay peores legados en esta vida. —Xavier alzó su vaso para chocarlo con el de Scarlett antes de darle un trago considerable también.

Scarlett resopló por lo bajo.

—¿Como cuáles?

Xavier sonrió.

—Como nunca haber sido presidenta.

Scarlett hizo una mueca de disgusto.

—Hace seis meses, habría estado de acuerdo. Ahora… no estoy tan segura. —Vio cómo el hielo se derretía en su vaso por un segundo—. Todo era tan sencillo. Sabía lo que quería y lo que tenía que hacer para conseguirlo.

—Eres demasiado joven como para una crisis del cuarto de vida. —Xavier le dio un empujoncito—. Además, algo me dice que todavía sabes qué es lo que quieres.

«Jackson». Alejó la idea de su cabeza. Él ya había tomado su decisión. Además, perder la cabeza por un hombre no era propio de Scarlett. Tenía otras prioridades más importantes. O, al menos, eso era lo que decía.

—Quería ser presidenta para poder continuar con el legado de mi familia —dijo. Una sonrisa pesarosa se le dibujó en los labios—. Bueno, si soy honesta, quería mejorarlo. Quería ser la mejor presidenta en la historia de Kappa, hacerme de un nombre en vez de vivir a la sombra de mi familia. ¿Por qué soy yo el fracaso, la que no puede lograr nada?

—Pues… —Xavier giró su vaso un momento—. Es muy difícil destacar de entre la multitud si haces lo mismo que todos los demás. —Scarlett lo miró. Él se encogió de hombros—. ¿Qué? Ya te lo dije, no eres la única con problemas familiares.

Le recordó a la última vez que hablaron: no solo lo usó para poner celoso a alguien más, también lo abandonó a la mitad de la conversación.

—Oye, perdón por… eh, echarme a correr el otro día.

Xavier movió la mano.

—Olvidado. Solo me alegra que tu amiga esté bien.

—A mí también. —Soltó una risa amarga—. ¿Soy yo o todo parece estar de cabeza este semestre?

—¿O sea que este campus no es siempre una telenovela de la vida real?

Xavier volteó por encima de su hombro, enfático. La pareja que estaba a su lado en la barra miró a otro lado de inmediato, como si no hubieran estado escuchándolos.

—¿O sea que tus padres obsesionados con el éxito no estudiaron la situación social de este lugar antes de obligarte a transferirte? —disparó Scarlett en respuesta.

—Te sorprenderá saber que mi vida extracurricular parece no importarles en lo más mínimo. —Le guiñó un ojo. Luego se giró y puso los codos sobre la barra—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—Si tu mamá y tu hermana no lo hubieran sido antes que tú, ¿habrías querido ser presidenta de Kappa?

Frunció el ceño. No recordaba haberle dicho quién en su familia había sido presidenta. «Deja la paranoia». A final de cuentas, era del dominio público. Si Xavier era parte de PiKa, pudo haberse enterado gracias a alguno de sus hermanos. Exhaló despacio.

—No… no sé cómo responderte.

Mientras más la miraba Xavier, más el corazón le martillaba las costillas. No era Jackson, pero era apuesto de una forma distinta. Era evidente que venía de un contexto familiar parecido al suyo, que comprendía su dilema presente, la presión que tenía encima.

—¿Alguna vez imaginas cómo sería no ser parte de un legado, de Kappa? Solo ser una chica común y corriente que vive su vida, sin presiones… Ser solo tú.

—Nunca. ¿Quién querría ser común y corriente? —respondió Scarlett de forma casi automática, con una risita.

Xavier sonrió, un poco sorprendido con su respuesta o con Scarlett misma.

—No creo que jamás podrías ser común y corriente, Scarlett Winter.

—¿Qué hay de ti? —dijo ella—. No pareces el tipo de persona que se uniría a una fraternidad, ¿por qué entraste a PiKa?

Xavier la miró un instante y alzó las cejas.

—Aunque no lo creas, cambiar de escuela no es fácil. —Se encogió de hombros—. Pero no me partiría el lomo por ser presidente. Demasiada responsabilidad.

—Ah, ya veo. Eres una de esas personas que vive bajo la ley del mínimo esfuerzo.

Xavier la aplanó con una poderosa mirada.

—No, para nada. Solo tengo otras prioridades. —Scarlett sintió un cosquilleo en la cara. La sensación se le extendió por el cuello y comenzó a bajarle por la espalda mientras Xavier mantenía la mirada fija sobre ella. Sabía que tenía que mirar a otro lado, romper la tensión… Pero era fácil hablar con él. Con su marcado acento sureño, era bastante encantador. Con el whiskey en sus venas. Scarlett no podía negar que era un poco tentador. Y ella sin duda le gustaba. Xavier estiró la mano; dejó que las yemas de sus dedos le tocaran la muñeca. La mano dejó chispas a su paso. El corazón le latía tan rápido que Scarlett se preguntó si Xavier podía verlo palpitar en su cuello. Antes de que pudiera decir algo, antes de que pudiera devolverle el roce, Xavier volvió a voltear hacia la barra y

tomó su trago—. Mis estudios, por ejemplo, son una prioridad importante.

Scarlett se rio. A Xavier le brincó el labio, pero tan solo arqueó una ceja y le dio un trago a su whiskey.

—¿Qué estudias?

—Economía —respondió él. Scarlett no pudo contener el gruñido de hastío—. ¿Qué? Es una industria lucrativa.

—Así que *ésa* es tu motivación: el dinero.

Xavier movió el dedo, como si la estuviera regañando.

—No se apresure a juzgarme, señorita Winter. Apenas has visto la superficie de mis motivaciones.

«Pero podría». La idea surgió, sin invitación, impulsada por el whiskey que le corría por la sangre. Un roce, unas cuantas palabras, y podría saber con precisión cuáles eran sus motivaciones, qué lo impulsaba.

Podría saber cuáles eran sus intenciones con ella.

Xavier podría parecer coqueto, pero necesitaba saberlo. No podía verse atrapada en otra situación como la de Jackson. Su corazón no lo soportaría, no después del semestre anterior.

«Solo un vistazo», se dijo. Solo una breve mirada dentro de la mente de Xavier. Scarlett solía evitar ese tipo de magia, sobre todo cuando se trataba de un chico. En principio, Scarlett Winter no necesitaba de ayuda mágica para conquistar hombres.

«Esto es diferente». Era más como… defensa propia.

Con un sorbo más de whiskey para hacerse de valor, Scarlett estiró la mano antes de poder arrepentirse. Le pasó un dedo por la sien, con suavidad, solo una vez.

Lo suficiente como para abrir la puerta de sus pensamientos…

«Reina de Espadas y de palabras; revela aquello que él anhela», recitó en su cabeza. Se concentró.

Lo único con lo que se encontró fue un muro en blanco. Nada. Ni siquiera un rastro de emoción, diversión, molestia, lo que fuera. Parpadeó y dejó caer la mano con el ceño fruncido. La magia de Espadas nunca había sido su especialidad, pero, cuando menos, siempre fue bastante buena para leer el estado emocional de la gente.

Vio que Xavier la miraba con extrañeza y se forzó a sonreír.

—Tenías una pelusa.

Xavier sonrió con un dejo de complicidad.

—Gracias, pues.

—Cuando quieras.

La cabeza le daba vueltas. Había bebido demasiado.

«¿Qué rayos estoy haciendo?». Espiar la mente de alguien más, sentirse tan insegura. ¿Todo porque un chico la rechazó? «Por una chica de Theta», tuvo que añadir. Sal en la herida.

Empujó su trago de vuelta por la barra. Por lindo que fuera Xavier, no debía estar haciendo lo que estaba haciendo. Ya estaba lo suficientemente embriagada como para que el bar comenzara a difuminarse un poco. Lo último que quería era darles a todos en el lugar la satisfacción de ver a Scarlett Winter fuera de forma.

—Tengo que irme.

—Déjame adivinar: asuntos de Kappa.

—La ambición no descansa —respondió mientras tomaba su bolsa.

—Pensé que la frase era «el mal no descansa».

—Ninguno de los dos. —Le guiñó el ojo y se dirigió a la puerta. No necesitaba voltear para saber que Xavier la seguía con la mirada. Todos en el bar lo hacían, a final de cuentas. Alzó la frente; una reina nunca decepciona a sus súbditos. *Que nunca te vean sudar*. Es lo que Minnie le habría aconsejado. Su madre también. Una de las pocas áreas en las que ambas estaban en la misma página. Sí se permitió un pequeño gusto antes de salir—. Invoco a la Reina de Astiles y al As de Copas —murmuró mientras empujaba la puerta—. Revelen sus magias poderosas y hagan que sus bebidas sepan asquerosas.

Antes de que la puerta siquiera hubiera terminado de cerrarse, pudo oír a unos cuantos chicos de fraternidades quejarse, gruñir y escupir sus cervezas.

—Qué asco, sabe a orina —gritó uno.

Luego, llegó al césped del campus e inhaló el aire fresco. Por un instante, se sintió apenas un poco mejor.

El camino que Scarlett solía tomar desde el campus hacia la Casa Kappa estaba más oscuro que de costumbre. Se lo achacó a la luna nueva, combinada con las nubes que cubrían el cielo. Bloqueaban el poco brillo de las estrellas que quedaba, los faroles del campus hacían poco por iluminar los espacios restantes.

A Scarlett le gustaban las noches así, llenas de la posibilidad de una tormenta. Siempre que el cielo estaba cargado de lluvia, Scarlett se sentía más conectada con sus propias emociones.

Pero esa noche, no dejaba de pararse y voltear. Oía ruidos a la distancia. Un tenue y sibilante susurro, como si algo se arrastrara por el

pavimento. Se detuvo; el ruido se detuvo también.

Cada cierto número de pasos, miraba por encima de su hombro; un escalofrío le recorría la espalda. Pero, sin importar cuántas veces volteara, el camino seguía vacío. Desierto, en realidad, lo que era extraño para un jueves en la noche, cuando muchos estudiantes más deberían haber estado de camino de vuelta al Pabellón Griego.

Comenzó a caminar de nuevo; el ruido volvió a sus oídos.

Esta vez, Scarlett no se dio vuelta. Buscó su espejo compacto en su bolsa y fingió revisarse el maquillaje, mientras lo levantaba para ver detrás de sí.

Nada.

Con una respiración profunda, comenzó a moverse de nuevo, más rápido. Las piernas le palpitaban; los tacones ruidosos sobre el pavimento.

Otro ruido. No el siseo, el susurro, sino algo más fuerte, más concreto. Pisadas.

«Otro estudiante», se dijo. Se había estado preguntando dónde estaba todo el mundo.

Hizo su mejor esfuerzo por ignorar el flujo de adrenalina; aceleró el paso.

—Invoco a la Reina de Copas —dijo con suavidad mientras caminaba.

El cielo retumbó.

No comenzó a llover. No aún. Scarlett podía sentir la cercanía de la tormenta, percibía cómo estaba preparada para desatarse en cuanto ella se lo pidiera. Si algo, o alguien, estaba ahí, en la oscuridad, siguiéndola, Scarlett estaría preparada.

Estaba a punto de llegar al siguiente farol cuando los truenos llegaron de nuevo. Con fuerza. Pero no lo suficiente como para ahogar el otro sonido.

Las pisadas se acercaban.

Scarlett miró hacia el bosque que tenía a ambos lados, al pavimento que se extendía frente a ella. Nadie por delante. Estaba ya bajo la luz del farol; el brillo anaranjado le dio valor. Con una última respiración, se dio vuelta, con los puños en alto, lista para defenderse.

Lo que vio fue a Xavier con las manos arriba en señal de rendición, a unos tres metros de distancia.

—Epa, no dispares.

—¿ME ESTÁS SIGUIENDO? —exclamó Scarlett, con los brazos cruzados y mirada furiosa.

Xavier tenía la misma pseudo sonrisa irritante de siempre.

—No todo en la vida se trata de ti, Scarlett. ¿Sí lo sabes? —Luego apuntó por detrás de ella—. La Casa de PiKa está a unas cinco casas de la de Kappa, ¿recuerdas?

Scarlett frunció el ceño.

—Podrías haber dicho algo en lugar de acercarte así.

—Estaba a punto de hacerlo. No es mi culpa que tengas un oído supersónico. —Scarlett resopló con enfado—. Y —añadió Xavier, un tanto más tímido—, una parte de mí quería asegurarse de que llegaras bien a casa. Parecías un poco contrariada en el bar.

—Pues tengo que darte un consejo: la mejor forma de tranquilizar a una mujer es *no* acercarte en silencio a ella en una calle oscura. —De cualquier modo, comenzó a caminar a su lado—. Y me sé defender sola, antes de que se te meta en la cabeza que tienes que hacer el papel de caballero galante.

Xavier le miró los puños, que seguían apretados. Con esfuerzo, se alisó las palmas sobre la falda.

—Sí, lo entiendo. Disculpas.

Por más que le molestara admitirlo, *sí* se sentía más segura con él a su lado. Si acaso porque la hacía dejar de enfocarse en el pequeño ruido que salía del bosque; evitaba que intentara escuchar el sonido de una rama romperse bajo el peso de unos pies en el lodo.

Llegaron a la calle principal. Xavier hizo una reverencia.

—Milady, su fiel caballero la ha traído a salvo a su destino.

Scarlett resopló e hizo una mueca sarcástica. Pero también sonreía.

—Buenas noches, Xavier.

—Buenas noches a ti también, Scar.

Le buscó la cara por un momento, como si estuviera a punto de decir algo más. Al final, solo se despidió con la mano y trotó desde la luz hacia la oscuridad de la bruma que había comenzado a caer. Scarlett lo vio alejarse, con la lluvia flotando sobre sus hombros, sin tocarle el cabello ni la ropa. Era una bruja de Copas, a fin de cuentas.

Tenía que aceptarlo… cada vez se hacía más difícil mantenerse alejada de ese chico.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Vivi

Cuando Vivi por fin se reunió con Mason, el viernes por la tarde, ya había pasado el frente frío y el aire vespertino estaba templado. Acordaron reunirse a la orilla del río, en una de las bancas que daba a los muelles. Vivi pasó frente a restaurantes y bares adornados con series de lucecitas blancas que se reflejaban en el agua oscura y que le daban a la escena un toque mágico que, en otras circunstancias, le habría parecido encantador y romántico. Mason y ella prácticamente no habían hablado desde aquel tenso intercambio de mensajes hacía un par de días, y Vivi estaba demasiado nerviosa como para apreciar el entorno. Debía resolver las cosas antes de que se salieran de control.

Cuando lo vio sentado en la banca, se obligó a sonreír con dulzura, a pesar de lo nerviosa que estaba.

—¡Hola! —exclamó. Le dieron ganas de salir corriendo y lanzarse a sus brazos, pero supuso que eso arruinaría el efecto del atuendo sofisticado que había elegido para esa noche. Había decidido sacar todo el arsenal: le pidió prestada una minifalda a Sonali y un par de tacones a Reagan. También puso a prueba los encantamientos recién aprendidos para darle un efecto ahumado a su delineado y resaltar sus pómulos.

El sobresalto inicial de Mason fue indicio de que sus esfuerzos habían surtido efecto. Sin embargo, en vez de levantarse para besarla o decirle lo hermosa que se veía, simplemente asintió y dijo:

—Gracias por no dejarme plantado esta vez.

Vivi hizo una mueca de dolor. Hacía varios días que no era la mejor novia. De hecho, no lo era desde hacía semanas. Había estado guardando muchos secretos sobre partes de su vida que Mason no entendería. Tim y

ella se habían estado mandando mensajes desde la visita al centro de exalumnos y hasta intercambiaron fotos de cuando eran bebés. ¡Eran idénticos! Tim incluso había lanzado al aire la idea de invitar a Vivi y a Daphne a pasar Acción de Gracias con él y su mamá. Vivi creía que su madre sería incapaz de aceptar la invitación, puesto que había hecho hasta lo imposible por borrar a Vince de su pasado. Pero no podía dejar de fantasear con tener una cena de Acción de Gracias de verdad por primera vez en la vida; una cena alegre con pavo, relleno y risas, en lugar del estofado vegano para dos que Daphne acostumbraba preparar para la ocasión.

Tenía que encontrar la forma de decírselo a Mason, pero no sabía cómo. Habría deseado tener una varita mágica que hiciera que él aceptara esa nueva parte de ella sin cuestionarla.

Aunque en realidad sí había forma de hacerlo, y sin necesidad de varita. Bastaba con que susurrara unas cuantas palabras para quitarle el enojo a Mason, para instarlo a perdonarla y hacer que estuviera satisfecho todo el tiempo con el comportamiento a veces hermético e insensible de Vivi…

«No. Jamás», pensó tajantemente. Usar magia para manipular a Mason implicaba cruzar una línea que Vivi se negaba siquiera a concebir.

Después de dudarlo un instante, se encaramó en la banca, lo suficientemente cerca como para alcanzar a percibir el aroma a pino y especias de la colonia de Mason que la hacía querer acurrucarse en su cuello e inhalarlo entero. La postura rígida de Mason denotaba que no estaba de ánimos para arrumacos.

—Perdón por lo del otro día —dijo Vivi, con la intención de alivianar el ambiente—. Te traté fatal.

—Sí, lo sé —dijo él, sin dejar de mirar hacia el río. Su tono de voz era frío, casi sarcástico. Vivi jamás lo había visto actuar así.

—¿Qué puedo hacer para enmendar las cosas? —preguntó Vivi mientras se deslizaba hacia la orilla de la banca y jalaba el dobladillo de la falda que ahora la hacía sentir vulnerable.

Mason suspiró y volteó a verla con una expresión más de anhelo que de furia.

—No es nada más lo de la otra noche, Vivi. Es… Quiero que seamos honestos el uno con el otro. He estado en relaciones en las que soy el que siempre siente que lo dejan fuera, y es una sensación horrible.

Se refería a Scarlett, sin duda. Habían terminado porque Mason sentía que ya no había una conexión entre ellos, que no tenían nada en común. Pero Mason y Vivi eran distintos; entre ellos había un vínculo

especial. Solo necesitaba hacérselo notar. Vivi giró el torso hacia él.

—Yo también quiero eso. Quiero que seamos una pareja genuinamente pareja.

—Entonces, ¿por qué has estado tan distante últimamente? ¿Por qué me evades tanto? —Se le quebró ligeramente la voz, y Vivi sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No sé —contestó ella y trató de tomarle la mano.

Mason se puso serio y quitó la mano.

—¿Te vas a quedar sentada ahí, mintiéndome? ¿En serio crees que soy tan idiota?

—¿De qué… de qué hablas?

—Ay, Vivi, no hagas esto, por favor —gruñó y escondió la cara entre las manos—. Te *vi*.

—¿Qué me viste hacer? —preguntó, con el corazón acelerado. ¿Había sido tan tonta o tan descuidada como para que Mason se percatara de su magia?

—Te vi con Tim Lee. Después de que me dijiste que no podías alcanzarme en la cafetería porque tenías cosas que hacer en la sororidad.

—¿Qué? ¡Ay, Dios, no, Mason! Te juro que no es lo que estás pensando. Me lo topé y hablamos unos minutos. No fue nada.

Mason alzó la cara y la miró con tristeza.

—¿Entonces por qué me mentiste y dijiste que estabas en otro lado?

—Es… complicado —contestó Vivi. Tan pronto pronunció esa palabra, se dio cuenta de que había metido la pata.

—*Complicado* —repitió Mason—. A ver, ¿por qué no tratas de explicármelo con manzanitas y yo haré lo posible por poner atención? —Al ver que Vivi no contestaba, soltó un resoplido—. Veo que prefieres al deportista estrella que al erudito historiador. Eso no tiene nada de complicado.

—Mason, ¡no es así! ¡No te estoy engañando!

Mason guardó silencio un largo rato, y luego asintió una sola vez.

—No creo que lo estés haciendo. Pero sé que lo estás pensando.

—¿O sea que no puedo tener amigos hombres?

—¡Claro que puedes tener amigos hombres! Pero te has portado muy rara y distante desde la fiesta. Me dejaste plantado y luego me mentiste sobre lo que estabas haciendo. ¿Qué quieres que piense?

«Díselo de una vez», pensó Vivi. Mientras su mente buscaba con desesperación las palabras adecuadas, el peso del miedo se le asentó en el pecho. En cierto modo, Mason y ella eran mucho más compatibles de lo que habían sido él y Scarlett; pero, viendo la relación desde fuera, Mason

se estaba conformando con menos. Scarlett era hermosa, inteligente, confiada y glamorosa, además de que venía de una de las familias más pudientes y respetadas de Georgia. Y, aunque los padres de Mason vivían en Savannah, jamás había invitado a Vivi a conocerlos. ¿Acaso era porque Mason sabía que sus padres la considerarían inculta y ordinaria? ¿Tanto se avergonzaba de ella?

—Tim es mi… —Las palabras se le atoraron en la garganta. Mason se derrumbó, herido. No, Vivi no podía dejarlo sufrir así. Y menos porque era muy fácil quitarle ese dolor.

«Invoco a la Luna, pensó, fuente de sabiduría y claridad. Por favor llévalo de la suspicacia a la caridad».

En el cielo, las nubes se disiparon levemente y dejaron entrever un ligero destello plateado. Mason se reclinó en la banca, suspiró y se frotó el entrecejo.

—No sé por qué estoy actuando así. Me importas mucho, Vivi, y quiero que esto funcione. Así que, ¿sabes qué? Tienes razón. Confío en ti. Si dices que no hay nada entre ustedes, te creeré. —Sonrió y le tendió la mano—. Perdón por ponerme así. ¿Me disculpas?

Sintió una oleada de alivio al ver la sonrisa esperanzada de Mason, pero luego se tiñó de culpa. No fue fácil sonreírle en respuesta. Había tratado mal a Mason, y ahora era él quien se disculpaba, por no hablar de que lo había hechizado. Aunque fuera un hechizo menor, hay razones por las cuales las brujas no interfieren con el libre albedrío: es un camino peligroso y resbaloso que conlleva toda clase de consecuencias impredecibles.

«No lo volveré a hacer», pensó para sus adentros. «Fue cosa de una vez».

—Yo también lo lamento —dijo Vivi con toda sinceridad, aunque Mason no pudiera imaginar las implicaciones de esa disculpa—. He tenido muchas presiones últimamente. Pensé que podría con la organización de los eventos sociales, pero es mucho más trabajo del que esperaba, y metí la pata como nunca en la estúpida fiesta de regreso a clases. Y ya va a ser la reunión de exalumnas, y el concejo nos amonestó, y es mi responsabilidad que todo salga bien. Por si fuera poco, no me está yendo muy bien en las clases… —Conforme las palabras fluían, empezaron a asomarse las lágrimas. Era cierto: a pesar de haber tenido una infancia frenética, siempre había tenido calificaciones insuperables. Ahora, en cambio, apenas podía mantenerse al corriente con las lecturas, y ni hablar de estudiar para los exámenes. Ni siquiera Bailey pudo ayudarla con su «informe previo al examen intersemestral» de la clase de

Historia del Arte. Al ver la expresión horrorizada de Vivi, intentó mandarle las respuestas, pero resultó que la profesora había hecho versiones ligeramente distintas del examen para cada estudiante.

—Ay, no, muñeca —dijo Mason y la abrazo—. Todo estará bien. Te lo prometo. Vas a sacarlo adelante. Piensa en todo lo que hiciste para la fiesta de Alicia en el País de las Maravillas. ¡Fue el evento de temporada!

—Sí… —«Hasta que casi muere alguien», pensó con amargura. Luego se limpió la nariz con el dorso de la mano y se rio cuando Mason le pasó un pañuelo—. Perdón, qué asquerosa soy.

—No pasa nada —dijo Mason y la jaló hacia él.

Vivi exhaló despacio y apoyó la cabeza en su hombro.

—Perdón, Mason. Sé que últimamente he sido una pésima novia. Pero me esforzaré por ser mejor, te lo prometo.

—Nadie dijo que fueras pésima —le dijo Mason en tono burlón.

—Bueno, al menos sí ausente. ¿Cómo estás tú? ¿Ya les contaste a tus papás de tus planes para el próximo año?

—Aún no. —Mason clavó la mirada en el río—. Quería hacerlo el fin de semana, pero mamá no dejaba de hablar sobre el despacho y el montón de clientes importantes que acaban de conseguir y el montón de trabajo que tendrán los becarios este semestre… guiño, guiño. Me sacó de quicio.

—Ya encontrarás la forma. —Vivi se deslizó hacia él hasta que sus muslos quedaron pegados uno contra el otro—. Solo necesitas algo de tiempo.

—Pero eso es *justo* lo que no tengo. —Mason echó la cabeza hacia atrás y suspiró—. Tengo dos semanas para confirmarle a mi supervisora si entraré al doctorado.

—¿No te ayudaría que te acompañara? ¿Para darte apoyo moral?

Mason soltó una risotada y ladeó la cara para observarla con curiosidad.

—¿En serio quieres ver a mis padres por primera vez en una cena en la que podrían matarme?

—Bueno, si hay un tercero neutral que actúe como testigo, al menos no será tan fácil que se salgan con la suya, ¿no crees?

—¿Harías eso por mí?

—¡Por supuesto! —Le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de él—. Para eso están las novias que no son pésimas, ¿no? Además, puedo llevarles una lista de potenciales oportunidades laborales para historiadores. O podría soltarme a hablar de mi especialización universitaria en cestas de mimbre y de la comuna vegana que formaré al

graduarme. Así al menos tus planes les parecerán más sensatos, comparados con los míos.

Mason soltó un resoplido.

—Sé que lo dices en broma, pero quizá funcionaría.

—¡Excelente! ¡Prepararé mi carpeta! Hablando de otra cosa, ¿no sabes dónde podría comprar cestas de mimbre?

—Eres lo máximo, ¿sabías? —Se inclinó para besarla.

Sin embargo, Vivi reculó antes de que sus labios se encontraran.

—Eh, primero hay que ponerle fecha. Dijiste que solo tienes dos semanas, así que… ¿qué día quieres agendar tu potencial muerte?

—¡La coordinadora de eventos sociales en acción! —exclamó Mason en tono juguetón—. Bueno, mañana tienes la reunión de exalumnas, ¿cierto?

—En la que tú vas a ser el acompañante más guapo del universo.

—Bueno, ¿te parece que sea el domingo en la mañana?

—Define mañana… —Vivi tenía claro que, si las cosas salían bien, la reunión terminaría hasta bien entrada la madrugada.

—¿*Brunch?* —especificó Mason—. Les avisaré a mis padres.

—Perfecto.

—No tan perfecto como tú.

Vivi puso los ojos en blanco.

—Eres un cursi.

—Y te encanta. —Mason se acercó de nuevo a besarla, y esta vez ninguno de los dos se negó.

CAPÍTULO DIECISETE

Scarlett

El comedor estaba transformado. Cuando Vivi lo sugirió, como el lugar perfecto para la reunión del ciento cincuenta aniversario, Scarlett tuvo sus dudas. El edificio en sí era muy bello: muros de piedra, techos altos con vigas de madera, enormes ventanales de cristal con vistas al campus. En el fondo, era aún la cafetería de la escuela. A Scarlett le costó mucho trabajo imaginar que podían organizar el tipo de velada necesaria para impresionar a las exalumnas de Kappa en ese lugar.

Vivi había encontrado la forma de superar TODAS las expectativas de Scarlett.

En cuanto las invitadas ponían pie en el comedor, eran transportadas a una réplica exacta del palacio de Versalles. Enormes espejos de piso a techo cubrían el muro que estaba frente a los ventanales. Todas las mesas y sillas habían sido reemplazadas con mesas de coctel con filigrana de oro y unos cuantos grupos de divanes y pufs en las esquinas para que las invitadas se sentaran.

Los pisos, por lo general de vinilo, parecían estar hechos de mármol blanco y negro enhebrado con oro rosa.

Y el golpe de gracia: Scarlett se quedó sin aliento al voltear a uno de los espejos, pues no se vio a sí misma reflejada en él, o, mejor dicho, no se vio reflejada con el atuendo que tenía puesto, un vestido color esmeralda de corte estilo imperio con una apertura en el lugar preciso para mostrar sus piernas y los tacones altos del mismo color.

No, su reflejo tenía puesto un vestido del siglo XVIII, digno de la misma María Antonieta. Mangas abombadas, una gigantesca falda de campana. El reflejo incluso le agregó un pequeño lunar encima del labio y una peluca de rizos blancos.

A su lado, Xavier también era un reflejo de lo más apuesto. Vestía un traje normal, planchado a la perfección, pero el Xavier del espejo tenía todos los enseres de un cortesano francés. Frente al espejo, arqueó una ceja. Giró hacia un lado y hacia el otro para admirar su propio atuendo.

—Sabía que Westerly tenía un buen departamento de programación, pero estos efectos especiales son como de Hollywood.

—Bienvenido a un verdadero evento de Kappa —respondió Scarlett con una enorme sonrisa. Había tenido dudas sobre si debía invitarlo o no, pero tenía que aceptar que se veía apto para el papel de su cita.

—Ya entiendo el alboroto por sus fiestas. —Hizo una pequeña reverencia y extendió una mano—. ¿Me concede esta pieza, *mademoiselle*?

Estaba a punto de aceptar cuando otra figura apareció frente al espejo, con una peluca aun más barroca que la de Scarlett.

—Tengo que admitir —dijo Marjorie en voz baja— que hiciste un trabajo bastante decente.

Scarlett le soltó la mano a Xavier y forzó una pequeña sonrisa tensa.

—Todo fue obra de Vivi, mi hermana menor. —Era cierto. Vivi rechazó hasta la más pequeña oferta de ayuda de Scarlett antes del evento. A decir verdad, Scarlett había estado muy nerviosa también porque no sabía cuál sería el resultado.

Intentó controlar su alivio. La última fiesta había comenzado muy bien también. Quería que todo saliera bien, por Vivi y por Kappa.

—Está siendo modesta —interrumpió Xavier. La sobresaltó. Había esperado que hiciera lo mismo que todos sus novios pasados hacían frente a Marjorie: quedarse muy callados y retraídos hasta que alguien los presentaba. Pero Xavier le tendió la mano, rebosando encanto—. Xavier Hunt. Un gusto conocerla, señora Winter. —Muy a su pesar, Scarlett se preguntó cómo se habría comportado Scarlett en la misma situación. Se imaginaba que habría sido igual de directo, pero bastante menos refinado. Más gracioso, quizás. ¿A quién quería engañar? No había manera de que se lo hubiera presentado a su madre. Esa, al menos, era una bendición. Marjorie miró la mano de Xavier, sin mover un solo músculo. Odiaba a la gente que se presentaba sola. Xavier se lo tomó con humor y se llevó la mano al cabello—. En fin, si me pregunta, la mitad del liderazgo es saber delegar.

—No te lo pregunté. —Marjorie apretó los labios y le lanzó una mirada a Scarlett—. Pero es un buen punto. Bien delegado. Tenía preocupaciones con respecto a este evento después de oír sobre tu último fiasco.

Scarlett miró a su madre. Marjorie la había inundado con mensajes y

llamadas desde el momento en que amonestaron a Kappa porque, *por supuesto*, Eugenie se enteró a los diez minutos de que ocurrió y fue corriendo con su madre.

Scarlett podía imaginarse lo emocionada que debió haber estado su hermana por restregárselo en la cara.

La realidad era que Scarlett *sí* había metido la pata.

—Lo voy a arreglar todo —dijo, tras una larga pausa—. Solo necesito un poco de tiempo, nada más.

Xavier le puso una mano en la espalda baja, con delicadeza, un gesto silencioso de apoyo.

—El tiempo es un lujo que no todas tenemos.

—Fue solo una advertencia, mamá. —De cualquier modo, Scarlett bajó la voz, en caso de que *algunas* de las exalumnas no estuvieran tan al tanto de la situación de Kappa como su madre. Scarlett no quería dejarle saber a nadie lo mal que había comenzado su presidencia.

—Kappa Rho Nu *nunca* ha recibido una amonestación en sus ciento cincuenta años de historia. —Marjorie miró a Scarlett y luego al resto de la gente—. Sé que querías dejar huella con tu presidencia, Scarlett, pero debo decir que este no es el legado que esperaba.

Scarlett sintió cómo se le calentaban las mejillas. Antes de que pudiera rebatir, Xavier intervino.

—De hecho, eso no es del todo cierto.

Marjorie y Scarlett voltearon a verlo.

Xavier frunció el ceño.

—Supuse que debía estudiar un poco de su historia para esta noche, ya que es su aniversario… —Le dirigió una breve mirada a Scarlett—. En 1974, Kappa recibió una citación por alteración del orden público, y otra igual en 1987.

Scarlett miró a su madre, sorprendida.

—¿No estabas tú aquí cuando recibieron la segunda? —preguntó.

Marjorie apretó los labios e ignoró a su hija.

—Gracias por la lección sobre mi propia historia, pero estoy muy consciente de esos incidentes y fueron menores. Sin duda, nada de esta magnitud.

Scarlett podía verlo en la chispa de irritación en sus ojos: Marjorie estaba impresionada y molesta con Xavier, en igual medida.

De todos modos, Scarlett esperó a que su madre se alejara y fuera con un grupo de sus amigas —una escritora nominada al Premio Nacional del Libro y una directora que había tenido la película más taquillera del año— antes de echarse a reír.

—Eso fue poesía pura. —Miró a Xavier de reojo y permitió que la llevara a la pista de baile—. ¿De verdad leíste sobre la historia de Kappa solo para esto?

—Pareces el tipo de chica que aprecia la atención a los detalles —decía Xavier—. No quería decepcionarte después de que al fin aceptaras salir conmigo.

—¿Esto es una cita, entonces? —Scarlett arqueó la ceja depilada a la perfección.

—Llámale como quieras, pero si le queda el saco… —Xavier sonrió y la hizo girar mientras el ritmo de la música se aceleraba un poco.

Scarlett no podía negarlo, que Xavier se hubiera plantado firme frente a Marjorie Winter lo hacía más atractivo. Sin mencionar que la hizo esperar la siguiente parte de la velada con más ansias.

Si Marjorie ya estaba molesta, lo estaría mucho más en poco tiempo. Scarlett sintió un extraño vértigo alegre de solo pensarlo. Quizás se debía al caballeresco y apuesto muchacho que la hacía dar vueltas sobre la pista de baile.

Su madre no había aprobado aún el plan de Scarlett de recolectar los hechizos y recuerdos de la sororidad de las exalumnas en el libro que había creado. Marjorie decía no haber tenido tiempo para presentar el tema en la última reunión del concejo. Así que Scarlett tenía planeado forzar su mano, lo aprobara el concejo o no.

Miró al reloj que estaba encima de la puerta, encantado para parecer hecho de oro y plata. A Vivi no se le había pasado un solo detalle.

—Debería de encontrar a Vivi. —Le soltó la mano a Xavier, pero no antes de que él se la llevara a los labios y le besara los nudillos. Se quedó sin aliento, pero se zafó antes de tener demasiado tiempo para pensar en ello.

Aún le perturbaba no haber podido leerle los pensamientos en el Universitario Sediento. Y aunque la halagó la velocidad con la que aceptó su invitación, no podía quitarse de encima la sensación de que había alguna otra razón para ello.

Había dado solo unos cuantos pasos por el abarrotado salón cuando vio un cabello rizado conocido. «Jackson». Tenía el mismo uniforme de mesero, aunque su reflejo vestía una chaqueta brocada del siglo XVIII y calzas tan apretadas como para resaltar… bueno. Bastante apretadas.

Scarlett hizo una mueca y alejó la mirada. No podía darse el lujo de distraerse, no antes de su discurso, que requeriría también un cuidadoso hechizo, para que los acompañantes de las Kappa no entendieran parte de lo que se dijera.

Otra mirada al espejo la hizo detenerse de golpe.

Algo andaba mal con Jackson. En persona, tenía su habitual sonrisa fácil al ofrecer los canapés a las exalumnas que pasaban frente a él. Su reflejo, por otro lado, tenía una expresión atormentada y aterrada.

Sobresaltada, Scarlett miró al resto de los asistentes a la fiesta. Todos los demás reflejos, fuera de los rebuscados atuendos, se veían normales. Vivi había hecho tan buen trabajo con el hechizo que Scarlett había oído al chico de PiKa que iba con Hazel suplicándole que le dijera a qué compañía de imágenes computarizadas habían contratado para hacer los espejos.

Solo el reflejo de Jackson se veía diferente, mal.

El corazón se le aceleró.

Dio un paso al costado para evitar a una pareja que bailaba y se abrió paso entre la gente, siguiendo a Jackson, quien se dirigía a la cocina para rellenar su bandeja. La siguiente vez que Scarlett miró su reflejo, este la miró de vuelta. Scarlett vio, cada vez más horrorizada, cómo el Jackson del espejo estiraba la mano hacia ella y abría la boca en un grito silencioso.

Entonces le tomó el brazo al Jackson de verdad.

Jackson trastabilló; la bandeja vacía cayó al piso.

—¿Qué demonios? —Se zafó y volteó para enfrentarla. Cuando lo hizo, algo se asomó de su chaleco. La cadena de plata que tenía puesta las últimas veces que Scarlett lo vio. Nunca lo había visto usar joyería, pero no parecía quitarse ese collar en particular. Y, ahora, ella pudo verlo completo: en el centro del pecho le colgaba un cuarzo rosa de doble punta. «El cristal más común en los hechizos de amor»—. Tú otra vez —dijo Jackson, con una mirada furiosa—. Deja de seguirme. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no estoy interesado?

—Una más debería ser suficiente —respondió Scarlett antes de acercarse un poco más a él—. Perdón por esto —añadió. Luego tomó la cadena y la jaló con todas sus fuerzas. Jackson aulló de dolor.

Scarlett sentía la mano como si la hubiera sumergido en hielo. Los dedos se le entumecieron; el dolor le corría desde el codo hasta el hombro. Con un gañido, soltó el cristal. La piedra le dejó una quemadura furiosa y roja en la palma de la mano.

Peor aún, siguió colgada del cuello de Jackson.

Se la guardó debajo del chaleco de nuevo, furioso.

—No tienes derecho. Esto es *privado*.

Scarlett podía oírlo y verlo: la voz monótona, los ojos vidriosos. Solo podía decir y hacer lo que la bruja que había realizado el hechizo quisiera

que hiciera o dijera.

Scarlett tenía una idea muy clara de quién era la culpable. Llevaba semanas pegado a Cait, después de todo.

«¿Eso quiere decir que…?». Scarlett no sabía cómo Cait había logrado conjurar un hechizo tan poderoso. Recordó cuando Cait intentó unirse a Kappa. Encendió una bengala, apenas. Cuando llegó el momento del examen de admisión, no logró crear ni siquiera una chispa durante el ritual del tarot.

La magia era un recurso finito. La que tenías era toda la que podías manejar. Cait podía haber estudiado por su cuenta, como Minnie o Gwen, y haberse convertido en una practicante solitaria. Solo habría logrado hacer encantamientos sencillos, como animar a una planta a crecer o encender una vela. No había forma de que pudiera hacer un hechizo de amor con la fuerza suficiente como para arrebatarle el libre albedrío a otra persona. Ni hablar de un hechizo que una Kappa no pudiera romper.

No tenía sentido.

—Lo voy a arreglar —dijo Scarlett con firmeza. A pesar de que Jackson aún la miraba con furia, el Jackson que estaba atrapado dentro del hechizo podía oírla—. Te voy a salvar.

—De quien necesito que me salven es de ti, de tus delirios —masculló Jackson. Se agachó para levantar su bandeja.

Fue hasta ese momento que Scarlett vio al puñado de gente que los miraba. Con una respiración profunda, se obligó a respirar, se dio vuelta y se alejó. No podría resolverlo en ese momento.

En ese momento, tenía que enfocarse en Kappa, en su futuro y en liberarse del pasado.

Su hermana menor la esperaba con una expresión confundida en la plataforma que había construido.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Vivi cuando Scarlett llegó a su lado.

—Luego. —Scarlett se agachó un poco para abrazarla con un brazo —. Hiciste un trabajo fantástico, por cierto. Todas están fascinadas. Hasta mi madre, aunque está demasiado enojada por la amonestación como para aceptarlo.

—Vamos a recuperar el Baile de Primavera. No te preocupes.

Por la forma en que Vivi se mordía el labio inferior, Scarlett podía ver que su hermana menor solo quería reconfortarla. En realidad, no sabía si lo harían.

Y Scarlett tampoco tenía idea.

De todos modos, aceptó la flauta de champaña que Vivi le ofreció.

—Si lo enfrentamos con la misma pericia con la que hiciste esto, —señaló el esplendoroso salón—, entonces tienes razón. No tengo dudas.

Fingiendo sentirse más segura de lo que estaba, Scarlett le dio un último apretón de manos a su hermana menor y subió al podio. Toda la habitación se calló, una oleada de susurros y peticiones de silencio cruzó la pista de baile a la velocidad de la luz. Al ver a la multitud congregada, Scarlett quedó apantallada con la cantidad de poder que había ahí, y no solo por la magia. Las Ravens y las Monarcas eran imparables gracias a su hermandad. Una bruja descarriada de Theta como Cait podría aprender suficientes trucos como para hechizar a un chico, pero no podía compararse con ese aquelarre—. Kappas —dijo Scarlett. Su voz estaba amplificada con magia para hacerse escuchar sin problemas por todo el salón de altos techos—. Hermanas pasadas y presentes, amigos e invitados distinguidos, bienvenidas todas a nuestra humilde reunión. —Una risita se esparció entre el público. Ella se permitió una pequeña sonrisa—. Bueno, la humildad no es un rasgo por el que seamos muy conocidas. —Una risa más fuerte—. ¿Podríamos, por favor, darle un gran aplauso a nuestra coordinadora de eventos sociales, Vivi Deveraux, por hacer de esta *encantadora* velada una realidad? —Scarlett le sonrió a su sonrojada hermana menor y aplaudió más fuerte que nadie. Cuando el ruido amainó, siguió—. Quiero darles mis más sinceras gracias a todas por haber venido y por apoyarnos después de todo lo ocurrido el semestre pasado. —Unos cuantos murmullos de avenencia recorrieron al grupo. Scarlett vio que varias de las parientes mayores de las Kappas actuales tomaban a sus hijas por los hombros—. Significa mucho para nosotras, las Kappa de hoy, ver cuántas de nuestras hermanas están aquí esta noche. Esperamos que se estén divirtiendo. —Scarlett alzó su copa y un vítor de alegría se inflamó en respuesta—. Y aunque estamos aquí para pasarla bien, tenemos una pequeña petición que hacerles. Quisiéramos pedirles que nos compartan un poco más de su sabiduría con respecto a la historia de Kappa.

Cuando dijo esto, miró hacia uno de los muros, donde Vivi estaba ahora, junto a Etta, Mei, Jess y Juliet. Cuando Scarlett asintió, sus hermanas comenzaron a mover los labios para formar las palabras del hechizo que habían planeado con antelación.

Cuando volvió a mirar al público, vio que los invitados que no pertenecían a Kappa —acompañantes y el equipo de servicio— tenían expresiones vacías y vidriosas. Por un instante, la escena le recordó a la forma en que Jackson la había mirado.

Se sacudió el recuerdo. «Esto es diferente». No estaban interfiriendo

con el libre albedrío de nadie, solo invitaban a la gente que no pertenecía a Kappa a dejar de escuchar durante unos minutos, mientras Scarlett se dirigía a las exalumnas de Kappa.

—Mis hermanas y yo tenemos un nuevo proyecto —dijo—. Creamos este libro de hechizos… —Apuntó hacia Vivi, quien sostenía el libro en alto. Contuvo una sonrisita cuando una de las asistentes de mayor edad, desconcertada, miró a su alrededor con preocupación solo para descubrir que todos sus acompañantes estaban en un trance—, para compilar una historia colectiva del aquelarre de Kappa.

—Está encantado para proteger el anonimato de todas las participantes. Lo que les pedimos es muy sencillo: queremos saber sobre el tiempo que pasaron en Kappa. Sus recuerdos, buenos y malos. Y, en particular, cualquier hechizo que hayan trabajado con sus hermanas mientras estuvieron en Westerly: cómo salieron, si funcionaron como pensaban, si hubo… —vaciló— consecuencias imprevistas.

Articuló la última parte con mucho cuidado. No quería darle más razones para preocuparse a su madre, no cuando ni siquiera estaba segura de qué era lo que ocurría en el campus ni por qué.

«La magia está comportándose extraña» no era una razón lo suficientemente buena como para asustar a las exalumnas. Solo porque una bruja débil había logrado conjurar un hechizo de amor poderoso, el encantamiento de una Kappa había salido mal y otra Kappa había tenido un ataque en público, no significaba que algo andaba mal… quizás.

Scarlett recorrió con la mirada el salón, que estaba en un silencio absoluto. Avistó a su madre y su mirada furiosa y a su hermana boquiabierta. Lo más seguro era que Eugenie no hubiera creído que Scarlett lo haría, no sin la aprobación de su madre.

«Mírame».

El semestre anterior, tras la muerte de Dahlia, Scarlett se prometió que haría las cosas distinto. Y lo haría. Y ese era el primer paso.

—Dado lo que sucedió con mi antecesora —dijo Scarlett, con más suavidad—, muerta a manos de una de nosotras… quiero que Kappa aprenda de su historia. Quiero que nos aseguremos de nunca repetirla. Quiero que seamos lo más fuertes que podamos ser.

Cuando dejó de hablar, el salón siguió en silencio. Un latido, dos, tres.

Entonces, una mujer mayor a quien Scarlett reconoció de las fiestas de su madre comenzó a aplaudir. Despacio al principio. Otra mujer se le sumó. Y otra.

Pronto, todas las Kappa en el lugar, pasadas y presentes, estuvieron

aplaudiendo.

La mirada de Scarlett volvió sobre su madre y Eugenie. Su hermana tenía la nariz arrugada en señal de desaprobación. Incluso Marjorie había comenzado a aplaudir, de forma lenta y deliberada. No había duda de que a Scarlett le esperaba un sermón. Seguro. Pero habría valido la pena.

Alzó la mano para reconocer los aplausos. Entonces, justo cuando estaba por darle a Vivi la orden para sacar a los demás invitados de su trance, una persona más llamó su atención. Xavier.

Ya que no era parte de Kappa, tenía que haber estado tan congelado como todos los demás. Cuando los ojos de Scarlett se posaron sobre los suyos, podría haber jurado que él la miró de vuelta. Despierto y consciente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Vivi

—Esto es increíble —dijo Mason, un tanto sorprendido mientras alzaba el brazo para darle una vuelta a Vivi sobre la pista de baile—. Hace una semana estabas muy ansiosa por no tener suficiente experiencia planeando fiestas, y ¡mira lo que lograste! —Sonrió y meneó la cabeza mientras hacía un esfuerzo por ayudar a Vivi a bailar al ritmo de la música. Cuando empezó el vals tocado por el cuarteto de cuerdas (cuyos integrantes traían puestas altas pelucas blancas y disfraces dieciochescos que pidieron prestados al departamento de teatro de Westerly), Mason agarró a Vivi de la mano y le dijo que era hora de poner en práctica sus clases de bailes de salón—. Nunca había estado en una fiesta de Kappa de esta magnitud. No entiendo. ¿De dónde sacaron el dinero? ¿A quién le vendieron su alma para sacar esto adelante?

—La coordinadora de eventos sociales nunca revela sus secretos —contestó Vivi con una sonrisa tímida—. En fin, ¿crees que la gente se esté divirtiendo?

—¿Bromeas? —Mason la agarró con fuerza de la cintura y la movió con delicadeza hacia la derecha para evitar que chocaran con otra pareja —. Es de lo único de lo que van a hablar durante años.

Casualmente, en ese momento Ariana se separó de su acompañante y se acercó dando brinquitos, con el celular en alto.

—¿Ya viste? ¡Ya subieron fotos de la fiesta a Insta! Y por un minuto fuimos tendencia en Twitter. ¡Hasta gente que no estudia aquí dice que nos envidia! Seguro que las Theta están furiosas.

—No hay mayor indicio de éxito —dijo Mason entre risas—. ¿Ya conociste a algunas de las exalumnas?

Ariana asintió.

—Pasé como veinte minutos hablando con una diseñadora gráfica que hace páginas web para emprendedoras en India. Me dijo que podía ser su becaria remota el próximo semestre si quería.

—¡Qué bien! —exclamó Vivi y les hizo una seña a Ariana y a Mason para que se movieran a la orilla de la pista y no crearan un embotellamiento dancístico. Luego miró a su alrededor y se sintió sumamente orgullosa. Todo estaba saliendo como lo había planeado. Jess estaba hablando con una periodista a la que admiraba mucho; Mei, Etta y Reagan bailaban con varias exalumnas, entre las que estaba una bióloga que se rumoraba que podía ganar el premio Nobel y una directora de cine famosa; y Scarlett estaba embelesada y observaba la fiesta con una gran sonrisa de satisfacción.

A un costado, la madre de Vivi conversaba alegremente con otras mujeres de su generación. Era el primer evento de exalumnas al que Daphne Devereaux asistía desde su desaparición de Westerly hacía casi tres décadas.

—Creo que tu mamá también se está divirtiendo —dijo Mason, siguiendo la mirada de Vivi—. Debiste ver la cara que puso cuando Scarlett te mencionó en su discurso. Se nota que está muy orgullosa de ti. Igual que un servidor.

—Igual que un servidor —repitió Ariana con falsa solemnidad y le sonrió a Mason—. Perdón, profesor Gregory. Sabes que te amo, aunque a veces hables como un sexy fantasma victoriano.

Mason se rio y meneó la cabeza.

—Tienes razón. Supongo que es normal después de pasar tanto tiempo en los archivos. Podrías empezar a mandarme mensajes con la «palabra del día» para mantenerme al corriente con la jerga de los chicos. Sería formidable.

Ariana gruñó, y luego volteó a ver a su acompañante y le hizo una seña, pues seguía parado en la pista, donde ella lo había dejado, meciéndose al compás de la música con una sonrisa torpe.

—¡Ay, Dios! Es un chico adorablemente torpe. Tengo que ir a rescatarlo.

Vivi no se sintió tan adorablemente torpe una vez que Ariana se fue. Le daba gusto que su novio y su mejor amiga se llevaran tan bien, pero sentía una envidia extraña de que para Ariana fuera muy sencillo soltarle un «te amo» juguetón a Mason, mientras que Vivi tenía que reunir todo el autocontrol del que era capaz para que no se le escaparan esas palabritas cuando estaba con él. Sabía que lo amaba, pero la posibilidad de ser la

primera en decirlo le aterraba.

—¿Quieres volver a la pista? —le preguntó Mason, tendiéndole la mano. Vivi se miró las manos de reojo. Había tenido que usar un encantamiento para ocultar las marcas que le había dejado toda esa magia. Empezó con punzadas en los dedos, luego en el dorso de las manos. Sin embargo, algunos de los hechizos más grandes le dejaron heridas profundas que le ardían cada vez que movía las manos con descuido.

«Está bien». Luego se untaría la pomada que guardaba Etta en la cocina para aliviar sus heridas, tal y como había hecho el resto de la semana.

Había pasado hasta su último minuto libre practicando para esa noche. Los hechizos del evento los había aprendido del grimorio, pero no había sido gratuito. Esa mañana, al despertar, descubrió manchas de sangre en sus sábanas por las heriditas que tenía en las manos, y sus ojeras eran tan oscuras y prominentes que tuvo que probar tres encantamientos diferentes para disimularlas.

Esa magia era distinta a la de Kappa. Una vez que le agarrabas el modo, era más manejable. Sin embargo, aún no lograba agarrarle el modo sin tener que sacarse sangre, pero valía la pena la incomodidad con tal de sacar adelante un evento así de fabuloso. Cuando menos, era tolerable.

Estrujó los hombros de Mason para disimular el dolor que sentía al dejarse mecer por la pista. Desde ahí alcanzaba a ver el espejo, su creación favorita. En él, Mason y ella se veían como un príncipe y una princesa, rodeados de cortesanos en un elegante baile monárquico. Le hizo señas a Mason hasta que él la hizo girar de nuevo, todo con tal de ver cómo flotaba el vestido antiguo en el espejo, reflejando el vestido que en realidad traía puesto, un corsé con escote en V pronunciado y una falda de encaje vaporoso que le llegaba a las rodillas.

Mason apoyó la frente en la de Vivi cuando la música se volvió más lenta. La tomó de la cintura, y Vivi sintió el calor de su cuerpo hasta en la médula.

Mason la hacía sentir muy segura y protegida.

Aun así, lo que él le susurró fue inesperado.

—Te amo, Vivi.

Sintió chispas que le recorrían el cuerpo de pies a cabeza. Eran tan intensas que temía que los encantamientos a su alrededor explotaran como confeti. De reojo percibió que el espejo se movía y centelleaba, antes de obligarlo a volver a su lugar.

Mason le acarició el pómulo con un pulgar y se lo puso sobre los

labios.

—No tienes que decírmelo si no estás lista. Pero ya no aguantaba más.

Ella le besó el pulgar.

—Yo también te amo, Mason.

Una sonrisa de oreja a oreja le iluminó el rostro, como si Vivi acabara de hacerlo más feliz de lo que creía posible. Ella sabía lo que era eso, pues era exactamente lo mismo que estaba germinando en su interior: una emoción burbujeante, mezclada con alegría absoluta. Vivi se sentía capaz de lograr cualquier cosa… sentía que juntos podían lograr cualquier cosa.

—Espero no estar interrumpiendo a los tortolitos. —Daphne traía una copa de vino en la mano y las mejillas sonrosadas. Vivi nunca la había visto así—. Quiero felicitar a mi hija, si no te molesta, guapo.

Vivi no creía que fuera posible pasar del éxtasis absoluto a las ansias de ser devorada por la tierra en cuestión de segundos.

—Ay, mamá, por favor.

Mason, en cambio, solo se rio.

—No hay problema, señora Devereaux.

—Ay, llámame Daphne, chicharito. Volvemos en un momento. —Entrelazó su brazo con el de Vivi y empezó a alejarla.

—Tienes la peor sincronía del mundo, ¿sabías? —dijo Vivi.

—Y tú tienes toda la noche para besuquearte con tu novio. Solo quiero decirles a Scarlett y a ti que hicieron un trabajo extraordinario esta noche.

Por encima del hombro, Vivi le lanzó a Mason una mirada pidiéndole perdón y luego dejó que su madre la guiara entre la multitud hasta la mesa de los refrigerios. De camino alcanzó a ver a Sonali y a Bailey hablando con algunas exalumnas mayores, y a Hazel con un vestido azul oscuro, acompañada de un hombre que le llevaba varios años. Todo el mundo se la estaba pasando de maravilla. «Algunos quizá demasiado», pensó al ver de reojo a su madre.

Al ver a Scarlett, que estaba cerca de la mesa de refrigerios, metida en una discusión acalorada con Xavier, el nuevo PiKa de intercambio al que había invitado como acompañante, Vivi sintió un familiar hormigueo sororo. A juzgar por la expresión seria de Scarlett, *no* era el tipo de conversación que una debiera interrumpir.

—Espera, mamá. —Intentó tomar a Daphne de la mano, pero ya era demasiado tarde. Después de compartir varias copas de champaña con Marjorie, se había vuelto imparable.

—…que teníamos algo. ¿Por qué me invitaste si no querías nada? —

escucharon a Xavier decir. Su voz sonaba furiosa, y tenía la quijada tensa.

—Pensé que estaba claro que solo éramos amigos —dijo Scarlett con voz serena, aunque Vivi detectó un dejo de incomodidad—. Lo siento, Xavier, pero esto no va a ningún lado.

—¡No puede ser! —exclamó en el instante en el que la distraída madre de Vivi se detenía a su lado.

—¡Ay, Scarlett, muñeca! —Daphne había empezado a arrastrar las palabras, así que Vivi se apresuró a alcanzarla—. La fiesta está divina. Uy, ¿y quién es este muchacho tan guapo?

—Nadie —contestó Xavier y se fue. Vivi lo siguió con la mirada, percatándose de cómo cerraba los puños y fruncía el ceño.

«¿Estás bien?», le preguntó a Scarlett en silencio, usando magia de Espadas para que Daphne no se enterara de nada.

«Sí, pero obvio fue mala idea invitarlo». La respuesta de Scarlett sonaba normal, hasta risueña. Pero ella también siguió a Xavier con la mirada, entre enfurecida y preocupada.

—Estoy orgullosísima de las dos —intervino Daphne y le apretó la muñeca a Vivi mientras con la otra mano agarraba la de Scarlett.

—Perdón —murmuró Vivi, pero a Scarlett le pareció encantador.

—Qué dulce de tu parte —dijo y abrazó a Vivi con el brazo libre—. Me alegra que al menos *una mamá* esté orgullosa.

—¿Tu mamá no se la está pasando bien? —preguntó Vivi, preocupada, mientras buscaba a Marjorie con la mirada.

—Ah, no, la fiesta le parece genial. Pero está furiosa por la llamada de atención.

—No te preocupes por eso —dijo Daphne en voz baja, como si estuvieran conspirando, pero tambaleándose un poquito—. Está *muy* impresionada por lo que hicieron esta noche. Nada más no quiere aceptarlo. Pero se le va a pasar pronto el enojo, muñeca. —Le guiñó el ojo a Scarlett, y Vivi notó que la amargura en el rostro de su hermana mayor se disolvía ligeramente.

Al final, la borrachera de Daphne no fue un absoluto desastre. Aun así, se quedó suficiente tiempo como para avergonzar a Vivi al menos una docena de veces más durante la noche antes de que Mason interviniera y convenciera a Daphne de que le permitiera pedirle un taxi. Mientras esperaba afuera con ella, Vivi se agazapó en un rincón del pasillo contiguo al salón para descansar un momento antes de dar una última vuelta y despedirse de las asistentes y sus acompañantes. Había estado eufórica toda la noche a causa del gran éxito, pero también empezaba a sentirse cansada de tanto socializar.

Su celular vibró. Era un mensaje de Tim: «Hay fotos de tu evento en todas partes. ¡Felicidades! ¿Scarlett se emocionó?».

Vivi sonrió. Era conmovedor que Tim se emocionara por las cosas que tenían que ver con ella. No era el popular deportista engreído que el mundo creía que era.

«Me parece que sí. Pero no es el tipo de persona que se deshace en halagos, ¿sabes?

»En eso se parece al entrenador Carver. ¿Crees que Scarlett haya sido entrenadora deportiva en su antigua vida?

»Lo dudo. No explicaría su habilidad natural para caminar en tacones de aguja.

»¿No crees que el entrenador Carver pudiera cruzar el campo en tacones? No seas prejuiciosa.

»Dice el que nunca había tomado un latte.

»¡Tu-ché!».

Vivi soltó una carcajada. El día anterior habían estado juntos y pasaron casi tres horas compartiendo historias vergonzosas de su infancia. Tim le había confesado que, cuando estaba en secundaria, creía que *touché* se pronunciaba con *ch-* y no con *sh-*.

Vivi guardó el celular. Desde su refugio, alcanzó a verse reflejada en la orilla de uno de los espejos encantados; había puesto uno junto a la puerta del salón para crear ambiente conforme llegaran los invitados. Su reflejo se veía exhausto y exudaba el tipo de agotamiento medular que se dibujaba en su rostro, en las ojeras ahuecadas, bajo los pómulos.

Empezó a ver borroso, así que parpadeó varias veces, creyendo que tendría la vista cansada. Pero luego cayó en cuenta de que lo que estaba borroso era el espejo y se alarmó al descubrir que su reflejo estaba siendo opacado por una humareda gris.

—¿Qué rayos? —susurró al ponerse de pie y acercarse al espejo. El pasillo estaba oscuro y vacío, y el sonido de la música y las risas que venían del salón se había vuelto distante y casi imperceptible, como si aquello estuviera ocurriendo a muchos kilómetros de distancia. Vivi agitó la cabeza para tratar de sacudirse el denso silencio extraño y sofocante que se había apoderado del pasillo. Siguió avanzando hacia el espejo y sintió un hormigueo en la piel detonado por una magia que no era la suya ni la de sus hermanas. Se sintió como un animal que se había percatado de la presencia de su depredador, una presencia peligrosa y hambrienta que acechaba en las sombras—. ¿Quién anda ahí?

Había querido gritarlo, pero lo que salió de su boca fue un susurro.

El humo en el espejo se arremolinó y se disipó ligeramente para dar

paso una vez más al reflejo de Vivi. Esta vez era distinto. Vivi se llevó la mano al cuello y vio que la Vivi del espejo hacía lo mismo. Mientras que sus dedos solo sintieron su piel, la Vivi del espejo tomó un pendiente azul que colgaba de una gruesa cadena dorada.

Vivi conocía ese pendiente. ¡Era el talismán de Henosis!

Ella ahogó un grito y trató de arrancárselo. Sintió el peso insoportable en el cuello que le cerraba la garganta, pero sus dedos solo agarraban aire. Eso le hizo recordar el suceso en el bosque, los grilletes en las muñecas, la presión en las costillas causada por el corazón traidor que luchaba por escapar. Y Tiffany, con el talismán de Henosis colgado al cuello, riéndose mientras conducía a Vivi a su muerte.

Cuando sintió que empezaba a perder la conciencia, el humo ocultó la imagen, y Vivi dejó de sentir el peso del talismán. Sin aliento, apoyó las manos en las rodillas e inhaló profundo varias veces, con desesperación. No sabía quién estaba haciendo eso ni qué quería, pero la última vez que había estado en una pelea mágica casi la habían matado. Esta vez, Vivi necesitaba ser más fuerte.

Una nueva imagen empezó a materializarse en el espejo, Vivi se puso alerta. Era más fuerte que el semestre pasado y era capaz de defenderse. Esta vez vio una grisácea casa de campo victoriana que se erguía en la cima de una colina elevada, junto a un único sauce. Era extrañamente familiar, desde los portones de hierro fundido que enmarcaban el sendero hasta las aves negras encaramadas en el mirador de la viuda, en lo alto del techo de dos aguas. ¿Eran cuervos?

Yendo en contra de toda lógica, Vivi se inclinó para ver la imagen más de cerca y se quedó sin aliento cuando una fuerza invisible comenzó a jalarla hacia el espejo. La superficie empezó a ondear, como si estuviera hecha de líquido y no de cristal. Vivi intentó plantar los pies en el suelo, pero era imposible apoyarlos del todo. Estaba a unos cuantos centímetros del espejo; alcanzó a percibir el aroma del césped húmedo y a escuchar el viento que soplaba entre los árboles. En el portón, un letrero colgante crujía: FINCA DEL SAUCE SOLITARIO.

El aire era cálido y acogedor. Por un breve instante, Vivi cerró los ojos e imaginó que se sumergía por completo. Un cuervo graznó a lo lejos, pero su timbre era mucho más humano que el de una ave. ¿Qué intentaba decirle? Necesitaba acercarse un poco más…

«No».

Abrió los ojos de golpe.

«No permitiré que me controles».

Vivi apretó los puños hasta enterrarse las uñas en las palmas y sentir

que algunas de las heridas recientes volvían a sangrar. El ardor y el dolor la hizo sentir viva de nuevo.

—Invoco a la Luna, destructora de ilusiones. Dame la fortaleza para combatir estas confusiones. —La fuerza que la jalaba desapareció por un instante, pero, antes de que Vivi pudiera recobrar el aliento, regresó con más fuerza que antes—. No —gruñó Vivi y se resistió con todas sus fuerzas. Sintió un intenso dolor en el brazo que le subió por los nervios mientras repetía—: Invoco a la Luna, destructora de ilusiones. Dame la fortaleza para combatir estas confusiones.

La fuerza se esfumó de forma tan repentina que Vivi se fue hacia atrás y casi chocó con la pared. Inhaló profundo unas cuantas veces y esperó a que el pánico cediera. Estaba nerviosa y exhausta, pero con una fuerza renovada. Aquella cosa extraña no había podido con ella.

De pronto le dio la impresión de que alguien había intentado *mostrarle* algo; quizás algo relacionado con el talismán de Henosis.

Se estremeció al recordar la expresión de crueldad desenfrenada de Tiffany mientras agarraba el talismán. Ellas lo habían destruido para asegurarse de que no volviera a hacerle daño a nadie. Ya no existía.

¿Verdad?

Sonrió e intentó recobrar la compostura mientras volvía a la fiesta. Necesitaba hablar con Scarlett sobre lo que acababa de ocurrir, pero por lo pronto su principal preocupación era asegurarse de que la fiesta terminara sin contratiempos.

Sin embargo, en ese momento recordó el llamado del cuervo al otro lado del espejo y reconoció lo que había dicho.

La había llamado por su nombre.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Scarlett

—Esto amerita champaña —anunció Scarlett cuando las Ravens volvieron a la casa después de la reunión de exalumnas, pasada la medianoche y con una letanía de triunfos bajo el brazo.

No fue solo la fiesta. Jess consiguió la pasantía de verano que tanto quería; a Mei la invitaron a ser suplente de una diseñadora de vestuario de Broadway durante las vacaciones de Pascua; Juliet era candidata para realizar estudios de posgrado en uno de los mejores programas de microbiología del país. Todas habían triunfado.

En especial Vivi, quien orquestó la fiesta de la década, y Scarlett, la presidenta a cargo de todo.

La noche no había terminado aún, no con lo que Scarlett tenía planeado.

—¿Solo champaña? —preguntó Etta en un tono juguetón que Scarlett tenía semanas sin oír. Mientras hablaba, la chica de último año movía los dedos, y unas cuantas de las plantas en el vestíbulo espabilaron y comenzaron a inclinarse hacia ella—. ¿O algo más… mágico?

—Ay, sí, Scar, por favor. Tenemos mucho tiempo sin hacer un ritual de toda la casa.

Hasta Reagan parecía interesada, aunque no lo manifestó.

Scarlett miró a Vivi, del otro lado de la habitación. ¿Era su imaginación o su hermana menor se veía más cansada que todas las demás? Aunque, según lo que le contaron sus hermanas, Vivi realizó todos los encantamientos del evento sin ayuda. Eso agotaría a cualquiera.

—Si todas tienen energía suficiente después de la fiesta… —comenzó a decir.

Vivi tenía la mirada perdida, pero, en cuanto se dio cuenta de que

Scarlett la miraba, se animó y sonrió.

—Claro, cuenten conmigo.

Scarlett miró alrededor de la sala. No habían encendido todas las luces aún, y, con la penumbra los muebles antiguos y los solemnes retratos de sus hermanas del pasado en las paredes, tuvo una idea.

—Bien. Ya que esta noche se trató de conocer a nuestras antecesoras y de garantizar el éxito de Kappa… —dijo muy despacio.

En una esquina, Juliet le dio un diminuto codazo a su novia. Por primera vez en mucho tiempo, los susurros no eran negativos.

—Esa es la cara de conspiración de Scarlett —murmuró Juliet, sonriente.

—Esto se va a poner bueno —dijo Hazel a unos metros.

Su entusiasmo animó a Scarlett.

—Pensaba que podríamos pedirle un pequeño favor a la fundadora de Kappa y que nos dé su opinión sobre cómo podemos poner a Theta en su lugar de una vez por todas. Quiero hacer un saturnal.

Un silencio se posó sobre la casa. Por un momento, Scarlett temió haber leído mal la situación. Entonces, Etta comenzó a saltar sobre las puntas de los pies y Ariana le apretó las manos a Vivi mientras otras chicas emitían chillidos de emoción.

—¡Sí! ¡Perfecto! —declaró Mei.

—¡Siiiií! —dijo Reagan, un poco ebria—. ¡Por fin!

Vivi se puso de pie; tenía los ojos llenos de picardía.

—Tengo algo que podría ser de ayuda. Esperen aquí. —Su cansancio olvidado, la hermana menor de Scarlett subió las escaleras a zancadas.

Mientras volvía, Scarlett y Etta fueron a la despensa por provisiones: bastantes velas negras, cortinas para tapar las ventanas y sal y tomillo para protección adicional.

Para cuando regresaron, Mei y algunas chicas más habían repartido copas de vino tinto, mejor que la champaña para los rituales, notó Scarlett, y un poco del pastel de chocolate que Sonali horneó el día anterior, así como las sobras de los canapés de la fiesta.

Acomodaron la comida y el vino en el centro del círculo. Luego, Scarlett cubrió el perímetro con la mezcla de sal y tomillo; procuró dejar un espacio para cuando Vivi volviera.

Un par de minutos después, su hermana menor bajó los escalones, de dos en dos, con una sonrisa enorme y un delgado libro forrado en cuero en las manos.

—Aquí fue donde encontré el hechizo que usé para la reunión —anunció Vivi cuando llegó al círculo y se arrodilló sobre una almohada

que habían puesto ahí para ella.

—¡Uuuh! ¿Vas a revelarnos tus fabulosos secretos? —exclamó Ariana.

Scarlett se estiró y lo inclinó para leer la portada. No tenía más que un pentáculo grabado en el cuero.

—¿Dónde lo encontraste?

—En la biblioteca, cuando estaba investigando. —Vivi pasó las páginas—. Lo he estado estudiando en mi tiempo libre. Algunos de los hechizos son muy particulares y… ¡aquí está! —Puso el libro abierto en el piso para que todas pudieran acercarse y leerlos.

Sí, era un ritual de saturnal, pero no se parecía a ninguno que Scarlett hubiera visto antes. No decía nada sobre usar sal o círculos de protección; ni siquiera mencionaba la ofrenda de comida y bebida como agradecimiento para el espíritu.

De hecho, se veía bastante sencillo. Scarlett frunció los labios.

—¿Estás segura de que va a funcionar? —Le pasó un dedo por encima a la página y releyó las palabras.

—Hasta ahora, todos me han funcionado —dijo Vivi, la cara llena de esperanza.

Eso derritió un poco a Scarlett. Era evidente que Vivi quería impresionarla y que estaba emocionada por mostrarle algo nuevo. Sin embargo, vio que Reagan miraba de reojo a Sonali y oyó a Hazel suspirar con exasperación mientras consideraba qué hacer.

No cometería el mismo error dos veces. Había dicho que quería que ese semestre se tratara de que Kappa trabajara en conjunto, de que probaran cosas nuevas. Si Vivi quería probar con un hechizo nuevo, pues…

—Muy bien —dijo, concluyente—. Hagámoslo. —Le asintió a Vivi quien pasó el libro por todo el círculo. Mientras tanto, Scarlett se puso de pie y se acercó al ornado espejo con marco de oro que estaba sobre la chimenea. Una sororidad normal habría necesitado de dos chicos fornidos de PiKa para cargarlo. Por fortuna, las Ravens no eran normales. Con solo unas cuantas palabras susurradas, el espejo comenzó a flotar lejos de la pared. Scarlett lo guio hasta el centro del círculo con las yemas de los dedos y dejó que se hundiera sobre la alfombra. Luego volvió a su posición, arrodillada a la cabeza del espejo—. ¿Todas se aprendieron las palabras ya? —Esperó a que todas las chicas asintieran antes de aplaudir una vez—. Bien. Brujas de Astiles, un poco de luz, por favor.

Reagan, Hazel y Bailey alzaron las manos al mismo tiempo; las velas negras que Etta había acomodado por toda la habitación cobraron vida.

Con el mismo movimiento, las lámparas del techo se apagaron.

Con solo la luz de las velas, la sala de la casa cayó en la penumbra. Los ojos de Scarlett tardaron un momento en ajustarse a la oscuridad.

—¿Llamamos a los cuartos? —preguntó Mei en voz baja.

Scarlett titubeó. Por lo general, siempre comenzaba los rituales en grupo de esa forma, sobre todo cuando se trataba de algo como un saturnal, que podría involucrar espíritus en descontento. El grimorio de Vivi no decía nada sobre hacerlo, y si algo había aprendido Scarlett durante sus años de practicar magia era nunca desviarse de lo que indicaba el libro cuando se hacía un hechizo por primera vez.

—Esta vez no —dijo—. Pero tómense de las manos para crear el círculo. —Esperó a que todas lo hicieran. Del otro lado del espejo, los ojos de Vivi reflejaban expectantes la chimenea. Cuando vio que Scarlett la miraba, le sonrió—. Ahora, invitaremos a nuestra huésped deseada —dijo Scarlett en voz baja. A través de las manos de sus hermanas, sintió que un escalofrío de anticipación las recorría a todas. Se estremeció también. ¿Era su imaginación o la habitación ya se sentía más fría? No podía ser el hechizo; no habían comenzado aún. Inhaló profundo—. Las Ravens de Kappa Rho Nu invocamos a nuestra antecesora, a la fundadora de nuestra casa, a la Raven original. Pearl Johnson. Visítanos aquí, en el aquelarre que construiste, y compártenos tu sabiduría. Te lo pedimos.

—Pearl, te lo pedimos —repitieron sus hermanas un segundo después.

Las velas junto a las paredes parpadearon, solo un poco, con una brisa casi imperceptible.

Luego, el hechizo, tomado palabra por palabra del grimorio. Habló despacio, cuidadosa de no cometer un error con las palabras desconocidas.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

Sus hermanas la acompañaron para el segundo cántico.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

Sus voces se elevaron en un *crescendo*.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

Las flamas de las velas proyectaban sombras sobre las paredes. Al principio, Scarlett podía ligar cada sombra con una chica sentada en el círculo, pero… ¿había más sombras que brujas?

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra

el velo entre este mundo y la nada.

No era su imaginación. Extrañas figuras aparecían en las paredes: dedos estirados, brazos y piernas doblados en ángulos imposibles.

Scarlett se estremeció y alejó la mirada. Puso los ojos sobre el espejo que estaba entre ellas.

Pudo ver que una forma comenzaba a articularse. Aún borrosa e indefinible, pero, con cada aliento, se hacía más cercana. Cabello oscuro, el rostro pálido y ovalado.

«Pearl».

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

El aire se enfrió, tanto que Scarlett podía ver el vaho que le salía de la boca. Al mismo tiempo, el viento les revolvía el cabello; los largos mechones de Mei volaban hacia las velas, hasta que su amiga se encantó el cabello para que fuera más corto.

Scarlett les apretó las manos con más fuerza a sus hermanas. No podían romper el círculo, o se arriesgaban a dejar entrar a los espíritus que acechaban.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

Reagan la miró a los ojos con una expresión firme y decidida. Bailey parecía aterrada, pero mantuvo las manos entrelazadas con las demás y continuó con el cántico.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

Vivi y Scarlett cruzaron miradas. Vivi agachó la cabeza.

La cara en el espejo casi se había cristalizado. Labios rosados, ojos enormes. Podía ser la cara de Pearl Johnson, cuyo retrato colgaba en la galería del piso de arriba. Bien podría ser cualquier otra persona con su complexión y cabello largo y oscuro.

—¿Pearl? —susurró Scarlett.

Bailey se quedó sin aliento. Las demás chicas se tensaron, pero no dejaron de repetir el conjuro.

—Somos poder, somos visión, somos mirada. Exigimos que se abra el velo entre este mundo y la nada.

El rostro se hacía más claro. Parecía joven. Pero bien podrían haber invocado a Pearl como se veía cuando fue estudiante en Westerly. Scarlett no tenía forma de saberlo.

La boca de Pearl comenzó a moverse. Una sílaba, una y otra vez.

En las paredes, las sombras se hicieron sólidas. Otras figuras

surgieron a su alrededor, hasta que pareció como si hubiera decenas de Kappas en la sala, todas aullando y cantando. Voces lejanas que Scarlett no lograba entender. Todo se fundía en un balbuceo, como agua en un arroyo.

Más cerca, en el espejo, la figura estiró la mano. Era, sin duda, una mujer, con el cabello hasta la cintura y negro como un cuervo. Puso la palma de la mano sobre el espejo; Scarlett pudo verle la piel con absoluta nitidez. Cada centímetro del contorno de sus dedos, como si el espejo no fuera un espejo, sino una ventana, y ella fuera una figura sólida, con la mano del otro lado.

—Hermanas.

Esa voz sonaba más fuerte y clara que las demás.

Los escalofríos recorrieron los brazos y el cuello de Scarlett.

—Hermana —respondió. Habló más fuerte para ocultar el temblor en su voz—. Te pedimos guía y sabiduría. ¿Cómo podemos superar al enemigo? Por favor, hermana, muéstranos el camino.

—El enemigo está cerca —susurró Pearl.

—Sí, hermana —dijo Scarlett—. Guíanos, por favor.

—El enemigo está cerca —gritó Pearl—. Recuerden quiénes son. Son las Ravens.

Un crujido ensordecedor, como un trueno, estremeció la habitación. En un instante, todas las velas se apagaron.

Bailey aulló y arrancó la mano de entre la de Vivi. A su lado, Reagan comenzó a maldecir. Alguien jadeaba.

El corazón le latía a Scarlett sin control; sentía un hormigueo por toda la piel, podría haber jurado que… «había algo en la habitación».

Lo escuchó por debajo de los jadeos y gritos de sus hermanas. Uñas que arañaban el techo. Un aliento agitado y atolondrado sobre sus cabezas.

Scarlett se puso de pie y alejó el miedo.

—Fuera, espíritu —dijo, con la voz tan firme como pudo.

Una luz cegadora inundó la sala entera.

Mei estaba junto al apagador, con los ojos bien abiertos y las manos temblorosas.

Scarlett estudió el techo, pero no encontró nada fuera de lugar. Tampoco había ya sombras que acecharan las paredes.

—Pues esa fue una idea terrible —farfulló Reagan. Tomó una de las velas cercanas, pero siguió muerta entre sus manos. La chica de primer año frunció el ceño y habló en voz alta—. Invoco a la Reina de Astiles. Muéstrame tu generosidad y enciende los candiles. —Ni siquiera un

indicio de flama se acercó al pabilo—. ¿Qué rayos? —murmuró.

Al mismo tiempo, las demás chicas comenzaron a alzar la voz.

—Invoco a la Reina de la Tierra —susurraba Mei, con las manos sobre las mejillas.

Scarlett miraba con un terror cada vez mayor cómo cada uno de los encantamientos habituales de Mei comenzaba a desaparecer: el cabello le creció hasta quedar en ondas sencillas hasta el hombro, le aparecieron pequeñas bolsas sobre los ojos y un barro en la nariz.

Ni una pizca de magia.

A un par de metros, Etta parecía sentir el mismo terror, con una copa de vino en la mano. Lo que fuera que quería que hiciera, no estaba ocurriendo.

¿Qué pasaba? Encontró a Vivi sentada en el piso, pasando las páginas del grimorio, en busca de una respuesta para la pregunta que nadie se atrevía a hacer en voz alta.

Scarlett volvió a mirar el rostro desnudo de Mei. «Ni una pizca de magia», pensó otra vez.

Buscó la verdadera fuente de su fuerza en el fondo de su ser: la magia de Copas.

—Invoco a la Reina del Agua —susurró—. La petición de tu hija fragua.

Normalmente, esas palabras la hacían sentir una descarga de energía, la magia de Copas dispuesta a hacer lo que fuera que le ordenara.

No sintió nada. No hubo poder. No hubo tormenta.

El corazón se le aceleró. «No».

Había cometido errores en hechizos antes, todas las brujas los cometían cuando empezaban. Siempre había *sentido* la magia. Sin importar si el hechizo funcionaba o no como ella quería, *algo* ocurría cuando lo conjuraba.

Pero…

Se levantó de golpe. Escuchó los gritos y protestas de las demás, pero no les prestó atención. Se dirigió a la cocina; el pánico era cada vez mayor.

Necesitaba una forma de evaluar lo que les estaba ocurriendo. Un método natural, algo para lo que no necesitaran mucho poder. Necesitaba saber qué tan grave era el daño, a qué se enfrentaban.

En la cocina, la llave se había abierto sola otra vez. La tarja se llenaba de un líquido café con olor a azufre.

—No —susurró al ver que la magia de Copas fallaba. Cerró la llave

de inmediato y corrió hacia la despensa. Abrió la boca para hacer un hechizo de invocación para encontrar la caja correcta, pero se detuvo. Quitó una caja de productos de limpieza del camino, luego otra más, hasta que encontró lo que buscaba—. Ahí están —gruñó. Cuando volvió a la sala, todas sus hermanas estaban conmocionadas. Algunas lloraban. Otras tantas solo se abrazaban, los ojos pintados de rojo—. Las lágrimas no nos van a ayudar. Tenemos que ayudarnos nosotras —dijo Scarlett con firmeza. No perdió un segundo para comenzar a caminar alrededor de sus hermanas, con la caja entre los brazos—. Anden —las instó—. Tomen una. Todas.

Sus hermanas intercambiaban miradas que iban desde la furia hasta el terror. Pero todas la obedecieron; metieron las manos y sacaron sus bengalas, una por una. Las mismas bengalas que usaban en la fiesta de iniciación cada año, para descubrir quién entre las aspirantes tenía el potencial de ser una Raven.

Scarlett esperó hasta que todas tuvieran una, ella incluida. Luego las miró a los ojos, una por una, y deseó con todas sus fuerzas estar equivocada.

—Enciéndanlas —ordenó.

No apareció ni una sola chispa en la habitación.

La magia de las Ravens había desaparecido.

CAPÍTULO VEINTE

Vivi

Casi ninguna de las Kappa durmió esa noche. La mayoría se mantuvo despierta, buscando en el grimorio indicios de por qué las cosas salieron tan mal durante el saturnal. Reagan insistía en que era culpa de Scarlett por haber involucrado al grupo en un hechizo que no estaba probado. Etta la defendía, pero con recelo. Bailey estaba muy frustrada porque ninguna quería poner a prueba un contrahechizo sobre el que había leído (quizá porque había sido descubierto en el bolsillo de un cadáver) y, cuando Mei intentó que sus hermanas dejaran de pelearse entre sí, provocó que terminaran gritándose con más fuerza. Finalmente, Scarlett guardó silencio. Parecía como si le hubieran succionado la vitalidad.

Por ahí de las dos de la mañana, Vivi subió a su cuarto tambaleándose para intentar dormir. El sueño iba y venía. En el sopor confuso entre el sueño y la vigilia, se dio permiso de creer que todo había sido un terrible sueño y que las cosas volverían a la normalidad a la mañana siguiente. Sin embargo, cuando bajó las escaleras poco después del amanecer, descubrió que Mei y Jess seguían sentadas en la cocina, en el mismo lugar donde las había dejado horas antes.

—¿Algún cambio? —preguntó Vivi con voz rasposa. En los últimos meses, sus poderes mágicos se habían vuelto parte de ella. Eran algo tan natural y esencial como el aire que entraba a sus pulmones. Sin ellos, se sentía vacía y exhausta, como si le hubieran extraído muchísima sangre y solo le hubieran dejado lo mínimo indispensable para sobrevivir. Pero no más. Reagan había pasado la noche entera en el baño, aquejada por los cólicos y las náuseas.

—Al parecer no —contestó Mei sombríamente. Sin la magia de los encantamientos ni la energía para maquillarse, Mei se veía pálida,

cansada y muy vulnerable—. ¿Tú?

—No. —Vivi negó con la cabeza, con los ojos entrecerrados por el agotamiento. Lo primero que hizo al despertar fue tratar de conjurar un hechizo de levitación sencillo, uno de los primeros que había aprendido, pero no había logrado levantar el celular de la mesa de noche.

Con cada minuto que pasaba, el pánico le iba calando los huesos. ¿Qué pasaría si nunca recuperaban su magia? Apenas había empezado a agarrarle el modo al grimorio y a explorar las profundidades de su poder. ¿Cómo lograría que las cosas volvieran a ser como eran? ¿Cuál de ellas podía hacer algo al respecto?

Sirvió dos tazas de café y arrastró los pies hasta la sala, donde algunas de las chicas se habían quedado dormidas. Quizá estaban demasiado alteradas, angustiadas o cansadas como para volver a sus habitaciones después de la reunión de emergencia de la noche anterior. Tal vez Vivi estaba exagerando, pero hasta las plantas se veían marchitas, como si también a ellas les hubieran arrebatado la vida. Las ventanas se veían más polvosas que antes, y, cuando Vivi se sentó en el sofá, se dio cuenta de que tenía las plantas de los pies ennegrecidas por el polvo. Los encantamientos que mantenían la casa limpia se estaban desvaneciendo también.

—¿Qué hora es? —preguntó Hazel mientras hacía un esfuerzo por sentarse.

—Casi las ocho. —Vivi le tendió una de las tazas—. ¿Quieres café?

Hazel aceptó la taza y le dio un gran sorbo.

—Gracias. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Scarlett?

—No sé. No la he visto. Debe de estar… armando un plan en este momento —dijo Vivi, con la esperanza de que fuera cierto.

—Dahlia nunca habría permitido que ocurriera algo así —murmuró Etta desde el sofá mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza y se frotaba los ojos. Vivi sintió una punzada de indignación en nombre de su hermana mayor, pero no pudo decir nada al respecto porque en ese momento apareció Scarlett en el umbral.

—No —contestó Scarlett con voz cansina. No solo se veía exhausta, sino derrotada—. Dahlia no lo habría permitido. Pero me temo que ya no está aquí. Y tienen que conformarse conmigo. A menos que alguna quiera ponerse de pie y ocupar mi lugar.

—¿Qué hay de tu mamá? —preguntó Reagan al pasar junto a Scarlett y sentarse junto a Etta en el sofá. Venía seguida de Ariana y Bailey, quienes se tumbaron en el piso—. ¿Podría ayudarnos?

Vivi contuvo la risa amarga. Reagan tenía suerte de que Scarlett no

tuviera sus poderes mágicos, porque de otro modo pasaría el resto del día quitándose gusanos del cabello.

—Voy a suponer que es una pregunta retórica —contestó Scarlett con frialdad.

—No realmente. —Reagan se cruzó de brazos—. Es la presidenta de las Monarcas. Tal vez esto ya ocurrió alguna vez. O tal vez puedan ayudarnos a arreglarlo, cuando menos.

—¡Ay, algunas de ellas escribieron en el libro de hechizos! —intervino Ariana—. Podríamos leerlo y ver si mencionan algo sobre magia perdida.

Scarlett apretó la quijada y señaló a Ariana y Sonali.

—Después de esta junta, ustedes dos se pondrán a leerlo. —Luego, fulminó a Reagan con la mirada—. En cuanto a llamar a las exalumnas, será nuestro *último* recurso. ¿Tienes idea de lo que nos harán si confesamos que perdimos nuestros poderes?

—¿A nosotras o *a ti*? —masculló Hazel.

—Nos han dado muchísimas libertades —reviró Scarlett—. Tenemos nuestra propia casa, elegimos nuestras propias reglas, tenemos nuestra propia jerarquía. Y conjuramos los hechizos que queremos. Unimos fuerzas las unas con las otras. ¿Se imaginan qué pasaría si el concejo de exalumnas decide que somos incapaces de lidiar con tanta responsabilidad? —En esa ocasión, las demás guardaron silencio. Segundos después, Scarlett asintió y continuó—. Eso supuse. Ahora, les voy a asignar tareas. Vamos a descifrar qué pasó. Es probable que la magia haya hecho una mala reacción con algún hechizo reciente. Traten de recordar los hechizos recientes que conjuraron y cualquier otra cosa inusual desde que regresamos de las vacaciones de invierno. Aún no sabemos si alguien nos hizo esto… o si lo provocamos nosotras.

Vivi se paralizó al sentir que la inundaba una nueva oleada de terror. Aún no le había dicho a Scarlett lo que había visto en el espejo la noche anterior. Alguien sabía lo del talismán y había intentado comunicarle un mensaje a Vivi al respecto.

O castigarla por lo que había hecho.

Se le hizo un nudo en la garganta.

«Necesito el grimorio».

Vivi se puso de pie. Apenas recordaba cómo moverse. Se dirigió a las escaleras con un único pensamiento latente: el grimorio. «Ahí debe estar la respuesta. Debe estar ahí». Llegó a la mitad del salón cuando la voz de Scarlett la detuvo.

—No les dije que podían irse.

—Vuelvo en un minuto —dijo Vivi por encima del hombro—. Necesito, eh… ir por algo a mi cuarto. Creo que podría ser útil.

—Siéntate. Ahora —bufó Scarlett. Tras el sobresalto inicial, Vivi volvió a su asiento y se preguntó si de pronto la magia de Scarlett habría vuelto porque sentía una profunda incapacidad para negarse a obedecerla —. Tienes *prohibido* volver a abrir ese libro. ¿Entendido?

—¿Qué? —preguntó Vivi, sonrojada por la vergüenza y la frustración—. ¿Por qué? Quizá haya algo ahí que pueda ayudarnos.

—Y quizá sea la razón por la que perdimos nuestra magia. No podemos arriesgarnos a que las cosas empeoren.

Las demás se miraron entre sí, pero Vivi no supo interpretar sus expresiones. ¿Acaso todas creían que había sido su culpa?

—Está bien —contestó con voz seria.

—Ve por él. Sé que te lo llevaste a tu cuarto.

Sentía que las mejillas se le estaban quemando. ¿Quién creía Scarlett que era para regañarla de ese modo enfrente de las demás? El grimorio le había permitido organizar la fiesta más exitosa en la historia de Kappa. Que Scarlett hubiera metido la pata la noche anterior no implicaba que el libro fuera peligroso por sí solo.

—No te estoy mintiendo, Scarlett. No tienes que monitorear todos mis movimientos.

La expresión de Scarlett se volvió más severa, así que Vivi se preparó para la retahíla de frases crueles que seguramente le aventaría. Scarlett solo inhaló profundo y contestó:

—Está bien. Pero llévalo a mi estudio después, ¿de acuerdo? Lo guardaré bajo llave. Será lo mejor para todas. —Las chicas se quedaron una hora más en el salón, discutiendo los posibles pasos a seguir. Cuando fue más que obvio que no estaban logrando nada, Scarlett les ordenó que volvieran a sus cuartos e intentaran descansar—. Pensaremos con más claridad después de dormir. Nos reuniremos de nuevo en la tarde.

Mientras salían del salón, Ariana alcanzó a Vivi y le susurró:

—Nadie cree que esto sea tu culpa.

—Sí, *ya lo sé* —contestó Vivi con frialdad—. Perdón, es que estoy…

—No pasa nada —dijo Ariana, con una sonrisa triste—. Todas estamos igual.

En su habitación, Vivi se tiró en la cama, agarró el grimorio y acarició la portada con un dedo. Tenerlo entre sus manos era reconfortante por sí solo. Durante las últimas semanas, le había permitido desatar poderes

que ni siquiera sabía que tenía. ¿Cómo iba a fingir que nada de eso había ocurrido? Y menos ahora, que las circunstancias eran tan desesperantes. Sabía que el grimorio contenía la información que necesitaba; lo intuía.

No importaba que Scarlett se enojara. Vivi necesitaba recuperar su magia. Era su aire, su oxígeno. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de recobrarla.

«Me siento impotente sin ella».

El corazón se le aceleró, se llevó una mano al pecho al recordar cómo se sintió bajo la maldición de Tiffany. Recordó la horrible sensación de retorcerse, el dolor de las costillas que tronaban bajo el esternón. El corazón galopante, frenético.

Le estaba latiendo de esa misma forma. Le retumbaba en los oídos, en las sienes.

Sin magia, no podría defenderse. No podría enfrentar a brujas como Tiffany ni poderes como el del talismán de Henosis. Estaría atrapada de nuevo. Perdería todo. «Moriría».

Abrió el libro y empezó a pasar las delgadas páginas, pero la fatiga era incontrolable. Cuando sintió que se le cerraban los párpados, metió el grimorio bajo la almohada, se dio media vuelta y se entregó a los brazos de Morfeo.

Alguien tocó a su puerta y la despertó. Sintió como si no hubiera pasado ni un minuto, pero, al sentarse y ver la luz brillante que entraba por la ventana, era obvio que ya era más de mediodía.

—¿Vivi? —dijo Ariana desde el pasillo—. ¿Estás ahí?

—Sí —contestó Vivi y se frotó los ojos—. Bajo en un minuto.

—Eh, creo que deberías bajar en este instante. —Ariana titubeó, casi como si le diera pena despertarla—. Es Mason. Está allá afuera.

Vivi volteó a ver su celular. Seguía conectado al cargador de la mesa de noche, donde lo puso esa mañana antes de bajar a la reunión dando tumbos. Aunque estuviera un poco lejos, alcanzó a distinguir el montón de llamadas perdidas en la pantalla.

—De acuerdo. Ya voy. —Se detuvo frente al espejo, con una mano en alto. Había adquirido la costumbre de conjurar un encantamiento para mejorar su apariencia antes de salir de la casa. De pronto lo recordó: «perdí mi magia». Decidió entonces pasar rápido al baño y echarse agua en la cara. No sirvió en absoluto para disimular los ojos hinchados y enrojecidos, pero al menos sí le bajó el color de las mejillas.

Al bajar, se asomó al salón y vio que las chicas se habían dispersado. Sonali tenía la libreta de exalumnas en el regazo y la estaba revisando junto con Ariana. Otras de las chicas estaban leyendo tomos enormes que

habían asentado en los sillones o en las mesas de centro. A juzgar por los sonidos provenientes de la cocina, estaban preparando un menjurje que burbujeaba con furia en la estufa.

Vivi pasó entre sus hermanas para ir a la puerta.

Encontró a Mason sentado en el columpio del pórtico, con las piernas abiertas, la cabeza gacha y los hombros caídos. Se veía tan triste que por un instante Vivi olvidó el caos de la casa, sus propios miedos y la pérdida de su magia.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Mason? —Se acercó un paso más—. ¿Qué pasó? —Cuando alzó la cara, Vivi vio que tenía los ojos secos, pero hinchados. Se veía casi tan desconsolado como ella, como si no hubiera pegado el ojo en toda la noche. Pero al final de la fiesta, cuando se despidieron con un beso, Mason estaba bien… Vivi frunció el ceño—. ¿Estás bien?

—¿Tú qué crees? —Su voz era más hostil de lo que Vivi había anticipado. Cortante, incluso—. Acabo de pasar dos horas explicándoles a mis padres mis planes profesionales. Solo. ¿Dónde diablos estabas, Vivi?

En ese instante lo recordó. El *brunch*. En casa de sus padres. Ese día. Al que le prometió que asistiría para respaldarlo y ayudarlo a que la conversación con sus padres fuera menos tensa.

Vivi entreabrió los labios.

—Eh…

—No. —Mason meneó la cabeza—. ¿Sabes qué? Cambié de opinión. Ya no quiero escuchar más pretextos ridículos. —Su expresión pasó de la ira al dolor—. Anoche dijiste que me *amabas*. Y esta mañana ni siquiera pudiste contestar mis llamadas.

Vivi sintió que algo le crujía en el pecho.

—Tuvimos que lidiar con algunos problemas, ¿de acuerdo? Lo lamento mucho, Mason, pero no eres el único que está pasando por cosas difíciles.

—¿Ah, sí? —Mason se puso de pie y extendió los brazos—. ¿Cuáles fueron esos problemas? ¿Eh? ¿Qué es tan importante que una y otra vez me mandas a volar y me tratas como si no importara? Es tu preciado estatus de coordinadora de eventos sociales, ¿no?

—No tiene nada que ver con el *estatus*. Tengo responsabilidades…

—Con Kappa. Sí, ya sé que te dan muchas responsabilidades.

—¿Qué *insinúas*? —Vivi se erizó.

Mason caminó de un lado a otro del pórtico.

—Llevas semanas usando Kappa como pretexto. Y fui comprensivo y traté de entender. Hasta el día que me dejaste plantado, vi que estabas

muy estresada y decidí no darle importancia. *Te creí* cuando dijiste que no lo volverías a hacer.

—Y no era mi intención hacerlo.

—Nunca lo es, ¿o sí? —Bajó los hombros de nuevo. De golpe se quedó sin ánimos para seguir discutiendo. Sin la ira, solo se veía… triste. *Te amo, Vivi*. ¿En verdad hacía apenas unas horas que Mason le había dicho esas palabras? Vivi sentía como si hubiera pasado una eternidad. Como si le hubiera ocurrido a alguien más—. Ya pasó la reunión —continuó Mason—. Pensé que después de eso, las cosas cambiarían. Y más después de lo que nos dijimos anoche. Creí que estarías a mi lado. Pero no ha pasado ni *un día* desde tu gran fiesta y ya estás tan ocupada que no puedes ni siquiera contestar el teléfono.

—Mason… —¿Qué podía decirle? Había hecho un juramento. Debía proteger el secreto de las Kappa. No era solo por ella. La seguridad de sus hermanas dependía de ello—. Lo siento —susurró.

Mason cerró los ojos y frunció el ceño. Era la mueca de alguien que acababa de recibir un puñetazo en el vientre. Y quizás así lo sintió. Vivi deseaba poder retractarse de sus palabras, poder explicarle todo, decirle todo.

Pero los deseos no servían de mucho. Al menos no sin magia de por medio.

Cuando Mason la miró de nuevo a los ojos, se veía avejentado. Más cansado.

—Ya no puedo con esto. Se acabó. —Agitó la mano en señal de despedida mientras se alejaba—. Espero que descifres qué es todo esto.

Vivi contuvo el aliento mientras lo veía irse. Por más que quería hacerlo, no se atrevió a pedirle que se detuviera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Scarlett

La mente de Scarlett deambuló hacia un episodio de su programa de televisión favorito mientras veía a Jess y Hazel hojear *La enciclopedia de la eliminación y rompimiento de maldiciones* escuchando solo a medias su conversación a susurros. Los personajes del programa eran brujas que habían perdido su magia a manos de una bruja malvada que se la robó con un hechizo. De alguna forma, lograban deshacer el hechizo y castigar a la bruja transgresora antes del último corte comercial. Minnie la molestaba por ver el programa; así no funcionaba la brujería de verdad. Los hechizos eran incorrectos y los efectos especiales eran ridículos: siempre aparecía una nube de humo morado cuando alguien hacía un hechizo. «Sabes que la magia real nunca es fácil», le dijo Minnie alguna vez. Scarlett lo sabía, pero en ese entonces le resultaba reconfortante, y lo añoraba, añoraba una época en la que cualquier problema podía resolverse en menos de una hora.

—¿Qué tal este? —le preguntó Hazel a Jess.

Jess negó con la cabeza.

—Ese es para deshacerse de las arañas.

Scarlett miró hacia la ventana. No estaban en un programa de televisión. Estaban en la vida real y, sin importar cuánto tiempo les tomara, tendrían que resolverlo todo ellas mismas.

Inhaló profundo. Primero la fiesta, luego el ataque a Bailey. Sin mencionar el hechizo sobre Jackson. Y luego perdieron su magia. ¿Estaban todas esas cosas conectadas? ¿Alguien en verdad conspiraba en su contra? Lo único que había logrado ese semestre había sido llevar a situaciones cada vez peores. Ahora estaban indefensas.

El pecho le dolía. Quien hubiera planeado el ataque, tenía que

reconocer, era un adversario de lo más efectivo.

Saltó cuando alguien le tocó el hombro.

Era solo Etta, con una taza humeante en la mano. Scarlett estuvo a punto de preguntarle qué tipo de poción era, pero luego lo recordó.

—Es solo té —dijo Etta, con un suspiro—. Y… una disculpa. Por lo que dije, sobre Dahlia.

Scarlett aceptó el té y sopló dentro de la taza. Volvió a poner los ojos sobre la sala común.

—No hay problema. De verdad. Lo entiendo. —Vio que más de un par de personas lanzaban miradas furiosas en dirección suya, hasta que descubrieron que Scarlett las miraba de vuelta y volvieron al trabajo de inmediato. Todas salvo Reagan, quien mantuvo la mirada fulminante fija sobre ella—. ¿Estoy hecha una dictadora absoluta?

Etta tarareó por lo bajo un segundo.

—Bueno, entiendo *por qué*.

Scarlett gruñó.

—No tengo otra opción. Si le decimos al concejo de exalumnas lo que ocurrió, van a estar sobre nosotras, sobre todo después de que perdimos el Baile de Primavera y estuvimos a punto de exponer nuestra magia en la fiesta de bienvenida. Incluso si recuperáramos nuestra magia, nos impondrían todo tipo de sanciones. Apenas podríamos usarla.

Etta se encogió de hombros.

—Dije que entendía. —Luego le lanzó una mirada más filosa—. Pero no finjas que todo esto es altruismo puro. Las dos sabemos que serías la primera en peligro si alguien se entera de esto.

Antes de que Scarlett pudiera responder, Etta se alejó para darles té a las demás chicas. El corazón se le fue al piso.

No podía dejar de pensar en lo que Xavier le dijo en el bar la otra noche.

¿Estaba haciendo todo eso para demostrarle algo a su madre y superar a su hermana? ¿Habría querido la presidencia si ellas no la hubieran tenido antes? Las preguntas hacían que la mandíbula se le tensara.

Podía sentir los susurros y las miradas sobre la espalda, como arañas que le caminaban sobre la piel. Necesitaba estar a solas. Se puso de pie de repente y escapó hacia el jardín trasero.

Se sentía… vacía sin su magia. Exprimida. ¿Quién era, si no una bruja? Sabía sobre sus poderes desde que tenía uso de razón. Había estudiado cómo mejorar, cómo perfeccionar su hechicería, cómo ser la mejor bruja posible.

Nunca consideró cómo sería su vida sin la magia.

Arqueó el cuello para mirar hacia el cielo. ¿Qué pensaría Minnie si pudiera verla?

La amargura se le metía por los poros mientras un incontenible deseo de hundirse en los brazos de Minnie la consumía. «Seguro que me diría que dejara de tenerme lástima y que me pusiera a trabajar». Esto sacó a Scarlett de su conmiseración. Les debía a sus hermanas, y a Minnie, encontrar una solución.

Sopesó sus teorías. El grimorio tenía algo que ver con todo. La magia que usaron se sentía mal: poderosa e imposible de controlar. «¿Magia oscura?», susurró la voz en su cabeza. Scarlett se estremeció.

Sin embargo, el grimorio no explicaba los encantamientos que salieron mal en la primera fiesta, la crisis de Bailey en la explanada, las extrañas peleas que se desataban en el campus.

Si alguien estaba haciéndolo…

Lo primero que pensó fue en Cait, la única otra persona en el campus que Scarlett sabía, sin duda alguna, que había usado magia poderosa en los últimos días. Un hechizo de amor era una cosa, pero ¿una maldición para robarle su magia al aquelarre más poderoso del país? Esa era otra muy distinta.

¿Quién más podría haber sido? Tendría que ser otra bruja. Podría ser una Kappa… pero Scarlett se sacó la idea de la cabeza. El aquelarre había vivido suficientes traiciones por un año. Solo lo consideraría como último recurso.

Quizás era alguien nuevo en Westerly, alguien que se hubiera acercado bastante a Kappa.

Se irguió. Por primera vez desde la noche anterior, pensó en Xavier y en cómo la miró durante su discurso, en cómo pareció estar despierto, casi atento, cuando debió de haber estado distraído como todos los demás asistentes no mágicos.

Estaba también la vez que intentó leerle la mente. Lo único que encontró fue un muro blanco. Pensó que su hechizo de Espadas solo había fallado, pero tal vez no. Quizá Xavier sabía suficiente de magia como para protegerse.

«Quizá…».

—¿Puedo hablar contigo?

Vivi salió al jardín. Sacó a Scarlett de su ensoñación. Una mirada a su hermana menor bastó para hacerle fruncir el ceño.

—Sí, claro. —Nunca había visto a Vivi así. Los puños apretados, la cara ruborizada, los ojos llenos de venas rojas. Como si hubiera estado

llorando. O peleando. O ambas—. ¿Estás…? —Scarlett dejó de hablar. Claro que no estaba bien. Ninguna de las dos lo estaba.

Vivi parecía sufrir la pérdida de su magia más que las demás.

—Mason terminó conmigo. —Cerró los ojos con fuerza.

Scarlett abrió los ojos como platos. Hasta donde sabía, Vivi y Mason estaban bien. Genial, incluso. Apenas hacía unas horas, en el baile, Scarlett los vio juntos, más felices que nunca. Fue difícil en un principio, ver a alguien a quien amó amar a su hermana menor, pero se hizo más fácil con el paso del tiempo, tanto así que la idea de que terminaran le parecía extraña también.

—¿Qué pasó? —Vivi miró detrás de Scarlett, hacia el bosque, con los ojos entrecerrados. Era un día hermoso. Soleado y cálido, con el aroma de las flores de la primavera en la brisa. Pero eso no hacía más que empeorar el humor de Scarlett, por alguna razón. Sentía como si todo el mundo se burlaba de ellas, como si disfrutaran de la caída de las Ravens. Tras unos momentos, Scarlett se aclaró la garganta—. Si no quieres hablar de eso…

Vivi negó con la cabeza.

—No, está bien. —Volteó hacia la casa—. Acabo de entender que no importa, no en comparación con esto.

Scarlett parpadeó.

—Tienes permitido preocuparte por más de una cosa a la vez, ¿sabes? Y puedes hablar conmigo sobre Mason.

Vivi se cruzó de brazos.

—No vine a hablarte sobre chicos. —Se dio vuelta para ver a Scarlett, con una mirada intensa en los ojos—. Tengo… tengo que decirte algo.

—¿Sí?

El silencio se estiró. Se agotó. Scarlett tenía la impresión de que su hermana menor libraba una batalla interna, aunque no tenía idea de en qué consistía.

Al fin, Vivi jaló aire.

—Tuve otra… visión. En la fiesta. Estaba sola frente al espejo encantado, y todo cambió. Primero, me vi con el talismán de Henosis. —El corazón se le detuvo un instante a Scarlett—. Luego vi una casa de campo en una colina, rodeada de cuervos. Me pareció tan conocida…

—¿Crees que alguien te está poniendo cosas en la cabeza? —Scarlett frunció el ceño. Ninguna de las Kappa bromearía con algo así. Todas sabían lo serio que era el talismán de Henosis. Pero nadie más que las Kappa *sabía* sobre él.

Vivi movió la cabeza de lado a lado.

—Más bien, sentí como que alguien intentaba decirme algo. Como si quisieran que fuera ahí. Fue raro, pero… no oscuro.

—Es difícil saber cuando algo, o alguien, es oscuro —dijo Scarlett, sombría. Ella lo sabía mejor que nadie—. La oscuridad puede ser atractiva. —Miró hacia el bosque y se obligó a no temblar—. ¿Qué es lo que sugieres, Vivi? ¿Que intentemos encontrar la casa de tu visión? Aun si quisieras hacerlo, ¿sabes cuántas casas de campo hay solo en Georgia?

—Había un letrero. —Vivi inhaló profundo—. Finca del Sauce Solitario. La busqué y… es un lugar cerca de aquí. Veinte minutos en auto. Las fotografías en internet se parecen a lo que vi en el espejo.

Scarlett vaciló. Podrían ir. No tomaría mucho tiempo solo pasar por ahí, aunque no se aventuraran a entrar. Pero…

—Si se trata de un mensaje de quien nos robó la magia, ¿no querrían llevarnos a la tétrica casa de campo? ¿Es buena idea caer en su trampa sin nuestra magia?

—No —respondió Vivi, con brusquedad—. Pero… ¿podemos ignorar una posible pista cuando no tenemos más?

Scarlett lo meditó mientras apretaba los labios.

—Tenemos una pista más, quizás dos.

—¿Quién?

La boca de Scarlett se transformó en una línea recta.

—Xavier. Es posible que haya estado lúcido cuando presentamos el libro de hechizos en la reunión. Y Cait le hizo un hechizo de amor a Jackson.

Su hermana menor se quedó boquiabierta.

—Por eso se… ay, Dios, Scarlett. —Dio un paso más hacia ella y le tocó el brazo—. Por eso terminaste con Xavier también, ¿verdad? Lo siento mucho.

Scarlett se tragó el nudo que tenía en la garganta y se rio, llena de amargura.

—Sí, bueno. Fue una buena decisión, al parecer.

—Odio a los hombres. —Vivi frunció el ceño y suspiró—. Bueno, no lo digo en serio.

—Es solo que… —Scarlett se jaló la cola de caballo—. Siento que es mi culpa. Si no le hubiera borrado la memoria a Jackson… Si hubiera sabido sobre las brujas, podría no haber caído en la trampa.

—No, de ninguna manera. Estabas protegiendo a Kappa —dijo Vivi —. No tenías alternativa. Además, la culpa es de Cait. Ella es la que está usando la magia para meterse con la mente de una persona, para controlarla. —Por una fracción de segundo, algo se dibujó en la expresión

de Vivi. Duda, quizás, o miedo. Luego, la furia volvió a apoderarse de su rostro—. Tenemos que detenerla.

—¿Cómo? —Scarlett abrió las manos—. No tenemos magia, ya no. Y si Cait es quien está detrás de todo esto… digo, ¿y si tiene toda la fuerza de las Ravens?

Vivi se mordió el labio.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar a Jackson? —preguntó.

—No hasta que recuperemos la magia —dijo Scarlett. Odió cada palabra que salió de su boca. Odiaba la idea de dejar a Jackson atrapado siquiera un segundo más. Pero no tenía opciones. Otra vez.

Vivi se enderezó, los puños apretados.

—Vamos primero a la finca. Si es una trampa, sabremos quién es nuestro enemigo. Si no es nada, entonces no es nada, pero al menos lo sabremos.

Scarlett asintió.

—Muy bien. Voy por el auto. Y vamos a decirle a alguien a dónde vamos, por si acaso. Nos vemos en…

Se detuvo y olfateó. Había comenzado a oler a humo de repente. Como si…

—¡Fuego! —gritó Reagan desde el pórtico de la casa.

Scarlett y Vivi se miraron un instante antes de echarse a correr por un costado de la casa.

Cuando llegaron, Etta y Hazel ya tenían la manguera apuntada hacia el incendio. Las llamas cruzaban los arbustos de perejil que rodeaban el jardín, los arbustos que Etta plantó con tanto cuidado como un hechizo para proteger a Kappa.

Entre las demás chicas, pronto contuvieron el pequeño incendio. Mientras Scarlett estudiaba los restos calcinados de las plantas, no pudo evitar darse cuenta, con un hueco en el estómago de algo: una defensa mágica más de la casa se había ido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Vivi

Vivi y Scarlett guardaron silencio la mayor parte del camino, pues ambas estaban absortas en sus pensamientos. Los movimientos certeros y la quijada tensa de Scarlett dejaban entrever que había entrado en modalidad «resolver la crisis a como dé lugar».

Vivi habría querido sentirse igual que ella. Con cada hora que pasaba, sentía más náuseas y nerviosismo, como si estuviera en pleno síndrome de abstinencia de magia. Sus dedos ansiaban conjurar hechizos, pero, sin importar cuántas veces enunciara las frases conocidas, no había vuelto a sentir el hormigueo de la energía mágica.

Seguía pareciéndole muy probable que responder al llamado de la Finca del Sauce Solitario las llevara directo a una trampa, pero no estaba segura de que tuvieran alternativa.

—¿Estás bien? —le preguntó Scarlett al verla de reojo antes de volver a clavar la mirada en el camino. Acababan de salir de la autopista y estaban en una calle sombría, enmarcada por robles enormes. Las casas eran mucho más grandes que las de la ciudad, con pórticos envolventes y enormes jardines aterciopelados.

—Sí, estoy bien —contestó Vivi de forma automática—. Aunque no sé qué significa estar bien en estas circunstancias.

—Lo vamos a resolver. Te lo prometo.

Vivi hubiera querido que la confianza de su hermana mayor fuera reconfortante, pero la realidad era que la situación las rebasaba a ambas.

—Lo sé —contestó, con la esperanza de sonar más convencida de lo que estaba.

El camino se fue ensanchando a medida que el suburbio pintoresco se hacía más rural y las casas estaban más separadas entre sí. Después de

unos cuantos kilómetros más, Scarlett bajó la velocidad y se fijaba en los números de los buzones con los ojos entrecerrados.

—Debería ser una de estas… —dijo, paseando la mirada entre el GPS y la casa a un costado.

Vivi se asomó por la ventana.

—¿Cuarenta y nueve? —dijo y señaló un sendero que estaba más adelante, en el que había un portón entre dos pilares de ladrillo. No se alcanzaba a distinguir muy bien qué había después de él, salvo por un sendero enmarcado por árboles de ramas tan largas que casi rozaban el pavimento.

El portón estaba abierto de par en par.

Las chicas se miraron entre sí, nerviosas.

—Así es como empiezan las películas de terror —dijo Scarlett.

—¿Queremos recuperar nuestra magia o no? —preguntó Vivi con voz cansada.

—Nunca dije que no entraríamos. —Scarlett dio vuelta en el sendero y se aferró al volante—. Pero, si morimos aquí, recuerda que te lo advertí.

—Si morimos aquí, me aseguraré de que recibas todo el crédito.

El sendero serpenteaba a través de un campo que se veía tan descuidado como los árboles. El pasto le habría llegado a cualquiera por encima de las rodillas, a lo largo del sendero crecía toda clase de maleza que había quebrado y atravesado el pavimento.

Y entonces vieron la casa.

Se veía igual que en el espejo: una alargada casa de campo victoriana que asemejaba un sombrero de copa, o quizás una corona posada en lo alto de una colina empinada. Vivi se estremeció ligeramente y ansió saber quién o qué la había convocado a ese lugar y qué quería.

—La vibra de película de terror se pone cada vez más intensa —comentó Scarlett con voz animada, como si para ella fuera cosa de todos los días y acostumbrara conducir por senderos aterradores que llevaban a casas abandonadas que se le aparecían a la gente en los espejos. Tal vez ya lo había hecho antes. Scarlett había crecido entre brujas y magia; su noción de «normalidad» era muy, muy distinta a la de Vivi.

Scarlett estacionó el auto y, tras una pausa, ambas se voltearon a ver y abrieron las puertas para salir.

Al acercarse al pórtico, Vivi se detuvo y agarró a Scarlett del brazo.

—No sé si de verdad sea buena idea.

—¿*Apenas* te das cuenta? —preguntó Scarlett, irritada.

—Por favor, dime que sabes *jiu-jitsu* o algo por el estilo —dijo Vivi. Quería sonar graciosa, pero la verdad era que, sin magia, ambas eran

sumamente vulnerables.

—*Jiu-jitsu* no —contestó Scarlett y suspiró—. Tomé Krav Maga durante algunos años cuando era niña. Mis padres siempre han creído que las mujeres debemos poder defendernos solas, con o sin magia.

Vivi logró sonreír a pesar del miedo creciente. Era obvio que Scarlett debía saber algo así como Krav Maga.

Ascendieron por una escalinata chueca de madera hasta llegar al pórtico que crujió bajo su peso. Vivi se meció de un lado a otro, por temor a que el exceso de peso rompiera algún tablón podrido y la hiciera caer en un agujero.

Scarlett quitó unas cuantas telarañas del timbre y lo presionó sin titubear. En las profundidades de la casa retumbaron campanadas graves, como de iglesia.

—Cero ominoso —comentó Vivi con amargura.

—¡Cálmate! No hay razones para espantarse, a menos que… — Scarlett guardó silencio cuando la puerta crujió al abrirse. Por sí sola. Intercambiaron miradas de nuevo, esta vez más intensas—. Es como si nos estuvieran esperando —dijo Scarlett con entusiasmo fingido—. ¿Entramos? —Se adelantó, y Vivi la siguió, con el corazón a punto de explotarle en el pecho. Le latía con tal fuerza que hasta ahogaba los crujidos de los tablones del piso.

El vestíbulo era oscuro y sombrío, aunque fuera un día soleado, los ojos de Vivi tardaron unos segundos en ajustarse. El papel tapiz rasgado debió ser hermoso alguna vez, pues tenía un diseño de rosales sobre un fondo gris paloma y, junto con el enorme perchero de bronce con accesorio para paraguas, reflejaba la antigua gloria de la casona. Aunque un lugar así, por lo regular, daría la sensación de ser una casa embrujada y, aunque el aire era denso y estaba cargado del aroma ahumado que se acumula tras años de encantamientos, no tenía el olor metálico y ácido que Vivi asociaba con la magia maligna.

—Ven a ver esto —le susurró Scarlett. Estaba observando una pequeña pintura al óleo de un cuervo encaramado en el campanario de una iglesia. Las plumas del cuervo se estremecían casi imperceptiblemente. ¿Podía ser una coincidencia?

En silencio, Vivi y Scarlett pasaron del vestíbulo a un pasillo con las paredes recubiertas de madera oscura, de las que colgaban otras pinturas, en su mayoría retratos de mujeres de apariencia formidable, ataviadas con atuendos de distintas épocas históricas, incluyendo algunas que Vivi creyó reconocer de retratos similares que había visto en la casa de las Kappa. Había una mujer negra con joyería dorada y un turbante color

esmeralda, así como una mujer caucásica con una túnica holandesa del siglo XVII. Al igual que la pintura del cuervo, la mayoría tenía encantamientos zurcidos en la pintura para que la joyería resplandeciera o los árboles del fondo se mecieran con el aire.

A medida que avanzaban, los retratos se volvían más modernos.

—¡Dios mío! —dijo Scarlett y se detuvo de golpe frente a un retrato de tamaño natural de una hermosa mujer con vestido de coctel rosa—. ¡Es mi mamá! Creo que ese es el vestido que usó en la fiesta de inicio de clases el año en que la nombraron presidenta de Kappa.

—¿Crees que esta casa haya sido de alguna Kappa?

—O de alguien que tiene una extraña obsesión con nosotras.

—No *todo* el mundo está obsesionado contigo, Scarlett —dijo Vivi en tono juguetón.

—¿Ah, sí? —dijo Scarlett y señaló una pintura al final del pasillo—. ¿Cómo explicas eso entonces?

Vivi siguió su dedo con la mirada y se acercó a la pintura en cuestión. Al verla bien, pegó un brinco y ahogó un grito. Eran dos chicas paradas frente a una casa de campo victoriana: una chica negra con un vestido claro, de manga larga, y una chica blanca con jeans y un saco gris.

Eran Scarlett y Vivi.

Vivi miró el saco gris que traía puesto y se estremeció.

—¿Cómo pudo alguien pintar esto en cinco minutos? La pintura ni siquiera se ve fresca.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Scarlett de pronto, lo que sobresaltó a Vivi—. ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —Su voz reverberó un instante, y luego se hizo el silencio.

Pero no era un silencio absoluto. Se alcanzaba a oír un ligero crujido rítmico, proveniente de las paredes, como si se estuvieran expandiendo y contrayendo.

Parecía que la casa estuviera respirando.

Aunque pudiera ser producto de su imaginación, a Vivi le pareció sentir un golpeteo suave bajo los tablones y recordó el cuento favorito de Daphne, «El corazón delator».

—¡Hoooola! —exclamó Scarlett de nuevo—. ¿Hay alguien en casa?

—Sigamos buscando —dijo Vivi y le hizo una seña a Scarlett para que la siguiera a través de una puerta abierta que parecía llevar a un salón. En medio había una enorme escalera de caracol, con telarañas adornando el barandal. En la pared opuesta había otro retrato, mucho más grande de los que habían visto en el pasillo. Era una pintura al óleo de una anciana caucásica de expresión seria, vestido negro con cuello alto

de encaje y labios fruncidos.

La mayoría de los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas y, los pocos que estaban al descubierto, tenían una gruesa capa de polvo encima.

—Pareciera que hace *años* que nadie pasa por aquí —dijo Scarlett, frunciendo la nariz.

—No estoy tan segura. —Vivi señaló una charola plateada sobre una mesita redonda que contenía una tetera humeante y un platón de panecillos recién horneados.

—A ver, ¿qué está pasando? —Scarlett se cruzó de brazos y miró a su alrededor—. No tengo tiempo para estas ridiculeces de la Bella y la Bestia. —Carraspeó y luego dijo en voz más alta—. Quien sea que trajo esta charola hace cinco minutos, ¿podría volver POR FAVOR? —Hubo un largo silencio, y luego, a lo lejos, se oyó el sutil eco de una risita. Ambas brincaron del susto—. Así que *sí* hay alguien aquí —dijo Scarlett, mirando en todas direcciones. Volvió a escucharse la misma risita, pero esta vez provenía de otra parte de la casa. A Vivi se le erizó la piel cuando volteó hacia el aparente lugar de origen de la risa y descubrió que estaba otra vez frente al retrato de la anciana. Pero ya no tenía los labios fruncidos. Tenía una sonrisita traviesa—. ¿Quién crees que sea? —le preguntó Scarlett y se acercó a leer la placa dorada en la parte inferior del marco polvoriento—. *Ágata Templeton* —leyó—. Me suena mucho ese nombre, pero no sé de dónde.

—Creo que ella fue la que se rio —susurró Vivi. Las pulsaciones que había sentido bajo los tablones se hicieron más audibles, aunque ahora parecían provenir de las paredes—. ¿Sientes eso?

—¿Qué cosa?

—Eh… no sé bien… parece como… —Guardó silencio, pues no se atrevía a enunciar las palabras: «el latido de un corazón».

Vivi se acercó un poco a la fuente de las vibraciones, un escritorio de madera barroco que estaba pegado a la pared del fondo. Conforme se acercaba, los latidos se iban intensificando hasta que le dio la impresión de que salían de su propio cuerpo.

En el escritorio había un enorme libro con cubierta de cuero. Parecía un almanaque viejo y estaba abierto en un mapa de Savannah, aunque debía de ser de hacía muchas décadas, cuando aún era una pequeña y apacible población porteña. Vivi se acercó más y vio un gran encarte en la esquina inferior derecha: un acercamiento detallado del campus de Westerly. Mostraba edificios como Faculty Row, la biblioteca Hewitt, Taylor Hall y otros desconocidos, y había grandes extensiones de campo

en lo que después serían los dormitorios universitarios y el edificio de ciencias.

—Así era Westerly en 1858, un año después de su fundación —dijo Scarlett y señaló la fecha anotada en la esquina—. Y mira el bosque —señaló entonces el extenso bosque que rodeaba el campus. Ahora era más pequeño, apenas una arboleda atrás de la casa de las Kappa. Pero en ese entonces había sido majestuoso. En el centro, entre los dibujos de gruesos robles y sauces prolíficos, alguien había dibujado un círculo azul oscuro con una estrella roja de siete picos en el centro.

El talismán de Henosis tenía ese mismo símbolo.

Vivi sintió un escalofrío. Bajo el símbolo había algo escrito en letra diminuta, así que agarró la antigua lupa junto al libro para verlo más de cerca.

—Dice «Puerta al Hades» —leyó—. ¿Qué crees que signifique?

—¿Estás segura? —Scarlett se veía consternada.

Vivi le entregó la lupa.

—Velo con tus propios ojos.

Scarlett titubeó. Por primera vez desde su llegada, se veía genuinamente asustada.

—Es el antiguo nombre del lugar en el que el velo entre nuestro reino y el otro es más delgado.

—¿De qué hablas? ¿Cuál otro reino?

Scarlett le lanzó una mirada fulminante.

—¿De dónde crees que viene la magia? Nuestros hechizos y encantamientos son juegos de niños en comparación con el océano de magia que se arremolina bajo el velo.

A Vivi se le erizó la piel al escuchar la frase «bajo el velo». La antigua Vivi, la que creía que Daphne era una tarotista charlatana y que sus clientes eran perdedores desesperados, habría soltado un resoplido incrédulo. Ahora Vivi sabía que la brujería era real y había experimentado en carne propia el aterrador poder de la magia maligna, así que sabía que cualquier cosa era posible.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con nosotras?

—No estoy segura. Había oído muchos rumores de que hay una puerta al Hades en el campus de Westerly y que por eso hay tanta magia en Savannah, pero es la primera vez que encuentro evidencia tangible de que sea verdad.

—Pero podría no ser algo malo, ¿cierto? O sea, nada más es una fuente de magia, ¿no?

—Pueden pasar otras cosas por esa puerta además de magia, Vivi —

dijo Scarlett con amargura.

Vivi señaló la estrella de nuevo.

—La puerta parecía estar en medio del bosque en 1858, pero ya casi no hay bosque. —Se inclinó para mirar el mapa más de cerca y entrecerró los ojos. Luego, volteó a ver a Scarlett—. ¿Crees que sea…?

—¿El bosque que está atrás del pabellón griego? Sí, sí lo creo.

—O sea que está muy cerca de la casa de Kappa.

A sus espaldas, algo tintineó. Ambas se dieron media vuelta y descubrieron que las cosas de la charola plateada estaban temblando, como si un par de manos invisibles las estuviera agitando. Instantes después, la tetera se alzó por los aires, flotó unos segundos, se inclinó y empezó a servir el líquido caliente en una de las delicadas tazas de cerámica que estaban en la charola.

—Tenía que ser algo así —dijo Scarlett entre dientes.

Con gestos casi automáticos, se acercó y tomó la taza en el instante en el que el líquido tocó la cerámica. A pesar del mareo repentino, Vivi la imitó, aunque la mano le temblaba tanto que no pudo mantener la taza quieta y el té se derramó por las orillas.

—¿Ahora qué? No piensas beberlo, ¿o sí? —preguntó Vivi.

—No me iré de aquí hasta que sepa qué pasó con nuestra magia. Si este es el juego que hay que jugar, que así sea. Si esta persona quisiera hacernos daño, ya lo habría hecho. —Le dio un sorbo al té, hizo una pausa y exhaló—. Sabe normal. Anda, bebe. —Scarlett bebió el té a una velocidad que habría horrorizado a Marjorie Winter; Vivi hizo lo mismo, a pesar de que el líquido estaba demasiado caliente. Cuando Scarlett terminó, alzó la taza y la examinó con los ojos entrecerrados—. ¡Lo sabía! Tenemos que leer las hojas del té.

Vivi la miró con suspicacia, pero de cualquier forma se asomó a su propia taza. Al ver la imagen al fondo, pegó un brinco.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le susurró a Scarlett.

—No estoy segura. ¿Es el…?

—El talismán de Henosis —la interrumpió Vivi. Aunque estuviera hecha de hojas de té húmedas, la imagen era tan nítida que le provocó escalofríos. Estaba a punto de asentar la taza cuando el talismán pareció explotar, y las hojas empezaron a moverse en círculos hasta formar una nueva imagen. Al principio parecía la cara de un hombre, pero luego surgieron otros detalles. De la cabeza le salían cuernos, y tenía la boca torcida, como si estuviera gritando de una forma horrorosa. Al interior de la boca abierta se distinguían colmillos viperinos en lugar de dientes. Vivi retrocedió—. ¿Qué es *eso*?

—Un demonio —contestó Scarlett, casi sin aliento. Alzó la cara de golpe para mirar a Vivi a los ojos—. Ay, Dios, cuando destruimos el talismán…

—¿Qué? ¿Qué pasó? —Las pulsaciones de las paredes eran cada vez más intensas, tanto que ahogaban los pensamientos de Vivi—. ¿Qué pasó cuando destruimos el talismán, Scarlett?

Scarlett ignoró a Vivi y volteó a ver al retrato.

—¿Atrapaste a un demonio en el talismán de Henosis? —gritó. La mujer del cuadro asintió. Ya no sonreía; tenía los labios apretados y los ojos desorbitados por el miedo—. Y… —Scarlett pasó saliva y cerró los ojos un instante. Cuando por fin volvió a hablar, la voz le temblaba—. ¿Lo liberamos entonces?

—No —susurró Vivi—. No, no puede ser. —Sin embargo, mientras hablaba, la pintura volvió a moverse. Cerró los ojos y abrió la boca para producir un grito silencioso. Un grito de agonía. De horror.

Scarlett se tambaleó hasta el sofá y escondió la cara entre las manos. Vivi, en cambio, se quedó paralizada, mientras aquella terrible verdad hacía eco en su cabeza. Scarlett y ella habían liberado a un demonio, un monstruo que iba tras ellas.

Y, sin su magia, estaban perdidas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Scarlett

—Aquí hay algo. —Scarlett giró el libro sobre su regazo para que Vivi pudiera leerlo también. Salieron de la casa a toda prisa y fueron directo a la biblioteca de Kappa. Si su enemigo en verdad era un demonio, entonces Scarlett tenía mucho que estudiar. Se suponía que los demonios eran una cosa del pasado, derrotados hacía mucho tiempo por brujas mucho más poderosas que ella. Cuando era pequeña, Eugenie solía leerle manuales del siglo XVIII para cazar demonios para asustarla. Salía corriendo de la habitación para buscar a Minnie, quien la dejaba dormir acurrucada a su lado. No había nada que quisiera más que volver a estar así—. Los demonios han asediado a las brujas desde hace siglos sin que exista algún motivo claro. —Scarlett señaló el primer párrafo que contenía la palabra «demonio».

Como siempre, a Scarlett le maravillaba la forma tan neutral en la que sus ancestros escribían de las cosas que las amenazaban. Las brujas que escribieron el texto se olvidaron de incluir una parte importante: cómo se sentía que las cazaran. Quizás eran más valientes que Scarlett y sus hermanas. O, quizás, el terror era demasiado común.

Vivi se acercó.

—Los demonios necesitan de un huésped para cruzar el velo y entrar al mundo humano —leyó—. Pueden apoderarse de cualquier forma por la fuerza, pero lo mejor es un cuerpo que se ofrece por voluntad propia es mejor… Un momento. —Vivi alzó la mirada, los ojos ensanchados—. ¿Esto significa lo que creo que significa?

Scarlett frunció aún más el ceño.

—Significa que el demonio es alguien en el campus, alguien que parece humano.

Vivi se mordió el labio.

—¿Cualquier persona? ¿Cómo podemos saber quién es?

Scarlett pasó las páginas del libro; luego revisó el índice. Ese párrafo era el único que mencionaba a los demonios.

—No lo sé. —Gruñó y recargó la cabeza en el sillón con la mirada hacia el techo—. Hasta donde sé, ni siquiera mi madre ha visto a uno, ninguna de las exalumnas lo ha hecho. —A su lado, Vivi jaló aire con fuerza. Scarlett la miró—. ¿Qué?

—Pues… —su hermana menor titubeó—. No te va a gustar.

Scarlett gruñó de nuevo.

—No me gusta *nada* de esto. ¿Qué es un poco más de malas noticias?

—Podríamos llamar a tu mamá.

Scarlett se enderezó en su asiento de inmediato.

—Vivi, te dije que…

—Ya sé, ya sé. Si vamos al concejo, van a perder la cabeza y nos van a imponer todo tipo de sanciones… Pero el semestre pasado, cuando pasó lo de Tiffany, ¿recuerdas cómo se comportó Marjorie? Mi mamá también. Querían ayudarnos.

—Entonces vamos a llamar a tu mamá —farfulló Scarlett.

Otra pausa, mientras Vivi lo pensaba.

—Podríamos intentarlo con Daphne, pero no estoy segura de que este sea su ámbito de competencia. Dejó Kappa antes de graduarse, ¿recuerdas? Pasó los últimos veintitantos años huyendo de la historia de las Ravens. No estoy segura de que sea el mejor recurso.

Scarlett exhaló muy despacio. Por más que le molestara aceptarlo, Vivi tenía algo de razón. No necesitaban involucrar a todo el concejo, solo a Marjorie.

La idea de confesarle a su madre lo mal que estaban las cosas le daba náuseas, pero, si tragarse su orgullo le ayudaría a proteger a Kappa y a sus hermanas, no tenía alternativa.

—Está bien —dijo al fin—. Pero voy a necesitar apoyo moral para esto.

Vivi le tomó la mano y se la apretó.

—No voy a ir a ningún lado, hermana mayor.

Marjorie respondió al primer repique del teléfono.

—Scarlett —dijo—. Espero que llames para darme buenas noticias, para variar.

Scarlett y Vivi intercambiaron muecas.

—No del todo. —Se aclaró la garganta—. Me preguntaba si podía pedirte más detalles sobre… el talismán de Henosis.

Si Scarlett había leído las hojas de forma correcta, el demonio fue liberado cuando destruyeron el talismán. Quizás, si sabían quién lo había creado y cómo, podrían volver a encerrar al demonio.

—Ya te dije todo lo que necesitas saber sobre ese objeto maldito el semestre pasado —estalló Marjorie—. ¿O acaso ya lo olvidaste?

—No, no. Lo sé. Poseyó a tu amiga e hizo que te atacara. Pero ¿sabes de dónde proviene? ¿Quién lo hizo?

—Pensé que habíamos dejado todas esas cosas desagradables atrás. Tienes cosas más importantes en qué pensar, Scarlett. Una presidenta no puede pasar todo el día sumida en los errores del pasado; necesita mirar hacia adelante, al futuro.

Vivi puso los ojos en blanco; Scarlett le dirigió una pequeña sonrisa de gratitud. Lidiar con la familia era más fácil al lado de una amiga.

—¿Hay algo que puedas decirme sobre el talismán o la Puerta al Hades…?

—¿Qué dijiste? —La voz de Marjorie se tornó de pronto grave y peligrosa.

—La Puerta al Hades. —Scarlett parpadeó—. La que se rumora que está en el campus de Westerly.

—No quiero que te acerques ni un poco a esa cosa, ¿me entiendes? Hay fuerzas en juego que son demasiado avanzadas para unas niñas universitarias.

El corazón se le detuvo un instante a Scarlett.

—Sabes dónde está. —Cerró los ojos. Recordó el mapa que vieron. Estaba en el medio del bosque, en algún punto de lo que ahora era el Pabellón Griego. Una terrible sospecha le vino a la cabeza, muy despacio —. ¿Está en la Casa de Kappa, Mamá? ¿Por eso tiene tanto poder la casa?

—¿Qué te acabo de decir? ¡Esto es absurdo! Te di una orden. Aléjate de ella.

Scarlett se encrespó. «Trágate el orgullo», se dijo. Había hecho la llamada por una razón.

—Mamá, esto es serio. Creo que hay algo que anda muy mal en el campus. Las Ravens están en problemas.

Una larga pausa. Marjorie resopló al fin.

—Scarlett, ya te dije todo lo que sé sobre esa funesta puerta. Pero, si gustas, puedo hablar con las Monarcas para solicitar su intervención. Eso conlleva una investigación a fondo del asunto, incluyendo tu reciente… amonestación. El concejo puede decidir que es necesario encontrar un reemplazo adecuado para tu posición de liderazgo en Kappa. ¿Es eso lo que quieres?

—No, señora —respondió Scarlett con una voz diminuta.

—Muy bien. —Colgó.

Vivi se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento. Eso fue… Caray.

Scarlett había creído que, tras el semestre anterior, su relación con Marjorie estaba en un lugar mejor, que, cuando menos, su madre la ayudaría si en verdad lo necesitaba. Pero Marjorie Winter lo había dejado muy claro: las Ravens estaban solas.

Apretó el teléfono.

—Bueno, por lo menos descubrimos algo. —Miró a Vivi—. Si conozco a mi madre, aunque sea un poco, la Puerta al Hades está en esta casa.

Debió haberlo sabido.

Vivi y ella estaban en la cima de las escaleras que llevaban al sótano, mirando hacia la oscuridad.

Tenía mucho sentido. La Casa de Kappa tenía tanto poder: las habitaciones que se encantaban solas para reflejar el gusto de quien entraba, las poderosas protecciones alrededor de la propiedad.

Además, Scarlett recordó el calentador y las olas de calor que sintió que despedía de la última vez que bajó a arreglar el agua. Los susurros que oyó, mucho más fuertes de lo que cualquier cantidad de agua atorada en las tuberías podría explicar…

Era la Puerta al Hades. En sus narices.

Otras exalumnas tenían que saberlo, pero ninguna se tomó la molestia de decírselo a las Kappas actuales. «Más secretos que vuelven para acecharnos, como siempre». Apretó los puños.

—¿Juntas? —preguntó Vivi. Casi mató a Scarlett del susto.

Mantuvo una expresión serena.

—Juntas.

Encendió la luz del sótano. Cobró vida y proyectó una pálida luz amarilla sobre la escalera.

Comenzaron a avanzar. Un paso, otro más. Con cada uno, la respiración se le aceleraba, y sus ojos se esforzaban por vislumbrar el sótano. Se preparó para las oleadas de calor y los susurros que oyeron la última vez.

De momento, todo parecía normal, mundano. El calentador de agua en un rincón, las lavadoras en desuso en otro. Salvo que recuperaran su magia pronto, Scarlett tenía el presentimiento de que tendrían que

aprender a lavar la ropa de verdad.

«Caray». Scarlett no había lavado ropa en… ¿toda su vida?

—Entonces… ¿vamos a hablar del asunto de que puede ser que alguien en el campus sea un demonio? —preguntó Vivi.

Scarlett vaciló en el último escalón.

—Veamos, pues. Si mal no recuerdo… y esto viene de los cuentos que oí cuando era niña, así que no sé qué tan correcto sea… a los demonios les encanta crear discordia y caos en donde sea que estén. Se alimentan de ello. Además, tienen magia, como las brujas. Así que aún pueden ser Xavier o Cait. ¿Alguien más?

Vivi la miró de reojo.

—¿*Cait*? ¿De verdad crees que un demonio haría un hechizo de amor?

Scarlett frunció el ceño.

—Tal vez no. Pero tiene más magia que antes. No podemos ignorar eso. Y todas las demás chicas de Theta se han comportado muy diferente este semestre —reflexionó Scarlett—. Está María, por supuesto. Tiene todo el tipo.

—No lo sé. Tim no deja de hablar sobre cómo María tiene un corazón de oro —dijo Vivi—. No me parece que un demonio se tomaría la molestia de ser una buena novia.

Scarlett ladeó la cabeza.

—Espera. ¿Qué no una de las otras chicas de Theta te vio hacer magia?

Vivi hizo una mueca.

—Rose. Es de primer año.

—Así que también es nueva en el campus. Sospechoso.

Su hermana menor parecía conflictuada.

—Pero parece ser linda. ¿Un demonio no sería… no sé… maligno?

—No si necesita atraer a la gente o algo así. —Scarlett comenzó a cruzar el sótano hacia el calentador.

Necesitaban descubrir qué era lo que quería el demonio, cuál era su meta en el campus. No podía ser solo robarse la magia de las Ravens y causar unas cuantas peleas. Debía de tener un objetivo…

Con cada paso que daba, el aire a su alrededor se hacía más caliente y espeso.

—¿Oyes eso? —preguntó Vivi de pronto.

En un principio, Scarlett creía oír el constante goteo de agua a la distancia, quizás una tubería con una pequeña fuga. «Plop, plop, plop».

Por instinto, dio un pequeño salto y miró hacia arriba, temerosa de

que otra tubería fuera a romperse y volver a bañarla con aguas negras, pero no escuchaba el mismo borboteo de la vez pasada. Y las luces seguían encendidas, un amarillo constante y horrendo.

—¿Debería llamar al plomero?

Vivi sacudió la cabeza.

—Eso no. El otro sonido.

Scarlett tuvo que contener la respiración —mantener todo el cuerpo inmóvil— para oírlo, pero lo oyó. Como el estruendo de una tormenta muy lejana. Una vibración grave, tan regular que parecía ruido blanco, parte del fondo de la escena. Pero, cuando comenzó a prestarle más atención… ¿se hacía más fuerte?

A su lado, Vivi jadeó y retrocedió de un brinco para alejarse del calentador.

—¿Qué?

—El calor —Vivi apuntó.

Scarlett lo distinguió: un resplandor en el aire entre su hermana menor y el calentador del agua. Como las ondas de calor sobre el pavimento en un día de verano. Estiró una mano. Los dedos se le calentaron. Luego, el calor subió de intensidad, tanto que era como si tocara una estufa. Alejó la mano con la cara torcida por el dolor.

—Deberíamos irnos.

En ese mismo instante, el suelo comenzó a pulsar.

Vivi gritó y la tomó del brazo. Scarlett estiró la mano, buscando su magia de Copas por instinto, pero, claro, ningún poder dentro de ella respondió.

El estruendo se hizo más fuerte, casi ensordecedor. Una machacante nota de bajo que podía sentir en el pecho, en los dedos, en la cabeza.

Con un crujido terrible, una profunda fisura se abrió en el piso del sótano entre ellas. Vivi trastabilló hacia atrás, pero Scarlett estaba demasiado cerca. Sintió que algo la tomaba de los tobillos y no le permitía moverse. Aulló y estiró la mano para asirse de algo, lo que fuera.

Vivi le tomó la muñeca y la jaló.

Scarlett miró hacia abajo y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho. Una espesa columna de humo se le enrollaba en las piernas, retorcida y bulbosa, casi como las raíces ennegrecidas de un árbol. Se movía, le subía por las pantorrillas y hacia los muslos; la apretaba cada vez más.

Se jaló hacia donde estaba Vivi, quien jalaba y gritaba entre los dientes apretados. Ambas intentaban alejarse con todas sus fuerzas. Scarlett sintió que algo cedía, que se rompía. Voló hacia su hermana

menor y ambas cayeron al piso

Cuando lo hicieron, la habitación… cambió.

El suelo era un fango espeso y negro, el techo estaba cubierto de ramas como la que había intentado estrangular a Scarlett. Raíces retorcidas y ramas infinitas en todas direcciones, como un bosque muerto. Y encima de todo, un cielo tan negro que Scarlett pensó que podría caer en él y perderse por siempre.

Cerró los ojos con fuerza. El suelo se estremeció una, dos veces.

Cuando volvió a abrirlos, se había ido. El sótano estaba de vuelta, Vivi seguía tendida debajo suyo, jadeando. Scarlett se puso de pie y le ayudó a levantarse. Juntas, voltearon.

Junto al calentador, una enorme grieta había aparecido en el piso de cemento. Mientras la miraban, una pequeña humareda escapó de entre ella, subió hacia el techo y se disipó.

Ambas chicas se miraron y corrieron hacia las escaleras.

No volvieron a hablar hasta que llegaron arriba, azotaron la puerta y la cerraron con seguro.

—¿Tú también lo viste? —preguntó Vivi al fin, recargada sobre la puerta, con la voz temblorosa—. ¿Las… las raíces y el cielo negro? — Scarlett solo consiguió asentir; tenía la garganta cerrada—. Ya lo había visto. —Vivi inhaló profundo—. En el Universitario Sediento, después de la pelea. Por un segundo, todo el bar pareció estar como en otro mundo, un mundo muerto.

Scarlett torció la boca.

—Tal vez *sí* era un mundo muerto, un mundo del otro lado del velo, el mundo que el demonio quiere crear.

Pensó en los susurros que escuchó, que parecían llamarla desde el más allá.

Vivi pasó saliva con trabajos.

—¿Qué hacemos ahora?

Scarlett cuadró los hombros. Hizo su mejor esfuerzo por poner una cara presidencial.

—¿Ahora? —Miró a su hermana menor—. Ahora encontramos al demonio. Tenemos tres posibles sospechosas en Theta y un chico misterioso… —Tuvo una idea—. Vivi, ¿qué opinarías de hacerte amiga de las chicas de Theta?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Vivi

Vivi hizo un esfuerzo consciente por beber su café con tranquilidad mientras Tim le contaba sobre la brutal sesión de entrenamiento de esa mañana. No había podido dejar de temblar desde que salieron del sótano, y habría dado cualquier cosa por tener en sus manos una taza del menjurje de Mei para los nervios, pero, en las veinticuatro horas que habían pasado desde que perdieron su magia, las hierbas de las Ravens se habían marchitado por completo. Vivi no estaba segura de si las Theta tenían algo que ver con el suceso de la magia, pero estaba más que dispuesta a averiguarlo. Había invitado a Rose a comer pastelillos en el pueblo, pero se verían hasta las cinco. Vivi estaba demasiado nerviosa y fuera de sí como para hacer algo productivo, mucho menos estudiar, así que le mandó un mensaje a Tim para invitarlo a tomar un café. Él llegó todo sudado después de su entrenamiento y agradeció el latte frappé de vainilla que Vivi le había ordenado.

Detrás del mostrador, un barista dejó caer una charola, y el estruendo hizo que Vivi se estremeciera y tirara parte de su café.

—¿Estás bien? —le preguntó Tim mientras la observaba con el ceño fruncido—. Te ves un poco nerviosa.

—Estoy bien —contestó Vivi y contuvo una risa amarga. Definitivamente no estaba bien, pero tratar de explicárselo a Tim solo empeoraría las cosas. Por primera vez desde su ingreso a Kappa, Vivi se preguntó cómo sería su vida si no la hubieran iniciado a ese mundo secreto de brujas y magia. Trató de imaginar un mundo en donde sus principales problemas fueran el desorden de su compañera de cuarto y las clases con profesores exigentes, y no demonios vengativos ni portales a otros reinos.

—¿Te desvelaste estudiando?

—Sí, algo por el estilo. —Necesitaba cambiar el tema.

Por fortuna, un hombre afroamericano de cabello cano y saco de tweed se acercó a su mesa en ese momento.

—¡Profesor Moore! —exclamó Tim y se levantó para estrecharle la mano—. ¿Cómo está?

—Bien, pero estaré mejor ahora que derroten a Athens Tech el fin de semana —contestó el profesor con una sonrisa—. ¿Cómo va esa línea defensiva?

—Es la mejor que hemos tenido en años.

—Me da gusto escucharlo. Les estaré echando porras.

Tim asintió.

—Gracias, señor.

Una vez que el maestro se fue, Vivi meneó la cabeza con incredulidad.

—Es la *tercera* persona que se te acerca desde que llegamos. ¿No te cansa tener que estar disponible todo el tiempo? Como si fueras una celebridad.

—A veces sí, supongo. Pero luego me acuerdo que cuando me gradué seré un don nadie, así que sería tonto quejarme ahorita.

—¿No planeas jugar a nivel profesional?

Tim se encogió de hombros.

—Hace mucho que un jugador de Westerly no llega a la NFL. Soy bueno, pero no soy uno de esos talentos únicos en la vida. Además, para ser sincero, creo que tampoco es lo que quiero. Creo que quizá sea hora de probar algo nuevo, ¿sabes? De hecho… —Hizo una pausa para darle un gran sorbo a su latte frappé—. De hecho, te envidio un poco por estar en primer año. Te queda mucho tiempo para experimentar cosas y descifrar qué quieres en realidad.

—Supongo.

Tim tenía razón… en teoría. Hasta el momento, la lucha contra brujas vengativas que conjuran magia maligna y la búsqueda de demonios no le había permitido tener mucho tiempo para experimentar con algo que no fuera defender su propia vida. Era agradable pensar que pudiera ser posible, que su vida en Westerly pudiera ser normal y ella pudiera enfocarse en cosas normales.

—Hablo en serio —insistió Tim—. Toma las clases más extrañas que encuentres.

—Ya estoy tomando una de historia que se llama «Dios y el diablo en la América colonial». Y ahorita estamos leyendo recuentos de

exorcismos del siglo XVII. De hecho, es bastante interesante…

—Perdón —la interrumpió Tim, mirando el celular—. Se me está haciendo tarde. ¿A qué hora dijiste que verías a Rose?

—A las cinco. Supongo que debería irme yendo. —Vivi hizo una pausa—. ¿Crees que es raro… pasar tiempo con alguien de otra sororidad?

—¡Para nada! Me da gusto que te des la oportunidad de conocerlas. Y también me emociona que pases más tiempo con María. —Tim sonrió —. Creo que te sorprenderá lo bien que se van a llevar.

Cuando Vivi llegó a la pastelería, estaba anocheciendo, las luces cálidas de los aparadores le daban a la tienda un brillo acogedor. Vio a Rose sentada en una de las mesas interiores, escribiendo algo en su teléfono y agitando el pie, aunque era imposible saber si lo hacía por nervios o por exceso de energía.

Curiosamente, había sido muy sencillo preparar el terreno para que Rose aceptara ir por un café. Bastó con que Vivi y Scarlett fingieran pelearse a gritos en el comedor universitario. Luego de eso, Vivi salió indignada y pasó junto a la mesa de las chicas de Theta, quienes estaban boquiabiertas. Después de que María lo sugiriera, Rose se levantó de un brinco para ir tras Vivi y preguntarle si todo estaba bien. «Me gustaría pedirte consejo sobre algo», contestó Vivi.

En la pastelería, ordenaron panqués y conversaron de trivialidades mientras esperaban que les llevaran su orden. A pesar de su recelo, Vivi descubrió que era muy agradable hablar con Rose sobre posibles profesiones, las clases que les gustaban (historia del arte) y las que detestaban (estadística). Aun así, no perdió de vista su misión y, aunque nunca había creído ser buena actriz, esa noche actuó como las grandes.

—Es que no es justo —dijo Vivi y suspiró una vez que empezaron a hablar de su hermana mayor—. Scarlett me presiona *demasiado*. Apenas estoy en primer año, ¿sabes? Y tengo otras cosas que hacer. ¿Por qué no lo entiende?

Rose asintió con gesto empático y alzó su taza, que contenía un chai latte muy aromático y dulce.

—Bueno, pero ¿qué más?

Vivi se sintió un poco culpable de aprovecharse de Rose de esa manera. Por otro lado, si Rose había hurtado la magia de las Kappa, Vivi no se sentiría mal por usar *cualquier* recurso que fuera necesario con tal de recuperarla.

—Eh… —Vivi titubeó, sin saber qué tanto sincerarse—. Mi novio y yo terminamos hace poco…

—¡Ay, no! ¡Pobrecita! —Rose le tomó la mano por encima de la mesa.

La dulzura de su voz bastó para abatir las defensas de Vivi. Aunque había mencionado el truene para crear un lazo, una especie de conexión con Rose, el dolor era tan intenso y fresco que Vivi no podía seguirlo conteniendo. Bastaba un empujoncito para que se desatara otra oleada de dolor aplastante.

Parpadeó unas cuantas veces para tratar de recobrar la compostura. No era un buen momento para derrumbarse.

—En fin, quisiera que Scarlett entendiera cómo me siento. —Le mortificaba sentir que la garganta se le estuviera cerrando y que eso le dificultara seguir hablando.

—¿No hay nadie más en Kappa con quien puedas hablar? —le preguntó Rose.

Vivi negó con la cabeza.

—Nadie me inspira esa confianza. —Al enunciar esa mentira, sintió de inmediato que estaba traicionando a sus maravillosas hermanas, las cuales estaban dispuestas a dejar todo de lado si Vivi las necesitaba. Aun así, las Kappa tenían un problema más grave en ese momento. Scarlett había convocado una reunión grupal esa noche para informarles a las demás lo del demonio que se escapó por la Puerta del Hades.

Por si fuera poco, Vivi no sabía aún qué hacer con lo del grimorio. *Apenas* había empezado a entender los hechizos para hacer magia que funcionara incluso sin apoyarse en la fuerza de sus hermanas. Al practicarla, había logrado sentirse segura de nuevo. Scarlett le había prohibido usar el grimorio, pero Vivi consideraba que quizá ahí estaba la clave para recuperar su magia.

—Lamento que estés pasando por eso. —Rose frunció el ceño un instante y luego esbozó una enorme sonrisa, como el sol que atraviesa el cielo nublado—. Se me ocurre una idea que podría animarte. ¿Te interesaría?

Vivi ladeó la cabeza.

—¿Qué es?

—Bueno… —Rose se inclinó hacia el frente y se apoyó en los codos. Su entusiasmo era contagioso, a pesar del estado de ánimo de Vivi—. Theta lleva *semanas* planeando la reunión mixta Delta/Theta. Será la mejor fiesta del año. ¿Por qué no vienes? Digo, si es que las Kappa tienen permitido ir a fiestas de otras sororidades.

Vivi titubeó. Scarlett quería que se infiltrara en la sororidad rival y descubriera todos sus secretos. También le advirtió a Vivi incontables veces que tuviera cuidado. Ya no podía usar su magia, y se sentía impotente y expuesta sin ella. Aunque encontrara al demonio, no tenían un plan para derrotarlo.

Sintió una opresión en el pecho, la que solía sentir cuando algo le recordaba el episodio con Tiffany y la navaja en el bosque.

Esa fiesta de Theta podría ser la oportunidad perfecta para enterarse de qué se traían entre manos, pero también podía ser muy peligroso.

Al percibir su vacilación, Rose agitó una mano para restarle importancia.

—Si no puedes, no te preocupes. Tal vez no debí sugerirlo. Tienen tantas reglas en Kappa que no sé cómo le hacen. La gente cree que nosotras somos las superintensas. —Se rio de nuevo, pero era una risa nerviosa.

—¿Bromeas? —Vivi esbozó una enorme sonrisa que inicialmente fue fingida, pero, conforme pasaron los segundos, se sentía más genuina—. Me encantaría ir. Creo que es justo lo que necesito: un descanso de la vida real.

«Y la oportunidad de averiguar si tus hermanas y tú son quienes sospechamos que son».

Rose se entusiasmó de nuevo. A diferencia de Vivi, su sonrisa parecía más honesta, como si la respuesta de Vivi hubiera sido una sorpresa agradable.

—¡Ay! ¡Qué bien! ¡Va a ser lo máximo!

Una parte de Vivi deseó que Rose fuera inocente, pues parecía el tipo de chica que podría ser su amiga en otro contexto y no alguien que uniría fuerzas con un demonio ancestral para causar estragos y robar la magia de las Kappa.

Por otro lado, si Rose estaba involucrada, podría estar usando magia influyente en ese instante para agradarle a Vivi y que confiara en ella.

Una silueta familiar se dibujó en el umbral de la pastelería, Vivi sintió como si otra vez le arrancaran el corazón del cuerpo. Era Mason; estaba buscando una mesa vacía. Del hombro le colgaba su portafolio de cuero, del cual asomaban papeles, como de costumbre. Pero era la única parte normal de su apariencia. Aunque acostumbraba rasurarse al ras, ahora traía una barba de tres días. Y tenía unas ligeras ojeras. Lo más inusual, sin embargo, era su postura; Mason siempre desbordaba confianza y energía, sin importar las circunstancias ni cuántos libros llevara a cuestas. Esta vez, en cambio, traía los hombros caídos y, mientras

avanzaba un poco para buscar otras opciones de asiento, a Vivi le pareció que sus movimientos eran lentos y dificultosos, como si estuviera cargando un peso invisible.

Vivi se paralizó, pues por un lado deseaba agacharse y esconderse, y, por otro, ansiaba levantarse de un brinco y correr a abrazarlo. En ese momento, Mason la vio, se paralizó, y su expresión reflejó su dolor. Vivi no podía hacer nada para sanarlo; mucho menos porque ese dolor lo había causado ella.

—¿Estás bien? —preguntó Rose y la observó con curiosidad—. Como que te perdí por un segundo.

—¡Estoy perfecta! —contestó Vivi con una alegría exagerada e hizo el esfuerzo de concentrarse en Rose—. Entonces, ¿a qué hora es la fiesta?

A Rose se le iluminó la cara de nuevo.

—Mañana a las nueve de la noche. Pero todo el mundo llegará al menos media hora tarde, así que no llegues a tiempo.

Perfecto. Habría dado lo que fuera por poder conjurar un hechizo que le permitiera asomarse a la mente de Rose y ver lo que estaba tramando en realidad.

«Cómo extraño la magia, caray».

Era sofocante, como si te amputaran una extremidad. Si ir a la fiesta de Theta la acercaría a recuperar su magia… entonces no había alternativa.

—¡Genial! —dijo, pero sintió una punzadita de culpa al ver que Rose bailaba de emoción en su lugar—. ¿Cuál es el código de vestimenta?

Rose agitó una mano.

—No hay código de vestimenta. Ya no queremos tratar de ser como Kappa. Eso es lo que quieres, ¿no? Algo diferente.

Por un instante, Vivi creyó *oler* magia entre ellas, como un sutil perfume. Contuvo el aliento, y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se crisparon. Iba por buen camino. Estaba convencida de que Rose tenía algo que ver con la pérdida de su magia.

Y Vivi haría hasta lo imposible para confirmarlo.

—¡Perfecto! —Sonrió e ignoró el vuelco en el estómago que sintió al pensar en sus hermanas—. Algo diferente es justo lo que quiero.

Rose se distrajo un momento viendo el celular que tenía en el regazo, y Vivi aprovechó la oportunidad para buscar a Mason, pero ya se había ido.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Scarlett

Cuando Scarlett entró al salón de la casa de las Kappa, esperaba encontrar la habitación llena de chicas llorando por su magia perdida. En vez de eso, encontró a Jackson.

Se pasó una mano por el cabello. Sentía que era un desastre, pero no podía hacer nada al respecto. Pero no le importaba; Jackson estaba ahí.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Jackson no dijo nada. La jaló hacia sí y puso los labios sobre los de ella.

Scarlett se dejó fundirse en el beso. Jackson estaba de vuelta. El hechizo se había roto.

Pero algo no estaba bien. El beso era rígido en vez de suave. Sus labios estaban fríos. Se separó de él; Jackson comenzó a reírse.

La cara se le empezó a derretir; su hermosa piel oscura dio paso a sangre y un cráneo.

La piel volvió a aparecer. Era más pálida. Sus facciones se transformaron en las de Xavier.

—Tenía que comprobarlo… Nada más que una niñita indefensa. No eres nada especial sin tu magia.

La cara se le siguió derritiendo; la boca se le abrió en un ángulo imposible. La piel se le separaba de los huesos.

Scarlett despertó con un grito. El pecho le tiraba todo el cuerpo. Se sentó en la cama, bañada en sudor. Su habitación volvió a aparecer a la vista; sus sábanas estaban empapadas. «Fue solo una pesadilla». Del otro lado de la recámara, sus cortinas bailaban con una leve brisa donde había dejado la puerta del balcón entreabierta para combatir la tarde húmeda.

Había pensado que una siesta la haría sentir mejor, pero hizo justo lo contrario.

Le trajo recuerdos de aquella cosa que la atrapó en el sótano, la grieta en el piso que se sacudía como si el mundo entero estuviera a punto de descoserse.

Scarlett siempre había pensado que entendía cómo funcionaba el mundo, así como su lugar en él. Ella era una bruja. Existía la magia. Y ella era una de los pocos elegidos con el poder para manejarlo.

Pero esto…

Demonios. Portales a otros reinos… Eso parecía estar más allá de sus habilidades, aun cuando tenía todos sus poderes. Mucho menos en ese momento, cuando era tan inútil como una persona cualquiera elegida al azar de entre una multitud.

No tenía nada. No tenía magia. No tenía defensas. No tenía poder.

Se miró las palmas de las manos vacías. Tenía el esmalte de las uñas picado en varios puntos. Una franja le recorría la uña del pulgar, y tenía las cutículas ensangrentadas y hechas pedazos. Un hábito terrible que procuraba evitar, un hábito que debió haber retomado mientras dormía. Y ni siquiera podía esconder la evidencia con un encantamiento.

Abajo, había una casa llena de chicas normales, como ella. Y más abajo aún, un pasaje al infierno. Vaya presidenta. ¿Cómo iba a sacarlas de eso?

La inquietud que se le había asentado en la boca del estómago comenzó a treparle hasta la garganta y pudo sentir la bilis en la lengua. «No puedo hacerlo».

No sabía cómo remediarlo. No sabía cómo encontrar a un demonio, mucho menos cómo derrotarlo.

Pero sí sabía algo: les debía la verdad a sus hermanas.

«Recordatorio de reunión de la casa», escribió en el mensaje grupal de Kappa. «Abajo en quince minutos».

Bajó de la cama para comenzar a prepararse. Le costaba mucho más trabajo en esos días. Ansiaba tener siquiera una pizca de sus viejas habilidades. Un hechizo para quitarse las bolsas debajo de los ojos, cuando menos.

En cambio, tuvo que batallar con sus pesadillas a la antigua: con una fuerte dosis de corrector.

Cuando bajó las escaleras, el resto de la casa estaba esperándola ya.

El silencio se posó sobre la sala común en cuanto Scarlett entró.

Caminó hasta un asiento vacío a un lado de Mei. Del otro lado de la habitación Reagan y Sonali compartían un diván, con Ariana a sus pies.

Etta estaba recargada en el marco de la puerta, con tazas humeantes en las manos; Juliet y Jess estaban tendidas en el piso; Bailey estaba sentada cerca de Hazel, quien le trenzaba el cabello. Scarlett notó que Vivi no estaba en la habitación… debía seguir con Rose.

—Gracias a todas por venir. —Miró alrededor de la habitación. Las expresiones de sus hermanas iban desde el cansancio hasta, en el caso de Reagan, la furia. A Hazel la sorprendió con una mirada tan feroz como la de Reagan. Alejó la mirada. «Tienen todo el derecho de estar enojadas. Les fallé», pero encontraría la manera de remediarlo—. Las llamé porque Vivi y yo descubrimos algo bastante… perturbador. Y ustedes tienen derecho a saberlo también. —Mei le tomó la mano. Scarlett se la apretó de vuelta, agradecida—. En primer lugar… supongo que algunas de ustedes han oído hablar de la Puerta al Hades.

Las chicas intercambiaron miradas nerviosas.

—Creí que era un rumor —intervino Reagan.

—Yo también. —Scarlett tensó la boca—. Hasta que Vivi y yo la encontramos en el sótano.

—Momento. —Jess se sentó—. Mi madre me habría dicho algo si fuera real, y más si estuviera en esta casa.

—Exacto —murmuró Sonali, quien miraba al piso como si pudiera ver a través de él hacia el portal que estaba debajo.

—No están solas —suspiró Scarlett—. No sé si todas las exalumnas saben sobre la Puerta al Hades, pero parece que al menos las fundadoras sí lo sabían. Por eso construyeron la casa aquí y, por alguna razón, se guardaron el secreto.

—¿Y ustedes se encontraron, así como así, con algo que ha estado oculto desde que se fundó la sororidad? —Reagan se mofó.

—Eso no fue lo que dije. —Scarlett se resistió al impulso de contraatacar. Respiró profundo—. Hay más: el portal se está debilitando. Alguien en el campus intenta abrirlo.

—¿Quién haría algo así? —preguntó Jess—. Cualquier bruja que use su baraja de tarot sabría que abrir el portal destruiría todo el campus de Westerly.

—Quizás la ciudad entera —añadió Juliet.

—Eso me lleva a nuestro segundo descubrimiento. —Jugó con una de sus cutículas de forma casi inconsciente—. El semestre pasado, cuando destruimos el talismán de Henosis, liberamos… algo, un demonio.

Un par de las chicas mayores resollaron. Scarlett vio que Juliet le pasó a un brazo por los hombros a Jess en un gesto protector. Otras tantas asentían, como si eso explicara las cosas.

—He notado varias cosas extrañas en el campus —murmuró Mei—. Algunas de las personas más lindas que conozco peleando entre ellas…

—El incendio. —La expresión de Etta se tornó oscura—. El incendio en mis arbustos. Si el demonio quiere llegar a la puerta, necesita destruir todas las defensas de Kappa primero.

Scarlett asintió.

—Y asegurarse de que las Ravens perdiéramos nuestra magia fue un primer paso ingenioso.

Reagan cuadró los hombros.

—¿Cuál es el plan, entonces? ¿Cómo lo detenemos?

Scarlett titubeó. Esa era la parte que no quería admitir. Pero una buena líder ponía a su gente por delante de su orgullo, ¿no?

—No… no tengo un plan todavía.

Reagan sacudió la cabeza.

—No, claro que no.

—¿Tienes idea de quién puede ser? —preguntó Bailey.

—Tenemos una lista de sospechosos. Pero seguimos sin saber cómo recuperar nuestro poder para derrotar al demonio cuando lo encontremos —confesó Scarlett—. Lo que ustedes han investigado sobre cómo recuperar la magia perdida…

—Leer libros de historia no va a servir de un carajo —la interrumpió Reagan—. Tenemos que hacer algo.

Scarlett extendió las manos.

—Si tienes alguna sugerencia, me encantaría escucharla.

—¿No tienes ninguna idea? —Sonali se inclinó hacia el frente, los rizos oscuros, que siempre perfectos, le colgaban como mechones muertos.

—Tal vez un hechizo conjurado por toda la casa —dijo Juliet.

—¿Con qué magia? —masculló Hazel.

Bailey levantó la mano, como si estuviera en un salón de clases. Scarlett asintió.

—¿Ya podemos pedirles ayuda a las exalumnas?

El rechazo de Marjorie le rebotó en la cabeza a Scarlett otra vez.

—Hablé con mi madre. No… salió muy bien. Marjorie dijo que teníamos que resolverlo solas.

—Espera. —Reagan se enderezó en su asiento—. Nos dijiste a todas que guardáramos silencio, nos ordenaste no hablar con nuestras madres, ¿y tú vas y haces lo que quieres? Típico.

—Nunca les *ordené*…

Pero Reagan ya había comenzado a ponerse de pie, con una mano

sobre el hombro de Sonali.

—Suficiente. Estoy harta. Me uní a Kappa para aprender de ustedes, para mejorar y fortalecer mi magia. Pero si vamos a acobardarnos y dejarnos morir, me voy.

Scarlett la miró fijamente.

—No puedes estar hablando en serio.

Reagan se cruzó de brazos.

—Si esta sororidad no puede darnos lo que necesitamos, hay otras opciones en el campus.

Scarlett soltó una risotada.

—¿Crees que alguna de las otras sororidades puede ayudarte con *esto*? Somos el único aquelarre del campus…

—*Éramos* un aquelarre —la corrigió Reagan—. Ahora, gracias a ti, no sé qué somos.

Sus palabras calaron hondo, quizá porque eran las mismas que Scarlett había tenido en la cabeza durante días.

Se puso de pie, los puños apretados.

—Si no te gusta cómo hago las cosas, Reagan, no hay problema. Sabes dónde está la puerta. No has hecho más que discutir conmigo y menoscabarme todo el semestre…

—No tendría que hacerlo si tuvieras un plan —se entrometió Etta. Eso le drenó toda la furia a Scarlett. Los hombros se le cayeron. No Etta. Era una chica de último año, una de las personas a quienes Scarlett había admirado desde que llegó a Kappa. Era casi como una segunda hermana mayor para ella. Scarlett siempre tuvo la sensación de que Etta nunca se sintió valorada en la jerarquía de Kappa. A pesar de que Dahlia dependía de ella por sus habilidades con las pociones, en la cima solo había lugar para Dahlia. Scarlett quiso cambiarlo, pero tenía un nudo en el estómago que le decía que había fracasado a lo grande en el intento—. Lo siento. —Etta levantó la barbilla—. Pero Reagan tiene razón. Las cosas han cambiado. Aun con nuestra magia, esta sería una situación insostenible. ¿Sin ella? —Meneó la cabeza—. *Tenemos* que recuperar nuestra magia, y no estoy segura de que tú seas la persona que nos ayudará a hacerlo.

No te vayas. Quería decirlo, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Se sentía desinflada, como si le hubieran sacado todo el aire de los pulmones con magia.

Reagan le asintió a Etta. Luego miró a Sonali.

—¿Alguien más?

Sonali lo meditó un segundo y luego, para alivio de Scarlett, negó con la cabeza. Pero el alivio no duró mucho. Scarlett miró con un horror

creciente cómo Bailey y Hazel se ponían de pie también y seguían a Reagan por el pasillo.

Hasta donde Scarlett sabía, nunca había ocurrido algo así en Kappa. Las Ravens no *dejaban* su sororidad. La gente estaba desesperada por entrar a la casa, no por salir de ella.

—Buena suerte —le dijo a Scarlett Etta, la última en salir—. Tengo el presentimiento de que la vas a necesitar.

Y, con eso, se fue.

Scarlett les miró las espaldas hasta que la puerta se azotó. No fue sino hasta entonces que miró a las demás. Ninguna la había defendido.

Se dejó caer en su asiento y se llevó las manos a la cabeza.

—Si alguien más se quiere ir, no las voy a culpar —dijo, con la voz amortiguada por sus manos.

Mei le tocó la espalda.

—De ninguna manera. Yo me quedo.

Jess y Juliet intercambiaron miradas de reojo.

—Nosotras también —dijo Jess. Luego, con más firmeza—: Pero sí tienen un punto. Solo… —Miró a su novia de nuevo—. ¿Estás segura de que podemos resolverlo?

Scarlett miró a su alrededor. Sentía que acababa de perder a la mitad de sus hermanas en cosa de un par de minutos. Era otra pesadilla, una de la que no podía despertar. Tenía la boca seca. Apretó las manos, una contra otra, para hacer que dejaran de temblar. «Eres Scarlett Winter. Compórtate como Scarlett Winter». Alzó la cabeza y habló con la voz tan firme como pudo. Los hombros rectos.

—Tenemos que hacerlo. Lo sepan o no, todo Westerly está en peligro. Si no lo detenemos, nadie más va a hacerlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Vivi

Cuando Vivi llegó arrastrándose a los escalones de la casa de las Kappa, lo único que quería era hacerse bolita en su cama y tomar la siesta más larga de la historia. Entre la perturbadora visita a la Finca del Sauce Solitario, la escalofriante exploración del sótano y su actuación en la pastelería con Rose, Vivi estaba más cansada que nunca en la vida. Se detuvo en la puerta de entrada, esperando que la reconociera y se abriera como de costumbre, pero no ocurrió. Era de esperarse: la magia se había esfumado de la casa de las Kappa tanto como se había esfumado de la sangre de las Ravens. Vivi suspiró, buscó sus llaves y, de forma vacilante, abrió la puerta.

Tan pronto entró, supo que algo andaba muy mal. Era como entrar a una tumba; entre las plantas marchitas y el polvo que se había acumulado de forma inexplicable en todas las superficies, la casa exudaba un aire de descuido sombrío. Vivi se asomó al salón, donde por lo regular encontraría cuando menos a dos de sus hermanas echadas en los sofás, estudiando, charlando o practicando magia. Pero esa noche no había nadie.

Fue entonces a la cocina, donde encontró a Mei sentada en el mismo lugar en el que la había visto esa misma mañana, aunque con un atuendo distinto.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Dónde están las demás?

—No sé ni por dónde empezar —contestó Mei con una voz inexpresiva que Vivi no reconoció.

—Yo sí —dijo Sonali y se frotó los ojos mientras entraba a la cocina —. Está claro que Scarlett no tiene un plan para lidiar con lo del demonio, y, cuando se lo hicieron notar, se puso a la defensiva. Así que algunas se

fueron.

—¿Cómo que se fueron? —preguntó Vivi.

—Reagan declaró que estaba harta de que la mangoneara una bruja fallida y que ya no iba a aguantar más. Se fue, y Bailey, Hazel y Etta se fueron con ella.

—¿Se fueron a dar una vuelta o algo así?

Mei negó con la cabeza.

—No. Dijeron que ya no querían ser parte de Kappa.

—*¿Qué?* —dijo Vivi, mirando a una y luego a la otra con absoluta incredulidad—. Eso no tiene ningún sentido. Si tanto les molesta haber perdido su magia, ¿qué caso tiene abandonar el aquelarre? Es como si no quisieran recuperarla.

Mei se encogió de hombros y revolvió su té sin ganas.

—Sé que es una reacción muy extrema, pero están asustadas y frustradas. Igual que las demás.

Vivi se puso roja de indignación. Las Kappa no sabían lo que Scarlett estaba haciendo por ellas. Literalmente estaba moviendo cielo y tierra para recobrar su magia. ¿Cómo se atrevían Reagan y las demás a abandonarla tan pronto? Su deslealtad era alarmante.

—Apenas pasaron como… veinticuatro horas —dijo Vivi—. ¿Cómo es posible que ya se hayan dado por vencidas? ¡No tiene sentido! ¿De qué nos va a servir *eso* para recuperar nuestra magia? ¿Ya no quieren ser brujas o qué?

Sonali se encogió de hombros.

—Tal vez vayan a hacer su propio aquelarre. Mira, no estoy diciendo que esté de acuerdo con ellas, pero hay que reconocer que Scarlett no inspira mucha confianza en este momento. Dice que está haciendo algo al respecto, pero no quiere decirnos qué. Así que o está *mintiendo* o no confía en nosotras. Más que presidenta, parece una tirana.

—Sé lo que parece —dijo Vivi y se frotó las sienes—. Pero tenemos que seguir haciendo lo que nos toca, seguir investigando magia que pueda ayudarnos. Hay muchísima información en esta casa, en nuestra biblioteca. ¡Encontraremos la respuesta en algún lugar!

Sonali se le quedó viendo largo rato con expresión suspicaz.

—Pues ven entonces a la biblioteca a ayudarnos. Estamos buscando antecedentes históricos de pérdidas de magia similares.

—Las alcanzo en unos minutos —dijo Vivi—. Primero necesito darme una ducha.

Salió deprisa de la cocina y subió corriendo las escaleras, impulsada por una fuerza más poderosa que el agotamiento demoledor. Sus dedos

llevaban todo el día ansiando tocar el grimorio, y ahora las ansias eran incontrolables. Intuía que ahí estaba la respuesta que buscaban, pues contenía respuestas para casi cualquier otra cosa.

Vivi abrió la puerta y encendió la luz. Al ver la escena, retrocedió, desconcertada. Se había ido hacía apenas unas horas, pero el cuarto parecía que llevaba años abandonado. La ventana estaba cubierta por completo de telarañas que bloqueaban la entrada de luz, y el escritorio y la cajonera estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo. Con el pulso acelerado, se acercó al florero que tenía las flores que había cortado el día anterior y acarició los pétalos marchitos que, al entrar en contacto con su piel, se pulverizaron.

Los encantamientos que mantenían limpia y hermosa la casa de las Kappa no se habían desvanecido cuando las Ravens perdieron su magia.

Se habían podrido.

Vivi recorrió su cuarto como autómata. Era descorazonador haber perdido su santuario, el primer cuarto que había considerado un verdadero hogar. Agarró su cepillo, pero se sobresaltó y lo aventó al ver que algo se movía entre las cerdas. Ver su habitación así era como entrar a su propia tumba, en donde bien podría haber encontrado su cuerpo momificado en la mecedora.

Desempolvó la baraja de tarot que había dejado sobre la cajonera. Ahora era una simple baraja. Cuando recién llegó a Kappa, le había parecido muy misteriosa e intrigante. Era como tener la clave de la magia en la punta de los dedos.

También había aprendido que había magia más eficaz que esa, hechizos que no requerían versos ni cartas de tarot ni hierbas. Solo fuerza de voluntad.

Y sangre.

Sintió un hormigueo en la punta de los dedos y por un instante creyó volver a percibir el aroma que sintió en compañía de Rose.

Alzó el colchón, del cual salió una nube de polvo que le explotó en la cara. Tomó entonces el grimorio y lo abrió con desesperación en una página aleatoria. No importaba cuál fuera el hechizo; solo necesitaba saber si su magia seguía funcionando.

Pero luego recordó una de las secciones que había leído hacía poco, y las voces frenéticas que hostigaban su mente exhausta guardaron un divino silencio, mientras que un pensamiento tintineaba con absoluta claridad, como una campanita en una apacible mañana de invierno. La inundó una calma profunda, y con detenimiento pasó las páginas hasta encontrar la ilustración de un espejo de mano.

«En ocasiones perdemos tiempo y energía preciados en busca de respuestas que yacen en nuestro interior. No hay mayor verdad que la magia que busca fluir a través de una bruja poderosa. Pero primero debemos eliminar los obstáculos que nos separan del conocimiento. Debemos atravesar el miedo, despellejar la duda y drenar la arrogancia que nubla la verdadera sabiduría. La magia flota en el aire, pero necesitamos abrirle la puerta».

«La magia… en el aire». Crujía al alcance de su mano, tan cerca que casi podía saborearla. Vivi tomó la daga plateada de su escritorio. En realidad, era un adorno, un símbolo de la magia de Espadas. Pero la punta plateada resplandecía y la llamaba por su nombre.

El grimorio las salvaría. Era la clave para recobrar su magia, su poder.

Vivi agarró la daga con más fuerza. El mango se amoldaba perfectamente bien a la palma de su mano. Era agradable sostenerla. La sensación de desamparo, de impotencia, se disipó un poco cuando se aferró a ella.

El aroma se intensificó; un penetrante olor a hierbas en la punta de su nariz. El aire a su alrededor parecía crepitar y palpitar. Si abría la boca, podría *saborear* el poder.

Sin siquiera pensarlo, Vivi dibujó una larga línea en la parte interna de su brazo con la punta de la daga.

El ardor y la sangre que brotaba la dejaron sin aliento. Soltó la navaja, alzó las manos temblorosas, con los dedos bien estirados, e ignoró la sangre que le resbalaba por el brazo, se detenía un instante en la punta de su codo y caía a gotas en la alfombra de su cuarto.

«Muéstrame lo que quiero ver», pensó. O quizá lo dijo en voz alta. No estaba segura. El cuarto parecía una realidad a medias o una media ilusión. Era como si pudiera estirar un brazo, agarrar la tela del mundo con una mano y desgarrarla de golpe.

Como si el mundo fuera un velo, tan delgado como una hoja de papel. Ella podía destruirlo si quería.

«Sí». Al principio, los susurros eran sutiles. Un murmullo acallado. Los árboles rasgaban la ventana por fuera, tal vez. O tal vez un papel se arrugaba dentro del cuarto.

Luego se volvieron más audibles. Cercanos. Parecían venir del espejo.

Despacio, Vivi volteó a ver el espejo encima de la cajonera. Estaba tan polvoriento que apenas logró reconocer su reflejo. Esta Vivi traía

puesto un vestido blanco que revoloteaba alrededor de sus tobillos. En la cabeza traía una corona dorada y pesada. Parecía una diosa, una estatua griega sacada de un mito.

—El mundo está muriendo —dijo, y su voz era la de Vivi y al mismo tiempo no. Era de alguien más, *algo* más que hablaba a través de ella—. Pero no tendrías que perecer con él.

La anti-Vivi juntó las palmas, Vivi sintió una oleada de magia, un poder tan fuerte que casi la tumba. La anti-Vivi conjuró una escena hermosa: una casa en lo alto de una cima que daba al mar. En el pórtico de la casa, Mason; el sol hacía resplandecer su piel dorada. Se cubrió los ojos del sol. Llamó a Vivi.

La anti-Vivi dio un paso al frente y lo abrazó de la cintura. Mason sonrió; era su habitual sonrisa, sus hoyuelos, esos que Vivi no había visto en varias semanas. Se inclinó para besar a la anti-Vivi, pero la chica desvió la mirada y volteó a ver a Vivi. Los árboles a su alrededor se agitaron y se retorcieron de formas antinaturales. Las ramas parecían brazos que querían agarrar algo. El siseo se volvió cada vez más intenso, hasta ser un rugido ensordecedor.

Vivi cayó sobre la alfombra, sin aliento. Su cuarto había vuelto a la normalidad, salvo por las horribles manchas rojas de sangre fresca a su lado.

—¡Mierda! —exclamó e hizo la daga a un lado con furia. ¿Qué *carajos* fue eso?

Al menos hubo magia. La sintió. La saboreó. Tal vez podía volver a intentarlo, usar la magia del grimorio en otro lugar, lejos de la Puerta del Hades, y entonces…

Alguien tocó la puerta de su habitación.

—¿Vivi?

Era Scarlett.

Se levantó de prisa y pateó la daga sangrienta para esconderla bajo la cama. Agarró una sábana para tapar la mancha de sangre del piso y corrió al baño.

—¡Un minuto! —gritó, abrió el grifo y se frotó la herida.

—¿Estás bien?

Al dar media vuelta, encontró a Scarlett en su habitación, viéndola con cara de angustia.

—Sí, bien —contestó Vivi entre jadeos—. Nada más quería quitarme este maldito polvo de las manos. ¿Tu cuarto también está así?

—Creo que no tan mal como el tuyo —dijo Scarlett—. Puedo ayudarte a limpiar, si quieres.

—Ya tuviste demasiado por hoy. No puedo creer que Reagan y las demás se hayan ido.

—Nada de esto habría pasado si Dahlia estuviera aquí. —Scarlett se cubrió la cara con las manos. Al parecer, intentaba contener las lágrimas —. ¿Qué pasará si *nunca* recobramos nuestra magia? ¿Qué va a pasar si Kappa desaparece por mi culpa?

—Apenas pasó *un* día, y ya tenemos un montón de pistas. Lo vamos a resolver. ¡Te lo prometo! —Vivi le compartió la conversación con Rose y le contó que la habían invitado a la fiesta de Theta—. Estaré atenta a cualquier cosa fuera de lo común, pero empiezo a pensar que Rose no es la principal sospechosa. ¿Crees que debamos investigar a alguien más? ¿Tal vez a tu amigo Xavier?

Scarlett alzó la cara. Su expresión era inescrutable.

—No creo… eh… o sea, sí, tienes razón. Veré qué puedo averiguar.

—Hemos estado en problemas peores —Vivi le dio un empujoncito en un pie con la punta del zapato—. Somos Kappa y podemos con todo —dijo.

Ni ella lo creyó.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Scarlett

«Xavier». A la mañana siguiente, Scarlett se puso una capa más gruesa de maquillaje y ropa de diseñador. Si iba a acosar a Xavier, quería asegurarse de tener a la mano todas las armas que aún le quedaban.

Asumía que los demonios se dejaban seducir por mujeres con vestidos ajustados, igual que los chicos universitarios. Si no, pues… nunca estaba de más verse bien.

Mientras se alistaba, buscó más información sobre Xavier en internet. Lo único que encontró fueron un par de cuentas en redes sociales, casi sin actividad, y una sola fotografía de él en Nueva York, etiquetado con unos cuantos amigos. Scarlett no reconocía a ninguno.

¿Qué persona de su edad publicaba tan poco en sus redes?

Tampoco encontró referencias suyas en Vanderbilt, lo que le pareció sospechoso. Deberían existir, al menos, registros de su inscripción, ¿no?

Mientras más pronto hablara con Xavier, más pronto podría saber si él era el culpable. Si él estaba detrás de todo, Scarlett no se detendría hasta derrotarlo, hasta que recuperara su magia. Con o sin sus hermanas a su lado.

Primero, de cualquier modo, tenía que encontrarlo. Una llamada a la administración le valió su horario; la chica en la recepción le debía un favor, pero Xavier no tenía clases en ese momento.

Volvió a navegar por sus redes sociales, pero no había publicado en una semana. Luego, Scarlett hizo una pausa. En su última publicación, había siete comentarios. Cinco de ellos eran todos de la misma chica de Gamma, una cuyo número Scarlett tenía guardado de una fiesta de Kappa y Gamma de hacía dos años. Era buena persona, pero se obsesionaba demasiado con los chicos lindos del campus.

Le escribió. «Hola. ¿Tienes idea de dónde podría estar Xavier? Tengo que darle una tarea».

La influencia de Kappa había disminuido, mas no desaparecido. Unos minutos después, recibió una respuesta:

«A esta hora suele estar en la explanada con unos amigos. Tiene clase de cálculo después».

Desconcertante, pero útil, así que decidió tomar la información.

Se vio por última vez en el espejo de su recámara, que tenía manchas nuevas y desagradables que no podía quitarle, sin importar cuánto lo intentara. Se veía tan bien como podría verse sin la ayuda de sus encantamientos. Con un último suspiro, se dirigió a la puerta, cada paso que daba con los tacones que había elegido era una punzada de dolor.

No tenía idea de cuánta magia utilizaba en su día a día hasta que la perdió. ¿Quién sabía que los tacones dolían tanto?

Siguió adelante. A juzgar por las miradas que recibió de un puñado de chicos de fraternidad de camino al campus, el esfuerzo valía la pena.

Sin embargo, cuando llegó a los jardines, Scarlett se detuvo de golpe. Un dolor nuevo y diferente le sacudió el cuerpo entero. No sabía qué esperaba, pero no era eso. Xavier estaba tendido en el césped, con libros y cuadernos a su alrededor, con un grupo de sus hermanos de PiKa y, en medio de todos…

«Jackson».

No lo había visto desde la reunión en que la increpó, furioso por que Scarlett hubiera tocado el cristal que llevaba en el cuello. Ese fue el hechizo de amor. Scarlett vio su rostro real en el espejo encantado de Vivi, el grito de horror en su cara.

Sintió una opresión en el pecho.

Le dijo que lo salvaría. Se lo prometió. ¿Y qué estaba haciendo? ¿Se vestía para coquetear con otro chico en su cara?

Rezó por que, donde fuera que estuviera el Jackson verdadero, no estuviera despierto. «Por favor, que esté inconsciente». De otro modo, todo sería mucho peor.

Al fin, el pulso se le desaceleró lo suficiente como para caminar por el jardín, con las piernas relucientes bajo el sol. Tenía un plan de acción, todo un discurso que usaría para atraer a Xavier de vuelta. Ver a Jackson se lo sacó todo de la cabeza.

Al acercarse más al grupo de chicos, reconoció otra cara familiar recostada entre Xavier y Jackson. «Tim». Scarlett tenía mucho tiempo sin verlo con María a su lado. Cuando comenzaron a salir en primer año, Tim

tenía una vida social propia, pero a últimas fechas parecía estar pegado a su novia.

Se veía más relajado, más contento. Tenía la cabeza echada hacia atrás y se reía, un sonido feliz y contagioso.

El movimiento hizo que algo se asomara por debajo de su playera con cuello en V. Una cadena de plata, idéntica a la de Jackson.

Scarlett tropezó con un pequeño montículo en el pasto. ¿*Todas* las chicas de Theta habían hechizado a sus novios?

—Ah, Scarlett. —Xavier fue el primero en verla. Se tapó los ojos del sol y la miró con una expresión que no podría llamarse amigable. De cualquier modo, la recorrió de pies a cabeza con la mirada, así que Scarlett supo al menos que el atuendo que escogió había funcionado—. ¿Podemos ayudarte? —le preguntó con un tono frío.

—De hecho…

Frente a Xavier, Jackson se levantó con trabajos.

—Voy tarde a clase. —Se despidió de Tim sin siquiera mirar a Scarlett—. ¿Te veo luego, amigo?

—Nos vemos en la fiesta. Si Cait te suelta la correa lo suficiente como para que te acerques a saludar. —Tim sonrió; Jackson se carcajeó.

Había algo en esa risa, no sonaba como si fuera suya. Todo estaba mal. El tono era forzado. ¿Cómo pudo no darse cuenta antes de que estaba hechizado? Dejó de ser él mismo cuando tuvieron su cita. Estuvo demasiado herida como para verlo.

Scarlett sabía que debía enfocarse en lo que tenía que hacer. Tenía que recuperar su magia, salvar a sus hermanas, pero Jackson estaba ahí y Scarlett podía ver su expresión dentro del espejo, el miedo en sus ojos.

—Perdón —le dijo Scarlett a Xavier cuando ya había comenzado a darse vuelta. Siguió a Jackson, a pesar de que todos sus instintos le gritaban que volviera, que terminara con su misión.

«Primero tengo que recordarle mi promesa». Si Jackson estaba ahí adentro, no podía dejarlo atrapado, no sin algo de esperanza a la que pudiera aferrarse.

Jackson caminaba deprisa, demasiado para los tacones de Scarlett. Después de dudar un momento, se agachó y se los quitó. Scarlett Winter nunca en su vida había caminado descalza, pero estaba haciéndolo, trotando por los jardines, con los tacones en la mano, para alcanzarlo.

—Jackson. —Al fin se le acercó lo suficiente como para tocarle el codo y jalarlo para que se detuviera—. Jackson. Espera.

Se detuvo, a regañadientes. La orilla de los labios se le retorció en una sonrisa maliciosa.

—Vaya, mi acechadora otra vez. Capta la indirecta, Winter.

—Ese no eres tú y lo sé muy bien. —Scarlett se atrevió a mirar a su alrededor. Pero el resto de los estudiantes estaban absortos en sus conversaciones, o dormidos con los libros sobre el regazo, disfrutando de la tarde cálida y soleada. De cualquier modo, bajó la voz. La costumbre—. Sé lo que Cait te hizo —dijo, grave y urgente—. Estoy haciendo lo que puedo por cambiarlo, ¿sí?

Jackson hizo una mueca de hastío.

—Lo único que Cait hizo fue mostrarme lo que es el amor de verdad, ¿oíste, Scarlett? Nada como tu idea del amor. Con Cait no hay mentiras.

Scarlett se paralizó. El corazón le retumbaba en el pecho. ¿Lo recordaba? Pero…

—Jackson, si alguna vez te mentí, fue solo porque no tuve otra opción. Hay fuerzas en acción aquí, fuerzas más grandes que tú y yo…

—Sí sabes que suenas como una loca, ¿verdad? —El labio se le torció.

—Estoy intentando decirte algo, ¿sí? No importa qué tan fuerte sea la influencia que tenga sobre ti, es artificial. Hay una forma de revertirlo. Solo necesito descubrir qué es lo que está haciendo Theta, cómo se hicieron tan fuertes de pronto.

—¿Cuál es tu problema con Theta, eh? —Jackson se liberó el brazo con un tirón—. Siempre hablas de lo malas que son, siempre dices cosas de mi novia. A mis ojos, parecen celos puros y duros. —Scarlett resopló. Pero Jackson continuó—. Ustedes las Kappa son tan engreídas. Siempre a cargo, las dueñas de la escuela. Pues te tengo noticias. Hay un nuevo grupo a cargo. —Le lanzó una mirada fulminante, llena de una intensidad repentina. Tan penetrante como para hacerle sentir pavor en los huesos. Jackson siempre pudo ver a través de ella, pero eso era algo distinto. ¿Podía un pequeño hechizo de amor explicar ese nivel de odio? ¿O acaso era el demonio quien hablaba? Jackson bajó la voz; Scarlett contuvo la respiración, temerosa de moverse. Temerosa de oírlo y aterrada de no escuchar sus palabras también—. En cuanto a Theta… —murmuró—, ya les enseñarán a las Ravens quiénes son en realidad: nadie.

La apartó con un empujón tan fuerte que casi la hizo caer al suelo. Scarlett no se movió. Apenas podía pensar por encima de los frenéticos latidos de su corazón.

Tenía que arreglar las cosas. «Ya». Presentía que, si esperaba mucho tiempo, el Jackson al que una vez amó desaparecería para siempre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Vivi

La música proveniente de la sororidad Theta retumbaba con tal fuerza que Vivi alcanzó a escucharla desde una cuadra antes de llegar. El trayecto desde la casa de las Kappa había tomado más tiempo del que esperaba, pues había olvidado lo difícil que era caminar en tacones sin magia. Todo su atuendo, desde los jeans negros ajustados hasta la blusita de estampado de leopardo que encontró en una bolsa de ropa para donar en el cuarto de lavado de la casa de las Kappa, parecía fuera de lugar. No podía pedir nada prestado sin despertar sospechas y, aunque no sabía mucho de moda, tenía claro que no era la noche indicada para ostentar uno de los hermosos vestidos *vintage* de Mei ni uno de los atuendos de diseñador de Scarlett. Debía parecer una chica normal que sacaba su ropa del centro comercial, no de los armarios encantados de sus hermanas brujas.

Vivi le dio un jaloncito al dobladillo de su blusa, la cual, sin los encantamientos que solía usar para ajustar sus prendas, no era particularmente favorecedora. ¿Cómo podía la gente vivir sin magia? ¿Cómo podría ella volver a vivir sin magia después de todo lo que había visto? Era como pasar de un mundo en tecnicolor a un basurero en blanco y negro. Como pasar de oír una sinfonía de Beethoven tocada por una orquesta a oír a un niño de diez años tocar el *Himno a la alegría* en su teclado de juguete. Sin magia, la vida se había vuelto plana, gris y completamente desafinada.

Cuando por fin llegó al portón principal, alzó la mirada hacia la casa. Era una especie de anomalía en el pabellón griego. En vez de tener un pórtico envolvente, tenía un arco que llevaba a un sendero de piedra que rodeaba la planta baja. Luego, una enorme escalera de piedra

conducía a la puerta principal del primer piso, lo que le daba una apariencia más de castillo medieval que de mansión del renacimiento griego o de casa de campo como las que rodeaban la mayor parte del campus de Westerly.

La fiesta estaba en todo su esplendor. Vivi alcanzó a ver a algunos asistentes a través de las ventanas superiores y otros que se asomaban por las torretas con sus vasos rojos en la mano. En el jardín había montones de parejitas, algunas de las cuales se comportaban de formas que Vivi no habría esperado ver en público.

Con mucho cuidado, Vivi atravesó el jardín hasta llegar a los escalones blancos de piedra caliza con manchitas de musgo verde y gris. La gigantesca puerta principal era de madera sólida, adornada con hierro, como el pórtico de un castillo. Una vez que entrabas, en cambio, el entorno era el de una sororidad cualquiera. El salón estaba decorado en tonos blancos y color crema, con montones de sofás y sillones esponjosos acomodados en torno a una chimenea grande. Vivi hizo una mueca al ver los cojines rosas y verdes, uno de los cuales tenía bordada la frase VIVE, AMA, RÍE.

Cerca de la chimenea habían puesto una barra de bebidas, la cual estaba siendo atendida por una integrante de la sororidad que Vivi reconoció vagamente de la desastrosa fiesta de regreso a clases. ¿Se llamaba Spencer? Vivi sentía que eso había sido hacía un millón de años, cuando todavía creía que meter la pata con un simple hechizo era lo peor que podía pasarle.

En las manos sentía las palpitaciones dolorosas que le recordaban el esfuerzo excesivo que había hecho. Las cortadas que se hizo para la reunión de exalumnas ya habían sanado, pero aún le quedaba la herida profunda del antebrazo.

—Hola —dijo Spencer, y Vivi volvió al presente. De vuelta a la misión—. Rose nos dijo que vendrías. Ahorita baja, si quieres esperarla aquí.

—Claro —contestó Vivi, esbozando una sonrisa falsa, con la esperanza de que la otra chica no se diera cuenta. La música retumbaba en todos los pisos de la casa con tal fuerza que Vivi la sentía hasta en las sienes. Alcanzó a ver que en las habitaciones contiguas había grandes grupos de personas en distintos estados de ebriedad.

Una vez que Spencer se fuera, Vivi podría escabullirse y buscar indicios de la magia robada antes de que Rose se enterara de su llegada.

Entonces volteó hacia la escalera y se quedó paralizada.

María bajaba dando brinquitos, con una minifalda plisada de cuero

negro y plataformas rosa brillante. Tim iba unos pasos detrás, con los ojos clavados en el celular.

—¡Vivi! —exclamó María con una sonrisita. Prácticamente bajó el último escalón de un brinco y abrazó a Vivi—. Rose dijo que tal vez vendrías. ¡Qué bueno que estás aquí! —La abrazó de la cintura y luego volteó a ver a Tim—. Amor, ¿te acuerdas de Vivi? ¿De la fiesta en la casa de las Kappa?

Tim alzó la cara de golpe, confundido. Pero, al ver que era Vivi, sonrió y se unió al abrazo.

—¡Hola! ¡Qué bueno que viniste, Vi!

Vivi sonrió y le devolvió el abrazo.

—Gracias por invitarme —le dijo a María—. Esta fiesta es… otro boleto.

Nunca había escuchado música como esa. No era como el jazz clásico ni la música de cámara que solían poner en las reuniones más elegantes de las Kappa, ni tampoco como la música que ponían en las discotecas de Savannah. Tenía bajos profundos y *beats* electrónicos que hacían que las paredes y el aire a su alrededor palpitaran.

Era el tipo de música que te permitiría apagar el cerebro, pensó Vivi. Por primera vez, esa idea le resultó un tanto seductora. Habría dado lo que fuera con tal de silenciar el traqueteo de su mente, aunque fuera tan solo el tiempo que durara una canción.

—Eso buscamos. Que sea diferente. —María entrelazó los dedos de una mano con los de Tim—. Por eso nos llamaste la atención, Vivi. Porque se nota que tú también eres diferente.

—¿Qué? —Vivi alzó la barbilla e hizo lo posible por actuar como una Kappa: tranquila, relajada, ecuánime—. ¿En qué sentido?

—Sabes lo que quieres y lo buscas. Y no te importa romper unas cuantas reglas con tal de obtenerlo.

El pulso se le aceleró. «¿Está hablando de magia?».

—No entiendo bien a qué te refieres.

María se rio y le lanzó a Tim una mirada que Vivi no supo interpretar.

—Ay, por Dios. Desde que te vi supe que no eras como las otras Kappa, Vivi. —Alzó una mano para frenar las protestas instintivas de Vivi, y luego la subió por el brazo de Tim y la apoyó en su cuello. Vivi alcanzó a ver un destello plateado bajo el cuello de la camisa y sintió que el corazón le daba un vuelco. En su interior, se activó el instinto protector de hermana. ¿Acaso era el amuleto de enamoramiento del que le había hablado Scarlett? ¿Eso significaba que las Theta *tenían* en sus manos algún

tipo de magia robada? Sin embargo, al observar el entorno, cuya única cualidad distintiva eran los vasos rojos de fiesta, era difícil creer que esa sororidad tuviera a su disposición algo más que una simple membresía de Costco—. No te estoy juzgando, ¿eh? ¡Para nada! Aquí en Theta somos mucho más comprensivas. Si quieres algo, ¿quiénes somos nosotras para negártelo?

Vivi se le quedó viendo, preguntándose qué tanto sabía María o si aquello era mera especulación. No se necesitaba un doctorado en psicología para saber que la vida en Kappa no era un carnaval bajo la presidencia de Scarlett Winter. Seguramente María se refería a los códigos de vestimenta y los toques de queda, no a la decisión miope de Scarlett de prohibirle a Vivi usar el grimorio. Aun así, desde fuera era fácil darse cuenta de que a Scarlett no le gustaba que la cuestionaran.

Se relajó cuando María jaló a Tim hacia el salón, que parecía ser el núcleo de la fiesta.

—Diviértete esta noche, Vivi —le gritó María por encima del hombro, y luego le hizo una seña a Spencer para que la siguiera.

Vivi los vio desaparecer en medio de la multitud y luego miró a su alrededor para decidir por dónde empezar la búsqueda. En la casa de las Kappas no podías cruzar una puerta sin que te bombardearan indicios de magia, pero era un lugar que había albergado brujas desde hacía más de un siglo. ¿Dónde podría encontrar algo en esa casa? ¿Habría grimorios en la biblioteca? ¿Menjurjes mágicos burbujeando en la cocina? ¿Qué diría si alguien la agarraba con las manos en la masa? Podría usar el clásico «Estaba buscando el baño…».

—¡Vivi! —exclamó una voz. Vivi casi sale volando por los aires, pero alcanzó a voltear a tiempo para atrapar a Rose entre sus brazos, quien claramente había bebido un poco y quería abrazarla con fuerza—. ¡Viniste! —Sonaba tan sincera que a Vivi se le revolvió el estómago de culpa.

—¡Te dije que vendría! —contestó entre risas.

Rose le tomó la mano y la jaló con entusiasmo hacia la fiesta principal.

—¡Ven! ¡Te voy a mostrar la casa!

Curiosamente, a excepción del salón moderno, el resto de la casa era bastante congruente con la fachada. Los pisos de piedra estaban cubiertos con gruesos tapetes persas, y de las paredes colgaban tapices que hacían el lugar más acogedor. Había tanta gente que el lugar era un poco claustrofóbico, a pesar de sus grandes dimensiones. A pesar de que casi todas las fraternidades estaban ahí, seguía siendo un espacio frío. Frío y

un poco húmedo, como solo pasa en los edificios de piedra. En el camino, Vivi vio más de una chimenea gigante encendida.

Rose la llevó de una estancia a otra, sin dejar de conversar animadamente sobre la construcción de la casa a finales del siglo XIX y sobre cómo habían intentado hacer la réplica exacta de un castillo que las fundadoras habían visto en Alemania. Vivi se esforzó por aparentar interés y sorpresa, pero la distraían guiños distintivos de un aroma familiar. ¿Qué era? Le molestaba no lograr identificarlo. Era como pino con un toque de algo herbal. Le hizo pensar en los ingredientes que mezclaba Etta en la cocina, aunque no podía reconocer de qué hierba se trataba ni qué conllevaba su olor.

De pronto vio a Jackson bailando con Cait en una de las estancias sin muebles que solo estaba iluminada por largos focos verde neón alineados en el suelo que le daban a la gente una apariencia fantasmal.

Vivi vio que Cait lo tomaba del cuello y lo jalaba hacia ella para besarlo con tal furia que Vivi frunció el ceño.

«Pobre Jackson». Vivi sabía lo que era estar bajo el control mágico de alguien más. Sintió unas náuseas intensas, como le ocurría cada vez que recordaba estar en el claro del bosque con Tiffany.

Rose debió percatarse de su malestar, porque la agarró del brazo y le dijo:

—Hay que conseguirte un trago cuanto antes.

Vivi la siguió obedientemente, pero se detuvo de golpe al ver de reojo un destello rojizo familiar. Al voltear, encontró a Reagan bailando como si nadie la viera, y su larga cabellera volaba en todas direcciones mientras sus caderas se mecían al ritmo palpitante de la música. Estaba entre puras integrantes de Theta y se veía más contenta y libre que nunca. Vivi se le quedó viendo mientras trataba de encontrar posibles explicaciones a su traición. Quizá Reagan tenía buenas razones para estar ahí, igual que Vivi. Pero Reagan definitivamente no parecía haberse infiltrado a esa sororidad en busca de la magia robada de las Kappa.

—Ah, sí —dijo Rose con una sonrisa incómoda al voltear hacia donde Vivi estaba mirando—. Pensé que ya lo sabrías. Reagan, Bailey, Hazel y Etta se unirán a Theta.

—*¿Qué?* —exclamó Vivi, sin disimular la conmoción. Rose frunció ligeramente el ceño, así que Vivi inhaló profundo y se recompuso—. Perdón, no quería que sonara mal. Es solo que… no me lo esperaba.

Nada de eso tenía sentido. Entendía que estuvieran enojadas con Scarlett, pero ¿cómo podían traicionar al resto de sus hermanas en lugar de ayudarles a recobrar su magia? A menos que supieran algo que Vivi

desconocía, algo que Scarlett y ella meramente sospechaban…

—Te entiendo. Sé que todo está pasando muy rápido. Pero mira, como siempre dice María, «Solo vas a la universidad una vez, así que haz las cosas bien».

—Uy, qué profundo —dijo Vivi, sin poder controlar su sarcasmo. Por fortuna, Rose no se dio por enterada. Solo le hizo una seña para que la siguiera.

Llegaron a la cocina, una habitación grande con paredes de piedra que tenía un encanto inesperado y electrodomésticos modernos de acero inoxidable. Vivi la exploró con curiosidad, en busca de indicios de pociones u otras formas de brujería, pero entre las botellas de licor y los vasos de plástico que cubrían todas las superficies nada llamó su atención.

—¡Toma! —Rose le entregó un vaso lleno de un líquido morado brillante. Vivi lo miró con suspicacia, convencida de que debía ser algo grotesco, como vodka con refresco de uva. Le dio un pequeño sorbo cauteloso y sonrió, aliviada. Era delicioso, una mezcla dulce con un toque de frutos rojos y menta—. Sabe bien, ¿no?

—¡Está increíble! ¿Con qué está hecho? —Vivi le dio otro sorbo, esta vez más grande.

Rose le guiñó un ojo.

—Es un secreto de la casa. No te lo puedo revelar, a menos que te unas a Theta. —La sonrisa se le borró—. O sea, no quiero presionarte ni nada. Es solo que… —Se quedó sin habla y se sonrojó—. ¡Diantres! Le prometí que no te presionaría…

—¿A *quién*?

—A María. —Rose se meció nerviosamente mientras jugueteaba con uno de sus rizos—. Está reclutando y quiere que más chicas se unan. Pero le dije que eres mi amiga y que no quiero que te sientas *obligada*. Claro que me encantaría tenerte aquí. —Rose volvió a sonreír—. ¡Sería increíble que fuéramos hermanas!

Vivi logró esbozar una sonrisa de complicidad, aunque para sus adentros quería recular. «Ya tengo hermanas». Por eso estaba ahí, para romper cualquier hechizo o maldición que hubieran usado para robarles su magia a las Kappa y poder devolverles su poder.

—Veo que *aquí* se divierten mucho. ¿Me enseñas el resto de la casa?

—¡Por supuesto! —Rose dio unos brinquitos de emoción antes de guiarla al piso superior, pero se detuvo en el rellano para hacerle una advertencia—. Puedes estar en cualquiera de las áreas comunes de este piso, pero no puedes ir a las habitaciones, ¿de acuerdo?

—¡Sí, claro! —Vivi esperó hasta que se detuvieron en una de las áreas comunes, donde pudo echarles un vistazo a los libreros comunales (que en su mayoría tenían libros de autoayuda y biografías de celebridades, pero nada que pareciera un grimorio), y esbozó una sonrisa tímida—. ¿Hay algún baño al que pueda pasar?

—¡Ay, obvio! —Rose señaló una puerta al final de la estancia, cerca del pasillo que llevaba a las habitaciones del primer piso—. Está ahí. Yo aquí te espero.

Vivi se metió al baño, esperó un minuto y se asomó por la puerta entreabierta. Al darse cuenta de que Rose había sacado el celular y estaba muy entretenida viendo la pantalla, salió tan rápida y discretamente como pudo y se escabulló hacia el pasillo. Sentía que el corazón le iba a explotar.

«Si de verdad tienen magia en esta casa, ¿es buena idea hacer esto?».

Si la atrapaban metiéndose donde no debía, no tendría forma de defenderse. Podrían hechizarla, doblegarla como a Tim y a Jackson…

«O algo peor».

Sin embargo, si no encontraba la forma de recuperar la magia de las Kappa, sería débil y vulnerable por el resto de su vida. Por lo tanto, después de mirar una última vez hacia atrás, Vivi atravesó el pasillo oscuro que llevaba a las habitaciones.

La distribución era más compleja que la de la casa de las Kappa. Los pasillos daban vueltas y se cruzaban unos con otros. Sin embargo, después de ver varias puertas cerradas, algo llamó su atención. Al final de un pasillo silencioso y oscuro, iluminado únicamente por el reflejo de la pantalla de su celular, distinguió una puerta de madera labrada que estaba decorada con moños rosas. Junto a ellos había un globito que decía ROSE con brillantina roja.

Vivi miró hacia la entrada del pasillo oscuro. No estaba segura de cuánto tiempo podría justificar su ausencia. ¿Qué haría si Rose iba a buscarla? O, peor aún, ¿qué haría si alguna otra de las integrantes de Theta la encontraba acechando por ahí?

Pegó la oreja a la puerta, contuvo el aliento y prestó atención a algún posible movimiento en el interior de la habitación, por si acaso Rose tenía una compañera de cuarto u otra Theta había ido a buscar algo. Segundos después, tras asegurarse de que no hubiera nadie, Vivi agarró la perilla y trató de girarla.

Pero estaba cerrada con llave.

Se asomó una vez más por encima del hombro, se arrodilló y se quitó un pasador del cabello para tratar de abrir la cerradura. Lo había

hecho varias veces, pues Daphne Devereaux tenía la mala costumbre de cerrar la casa con llave y dejar a su hija afuera, así que Vivi había tenido que desarrollar la habilidad de abrir cerraduras a muy temprana edad.

La cerradura del cuarto de Rose no tenía oportunidad alguna frente a las dotes infantiles de cerrajería de Vivi. Tras un leve clic, cedió. La puerta se abrió hacia adentro, crujiendo de forma ominosa. Con una mueca de dolor, Vivi se estiró para agarrar la puerta y volvió a mirar por encima del hombro, con la esperanza de que las habitaciones contiguas estuvieran vacías. Luego, encendió la luz.

Sus ojos tardaron un par de segundos en ajustarse a la luz del cuarto de Rose, aunque fuera tenue y la lámpara del techo estuviera cubierta por un velo azul que proyectaba sombras misteriosas sobre la cama de cuatro postes.

En la pared del fondo, Vivi vio un enorme espejo de cuerpo completo. Parecía sacado de un cuento de hadas, envuelto en guirnaldas de hiedra. Luego volteó a ver los libreros y se paralizó.

Alguien había puesto diversos objetos en el marco de la ventana: un tazón de madera con un pentáculo grabado, una daga plateada, un montoncito de hierbas deshidratadas y molidas… Al parecer, era un altar improvisado.

«Magia».

Vivi sintió que todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se activaban de forma anhelante. «Deseaba la magia». Prácticamente podía saborearla e inhalarla con ansias, pues estaba desesperada por absorber los resabios del hechizo que Rose hubiera conjurado.

Era la prueba que necesitaba. Justo lo que había estado buscando: había magia en esa casa.

Supuso que Reagan, Etta y Bailey lo descifraron de alguna forma. Y, aunque Vivi no podía perdonar su traición, al menos entendía por qué lo habían hecho.

Vivi puso el altar en la mira de la cámara del celular y le tomó un par de fotos tan rápido como pudo. Hasta el más mínimo crujido y movimiento la sobresaltaba. «Ya tienes lo que buscabas, Vivi. Vete».

No podía quitarle los ojos de encima al altar. Ahí había magia. Estaba tan cerca.

Dio un paso al frente, casi como si estuviera en un trance. «Sal de aquí», le gritó una vocecita desde las profundidades de su mente, pero su cuerpo tenía otros planes.

Se arrodilló junto al altar y extendió el brazo hasta que su mano quedó a unos cuantos centímetros de la navaja.

Un sexto sentido le dijo que, si intentaba conjurar alguno de los hechizos del grimorio en esa casa, *funcionaría*.

Vivi agarró la daga. Alcanzó a oír el estruendo de la fiesta, pero estaba muy lejos, en otro planeta. En la habitación de esa desconocida, lo único que importaba era el poder que palpitaba en el aire, que flotaba a su alrededor como una neblina densa.

Presionó el filo de la navaja helada contra la piel del antebrazo. Una cortada. Un destello de dolor y volvería a tenerlo todo. Su propia magia.

«Rose vendrá a buscarte. En cualquier momento entrará».

Vivi podría resolverlo. Podía resolverlo todo; lo sabía. Solo necesitaba un poco de sangre, un agudo dolorcito, y…

Un crujido a sus espaldas la obligó a contener el aliento. «La perilla. Mierda».

Vivi soltó la navaja y se dio media vuelta en el momento exacto en el que la puerta se abrió y dejó entrever la silueta de una chica con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

Vivi se levantó de un brinco.

—Perdón —masculló—. Eh, es que… me perdí, y la puerta estaba abierta… y pensé…

La chica del umbral chasqueó la lengua. No era Rose.

«María».

La presidenta de Theta estaba sonriendo.

—No necesitas poner pretextos, Vivian. Te he estado observando.

Vivi pasó saliva con dificultad.

—Perdón —repitió, esta vez más despacio—. No me corras, por favor. Tenía curiosidad.

—La curiosidad no tiene nada de malo. De hecho, la respeto. —Pasó de mirar a Vivi a ver el altar en la ventana—. Como puedes ver, en este campus Kappa no es la única sororidad… *especial*. En Theta, recompensamos a mujeres como tú. Mujeres que toman la iniciativa. Mujeres que luchan por lo que merecen. —María le tendió la mano, con la palma hacia arriba, como si la estuviera invitando a tomarla—. Únete a nosotras, Vivian, y te daremos eso que tanto anhelas.

El aire en la habitación de Rose se cargó de energía crepitante. La energía de María. Era la primera vez que Vivi sentía magia de verdad desde que perdió la suya, y era una sensación embriagante. En ese instante, sintió que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que le transfirieran ese poder.

Observó la mano tendida de la otra chica. Todo su ser ansiaba que se la estrechara.

—Eh… yo no… —titubeó. «Di que sí», le gritó su mente. «Dilo», pero, por alguna razón, su lengua se negó a despegarse del paladar. Quizá era una lealtad mal encaminada que seguía latente. Recordó a las chicas que la esperaban en la casa de las Kappa. Había ido ahí a ayudarlas. «Únete a Theta y podrás hacerlo». No lograba que su cuerpo obedeciera. No era una traidora como Reagan—. Lo siento, no debí venir aquí —dijo y se encaminó hacia la puerta.

María estiró una mano para bloquearle el paso, Vivi se detuvo de golpe, lista para un posible ataque. Vivi sabía que María podía hacerle cualquier cosa, podía obligarla a hacer cualquier cosa que quisiera.

En vez de eso, la expresión de María se endulzó. Quitó el brazo de la puerta y se hizo a un lado para dejar a Vivi pasar.

—Consúltalo con la almohada —le dijo con voz alegre mientras Vivi pasaba a su lado y corría hacia la escalera, pero no lo hizo lo suficientemente rápido como para escapar de las últimas palabras de María que la persiguieron por los pasillos y siguieron haciendo eco en sus oídos—. Cuando decidas volver, te estaremos esperando.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Scarlett

Después del desastroso intento por acercarse a Xavier en los jardines, Scarlett sabía que necesitaba una mejor estrategia. O, mejor aún, encontrarlo solo, donde sus amigos no pudieran ser una distracción. Y había formulado un nuevo plan.

Minnie siempre le dijo a Scarlett que la magia deja rastro. Incluso quienes no tenían mucha magia propia podían detectarlo, si sabían cómo buscarlo y en dónde. Había uno de esos lugares en el campus, el lugar perfecto al que Scarlett podría llevar a Xavier.

Siempre y cuando pudiera congraciarse con él.

Pedirle su horario a la chica de la recepción administrativa fue sencillo. Había algo de satisfacción en ello. Kappa todavía tenía peso en la jerarquía social de Westerly, aun si ya no eran las reinas indiscutibles del campus, incluso si Scarlett ya no tenía magia a su disposición.

Lo más complicado fue encontrar a Xavier en una de sus clases. Según lo que Scarlett había visto, Xavier faltaba a más clases de las que asistía. Le tomó una eternidad volver a encontrarlo, esta vez en el corredor del edificio Taylor.

En cuanto cruzaron miradas, Xavier se congeló; su expresión se endureció.

Con o sin magia, Scarlett era una Raven. Sabía cómo conseguir lo que quería. Se acercó con pasos largos y firmes y la sonrisa más recatada en las orillas de los labios rojos y brillantes.

—Eres difícil de encontrar, Xavier.

Entrecerró los ojos solo un poco.

—Lo último que supe era que no querías encontrarme —dijo.

—Escucha. —Dio un paso más. La mirada de Xavier la examinó

completa, sin que él tuviera tiempo de detenerse—. No quise hacerte enojar en el baile. Tengo tiempo sin salir con nadie, no desde que terminé una relación importante el semestre pasado. —Todo aquello era verdad.

—Te vi perseguirlo como un cachorrito.

—¿A quién?

—Sabes a quién.

Scarlett respiró profundo. La mejor manera de vender una mentira era con un poco de verdad incluida.

—Sí. Pero lo hice solo para cerrar el capítulo, solo para decirle que tengo un nuevo plan, uno que no lo incluye a él.

—¿Y a mí sí?

—Solo a ti.

Xavier se relajó. Abrió con fuerza los ojos, como si quisiera creerle. Había mordido el anzuelo.

—Lo demuestras de una manera muy extraña.

—No eres como nadie a quien haya conocido. La mayoría de los hombres se sienten intimidados conmigo, pero tú… tú eres un torbellino. Supongo que… —Batió las pestañas con una destreza enorme. Cuando volvió a mirarlo, dejó que su vulnerabilidad reluciera—. Supongo que estaba nerviosa.

Y sí lo estaba, aunque tal vez no de la manera que él creía.

«Estoy nerviosa porque es posible que seas un demonio que está aterrorizando al campus».

Xavier le examinó el rostro. Lo que sea que haya visto, debió haberlo convencido. Al fin, se le relajaron los hombros un poco.

—No quise reaccionar así —dijo—. Cuando dijiste que querías que fuéramos amigos, me tomó por sorpresa. No me gustan los juegos. —Frunció el ceño—. Suficiente tengo de eso con mi familia.

—Lamento haberte hecho sentir así. —Apretó los labios—. Sé cómo se siente, que te obliguen a jugar juegos. Tampoco me gusta. —Alejó la mirada hacia la puerta lateral del edificio. Luego, dejó que su expresión se iluminara, como si se le acabara de ocurrir una idea—. Mira. —Le tendió una mano—. ¿Quieres ver una parte real de mi historia? Te voy a mostrar algo.

Xavier vaciló. Scarlett podía ver las emociones contradictorias en su rostro, la curiosidad y la terquedad enfrascadas en una batallas.

Mantuvo la mano extendida. Esperó con paciencia hasta que, como anticipaba, la curiosidad de Xavier ganó el duelo. Le tomó la mano y Scarlett entrelazó los dedos con los de él e ignoró la ligera chispa que se encendió en sus venas. Placer mezclado con miedo.

«Podría ser a quien busco».

Pero también podría ser solo Xavier, el lindo estudiante recién llegado al campus, en el peor momento posible, a punto de quedar atrapado en un lío que ni siquiera podía comprender.

Solo había una forma de averiguarlo.

—Si es una especie de ritual de sororidad, te juro que… —Xavier masculló mientras Scarlett lo guiaba hacia la frontera oeste del campus, donde comenzaba el cementerio de la escuela.

Sin embargo, Scarlett mantuvo la mano sobre la de él con firmeza, igual que la sonrisa juguetona en los labios.

—Confía en mí —dijo por encima del hombro. Xavier no la soltó.

Conocía el camino al cementerio de memoria. Había realizado suficientes rituales de las Ravens ahí. Y, antes de comenzar a estudiar en Westerly, lo había visitado con Minnie.

Minnie fue la primera en llevarla a la tumba a la que se dirigía.

—Aquí fue donde todo comenzó —le dijo. El nombre en la lápida, Pearl Johnson, resaltaba por sus enormes letras de granito, góticas e imponentes. Bastante grandes como para que Scarlett, a sus siete años, pudiera leerlas.

—¿Las Ravens? —preguntó Scarlett. Ya sabía quién era Pearl Johnson. Sabía que había fundado Kappa, el grupo que le ayudó a su madre a perfeccionar su magia y al que, un día, Scarlett y su hermana mayor, Eugenie, se unirían.

Marjorie Winter creía con fervor en educar a sus hijas lo más temprano posible.

Minnie se rio.

—No. Pearl quería que su tumba estuviera aquí, pero este lugar es más antiguo que las Ravens, es más antiguo que este país, incluso, y muchas civilizaciones anteriores. —Minnie se arrodilló y puso una mano sobre la lápida de Pearl. Invitó a Scarlett a acercarse, con una sonrisa—. Siéntelo —dijo—. Se les llama líneas ley.

Scarlett, obediente, estiró una mano y la aplanó sobre la piedra.

En su memoria, era la primera vez que sintió la magia. Sintió que le recorrió el cuerpo. Oleada tras oleada de energía, una chispa que la encendió entera. Jadeó y quitó la mano de la lápida. Se rio y la tocó de nuevo. Saboreó la sensación.

Lo supo en ese instante: quería crecer y ser como su madre y Eugenie. Como Minnie. Quería ser fuerte.

Scarlett recordaba la escena con tal claridad que las lágrimas se le acumulaban en los ojos mientras pasaban entre las ornamentadas tumbas

de las élites de Savannah y las tumbas viejas y enmohecidas de aquellos menos afortunados.

Detrás suyo, Xavier estaba receloso.

—¿Esta es tu idea de un lugar para una cita romántica?

—Querías que me abriera. —Scarlett se detuvo y volteó a verlo—. Uno de mis primeros recuerdos ocurrió aquí, con Minnie.

La duda desapareció de las facciones de Xavier.

—¿Quién era Minnie?

—Mi nana cuando era pequeña. Pero la verdad es que fue más como una madre que mi propia madre. —La grava del sendero crujía bajo sus pies. La tumba de Pearl estaba en la parte trasera del cementerio, cerca del bosque. Tuvieron que agacharse para pasar debajo de unas tiras de pelo de bruja para llegar a ella. Aún era de día, pero en las profundidades del cementerio, lleno de sombras, la luz era muy tenue—. Minnie me enseñó mucho sobre mi propia historia, sobre tradiciones también. Como esta. —Scarlett miró por encima de su hombro con una sonrisa. Luego hizo a un lado el último cúmulo de musgo para revelar la tumba de Pearl.

Xavier le devolvió la sonrisa.

—Me prometiste que no era una novatada.

—Si es algo positivo, no es una novatada, ¿cierto?

Encima de la tumba había una estatua. Scarlett creía que en un principio se suponía que sería un ángel, pero las alas se le habían caído hacía mucho y su rostro estaba demacrado. Lo único que alcanzaba a distinguirse era el contorno: una mujer sombría, con un velo, las manos entrelazadas, la cabeza agachada.

Xavier leyó el nombre y las fechas.

—¿Y *ella* quién era?

La sonrisa de Scarlett se ensanchó.

—Pensé que habías dicho que leíste la historia de Kappa. ¿No leíste nada sobre nuestra fundadora?

—Ah, cierto. Claro. —¿Era su imaginación o la sonrisa de Xavier de pronto pareció forzada?— Supongo que olvidé su nombre.

Tenía el rostro más pálido que de costumbre; su boca era una línea delgada y tensa.

Scarlett dio un paso al frente y puso una mano sobre la orilla de la tumba. No se sintió como aquella primera vez. No hubo una abrumadora oleada de energía, ni un caudaloso río de magia, pero sintió *algo*. Una pequeña descarga, como si hubiera arrastrado los pies sobre una alfombra y tocado la manija de una puerta.

Minnie tenía razón. Hasta las personas no mágicas podías sentir la

magia de una línea ley. Lo que significaba que…

—La historia dice que Pearl nunca se casó —dijo Scarlett—. No era lo suyo. Pero tuvo varios amantes a lo largo de los años. —Se dio vuelta y vio que Xavier la miraba, atento. Sonrió aún más—. Todos quienes la cortejaron alcanzaron el éxito en la vida, incluso después de que su relación terminara. Cuentan los rumores que cualquier hombre que corteje a una Kappa puede alcanzar la misma suerte. Lo único que tiene que hacer es tocar esta piedra.

Xavier arqueó una ceja.

—¿Tu niñera te trajo aquí para enseñarte cómo seducir a tus futuros novios?

Scarlett se sonrojó.

—No se trata de eso.

—Entendido.

Xavier se llevó las manos a los bolsillos. En ese momento, el timbre de un teléfono los interrumpió, una canción animada y desenfadada, completamente fuera de lugar en el silencio del cementerio. Xavier tomó su teléfono, lo miró y lo silenció sin tomar la llamada.

—¿Entonces? —Lo animó Scarlett—. ¿No quieres saber si funciona?

Si tocaba la piedra al mismo tiempo que ella y tenía, aunque fuera un poco de poder mágico dentro de sí, Scarlett lo sentiría. La oleada creciente, como la primera vez que estuvo ahí.

Xavier se movía de un lado a otro. Volvió a mirar su teléfono.

—No soy muy supersticioso.

—Ay, por favor. —Scarlett intentó mantener un tono ligero y juguetón, pero no pudo contener la desesperación que se podía oír en sus palabras—. De cualquier modo, un poco de suerte adicional no hace daño, ¿o sí?

—No creo en la suerte —respondió Xavier, con una expresión abrasadora—. Y una chica tan inteligente como tú tampoco debería de hacerlo.

¿Por qué dudaba? ¿Tenía algo que esconder? Quizás sentía la línea ley que estaba ahí. Tal vez sabía qué era lo que Scarlett intentaba hacer.

Scarlett quitó la mano de la piedra.

—Es solo una tradición divertida, nada más.

—Tampoco me encantan las tradiciones. Ya me han forzado a participar en demasiadas.

Se alejaba. Lo estaba perdiendo.

Caminó hacia él. Se cruzó de brazos y le mostró su mejor sonrisa provocativa.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo una pequeña tumba?

Xavier se rio una sola vez, una risa punzante.

—Por favor. Se necesita mucho más que eso para asustarme, Scarlett.

La forma en que la miraba era como un reto. «Sé lo que estás haciendo, y no va a funcionar».

A Scarlett, el pulso le palpitaba en las sienes. Quería tomarle la mano, obligarlo a tocar la piedra. Mejor aún, si se lanzaba sobre él, ¿usaría magia para defenderse? ¿Revelaría de una vez por todas quién era en realidad… *qué* era en realidad?

Se contuvo. No podía estar segura de nada. Podría ser justo quien parecía ser: un arrogante chico nuevo que detestaba las tradiciones.

—Querías ver una parte real de mi vida, Xavier —dijo.

—Exacto. —Señaló la tumba con desdén—. Y esto no es real. Esto es solo un juego, otra vez. Y no quiero nada que ver con ello.

Con eso, se dio vuelta y desapareció entre la maraña de musgo.

No le tomó mucho tiempo volver a encontrar a Xavier. Habría reconocido su caminar donde fuera, incluso a cientos de metros.

Sabía más de lo que dejaba ver, eso le quedó claro con la forma en que se alejó de la tumba. Y sus palabras. «Esto es solo un juego».

Si era el demonio mismo o solo trabajaba con quien hubiera robado la magia de Kappa, Scarlett no lo sabía. Pero sí estaba segura de que el lado del que Xavier estaba no era el suyo.

Lo siguió de vuelta al campus, por los caminos secundarios. Mantuvo su distancia, en caso de que mirara atrás. Nunca lo hizo.

Con cada paso, el pulso se le aceleraba un poco más.

¿Era buena idea seguirlo sola? Las historias de terror con las que Eugenie la torturaba cuando era chica le inundaron la cabeza. Historias de demonios que se alimentaban del dolor y el sufrimiento; de demonios que gustaban de jugar con sus presas humanas con trucos y tortura psicológica. Había una en particular, sobre un demonio que enloqueció a una joven bruja en Salem con visiones de fuego y azufre que terminó por confesar su brujería y traicionar a varias integrantes de su aquelarre.

Scarlett se estremeció.

Estaban cerca del Pabellón Griego ya. Seguro estás sobreinterpretando las cosas. Lo más probable era que Xavier fuera de vuelta a PiKa, a quejarse con sus hermanos de la idea de Scarlett de lo que era la peor cita del mundo.

Pero un instinto la hizo seguir detrás de él.

Cerca de la salida hacia la casa de PiKa, Xavier hizo una pausa. Miró a un costado. Scarlett apenas tuvo tiempo para lanzarse detrás del tronco de un árbol antes de que Xavier mirara hacia donde estaba. Estaba bastante lejos, protegida por la sombra de los árboles, y pareció no verla.

Cuando llegaron al Pabellón Griego, Xavier pasó frente a PiKa. Scarlett se quedó cerca del pórtico de Gamma; supuso que podría inventarse algún pretexto plausible si volvía a voltear.

Xavier caminó hasta el final de la calle y subió por una conocida escalinata de piedra. «Theta».

Scarlett miró a la distancia cómo tocaba la puerta. Una figura delgada y pequeña abrió. Una chica, aunque Scarlett no logró reconocerla. Abrazó a Xavier con fuerza y ambos desaparecieron dentro de la casa.

Scarlett lo observó todo con la mente rebosante de posibilidades.

CAPÍTULO TREINTA

Vivi

Vivi pasó esa noche en el sofá del salón de la casa de las Kappa. No se atrevía a pasar una noche entera a solas en su habitación sombría, en el mausoleo polvoriento de su magia difunta. Las habitaciones de las otras chicas también habían perdido sus encantamientos, pero ninguna se veía tan sombría como la de Vivi. El sofá era cómodo, compasivo. Aun así, Vivi estuvo dando vueltas toda la noche porque no podía cerrar los ojos sin escuchar el susurro de María. «*Únete a nosotras, Vivian, y te daremos eso que tanto anhelas*».

«Cuando decidas volver, te estaremos esperando».

María había dejado en claro que las Ravens no eran las únicas brujas en el campus. Pero era imposible que su sororidad hubiera sido mágica todo ese tiempo. Las Ravens habrían percibido la presencia de otro aquelarre en el campus, pues la magia siempre dejaba un rastro. Además, Scarlett le había contado a Vivi que María no logró encender una bengala y que por eso no la habían aceptado en Kappa.

Lo que significaba que la magia de María era nueva.

Vivi se estremeció al recordar lo que Tiffany había hecho para robar la magia de otras brujas: la violencia, el dolor, el derramamiento de sangre. ¿Acaso María estaba haciendo cosas igual de atroces? Si había un demonio atrapado en el talismán, ¿era *su* magia la que Tiffany había usado? ¿Qué se necesitaba para desatarla?

Vivi se sentó; no podía dejar de temblar, así que se hizo bolita bajo la sábana. Sin los hechizos protectores, la antigua casa era húmeda y fría. Aunque afuera la temperatura no pudiera estar a menos de diez grados, Vivi sintió un frío que le entumecía hasta la médula, como si fuera imposible volver a entrar en calor.

Pensó con ansias en la magia chispeante que irradiaba María. Vivi no debía confiar en la presidenta de Theta y lo sabía. Pero la posibilidad de recobrar su magia, de ser capaz de manipular los elementos de nuevo, bastaba para luchar contra la desolación y el agotamiento que se calcificaban en su interior. Y aun eso no se comparaba con la emoción de imaginarse devolviéndoles la magia a las demás. No soportaba ver a las otras Kappa vagando por la casa como fantasmas de lo que alguna vez fueron.

Jess estaba pensando en renunciar al puesto directivo del periódico estudiantil de Westerly, pues era un trabajo demandante que, aunque no requería magia, la dejaba exhausta y era difícil de hacer en esas circunstancias. A falta de increíbles contenidos nuevos, los millones de seguidores de Mei empezaban a perder interés en ella. La mirada de Sonali se había vuelto tan opaca que a Vivi le rompía el corazón verla así.

«Si recuperaras tus poderes, podrías ayudarlas también argumentó» la otra voz en su cabeza, la que cada día alzaba más y más la voz. Vivi podría salvar a las Ravens y demostrarles a Scarlett y a sus hermanas de una vez por todas que era capaz de cualquier cosa, hasta de recuperar la magia robada por Theta.

Además, Scarlett fue quien le dijo que hiciera amistad con las chicas de Theta. ¿No era lógico que su siguiente paso fuera ese? Podría ser una espía, una infiltrada. Era Kappa de corazón, y eso implicaba hacer lo que fuera con tal de salvar a sus hermanas, al menos a las que seguían siendo leales. También podría impedir que Reagan, Etta, Hazel y Bailey se perdieran en las profundidades de aquel engaño.

Al ver que el sol se asomaba por las ventanas polvorientas, Vivi suspiró largamente y sacó el celular. Le sorprendió descubrir que tenía un mensaje nuevo. Tal vez era de Mason; a veces le enviaba mensajes tiernos cuando se desvelaba estudiando.

La cruda realidad fue como una daga. Claro que no era un mensaje de Mason.

Vivi hizo una mueca de dolor al recordar la expresión de Mason justo antes de irse. Desde que lo conoció, solo había sido generoso, paciente y comprensivo. La única vez que él le pidió que lo apoyara, la única vez que de verdad la necesitaba, ella lo dejó plantado.

Era un mensaje de Ariana para invitarla a desayunar en el invernadero cuando despertara. A pesar del agotamiento, Vivi sonrió. Pasar el rato con Ariana siempre la hacía sentir mejor, sin importar nada. No se tomó la molestia de cambiarse la pijama, sino que fue directo al invernadero, caminando de puntitas sobre los tablones para evitar que los

crujidos despertaran a las demás.

Para su sorpresa, Ariana no era la única que la estaba esperando. De un lado de la mesita de cristal del patio central del invernadero había tres sillas, y una única silla del lado opuesto. Ariana, Sonali y Jess estaban sentadas juntas, como si fueran a entrevistarla para un trabajo, pero rodeadas por los frondosos helechos que habían plantado sus hermanas mayores.

No había comida por ningún lado, solo una charola de té y una taza humeante que la esperaba junto a la silla vacía que estaba frente a las demás.

—¿Qué está pasando? —preguntó con la voz somnolienta de quien pasó una pésima noche.

—Es una intervención —dijo Jess, sin andarse con rodeos.

—¿Qué? —Vivi se les quedó viendo, sin poder creerlo. Sonali se veía muy incómoda y tenía la espalda bien erguida. Ariana se veía resignada y tenía los labios apretados.

—Has estado actuando muy raro últimamente —dijo Ariana—. Y estamos preocupadas por ti.

—Pues claro que he estado actuando raro —contestó Vivi—. Todas hemos estado actuando raro. ¿Qué otra cosa vamos a hacer si nos arrebataron una parte de nosotras?

—Mira, esta situación nos tiene tan desesperadas como a ti —dijo Sonali—. Pero *ninguna* de nosotras se escabulle por las noches para ir a las fiestas de las sororidades rivales.

A Vivi se le revolvió el estómago.

—No es lo que creen.

—¿Ah, no? —Jess le mostró la pantalla de su teléfono. Era el perfil de Instagram de una de las integrantes de Theta, que había subido una foto de Vivi y Rose acurrucadas en la cocina de Theta, con vasos en mano y riendo—. ¿Cómo explicas esto entonces?

—Mientras nosotras nos partimos el lomo día y noche en la biblioteca, haciendo lo que ordenó *tu* hermana mayor, aunque no estemos de acuerdo con ella, ¿tú te vas de fiesta? —dijo Sonali.

—Estoy segura de que debe haber una explicación —contestó Ariana, mirando a Sonali con gesto suplicante, como si de antemano hubieran acordado darle a Vivi la oportunidad de defenderse.

—Claro que la hay —contestó Vivi con frialdad—. Fui a buscar pistas. ¡No hice nada malo!

—¿Y por qué no nos dijiste nada? —preguntó Jess, como la reportera de investigación que era—. Si sospechabas de alguien de Theta, ¿por qué

no nos dijiste algo?

—¿Qué más da? —preguntó Vivi, entre indignada e incrédula. Era inaceptable que la trataran así; una broma de mal gusto—. Estaba tratando de ayudarlas y me tratan como si fuera una traidora. ¿Por qué no dicen nada de Reagan y Etta y las demás? Las que *sí* traicionaron a Kappa.

Jess frunció ligeramente el ceño. La partida de Etta le había dolido muchísimo. Pero se recompuso y continuó con el interrogatorio.

—Ellas no ocultaron nada y fueron honestas al decir que se iban. Pero he de confesar que tu actitud misteriosa me parece problemática, Vivi.

Era tan injusto que Vivi no sabía si podría soportarlo. Vivi se había esforzado mucho. ¿Creían que pasar tiempo en la biblioteca era difícil? ¿Por qué no intentaban infiltrarse a un aquelarre enemigo y volver sin un rasguño? Ella estuvo frente al altar de Rose y volvió a ver la magia. La sintió. Sus hermanas no entendían lo que eso implicaba.

—No entienden —dijo y echó la silla hacia atrás para ponerse de pie.

—Pues explícalo —contestó Ariana con voz suplicante.

Sonali resopló.

—No va a reconocer nada. Es mini Scarlett y cree que no tiene que darnos explicaciones a las simples mortales.

—Me largo —dijo Vivi. No quería seguir perdiendo su tiempo, tenía muchas cosas que hacer y pistas que seguir para recobrar la magia de todas. Sonali se levantó para bloquearle el paso—. ¿Qué diablos crees que haces? —le preguntó Vivi—. *Quítate*. —Entonces Jess se levantó y se puso junto a Sonali—. Quítense de mi camino.

Vivi trató de escabullirse, pero Ariana la agarró del brazo.

—Vivi, por favor, tratamos de ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿De qué hablan?

—El semestre pasado no me di cuenta de que mi hermana mayor estaba actuando raro —contestó Ariana en voz baja y acercándose a Vivi —. No quiero volver a cometer ese error.

Vivi se sintió asfixiada. Ni siquiera tenía espacio para *respirar.*

—¿De qué demonios hablas? —exclamó y se zafó con más fuerza de la que pretendía usar—. Tiffany estaba usando magia maligna para matar a otras brujas. Yo estoy tratando de ayudarlas a recuperar la magia.

Ariana guardó silencio y se le quedó viendo a Vivi con los ojos bien abiertos. «Está asustada», intuyó Vivi. A pesar de su supuesta superioridad moral. Su amiga tenía miedo. «¿De lo que pueda pasarme?», se preguntó. «¿O de mí?».

—Dinos algo, por favor —le suplicó Ariana finalmente, con voz muy queda—. Tú no eres así. Sé que te está pasando algo.

Vivi las miró una por una. Estaban paradas juntas, con los brazos extendidos y las palmas hacia afuera. Al parecer, su cuerpo se había preparado instintivamente para conjurar hechizos protectores con magia que ya no tenían.

«Las tres me tienen miedo».

—No, ustedes *díganme* qué les está pasando —dijo Vivi, con voz ligeramente temblorosa—. Me trajeron aquí para atraparme, ¿verdad? Creen que voy a hacer lo mismo que Tiffany y que voy a empezar a matarlas para robarles su poder, ¿verdad?

Sonali miró a Jess con expresión ansiosa, y luego miró a Vivi.

—No es tu culpa. Scarlett y tú no sabían lo que iba a pasar cuando destruyeran el talismán. Pero, si está pasando algo malo, queremos ayudarlas. Asegurarnos de que no lastimen a nadie… ni a ustedes mismas.

Vivi se le quedó viendo sin entender, hasta que le cayó el veinte y se le escapó una risotada amarga que hizo eco en el invernadero.

—¿Creen que *soy* el demonio? ¡Ay, Dios! —Empezó a dar vueltecitas, mientras meneaba la cabeza. Había hecho muchísimas cosas para ayudar a esas chicas a quienes consideraba sus hermanas porque quería ayudarlas, *salvarlas.* Incluso había arriesgado su *vida* al enfrentarse a una sororidad rival que tenía magia. Todo por sus queridas Ravens.

¿Y así le pagaban? ¿Emboscándola? ¿Acusándola de enmascarar una maldad oculta?

—Escucha, Vivi… —dijo Ariana.

—Ni te molestes —la interrumpió Vivi—. No tienen nada que temer porque me largo. —Antes de que pudieran tratar de detenerla, abrió la puerta del invernadero y la azotó con tal fuerza al salir que los paneles de cristal se estremecieron.

No importaba lo que pensaran de ella. Recuperaría la magia de todas, y entonces le suplicarían de rodillas que las perdonara.

Aunque no lo merecieran.

Empezó a llover tan pronto puso un pie afuera. Alzó la mano de forma instintiva e hizo un movimiento para repeler el agua, pero entonces se acordó. Sin su magia de Pantáculo, no tenía control alguno sobre los elementos.

«Por ahora».

Pronto lo recuperaría.

Se arropó lo mejor posible con la chaqueta y caminó deprisa por enfrente de las otras fraternidades, con sus fachadas de tablones y letreros descarapelados, hasta llegar a la única otra construcción destacada en la avenida.

La casa de las Theta le pareció incluso más grande de lo que la recordaba. A la luz del día, las torres se veían más altas y los escalones de piedra eran más imponentes con la humedad de la lluvia. Los subió de dos en dos, pues estaba ansiosa por emprender el camino que había elegido de una vez por todas.

Antes de llegar al último escalón, la puerta delantera se abrió hacia adentro por sí sola, lo cual en otro momento habría asustado o al menos sorprendido a Vivi, pero en esta ocasión era una simple confirmación de que estaba haciendo lo correcto.

Vivi cruzó el umbral, y sus pasos en el piso de mármol hicieron eco al rebotar contra los altos techos de piedra. Se quedó quieta un instante, sin saber bien qué hacer, con los jeans empapados y goteando.

Abrió los ojos como platos al ver que los charquitos se evaporaban y secaban por sí solos. No habían pasado ni veinticuatro horas desde la última vez que había estado ahí, pero se notaba que las brujas novatas iban mejorando su técnica.

Junto a la puerta había un perchero que lo único que tenía era una toalla blanca esponjosa.

Miró a su alrededor; el vestíbulo estaba vacío, así que Vivi se encogió de hombros y agarró la toalla para secarse el cabello y los hombros. Se tapó la cara con ella y absorbió el aroma a lavanda y miel. Aunque no hubiera nadie a su alrededor, Vivi alcanzó a ver que estaba encendida la chimenea del salón, y la seducción del calor bastó para atraerla.

No había indicio alguno de la bacanal de la noche anterior, ni un vaso rojo ni una sola mancha en los sofás. Aunque eso por sí solo pudiera ser indicio de magia, Vivi seguía sin asociar los cojines cursis con la magia.

Alguien carraspeó a sus espaldas. Al voltear, encontró a María, observándola con una sonrisita satisfecha. Había predicho que Vivi elegiría ese camino, y había acertado.

Lentamente, Vivi colgó la toalla de nuevo en el perchero, sin quitarle la vista de encima a María ni un segundo, y luego la enfrentó con la espalda bien erguida.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—¿Qué cosa? —dijo María, fingiendo ignorancia. Vivi se cruzó de brazos. Aunque era obvio que María sabía todo sobre la brujería de Kappa, el orgullo le impedía enunciar las palabras. Necesitaba que ella lo hiciera primero—. Mira, yo sé que contigo no hay que jugar juegos. No necesito demostrarte nada. Sabes que tengo lo que ansías.

—Si es así, entonces lo disimulas *muy* bien. Qué bonitos cojines, por cierto —dijo Vivi en un tono que evidentemente había aprendido de Scarlett—. Tú eres la que ansía que me una a Theta. ¿Cómo sé que me vas a dar lo que quiero?

María soltó un resoplido.

—Si eso es lo que quieres, está bien. Pero ten cuidado con lo que deseas.

Tronó los dedos, y el sofá empezó a arder en llamas.

Vivi estuvo a punto de recular, pero se controló justo a tiempo. No podía vulnerarse frente a María ni dar indicios de que sus nuevas habilidades mágicas la impresionaban o intimidaban. Cualquier bruja de fuego habría hecho lo mismo entre sueños. Pero el olor era distinto, inadecuado. Detrás del olor a humo y tela quemada, Vivi detectó trazas de algo excesivamente astringente y dulce, como fruta podrida. ¿Era… magia robada?

Las flamas crecieron y se volvieron más erráticas. Por un instante, María se veía conflictuada, como si tuviera que usar todas sus fuerzas para impedir que el resto de la casa se quemara. El humo hizo que a Vivi le ardieran y lloraran los ojos. Los cojines en llamas se alzaron por los aires lentamente, flotaron un instante y explotaron, lanzando bolas de ceniza oscura. Sin embargo, en lugar de caer al suelo, las cenizas empezaron a girar en el aire y a convertirse de nuevo en cojines, aunque estos eran negros, en vez de rosas y verdes. Y, en vez de la frase VIVE, AMA, RÍE, ostentaban las palabras ENCANTAMIENTO, HECHIZO, MALDICIÓN.

Vivi no pudo contener la risa.

—De acuerdo.

—¿Aceptas ser una de nosotras? —preguntó María y tronó los dedos de nuevo. Las flamas se apagaron, pero el sofá no quedó intacto. Vivi tendría que enseñarle mejores trucos.

—Sí, acepto.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Scarlett

Se agazapó en los arbustos que estaban junto a la casa de PiKa. Se sentía como una acechadora, pero ¿de qué otro modo iba a resolver el misterio? Ninguna de las chicas de Theta le diría la verdad sobre Xavier. Aquella mañana, en el comedor, Scarlett intentó emboscar a Spencer, una de ellas. Como respuesta, Spencer le dio la invitación para irse a volar más grosera del mundo.

Le había estado escribiendo a Vivi toda la mañana para poder hablar y hacer una estrategia, pero sus mensajes no tuvieron respuesta. Vivi debía estar ocupada con su propia misión de reconocimiento. Después de la fiesta de Theta, Scarlett recibió un mensaje tan breve como críptico. «En el camino correcto. Más mañana».

Solo esperaba que lo que Vivi descubriera fuera más sencillo que su propia misión. Se movió un poco para aliviar los calambres en sus piernas.

Conocía muy bien el escondite. Tiempo atrás, se escabulló ahí con Mason un par de veces, durante las fiestas de PiKa, cuando querían un poco más de privacidad. Era muy difícil avistar a alguien en el estrecho nicho y tenía una buena vista del pórtico delantero.

Hasta ese momento, media docena de hermanos PiKa habían pasado frente a ella, de regreso a casa o de camino a disfrutar de la noche.

La mayoría, a juzgar por el cabello relamido y la estela de loción que dejaban a su paso, tenía planes de circular por los bares del centro o buscar una de las múltiples fiestas que habría en el campus de Westerly.

Por supuesto, la fiesta de Theta sería el destino más popular, un hecho que irritaba a Scarlett casi tanto como el lodo en el que se hundía de a poco.

Movió los pies, los sacó del limo y se recargó sobre el costado de la casa con un suspiro.

Y no había señales de Xavier.

«Debe seguir adentro». No tenía clases ese día. Había confirmado, por medio de un encuentro casual con otro hermano de PiKa, que Xavier estaba dentro de la casa. Había estado apostada ahí afuera desde entonces.

Oyó a una pareja discutir en la calle y a otro chico maldecir al interior de la casa. Todo el campus se sentía nervioso, como un barril de pólvora a punto de estallar.

No pudo evitar pensar en la Puerta al Hades. ¿Era esa la causa de toda la rabia y la ansiedad? ¿Estaba haciendo que la gente se enfrentara?

Los pies le palpitaban, aun con sus sensatos zapatos de piso.

Lo que no daría por poder conjurar siquiera un pequeño hechizo, algo para sacar a Xavier de la casa. «O para curarme las ampollas».

Contuvo la respiración cuando la puerta de la casa volvió a abrirse. Luego, se preparó para una nueva decepción, para que alguno de los otros miembros de PiKa saliera a la calzada, como lo habían hecho ya más de diez veces.

Un momento después, alcanzó a ver los distintivos hombros caídos de Xavier. «Por fin».

Siguió conteniendo la respiración mientras Xavier cruzaba la calle. Lo vio mirar por encima de su hombro y, por un angustiante momento, se lanzó al suelo, convencida de que la había visto. Cuando se atrevió a asomarse desde los arbustos otra vez, Xavier se alejaba, hacia el campus principal de Westerly, con una mochila al hombro.

¿A la biblioteca a estudiar?

«¿O a atraer a más estudiantes inocentes a su trampa?».

Estaba por descubrirlo.

Se apresuró a subir los escalones hacia la puerta de la Casa PiKa. Sabía muy bien cuál sería la recámara de Xavier, era la misma que Mason había abandonado el semestre anterior, la habitación hacia la que se escabulleron durante casi toda su relación.

Por alguna razón, y aunque apenas habían terminado a principios del año, todo eso parecía estar en una vida pasada, en la vida de una Scarlett muy distinta.

«Una Scarlett que aún tenía magia», no pudo evitar pensar.

Había aprendido muchas cosas ese semestre. Encontró otros tipos de fuerza. Tenía que recordarlo.

Subió los escalones de dos en dos. No tenía un pretexto a la mano,

pero estaba bastante segura de que su estatus de presidenta de Kappa le valdría un indulto si algún hermano de Kappa la encontraba husmeando, pero, si Xavier volvía antes de lo esperado…

Tendría que hacerlo rápido.

Dejó que su memoria muscular la llevara hasta la tercera puerta del segundo piso. «Cerrada». Por suerte, había instalado un mecanismo de respaldo para Mason en su segundo año, cuando no dejaba de perder sus llaves. Se arrodilló y le dio unos golpecitos a la moldura floja que estaba junto a los tablones del piso.

Justo como lo esperaba, un pedazo de madera se soltó de la moldura y, escondida detrás, estaba la copia de la llave que había hecho.

Procuró no cantar victoria. Metió la llave a la cerradora. Podrían haberla cambiado cuando Xavier se mudó.

Giró con facilidad; Scarlett exhaló, aliviada. A toda prisa, entró a la habitación y le puso el seguro a la puerta.

A primera vista, se parecía a cualquier dormitorio en el campus, si acaso demasiado limpio para un estudiante universitario. La cama estaba tendida con precisión militar, el escritorio parecía una MacStore miniatura, y los únicos libros que alcanzó a ver estaban en las repisas, acomodados en orden alfabético.

Xavier, sin duda, era distinto a todos los demás miembros de PiKa. Hasta Mason, que era bastante pulcro, solía tener media docena de libros de historia abiertos por toda la habitación, listos para que encontrara alguna referencia en cuanto la necesitara.

Nada le resultó sospechoso de inmediato. Comenzó con el librero. Los libros eran todos de clases que reconocía: economía, cálculo… De hecho, la repisa era tan normal —libros sin orillas dobladas, ninguna novela ni ciencia popular para leer por diversión— que comenzó a parecerle extraño.

¿Qué estudiante tenía sus libros como si siguieran en los estantes de la librería?

Sobre el escritorio, la computadora de Xavier zumbaba en modo de reposo. Scarlett presionó la pantalla y se encontró con la solicitud de una contraseña. Una vez más, habría dado lo que fuera por tener su magia. Un encantamiento habría hecho que sus huellas digitales fueran idénticas a las de Xavier y podría desbloquear el equipo.

En cambio, hurgó en los cajones del escritorio. Tenía el presentimiento de que alguien tan organizado y competente como Xavier no dejaría nada tan obvio como una libreta con contraseñas en un cajón, pero una nunca sabía.

Encontró su agenda, pero era ilegible: la letra era retorcida y ni siquiera formaba palabras completas. Intentó leerla con los ojos entrecerrados durante un minuto hasta que lo entendió. Había visto escritura así antes, en las notas del despacho de su madre. «Taquigrafía». Marjorie aprendió a hacerlo en la escuela, pero, con las computadoras siempre a la mano, ya nadie lo enseñaba (algo de lo que Marjorie se quejaba *ad nauseam*).

¿Por qué alguien de la edad de Xavier aprendería taquigrafía? ¿Y por qué la usaría en su agenda escolar?

Forzó los ojos e intentó leerla. Unas páginas atrás, en la fecha de la reunión de exalumnas, escribió: «Scrt». ¿Se refería a ella? ¿Scarlett? No pudo leer el resto. La mitad de las letras eran en realidad solo líneas que apuntaban en distintas direcciones.

Le tomó una fotografía a la página.

Revisó el resto de la agenda, pero no encontró nada que se pareciera a una contraseña.

Estaba a punto de devolverla al cajón cuando algo más le llamó la atención: una cámara, justo a un lado de la agenda.

Miró hacia la puerta por encima de su hombro —la casa de los PiKa seguía en silencio— y sacó la cámara. La encendió. Lo primero que apareció en la pantalla fue una fotografía de ella. Scarlett respiró hondo y estuvo a punto de tirar la cámara.

La tomó el día en que ella intentó hablar con él en los jardines. En la fotografía, Scarlett estaba con Jackson y discutía con él. Jackson tenía una expresión de rabia, intentaba alejarse, y ella buscaba tomarlo del brazo.

Así que Xavier la estuvo observando también, todo el tiempo.

El corazón se le aceleró. De pronto, el silencio en la casa se tornó demasiado sospechoso. Si Xavier volvía y la encontraba, ¿podría gritar? ¿Había alguien más en la casa? ¿Alguno de los otros chicos la oiría y acudiría?

Tragó saliva con trabajos. «Está bien. Lo viste salir». Estuvo en su recámara todo el día, no tendría prisa en volver.

De cualquier modo, se levantó de la silla y siguió pasando las fotografías en la cámara.

Encontró imágenes de todas las Ravens. Mei asoleándose en el jardín trasero de la casa. Etta saliendo de una tienda del centro con bolsas al hombro. Juliet y Jess tomadas de la mano en una mesa de un restaurante, una noche de cita. Hazel corriendo a la orilla del río al amanecer.

Y de Vivi con Rose en la panadería. Vivi de nuevo, en la reunión de

exalumnas, pero no se veía bien, no era la Vivi alegre y exuberante que Scarlett recordaba. En la fotografía, tenía una expresión tensa y de angustia, y el brazo… le sangraba.

¿Cuándo se lastimó Vivi en la reunión? Scarlett no lo recordaba. Si había algo que las imágenes demostraban, además de que Xavier *no* era un típico chico de fraternidad, era que Scarlett había pasado por alto muchas cosas que ocurrían a su alrededor. Uno más a la enorme lista de fracasos de su presidencia.

Un tablón crujió sobre su cabeza. Con un jadeo, devolvió la cámara al cajón y lo cerró. Se quedó congelada en el centro de la habitación de Xavier, sin respirar, con el corazón martillándole el pecho.

Otro crujido, seguido de una risa lejana. Una voz de hombre. Solo otro PiKa en su propia habitación. Los hombros se le relajaron un poco.

«Apresúrate».

Necesitaba más. Las fotografías eran perturbadoras, pero podía tratarse de un pervertido cualquiera, no necesariamente un demonio. Necesitaba más que las imágenes.

Necesitaba pruebas de que Xavier utilizaba magia oscura, de que sabía sobre la Puerta al Hades, del talismán de Henosis. Cuadró los hombros y examinó la habitación. La computadora había sido un fracaso; no iba a poder hackearla. Scarlett conocía sus límites.

El armario primero. Estaba tan ordenado como el escritorio y el librero: toda la ropa de Xavier estaba colgada en perfectas hileras. Tenía diez playeras idénticas y dos pares de jeans, unos claros y unos oscuros. Una bolsa de cuero colgaba de un costado del armario. El corazón le dio un vuelco a Scarlett, pero solo contenía plumas y un paquete de goma de mascar.

¿A los demonios les gustaba la goma de mascar?

Sacudió todo el cuerpo, devolvió la bolsa a su lugar y cerró las puertas del armario.

La cama después. Movió el edredón y miró a su alrededor. Luego se arrodilló en la alfombra, estaba segura de que Xavier la había limpiado al vapor, solo así podía estar tan limpia una alfombra de dormitorio universitario, y se asomó por debajo de la cama. Un par de contenedores de plástico le llamaron la atención. Sacó uno y se quedó helada.

A través de la tapa transparente, podía ver una pila de lo que parecían ser libros. Pero eran distintos a los que estaban en el librero, más viejos, con tapas de cuero y sin títulos.

Abrió la tapa y sacó el primer libro. Abrió la portada y casi la tiró al instante.

La portadilla estaba impresa en una letra antigua, con caracteres ornamentados, pero fáciles de leer. «Detectar señales de las brujas».

Sintió la bilis en la garganta. Necesitaba salir de ahí, pero necesitaba también le urgía evidencia de qué era lo que Xavier estaba haciendo. Volvió a tomar su teléfono y tomo una fotografía de la página, luego pasó al índice. «Elementos de la magia oscura», «Variedades de brujas y sus debilidades». Por último, cerca del fondo de la página «Metodologías para la eliminación de las brujas».

Tomó otra fotografía, luego tomó el siguiente libro. Todos eran similares. No eran grimorios ni manuales para usar magia, pero quizás un demonio no necesitaba aprender a utilizarla. Quizás solo necesitaba saber cómo encontrar brujas y cómo… ¿robarles sus poderes? «¿Eliminarlas?».

Sentía la garganta tensa, las manos sudorosas. Estaba por devolver los libros al contenedor cuando vio algo más debajo de la cama.

Una daga larga y delgada. La adrenalina le corrió por todo el cuerpo.

Las marcas en la hoja de la daga y en el mango eran runas que su madre le había enseñado a leer casi al mismo tiempo que aprendió a leer en su propia lengua. Fue la primera lección que aprendió el día en que su madre le explicó que era una bruja.

«Si llegas a ver estas marcas, en cualquier lugar…». Podía oír la voz de su madre como si hubiera sido ayer. «Corre».

Batalló para ponerse de pie, sin siquiera tomarse la molestia de cerrar el contenedor. El cuarto se hizo borroso; el pánico se apoderó de ella.

Xavier no era un demonio. Los libros cobraron un repentino y terrible sentido de golpe. También las fotografías, la forma en que Xavier se enfocó en las Ravens, en todas ellas.

«Es un cazador de brujas».

No se preocupó por borrar su rastro. El instinto se apoderó de ella. «Vete de aquí. Ya, ya, ya», le gritaba su cerebro. Corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón. El pasillo estaba oscuro, las luces en el techo parpadeaban. Las puertas de todas las demás habitaciones estaban cerradas. No podía oír a nadie en el piso de arriba. No había reconfortantes voces lejanas de otros chicos de PiKa.

«Estás bien», se dijo. «Es solo una escalera». Luego podría irse a casa. Kappa estaba del otro lado del prado. Correría hasta allá y les contaría todo a sus hermanas. Lo resolverían juntas.

Pero, primero, tenía que moverse.

Se mantuvo pegada a la pared en el pasillo, donde los tablones

hacían menos ruido. Corrió de puntitas a la escalera. Cada cierto número de pasos, miraba por encima de su hombro. La casa estaba oscura, vacía. Su única compañía era el parpadeo de los focos.

Su teléfono vibró.

Era Marjorie.

Lo apagó.

Llegó al fin a los escalones y los bajó de dos en dos, casi corriendo. No le importaba si otro PiKa la veía y se preguntaba qué ocurría. Solo necesitaba escapar, salir al aire fresco, donde podría aclararse la cabeza.

Llegó a la planta baja y corrió a la puerta principal. La jaló, lista para salir disparada de la casa y hacia la libertad.

En cambio, se encontró de frente con el cazador de brujas.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Vivi

Al parecer, Vivi se uniría a Theta de inmediato. Después de decirle a María que aceptaba, su nueva presidenta la llevó al piso superior, donde al parecer las otras hermanas la estaban esperando. Mientras subía los escalones de piedra, Vivi inhaló profundo y sonrió al percibir el familiar aroma ahumado que ponía en alerta todas sus terminaciones nerviosas. Sentía que había vuelto a la vida, que había despertado por primera vez en varios días.

Cuando entraron al salón común, las Theta la recibieron con aplausos y ovaciones, en particular Reagan y Bailey. La calidez de esa sororidad se sentía hasta en el alma. Aquello era completamente distinto de su iniciación en Kappa, porque ahí tuvo que ganarse su lugar y demostrarles a Scarlett y a las demás su valía en más de una ocasión.

Vivi no lograba sacudirse la sensación de que algo no estaba bien. Miró a su alrededor; era como una versión circense de Kappa; sin duda había magia, pero algo no terminaba de encajar. Cuando Spencer corrió a abrazarla, Vivi notó que había conjurado un encantamiento para convertir su larga cabellera rubia en cabello negro y corto, como hacía Mei a veces. A diferencia de los rizos tersos y brillantes de Mei, el cabello de Spencer se veía un poco borroso, como un canal de televisión que se quedó sin señal. Cuando se movía, Vivi alcanzaba a ver destellos rubios que trataban de escapar. Era lógico, dado que no tenían tanta experiencia con la magia. Vivi ansiaba ayudarlas. Por primera vez, sería la que sabía más que las demás.

—Nos tardaremos un poco en organizar tu ritual de iniciación —le dijo María—. ¿Por qué no descansas un rato? Rose te llevará a tu habitación.

Rose avanzó de un brinco, la tomó de la mano y la jaló hacia las escaleras con tanto entusiasmo que Vivi se sintió un poco culpable por la forma en que actuó en la fiesta.

—Oye, perdón por desaparecer anoche. No debí entrar a tu cuarto sin permiso…

—No tienes que disculparte —la interrumpió Rose con una sonrisa —. María me explicó todo. Si era necesario para que te convencieras, qué bueno que lo hiciste. —La llevo por un hermoso pasillo con papel tapiz de flores azul oscuro. Rose agitó una mano, y entonces se abrió una puerta al final del pasillo—. Este es tu cuarto —le dijo, orgullosa de haber demostrado sus habilidades.

—Genial —Vivi sonrió, sin poder contener del todo a la serpiente envidiosa que le reptaba en el vientre. Se sentía como una persona famélica a la que obligan a ver un concurso de comer pasteles. Las ansias de hacer magia le provocaban dolor. La necesitaba para volver a ser quien era, para protegerse de la oscuridad que sentía que se avecinaba.

—Échale un vistazo y relájate. Te avisaremos cuando sea hora —le dijo Rose con dulzura y se fue, no sin antes cerrar la puerta.

María le había asignado una habitación en una de las cuatro torretas que se erigían en los extremos de la casa. Tenía su propia chimenea, un balcón de piedra más grande que el que tenía Juliet en Kappa, y techos tan altos que la luz tenue del techo apenas iluminaba los detalles de las vigas de madera.

También era más frío que su cuarto en Kappa. Era como si la piedra absorbiera el calor del ambiente, pero supuso que por eso tenía una chimenea. Cuando tuviera su magia, lo resolvería con tan solo tronar los dedos. Sin embargo, al acomodarse en la cama, la embistió la nostalgia de su verdadero hogar. No quería recuperar su magia para arreglar ese cuarto; quería romper la maldición que aquejaba a las Kappa y devolverles sus poderes a sus hermanas para que todo volviera a la normalidad. Bueno, tal vez no del todo. Si Vivi era la primera en recuperar sus poderes y los usaba para ayudar a otras Kappa, jamás volverían a dudar de ella ni a tratarla con condescendencia.

Sabía que debía mantenerse alerta hasta que las Theta demostraran que cumplirían su parte del trato y le devolvieran su magia. Pero, por alguna razón, quería confiar en ellas. Scarlett la había enviado a la boca del lobo por sí sola, pero, en vez de peligro, Vivi encontró chicas agradables y amorosas. Esas chicas no la trataban como si fuera inferior porque no sabía cómo funcionaba la magia.

En el baño exclusivo para ella, Vivi encontró lujosas toallas

esponjosas y una amplia gama de productos de baño sofisticados cuyos aromas le hicieron recordar lo que sabía sobre pociones: cardo, rosa, hierba de San Juan, lavanda. Se tardó más de lo habitual en la ducha, pues extrañaba el vapor cálido de un buen baño. En los últimos días, la plomería de la casa de las Kappa había empezado a fallar, así que casi nunca tenían agua caliente. Cuando salió de la ducha, vio que le habían dejado ropa limpia en un sillón: jeans negros con textura vinílica y una camiseta negra. No acostumbraba vestirse así. Pero, por otro lado, Vivi estaba ahí porque ya no quería ser quien había sido.

Quería ser otra persona. Una persona más fuerte. Sin miedo.

Se puso los jeans que se ajustaron a sus curvas como si estuvieran hechos a la medida, y luego se puso la camiseta que se ciñó a su torso a la perfección.

La joven del espejó parecía una chica Bond, peligrosa y misteriosa. Vivi apenas se reconoció a sí misma.

Le gustaba.

Imaginó cómo reaccionaría Mason al verla vestida así. ¿Se daría cuenta del error que cometió al dejarla ir? ¿Qué haría si la veía bailando en una fiesta con sus nuevas hermanas, moviendo las caderas, echando la cabeza hacia atrás al perderse en la música? ¿La extrañaría tanto que estaría dispuesto a darle una segunda oportunidad? Claro que Mason no asistía a muchas fiestas. Si Vivi quería que la viera vestida así, tendría que ir vestida así a la biblioteca… un viernes a las nueve de la noche, pues era el momento en el que Mason «se concentraba mejor».

Sintió un aguijonazo de tristeza al recordar las ocasiones en las que le llevó café y dulces de contrabando a la sala de libros antiguos. Recordó cómo se le iluminaba el rostro a Mason al verla, aunque fuera un ratito. ¿Cómo podría recuperar eso? ¿Cómo podría reparar todo el daño que le había hecho?

Quince minutos después, Etta y Bailey subieron a buscarla para llevarla de nuevo a la sala común.

—¿No estás emocionada? —le preguntó Etta mientras cruzaban el pasillo. No paraba de dar brinquitos y se veía especialmente entusiasmada, lo cual no era muy común en ella—. Tomaste la decisión correcta. Te lo prometo.

—Sí, lo sé —contestó Vivi—. ¿Cuánto tardaron en recuperar su magia?

Etta y Bailey intercambiaron miradas cómplices.

—No tenemos permitido hablar de eso hasta después de tu iniciación —contestó Bailey con una voz serena que a Vivi le pareció

inusual. Hasta cuando estaba de buenas, Bailey era muy contenida.

—Vas a ser muy feliz aquí —agregó Etta y le tomó la mano—. Aquí las chicas son muy agradables y amorosas. Siento como si siempre hubiera sido parte de Theta.

Bailey asintió con fervor.

—Y María es lo máximo. Te va a encantar. De hecho, le *fascina* que la gente sugiera cosas. Dice que las mejores ideas vienen de los lugares más inesperados.

—Qué bien —dijo Vivi y volvió a comparar aquello con el juramento y la iniciación de Kappa, desde la invitación que llegó sin esperar respuesta hasta las bengalas que solo se encendían si eras digna. Lo que había aprendido en Kappa se basaba en la idea de que se nacía siendo bruja; la magia era una herencia, no algo que pudieras ganar con esfuerzo… ¿Y si había otra forma? ¿Acaso no debía estar al alcance de cualquiera que se esforzara y la usara para hacer el bien? Quizá sus futuras hermanas eran brujas novatas, pero estaban ansiosas por usar sus nuevos poderes para que Vivi se sintiera bienvenida e incluida.

Al seguir a Etta y Bailey por las escaleras, se dio cuenta de que quizá estaba subestimando el poder recién adquirido por las Theta. En apenas una hora, la planta baja se había transformado en algo completamente distinto. En lugar del vestíbulo por el que entró, ahora había un bosquecillo. A ambos lados del salón había árboles, bajo sus pies se extendía una alfombra esmeralda de pasto aterciopelado. Había algunos hongos y líquenes en el pasto y los troncos de los árboles, así como florecitas que abrían por las noches y que parecían resplandecer bajo la luz tenue.

Una ligera brisa le cosquilleó la nuca y la hizo estremecerse. Vivi se frotó los brazos al sentir el aire fresco y al ver que su respiración se condensaba frente a ella.

A su lado apareció una figura encapuchada, lo cual la sobresaltó.

La capucha le cubría los ojos, así que lo único que Vivi alcanzó a distinguir fueron unos labios rosas. Supuso que sería Rose, o quizá otra chica de la sororidad.

—¿Estás lista, iniciada? —le preguntó con una sonrisa y de la manga de su túnica sacó una rosa que le entregó a Vivi.

Vivi se enderezó. No se dejaría intimidar por el dramatismo de la ceremonia.

—Estoy lista —contestó, orgullosa de la firmeza de su voz.

—Sígueme. —Con cada paso que daba, su túnica emitía un ligero zumbido al rozar el pasto.

Vivi la siguió sin poder resistir las ansias de acariciar los troncos de los árboles.

Todo parecía muy real. El pasto, los troncos de los árboles. Incluso olía como un bosque húmedo y terroso. El aroma la hizo ansiar más que nunca su magia de Pantáculo, tanto que el estómago le rugió. El apetito de magia era abrumador. No, no era apetito. Era una necesidad básica.

Estaba a punto de tener el poder. A punto de estar completa de nuevo. «A salvo».

Frente a Rose, el pasillo convertido en bosque dio paso a un espacio circular, enmarcado por hongos grandes, luminosos y grises, como trocitos de luna esparcidos en el pasto. Al mirar hacia arriba, Vivi descubrió que no se alcanzaba a ver el techo ni ningún otro indicio de que estuvieran en la casa de Theta. Solo se veía el cielo despejado, la luna llena y estrellas. Millones y millones de estrellas, como una gruesa sábana estelar que cubría la habitación.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para salir del trance y dejar de mirar el techo.

Otras siluetas encapuchadas la esperaban. Todas las integrantes de la sororidad habían ido a su iniciación. Formaban un círculo y tenían la cabeza gacha. El círculo se abrió para permitirle a Rose que se integrara. Una de las integrantes más altas, que se distinguía de las demás por su corona de espinas puntiagudas, le hizo una seña a Vivi para que avanzara hacia el centro.

Ya no sabía quién era quién. Supuso que la de la corona era María, pero ninguno de los detalles tenía la menor importancia ya, porque estaba a punto de obtener lo que más ansiaba.

Vivi sintió que la magia quería alcanzarla, quería volver a circular por sus venas. Sin ella, no tendría forma de defenderse. Solo sería una chica sin hogar que iría por la vida sin propósito, como antes de llegar a Westerly. La magia era lo único que podía protegerla de gente maligna, como Tiffany, pero sobre todo de los demonios que acechaban el campus.

Recordó la Puerta al Hades que estaba bajo la casa de las Kappa. Recordó el tremor que intentó succionar a Scarlett. No podía combatir eso sin poder. Aunque las Ravens estuvieran enojadas con ella, no sabían el peligro que enfrentaban. No podía dejarlas a su suerte.

Con la fuerza que obtendría al ser una Theta, Vivi salvaría a Kappa y detendría al demonio empeñado en destruirlas.

Vivi se acercó, con la cabeza en alto. Una vez que llegó al centro, las demás cerraron filas.

—Iniciada —dijo otra vez. Era la de María, pero, al voltear a

buscarla, no logró identificar quién de ellas era ni quién había hablado. La voz parecía venir de todas partes y de ninguna a la vez—. Al unirte a nosotras el día de hoy, juras entregarte en mente, cuerpo y alma a este círculo. De ahora en adelante, nuestro poder es tu poder. Tu poder es nuestro. Somos una.

—Somos una —repitieron las demás. El círculo hablaba al unísono, como un solo ente, Vivi percibió que la vibración de esa voz retumbaba en su pecho—. Somos una. Somos una…

—Si aceptas estos términos, toma entonces tu túnica. Haz el juramento, como lo han hecho aquellas ante quienes te presentas hoy. —La silueta con la corona apuntó con la cabeza, y Vivi la siguió con la mirada. Había una túnica oscura en el suelo. Vivi hizo una pausa, avanzó para levantarla y la cambió por la rosa. Luego se echó la prenda pesada por encima de los hombros y emitió un suspiro de alivio al sentir el calor que la protegía del frío—. Repite este juramento —dijo la figura de la corona. Entonces Vivi vio que la corona no estaba hecha de espinas. Eran huesos… la cornamenta de un animal inmenso. Quizá un ciervo, pero muy, muy viejo. En la base, tenía manchas rojizas.

—Mi poder es tu poder —dijo la figura de la corona.

—Mi poder es tu poder —repitió Vivi.

—Mi cuerpo, tu cuerpo. Mi voluntad, la tuya.

—Mi cuerpo, tu cuerpo. —Las palabras fluyeron más deprisa—. Mi voluntad, la tuya.

—Con sangre sellamos este pacto, como se han sellado todos los pactos previos que hemos hecho, Vivian Devereaux. —La figura de la corona le mostró un cáliz plateado y una daga. Vivi observó que cada una de las encapuchadas se acercaba y presentaba un único dedo, que la figura con la corona punzaba. Luego, una por una, volteaban la mano para dejar caer una gota de sangre en el cáliz.

Por último, la figura de la corona se punzó un dedo y añadió otra gota a la copa.

El cáliz emitió un brillo rojo oscuro, como si estuviera iluminada por dentro por una estrella moribunda.

Vivi extendió los brazos y aceptó la copa, temiendo la llegada del olor a sangre. Sin embargo, al acercarse el cáliz a la nariz, descubrió que no emanaba el olor metálico que ella esperaba, sino un aroma dulce.

—Bebe —le ordenó la corona—. Y vuelve a estar completa, bruja.

El corazón se le llenó de orgullo al escuchar esa palabra. «Bruja».

Se llevó la copa a los labios y, sin dudar, bebió el líquido. Esperó sentir el familiar hormigueo de la energía en la piel, pero no pasó nada.

—Eh, creo que no funcionó —dijo Vivi, aterrada y triste, con un nudo en el estómago.

María sonrió y le tendió una mano con la palma hacia arriba. Instantes después, una pequeña flama se encendió sobre ella.

—Inténtalo.

Vivi titubeó y pensó que quizá sería mejor empezar con un hechizo de Pantáculo. Así se hacían las cosas en Kappa. Empezabas con la magia que se te facilitaba e ibas avanzando.

Pero ya no estaba en Kappa.

No tenía su baraja de tarot; no tenía que memorizar hechizos ni hacer ejercicios.

María le tendió la otra mano. Entre los dedos sostenía un alfiler brillante.

—Creo que ya sabes cómo funciona esta magia. Se necesita un poco de dolor. Un sacrificio con tal de obtener lo que ansías. —María le guiñó un ojo—. ¿Quién crees que puso ahí el grimorio?

«¿María me envió el grimorio? ¿Cómo es posible?». Sin embargo, las chispas de la confusión se apagaron casi al instante ante las ansias incontrolables de hacer magia. No podía preocuparse por nada más que eso. Vivi agarró el alfiler y cerró los ojos. Pensó en las flamas que bailaban en la mano de María. Quería eso. El poder, el calor. Frunció el ceño, apretó los dientes y se enterró el alfiler en el centro del pulgar.

De las puntas de sus dedos salieron flamas que ascendieron hasta el techo. Eran tan grandes que algunas de las presentes recularon y otras rieron.

Vivi movió los dedos, las llamas se mecieron y bailaron en el aire. Una le pasó tan cerca de la cara que sintió el ardor en la mejilla, la carne enrojecida. Con una sonrisa frenética, Vivi cerró el puño de golpe y las llamas se apagaron.

—Bienvenida a Theta —le dijo María con una sonrisa de oreja a oreja —. Ahora eres parte de nosotras.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Scarlett

Se congeló, paralizada por completo. Xavier tenía una mano alrededor de su muñeca, aunque no apretaba con fuerza. Parecía, más bien, estabilizarla. Le sería muy fácil torcerle el brazo desde esa posición, sujetarla contra la pared. Era más grande que ella, más fuerte también. Además, Scarlett había perdido su magia.

Ocupaba la puerta entera, su mirada iba de su cara a la escalera oscura que tenía detrás. El pulso se le aceleró a Scarlett.

—¡Ah! Xavier —intentó sonar casual, pero la voz le temblaba demasiado. «Rayos»—. Ya iba de salida. —Intentó zafar el brazo, pero Xavier no la soltó.

—Recibí una alerta de seguridad —dijo él. Su tono era tranquilo, casi—. Alguien estaba en mi habitación.

«Mierda». Debió haberlo sabido. Por supuesto que un cazador de brujas tendría alarmas. Tenía demasiados secretos que proteger.

—Qué… desafortunado —alcanzó a decir Scarlett.

—Sí —tenía los ojos oscuros. Eran piscinas inescrutables—. Y aquí estás tú, saliendo de la casa a toda velocidad. —Scarlett inhaló. Luego gritó. O intentó hacerlo Xavier fue más rápido que ella. Le puso una mano sobre la boca y ahogó el sonido. Scarlett intentó zafarse; Xavier le dio vuelta y la abrazó, con la espalda de Scarlett sobre su pecho—. ¿Qué hacías ahí adentro? —le exigió con una voz grave. Peligrosa. No era una broma.

Estaba tan cerca de la salida que podría patear el marco de la puerta. Quizás alguno de los otros hermanos de PiKa la oiría y la rescataría.

Sentía los labios calientes debajo de la mano de Xavier. Demasiado calientes. Se sacudió. Esta vez, Xavier la soltó. No se movió del umbral.

Por desgarbado que fuera, podía bloquear la salida con facilidad, una mano sobre cada lado del marco.

—Déjame ir —dijo Scarlett. Quería sonar como si estuviera en control de la situación. Amenazante. La voz le tembló y se le quebró.

—Tú fuiste la que entró a *mi* recámara —apuntó Xavier—. Si alguien está en posición de exigir cosas, creo que soy yo.

—Si no me dejas ir… —Scarlett vaciló. Torció la cara.

Xavier arqueó una ceja y sonrió.

—¿Qué? ¿Me vas a maldecir? Quisiera ver que lo intentaras, pero estoy casi seguro de que no podrías encender una bengala, aunque tu vida dependiera de ello.

Las mejillas y el resto del cuerpo se le enrojecieron. ¿Cómo sabía sobre las bengalas? Caray, ¿cómo sabía *cualquier cosa* sobre las Ravens? Scarlett había visto las fotografías de sus hermanas en la ciudad, en los jardines, pero… eran tan cuidadosas, tan privadas. Lo habían sido durante generaciones.

«Hasta que llegaste tú y lo echaste todo a perder», susurró una vocecita dentro de su cabeza, una vocecita que se parecía bastante a la de su madre.

Nunca un intruso la había confrontado así. Un intruso peligroso, sobraba decir. Todas las fibras de su cuerpo le gritaban que hiciera lo que había hecho toda su vida: negar, negar, negar.

—No sé de qué hablas —dijo muy despacio. Su voz sonaba acartonada, falsa.

Xavier ladró una risotada.

—Creo que ya estamos más allá de esas cosas, Scarlett. —Dio un paso hacia el interior de la casa, hacia ella.

Scarlett hizo lo propio; retrocedió hasta que sus pantorrillas chocaron con el barandal de la escalera. «¿Dónde rayos están todos?». ¿La ajetreada casa de la fraternidad resultó estar vacía justo en ese momento?

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó con su voz hueca aún.

Xavier asintió en dirección de la escalera.

—Hablemos en mi habitación.

Scarlett se cruzó de brazos.

—No voy a ir a ningún lugar contigo, cazador de brujas.

Xavier gruñó y miró a su alrededor, como si temiera que alguien fuera a escucharlos. Se acercó un paso más; Scarlett apretó los puños. Sus habilidades de defensa personal podrían haber estado oxidadas, pero no iba a rendirse sin pelear.

Antes de que pudiera moverse, Xavier extendió las manos, las dos,

con las palmas hacia afuera, como si intentara tranquilizar a un caballo nervioso.

—No soy un cazador de brujas, Scarlett.

—Mientes —escupió ella—. Vi la daga. Sé qué significan esas runas. —Su madre le había enseñado sobre los hombres como él, hombres que detestaban a las brujas por su magia, que las consideraban impías.

Esos hombres llevaban dagas como la que vio. Las hojas estaban encantadas para repeler la magia y así superar las defensas de las brujas. Para matar a mujeres como Scarlett y su familia.

—Estoy aquí para matar al demonio —dijo Xavier, entonces, con mucha suavidad.

Scarlett estaba sentada en la orilla de la cama de Xavier, lista para correr hacia la puerta en cualquier momento. Seguía sin confiar en él. Todo podía ser un truco para penetrar sus defensas antes de atacar.

Lo vio tocar la perilla de su puerta y murmurar algo por lo bajo. Un instante después, la perilla comenzó a brillar con una tenue luz azul.

—¿Quién estaba jugando con quién? Soy una idiota… —dijo Scarlett en cuanto Xavier se dio vuelta—. Nada fue real: que te acercaras a mí, todas las tonterías sobre tu familia…

—Esas dos cosas no son mutuamente excluyentes. Sí, te engañé, pero eso no quiere decir que no me gustó… que no me gustaras tú —respondió él con suavidad. Sus miradas se encontraron; algo dentro de Scarlett se despertó, pero intentó enterrar la sensación—. Scarlett, no tenía opción —se apresuró a añadir.

Scarlett miró la perilla otra vez; ya había dejado de brillar.

—No sabía que los cazadores de brujas podían hacer magia —comentó, con el labio torcido. Dirigió la mirada a la daga de nuevo, seguía en el suelo, donde la dejó antes de intentar escapar. A toda prisa, mientras Xavier le daba la espalda, estiró una pierna y la jaló hacia sí. La tenía a la mano, en caso de que la necesitara. No confiaba en él—. Creí que pensaban que la magia era malvada, una mancha en el orden natural de las cosas. —Le miró la espalda hasta que Xavier se dio vuelta.

Se veía exhausto. Tenía círculos oscuros alrededor de los ojos, que estaban enrojecidos como los suyos. Contrario a ella, Xavier no se sentó. Se recargó en la pared junto a su escritorio, con una pierna detrás del cuerpo.

—Ya te lo dije, Scarlett. No soy quien crees que soy. —Sus ojos se posaron en la daga que estaba debajo del zapato de Scarlett. Asintió—.

Quédatela por ahora, si quieres. Si te hace sentir más segura.

Scarlett, con la mirada fija sobre él, se agachó para tomar el cuchillo. Con la daga en la mano, le dio vuelta a la hoja para que las runas captaran la luz de la lámpara del techo.

—Estos símbolos neutralizan la magia, hacen que la cuchilla sea inmune a la hechicería. ¿Por qué la tendrías si no es para cazar brujas?

A pesar de que era ella quien la tenía en las manos, la daga le ponía la piel de gallina. No podía evitarlo. El instinto era profundo, aun si Scarlett ya no tenía su magia. Su madre le había enseñado a evitarlo, a temerle.

—Funciona con *toda* la magia, Scarlett, no solo con las brujas. —Se inclinó hacia el frente, su mirada más intensa que de costumbre—. Hemos rastreado al demonio que liberaron desde que el talismán de Henosis fue destruido. Su nombre es Typheus, aunque dudo que sea el nombre que usa hoy en día.

—¿*Hemos*? —Scarlett se estremeció al pensar en más cazadores como él. Apretó el mango de la daga con más fuerza—. ¿Cómo sabes sobre el talismán? ¿Cómo sabes todo esto? Las fotografías en tu cámara… Me has estado siguiendo, a las demás Kappa también…

Xavier cerró los ojos y se presionó el tabique de la nariz con el pulgar por un momento.

—Sé lo que parece. Pero tú no eres la única con una dinastía familiar, Scarlett. —Cuando abrió los ojos de nuevo, se veía… mayor, de cierto modo, más curtido—. Vengo de una familia de guardianes. Nuestra misión es cuidar la Puerta del Hades, evitar que se abra y libere el infierno sobre la tierra. Cueste lo que cueste.

Miró a Xavier, luego la daga y luego otra vez a Xavier. Todo lo que su madre le había enseñado sobre los cazadores de brujas le pasaba por la cabeza. Usaban cuchillos como ese, sí, y trucos para engañar a las brujas y hacerlas bajar la guardia.

También había visto a Xavier encantar la puerta para encerrarse en la habitación. Un cazador de brujas preferiría morir que usar magia.

Lo que significaba que, tal vez, estaba diciendo la verdad.

—Digamos que te creo —comenzó a decir Scarlett, muy despacio—. ¿Por qué seguías a mis hermanas si a quien buscas es a ese tal… Typheus?

Xavier frunció el ceño.

—Estoy seguro de que sabes que los demonios toman formas humanas de este lado del portal. También son capaces de usar magia. Entonces, cuando descubrí lo que Kappa era en realidad…

Scarlett resopló.

—¿Crees que es una de nosotras? Imposible. Conozco a esas chicas desde mucho antes de que el talismán fuera destruido.

Xavier frunció el ceño aún más.

—Typheus no es un demonio cualquiera. Su especialidad es la memoria: puede alterar tu mente, insertarse en tus recuerdos, hacerte creer que estuvo ahí contigo todo el tiempo.

Scarlett se estremeció.

—Ni siquiera la bruja de Espadas más poderosa que conozco podría convencer a un campus entero de recordar a alguien que no existe.

—Y eso te da una idea de lo peligroso que es Typheus. Podría ser cualquiera, hombre o mujer —dijo Xavier—. Peor todavía, quiere abrir la Puerta al Hades. Es la fuente de su poder. En este momento, hay solo un goteo. Imagina lo que podría hacer con una inundación. Sin mencionar el resto de los demonios que están atrapados del otro lado.

—Tú eres el guardián. —Scarlett se cruzó de brazos—. Me imagino que sabes cómo detenerlo.

Xavier hizo una mueca. Por primera vez desde que entraron a su habitación, no parecía tan seguro de sí mismo.

—Todo el mundo piensa que el poder proviene de lo que ustedes tenían: magia, el lazo entre hermanas. Pero existe otro poder, un poder opuesto. Hay poder en la falta…

—¿A qué te refieres?

—Hay poder en la ausencia, en el hambre, en el no tener. De ahí proviene el poder de un demonio; se alimenta de todo eso. Un campus universitario es el lugar perfecto para él. Todas las decepciones, todos los chicos y chicas que se sientan desplazados, relegados, heridos. Lo absorbió todo y, cuando se sació, atacó lo que tus hermanas y tú tenían: poder verdadero. Y lo tomó. Si esto continúa, me temo que será demasiado poderoso y nadie podrá detenerlo.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Scarlett. Le dolía tener que preguntar, no saber, depender de un cazador de brujas para sobrevivir.

—Tengo… una idea. Teorías. Pero nadie en mi familia se ha enfrentado a un demonio en más de un siglo, y las notas de mi tatarabuelo están un poco desactualizadas para una pelea moderna, —Ambos fruncieron el ceño al mismo tiempo—. Lo único que tenemos a nuestro favor es que no puede abrir la puerta solo. Necesita la sangre de quien haya sellado la puerta la última vez. Además de un aquelarre sometido a su voluntad.

Scarlett se pasó la lengua por los dientes.

—Pues tenemos suerte. Ahora mismo, no hay un aquelarre en el

campus.

Xavier miró al techo, luego a las ventanas del balcón. Miró a todas partes, menos a donde estaba Scarlett.

—Eso… no es del todo cierto.

Scarlett se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

—Sabes lo que les ocurrió a los poderes de las Ravens, ¿cierto? —No era una pregunta. Se levantó de la cama, con la daga aún en la mano.

Xavier ni siquiera parpadeó.

—Creo que Typheus le dio su magia a Theta. Si tengo razón, se las habrá ofrecido como recompensa a cambio de su obediencia.

Las palabras golpearon a Scarlett como un mazo. Lo sospechaba, sí, pero tener la confirmación… Saber que era su propia magia la que había hechizado a Jackson y al pobre de Tim, el novio de María, sin mencionar a una infinidad de personas más, si Theta continuaba con su magia.

—Quiere que abran la Puerta del Hades por él.

Xavier asintió.

—Si mi teoría es correcta, Typheus habrá poseído a alguien que esté muy arriba en la jerarquía de Theta, quizá en la cima.

«María». El calor le subió hasta la cara. Tenía años de conocerla.

«No es un demonio cualquiera. Su especialidad es la memoria».

—No puedo creerlo. —Apretó los puños. Pensó en Tiffany y en cómo ella intentó hacer lo mismo—. La magia robada no será tan efectiva. —Dijo, muy despacio—. No mató a las Ravens; no puede transferirles nuestros poderes por completo a las chicas de Theta. Debe ser solo un hechizo temporal.

—Sí —Xavier titubeó—. Pero, ahora que unas cuantas Kappa se han unido a Theta, sus poderes serán más que suficiente.

Scarlett sintió un escalofrío. Pensó en Reagan y en las demás. La traición aún le dolía. Pero si ellas también estaban bajo la influencia del demonio…

Le lanzó otra mirada furiosa a Xavier.

—Entonces, todo ese tiempo que pasaste coqueteando conmigo, intentando acercarte… ¿fue solo para infiltrarte en Kappa? Por eso, en cuanto perdimos nuestra fuerza, me dejaste y comenzaste a pasar el tiempo en Theta.

Xavier miraba al piso, sonrojado.

—Esa no es la historia completa…

—Vaya. ¿Qué más debería agregar? ¿Que sabías por qué perdí mi magia y no tuviste la decencia de advertírmelo? ¡Toda mi sororidad está en peligro!

—¡No sabía si estabas bajo su hechizo o no! Caray, no sabía si eras él. —Xavier dio un paso hacia ella. Era una cabeza más alto que ella, pero Scarlett tenía la daga. Pero, de todos modos, sentía que era él quien tenía la ventaja. Estaban a centímetros de distancia, los dos con la respiración entrecortada—. Fue real, Scarlett. Todo lo que te dije sobre mí es verdad. Todo lo que te dije sobre mi familia es verdad.

—Todo excepto que tu familia tiene siglos cazando a la mía.

—No cazamos. Mantenemos el equilibrio entre lo natural y lo sobrenatural. Solo intervenimos cuando hay un desequilibrio. Tus hermanas y tú no son el problema. No vine por ustedes. Las Ravens fueron solo…

—¿Daño colateral?

Un suspiro.

—Esto es lo que hace mi familia, es lo que siempre ha hecho. Y yo siempre he cumplido con mi papel con gusto. Cuando te conocí, me pregunté cómo sería no estar siempre entre la vida y la muerte y solo ser.

—Xavier… —comenzó a decir, pero las palabras se le murieron en la lengua. Ella también se preguntaba cómo sería una vida así. Esa frontera entre la vida y la muerte se había convertido ya en la norma. Pero, para detenerlo todo, para recuperar su magia, haría lo que fuera.

—Hay más. —Xavier miró hacia la ventana—. Antes de que entraras aquí, yo estaba vigilando la Casa de Theta. Hicieron un ritual esta noche, uno grande, tan poderoso que hasta pude sentirlo.

—¿Para qué? —El pavor se le acumulaba en el estómago.

—No lo sé. —Xavier la miró a los ojos—. Pero la última persona a la que vi entrar antes de que comenzaran… fue Vivi.

Se quedó sin aliento. «No». Scarlett le había ordenado a su hermana menor que se acercara a la sororidad rival. Le pidió que se infiltrara en su grupo y se ganara su favor. La envió allí, sin ayuda, sin magia, sola.

«Igual que la última vez», le susurró una desagradable voz. Cuando Scarlett dejó que Tiffany se llevara a Vivi. Cuando la ignorancia de Scarlett casi le costó la vida a Vivi.

¿Cuándo fue la última vez que Vivi le escribió? Scarlett había intentado contactarla, pero no había recibido respuesta, no desde que Vivi le escribió para decirle que había vuelto a casa después de la fiesta de Theta.

Llena de pánico, Scarlett buscó su teléfono.

Xavier la observaba.

—Scarlett, yo…

No logró terminar la oración. El piso se sacudió debajo de ellos.

Scarlett salió despedida contra la pared; Xavier tropezó con la base de la cama. Escucharon gritos por toda la calle. Cuando corrieron hacia la ventana, las luces de todo el Pabellón Griego se habían encendido.

Debajo, el temblor continuaba. Y, a la distancia, Scarlett oyó un terrible crujido.

No había salido de Theta.

Miró hacia su casa; todos los cuervos en el techo levantaron el vuelo al mismo tiempo, sus graznidos tan agudos que le pusieron los vellos de punta.

Algo estaba mal. «Mis hermanas están en peligro».

—Tenemos que irnos. —Scarlett le puso la daga en la mano a Xavier. Para bien o para mal, él sabía usarla mejor que ella—. Ahora.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Vivi

—Síganme, chicas —ordenó María y las guio hacia las escaleras que llevaban al sótano de la casa de Theta. Iban camino a algún lugar. María dijo que sería una aventura, a Vivi no se le había ocurrido preguntarle nada. Estaba ocupada saboreando el poder que le recorría las venas. Era mejor que cualquier droga, mejor que volver a ver a una vieja amiga. Era como si le hubiera vuelto a crecer la extremidad amputada, pero en versión mejorada.

Estaba embriagada de felicidad.

Y de magia.

No podía pasar más de un par de minutos sin conjurar algún hechizo. Había recobrado su magia y se aferraría a ella con uñas y dientes. Tronó los dedos, y las puntas de los dedos le brillaban. Las observó con fascinación un instante, y luego las agitó en el aire hasta que unos tentáculos luminosos le bajaron por las muñecas y se extendieron por sus brazos. Agitó los brazos, y de los tentáculos salieron hojas que sobresalían de la piel de Vivi y temblaban ligeramente.

—¡Guau! —exclamó Rose con admiración al alcanzar a Vivi. Trató de tocar una de las hojas, pero en ese instante se convirtieron en polillas que salieron volando y formaron una nube de alas en movimiento. Rose soltó una risita y volteó a verlas, luego soltó un chillido juguetón al ver que se hacían más grandes y gruesas, que les salían colmillos y orejas puntiagudas—. Vamos juntas —dijo Rose y tomó a Vivi de la mano, quien dejó que su nueva amiga la guiara por los escalones de la casa de Theta hasta llegar al sótano.

A la mitad de las escaleras, Vivi hizo una pausa y soltó a Rose. Se suponía que tenía algo que hacer, ¿cierto? Había ido ahí a hacer algo en

particular. Pero no podía recordar qué era. Tenía la mente borrosa y no lograba pensar en otra cosa que no fuera su magia.

—¿Qué pasó? —le preguntó Rose, tomándola del brazo.

—Es que… se me olvidó algo. Algo que buscaba.

—No seas tontita. Todo lo que necesitas está aquí.

Rose tenía razón. No podía ser de otra manera. Vivi emprendió el camino de nuevo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Es una sorpresa —susurró Rose—. Confía en nosotras.

—Esta es la mejor parte —dijo Spencer a espaldas suyas antes de echarse a correr para alcanzar a María, quien encabezaba la procesión.

El sótano de esa casa no se parecía en nada al de la casa de Kappa. No había calentadores enormes y ruidosos ni pisos rotos. No había buhardillas palpitantes a sus pies. Estaba amueblado, con todo y tapices en las paredes y un piso de piedra como el del resto de la casa. Los tacones de María hacían eco con cada paso que daba. Nadie sabía ni se preocupaba por saber adónde las estaba llevando su presidenta. No había tensión ni dudas. Estaban felices de estar juntas y nada más. Era agradable sentir que era parte de algo más grande que ella misma, que era la parte de un todo.

«Ya me había sentido así», pensó Vivi. «Pero ¿cuándo? ¿Con quién?».

No podía pensar con claridad. Sentía como si estuviera borracha, pero el cuarto a su alrededor no giraba. Solo era la parte agradable de la ebriedad, la risa y la diversión, sin las partes feas.

Alcanzó a ver un destello del cabello rojizo de Reagan y luego vio a Etta diciéndole algo a María.

«¿Ves?», pensó. «Tus hermanas también están aquí». Ellas habían visto lo mismo que Vivi: que Theta sí sabía hacer las cosas bien.

«Así es», susurró una voz al margen de sus pensamientos. ¿Quién era? ¿Cait, quizá? ¿O María? No había forma de saberlo. Pero tampoco importaba. «Esta es sororidad de verdad», continuó. «Sin pleitos, sin dramas…».

Vivi asintió. Le agradaba que otras personas entraran a su mente, porque así no se sentía tan sola. Últimamente en Kappa se había sentido muy sola no podía compartir sus secretos con sus hermanas.

«Mis hermanas…».

Rose le estrujó la mano.

—Ahora nosotras somos tus hermanas —le dijo, aunque a Vivi le pareció que no había abierto la boca.

O quizá olvidó que lo hizo.

Se sacudió esa idea y se entregó al ánimo festivo del grupo. Adelante, María hizo a un lado un tapiz y reveló la entrada a un aparente túnel oscuro y estrecho, con paredes terrosas. A su alrededor, las demás reían y susurraban entre sí, entusiasmadas.

—¿Adónde crees que lleva ese túnel? —preguntó una. Pero Vivi estaba segura de que ya había estado ahí alguna vez.

«La iniciación de Kappa».

Era parte de la red de túneles que pasaban por debajo de Savannah y que sus amigas de primer año y ella habían usado para volver del Cementerio Bonaventura a la casa de las Kappa.

—¿Sabes adónde vamos? —le susurró a Rose.

—Lo descubriremos cuando María nos lo enseñe —contestó Rose, encogiéndose de hombros, y jaló a Vivi hacia el túnel para sumergirse juntas en la oscuridad.

Vivi parpadeó y esperó que alguna de ellas conjurara una antorcha, pero las Theta siguieron avanzando entre risas, dando tumbos y apoyándose las unas en las otras para no caer. El túnel tenía tantas curvas que de pronto Vivi se desorientó por completo, pero no importaba porque sabía lo que tenía que hacer. Debía seguir a María adonde fuera que las estuviera llevando.

No quería hacer preguntas. No era necesario.

Así debía ser una sororidad. Auténtica camaradería. Todas unidas por un propósito en común. La casa de las Kappa nunca había sido así. Ellas estaban divididas; todas tenían opiniones distintas y discutían entre ellas.

Las Theta, en cambio, no cuestionaban nada. Sonreían y se dejaban llevar. La vida era mucho más sencilla así. Era mejor permitir que alguien más decidiera. Vivi solo necesitaba su magia para ser feliz.

Extendió la palma y cerró los ojos para concentrarse. El piso empezó a rugir sutilmente, unas raíces atravesaron las paredes de tierra del túnel en respuesta a su llamado. Extendió los dedos y las raíces se desenroscaron y se acercaron a ella como manos huesudas y anhelantes. Era como si la tierra estuviera tratando de decirle algo, de recordarle quién era. Una Pantáculo.

Pero no, esa era la antigua Vivi. Eran los poderes de antes. Ahora, Vivi era mucho más que eso.

Apretó el paso para alcanzar a Rose, pero se quedó sin aliento al tropezar y casi caer. Al bajar la mirada, descubrió que tenía una raíz enredada en el tobillo que la agarraba como una garra. Rose la tomó del

codo para ayudarla y siguió su mirada perpleja hasta el tobillo. Al ver la raíz, frunció el ceño y agitó un dedo. La raíz perdió su fuerza y soltó el pie de Vivi.

«Qué raro», pensó una parte de ella, pero era una parte lejana. Estaba a millones de kilómetros de cualquier cosa o persona que importara en ese momento.

«Lo único que importa ahora somos nosotras», susurró una voz en su cabeza. La sentía como propia, pero al mismo tiempo era ajena.

—Ya casi llegamos —canturreó María desde el frente. Las chicas a su alrededor se sonrieron entre sí: Cait, Spencer, Deylin, Rose, las antiguas Ravens y chicas que no le habían presentado y cuyos nombres desconocía, pero a quienes sentía que conocía de toda la vida.

A fin de cuentas, le habían compartido su sangre. Le habían compartido su poder.

María se detuvo frente a un muro de tierra. Vivi pensó que quizá se habían equivocado de camino y terminado en un callejón sin salida, pero entonces María alzó una mano. De forma simultánea, las demás hicieron lo mismo. El muro se estremeció y la tierra salió disparada en todas direcciones. Vivi se cubrió la cara con el brazo para protegerse y, por un instante, temió que el túnel se colapsaría por completo. Luego se dio cuenta de que la tierra se reacomodaba y formaba columnas, hasta que el pequeño túnel de lodo se transformó en una enorme caverna apoyada por pilares distribuidos de forma regular.

Le recordó a las antiguas ruinas encontradas por arqueólogos, como las de Grecia y Roma. Quizá por eso tardó tanto en fijarse en otros detalles, como el calentador ruidoso al fondo de la caverna recién reconstruida.

Las grietas del suelo le parecieron familiares. Al parecer, resplandecían desde el interior y emanaban destellos color ámbar y fuego. Ya había visto ese lugar antes, pero ¿dónde?

La revelación le cayó como un balde de agua helada y se llevó consigo la bruma mental. De pronto supo dónde estaba y qué hacían ahí.

Estaban en el sótano de la casa de las Kappa. El mismo sótano al que había bajado con Scarlett hacía una eternidad, cuando investigaban lo de la Puerta al Hades, sin saber si era un mito o una realidad, hasta que se abrió un boquete y los tentáculos de humo negro trataron de llevarse a Scarlett.

Se le aceleró el corazón al recordar lo que ocurrió después: el piso lodoso, las ramas calcinadas, el vacío negro sobre sus cabezas. Pero luego se esfumó esa imagen, y la claridad recién adquirida se apagó también.

Parpadeó en un intento por disipar la bruma que la aplastaba como una cobija pesada y volvió a fijarse en el sótano. Las grietas se habían vuelto más gruesas y emitían luz de fuego. Alguien le había advertido al respecto, pero era incapaz de recordar los detalles.

Y se veía tan cálido, tan acogedor.

—Bienvenidas, señoritas —dijo una voz tersa y grave.

Otro individuo salió de entre las sombras. Vivi se le quedó viendo, desconcertada. Era alguien conocido. O al menos eso le parecía. Tenía ciertos rasgos familiares: el cabello oscuro, la quijada cuadrada, los ojos cafés… pero la distribución era difícil de reconocer. La boca que siempre había visto sonreír con gentileza ahora esbozaba un mohín burlón. Los ojos cálidos se habían vuelto helados, como brasas moribundas en medio de las cenizas.

Era Tim.

¿Qué hacía él ahí? ¿Por qué se veía tan raro? Vivi quería preguntárselo, pero la posibilidad de que esos ojos fríos se posaran en ella la paralizó. Entonces vio el pendiente que se asomaba de su camisa y sintió un temor renovado.

El talismán de Henosis.

Era imposible; Scarlett y ella lo habían destruido. Aunque no lo hubieran hecho, ¿cómo podría haber terminado en el cuello de su hermano? La incongruencia bastó para sacarle las palabras.

—¿Tim? ¿Qué haces aquí?

—Vivi. —Su sonrisa se ensanchó—. Qué gusto que nos acompañes esta noche. Eres la invitada especial que estaba esperando. Es muy afortunado, ¿no crees?

—Muy afortunado —respondieron las Theta al unísono. Vivi se sobresaltó y volteó para tratar de cruzar miradas con alguna de ellas, Pero los ojos de todos los rostros inexpresivos estaban clavados en Tim.

Algo estaba muy muy mal, pero la cabeza no paraba de girarle, y no lograba descifrar exactamente por qué tenía la piel erizada. No debían haber ido ahí. Ese foso había atacado a Scarlett la última vez que Vivi y ella bajaron al sótano. Y Tim estaba demasiado cerca de él.

—Aléjate de ahí, Tim —le suplicó—. Te puede pasar algo malo.

El foso rugió en respuesta y agitó las paredes del sótano, pero esta vez no sonó como un terremoto.

Parecían risas.

«Huye, Vivi». El instinto le habló desde las profundidades de su ser, desde un lugar más profundo que la magia, ya fuera de Kappa o de Theta, pero no podía moverse. Apenas podía respirar.

—Yo no soy quien debe preocuparte —dijo Tim y se acercó a ella—. He oído muchas cosas sobre tu poder. Nadie parece ver tu «dolor». Pobrecita Vivi, tan solitaria. Siempre quiso una familia grande. Siempre quiso ser *normal*. Fue muy sencillo fingir ser tu hermano perdido para que confiaras en mí.

«Fingir ser tu hermano perdido». Las palabras la golpearon con tal fuerza que casi la dejan sin aliento.

—N-no entiendo —balbuceó—. ¿Quién eres?

Miró en todas direcciones en busca de una explicación, pero las demás seguían quietas, como estatuas, concentradas solo en Tim.

—¿Quién soy? —repitió Tim con una sonrisa burlona—. Las palabras de tu cabecita no bastarían para que entendieras *qué* soy. Soy más antiguo que el tiempo, pero renazco con frecuencia. Soy el angustioso grito de ayuda que recibe silencio en respuesta. Soy el pesar de una muerte solitaria. Soy el remordimiento, la envidia, el miedo. Son el terror sin nombre que te cala los huesos.

Al mirarlo a los ojos, vio cómo se transformaban. Las pupilas crecieron hasta oscurecerlo todo. Esos ojos tenían una cualidad irresistible. Era imposible dejar de mirarlos.

De mirar eso que deseaba hacerle daño.

—No permitiré que me mates —dijo Vivi. Esta vez opondría resistencia. Abrió los diques y reunió toda la fuerza de las oleadas de su magia. Sus dedos crepitaron, y con el antebrazo completo produjo llamas dignas de la magia de Astiles de Reagan.

Tim volvió a reír.

—¿Matarte? No. —Se acercó más, hasta que Vivi sintió el cosquilleo de su aliento en la piel—. Quiero que te unas a mí. Si crees que el cosquilleo de la magia que has usado toda tu vida es poderoso, Vivian, imagínate lo que hay detrás de esta puerta.

Otra voluta de humo se escapó de entre las grietas del suelo. Al inhalar, Vivi percibió su olor. Era intenso, ahumado y poderoso. Lo que emanaba de la tierra no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Magia profunda y salvaje, magia que trascendía épocas y desafiaba la muerte, el tiempo y el espacio.

El aire se estremeció ante esa magia y vibró hasta que Vivi tuvo todos los pelos de punta. Sintió el sabor metálico en la garganta, sin saber si era de la sangre de sus hermanas o de la suya. Sabía que, si extendía el brazo, podría hacer que ocurriera cualquier cosa que ansiara. Cualquiera.

—Lo percibes, ¿verdad? —susurró Tim. Pero ya no era Tim. Sus facciones estaban cambiando. Primero le salió una osamenta del cráneo,

como raíces de un árbol que crecían hacia arriba, manchadas de sangre. Su cabello se enredó en los cuernos que le salieron de la frente conforme la cara se le alargaba.

Era monstruoso, pero también extraordinariamente bello. Una parte de Vivi quería huir, mientras que otra sentía que nunca estaría lista para dejar de mirarlo.

«Entiendes lo que podemos lograr… juntos». Su voz resonaba por doquier. En la mente de Vivi, el pecho de Vivi. Hacía eco en todo su cuerpo. A su lado, las demás Theta se estremecieron, como si también lo sintieran.

—Sí —susurró Vivi, o al menos lo intentó. No pudo mover los labios, pero escuchó su voz.

Él le sonrió. Sus dientes eran más afilados que antes, puntiagudos.

—Entonces ayúdame a liberarlos.

«Liberarlos. En plural».

Dicho eso, empezaron a salir sonidos de la Puerta del Hades que tenía a sus espaldas. Al principio eran susurros graves, como mil murmullos unidos. Luego se hicieron más audibles y agudos, hasta que Vivi alcanzó a escuchar voces individuales en medio del caos y los gritos. Algunas eran más fuertes que otras, pero todas pedían lo mismo.

«Libéranos. Libéranos».

—Mis hermanas y hermanos llevan demasiado tiempo pudriéndose en su prisión. Ustedes saben lo que es eso, hermanas. Saben lo que es que las olviden, que las hagan a un lado. Ser segundonas, que el mundo no las tome en cuenta.

Hubo una oleada expansiva de aprobación. Varias de las presentes miraron con furia el techo de aquella caverna, a sabiendas de que ahí estaba la casa de las Kappa.

Vivi entendía su resentimiento y hasta se sentía identificada. Kappa se había impuesto por encima del resto de Westerly, ¿no? Había sido una sororidad sumamente exclusiva y excluyente. Y se negaban a compartir su poder con el mundo.

Theta, en cambio, le había abierto las puertas a Vivi desde el principio. Theta jamás le pidió que demostrara su valía ni que moviera cielo, mar y tierra para ganarse un lugar.

Scarlett era muy prepotente cuando tenía la magia al alcance de la mano. Incluso Vivi lo reconocía, ahora que se había librado de Kappa. Había sacrificado todo con tal de ser parte de esa sororidad, con tal de encajar. ¿Y todo para qué? ¿Para recibir migajas de magia?

Podía tener magia cuando quisiera. En cualquier lugar. Como

siempre decía Daphne, hay más de una forma de ser bruja.

Y Vivi estaba descubriendo por cuenta propia qué otros caminos había, si acaso se animaba a recorrerlos.

—Ayúdame a liberar a mis hermanos y hermanas esta noche —le dijo el demonio que había fingido ser su hermano—. Y te recompensaré más que a las demás. *Tú* serás la mejor. Basta de ser segundo violín. Basta de pelear con uñas y dientes por obtener lo que ansías. Tendrás todo al alcance de tu mano, como la magia que te otorgué. —Chasqueó los dedos. Las otras chicas alzaron la mano al mismo tiempo y lo imitaron. El eco de los chasquidos en la caverna era abrumador. Vivi también alzó el puño. Un chispazo cálido le recorrió los dedos y los brazos hasta pasar por todo su cuerpo—. Las necesitaba a todas y cada una de ustedes para abrir la Puerta al Hades. —Las miró a los ojos, una por una—. Eres esencial. Necesaria. —Al final, se paró frente a Vivi, de modo que parecía estarle hablando solo a ella—. ¿Me ayudarás?

No era una exigencia, sino una súplica. Vivi percibía su desesperación, sus ansias de reunirse con sus hermanos y hermanas, a quienes había perdido cuando los encerraron en aquel terrible reino, al otro lado de la Puerta al Hades. Recordó lo que sintió al descubrir que tenía un hermano. Aunque hubiera sido un engaño, la alegría de conocerla le pareció genuina. Tanto como su actual súplica.

El demonio deseaba algo muy sencillo. Quería volver a tener una fraternidad. Quería tener la fuerza de la unidad. Quería tener más hermanos y hermanas que lo hicieran más poderoso. ¿No era así como funcionaban Theta y Kappa? ¿Quién era Vivi para negarle algo tan sencillo?

Te necesito, *Vivian* repitió el demonio con la voz que palpitaba en todas las células de Vivi.

Ella era la última llave. Era agradable sentir que la querían, que la *necesitaban* para lograr eso.

Así que esbozó una sonrisa cálida y reconfortante.

—Dime qué hacer —le susurró al demonio.

A sus pies, el suelo se agitó con furia, con un estruendo que, por un instante, pareció más bien un aplauso ensordecedor.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Scarlett

Scarlett solo recordaba que hubiera temblado una vez en el centro de Savannah y fue un sismo bastante leve, apenas perceptible, salvo que hubieras estado en un piso elevado en un edificio de oficinas.

Esto…

«Esto no es un sismo».

Xavier y Scarlett salieron corriendo de PiKa con varios de sus hermanos, todos hablando por encima de los demás, confundidos y preocupados. A la distancia, las sirenas de los bomberos aullaban. Scarlett lo ignoró todo.

—Están en la puerta —dijo.

Y eso significaba que Typheus había superado el último obstáculo en su búsqueda. Tenía a un aquelarre y…

«Vivi. Vivi está ahí».

Scarlett corría tan rápido como podía; Xavier le seguía el paso sin problemas. Juntos, saltaron los escalones del pórtico y abrieron la puerta con tanta fuerza que esta se estrelló contra la pared. Nadie gritó ni preguntó quién estaba ahí. El corazón se le subió hasta la garganta. El pánico le palpitaba en las extremidades. Corrió por los pasillos y corredores, frente a los retratos de las Kappa del pasado. Todas parecían reprochar a Scarlett con la mirada.

«Nos decepcionaste», podía escuchar sus voces. «Llevaste a tus hermanas al peligro».

Llegó a la puerta del sótano y titubeó. Una nube de humo negro salía por debajo de la puerta y de la cerradura. La perilla estaba al rojo vivo, y aun a la distancia podían verse las ondas de calor. Se envolvió la mano con la manga de la blusa para abrir la puerta. Aun así, el metal le

quemó la palma de la mano y le dejó furiosas marcas rojas en las yemas de los dedos.

Ignoró el dolor y se asomó a los escalones. Las nubes de humo flotaban en el aire, tan densas que oscurecían todo lo que había debajo.

Xavier le tocó el hombro.

—Déjame bajar primero. —Pasó a su lado, con la daga en la mano.

Scarlett inhaló el aire limpio por última vez y se lanzó al humo detrás de él.

En cuanto entraron a la nube, Scarlett sintió una oleada de emociones que le recorría el cuerpo, una furia ardiente, pura.

Estaba furiosa. Con todo lo que había tenido que soportar, todo lo que había vivido desde el semestre anterior. Con sus hermanas por pelear entre ellas, cuando debieron de haber estado unidas. Con Theta, con Typheus… caray, hasta con Xavier y Vivi.

No tenía por qué lidiar con todo eso. Debería haber podido liderar a Kappa en un semestre normal, como lo hicieron sus antecesoras. No era justo.

Algo le rozó la mano. Los dedos de Xavier. La trajo de vuelta a sí misma, le recordó dónde estaban, lo que tenía que hacer.

Siguió su camino. Bajó las escaleras, con una mano sobre el barandal que tenía a un costado. Durante los primeros pasos, no pudo ver nada; los ojos se le llenaron de lágrimas. Los pulmones comenzaron a escocerle; no podía jalar aire. En ese momento, sus pies tocaron tierra y la visión se le aclaró un poco. A través de las lágrimas, alcanzó a ver un brillo rojo y fulgurante a la distancia. Oyó voces.

Cánticos.

Delante de ella, Xavier frenó en seco y le hizo una seña. Scarlett se detuvo también y lo imitó, agazapada detrás de un estante cercano.

Del otro lado del sótano, alcanzó a ver la grieta que había intentado devorarla la última vez que estuvo ahí. Se había ensanchado en los últimos días. Se había hecho más profunda también. Scarlett no lograba ver el fondo desde donde estaban Xavier y ella. Podía oír los sonidos que salían de ella: horrendos aullidos inhumanos.

La grieta era también la fuente de luz, un tono rojizo que iluminaba por debajo a las chicas de Theta que la rodeaban.

A la luz de su fulgor, María y sus seguidoras no parecían humanas. Sus dientes se veían más largos, filosos; sus ojos desquiciados y oscuros. No había blanco en sus ojos; estaban consumidos por el negro de sus pupilas. Vio a Reagan y a Hazel, y el corazón se le estrujó.

Y ahí, en el otro extremo del círculo, moviendo la boca con las

demás mientras cantaban en un idioma antiguo e imposible de descifrar… «Vivi».

Scarlett no pudo evitarlo. Jadeó.

Provocó que la figura encapuchada en el centro del círculo alzara la cabeza y olisqueara en la dirección en la que estaba Scarlett. *Typheus*. Tenía que serlo. Entre la corona de hueso mellado que llevaba en la cabeza y lo que parecía ser una daga en la mano, húmeda con su propia sangre. Sus ojos, como los de todas las demás, eran de un negro absoluto y, debajo de la capucha…

Scarlett se heló.

A su lado, Xavier maldijo.

—Tim —exhaló Scarlett. Su rostro era horrible, distorsionado e inhumano, pero reconocible.

Scarlett recordaba que María y Tim comenzaron a salir hacía dos años, recordaba todos los detalles de su relación. Podría haber jurado que Mason y ella salieron en citas dobles con ellos, antes de que María comenzara a despreciar a Kappa.

—Debí haberlo sabido —murmuró Xavier. Xavier, a quien Scarlett había visto con Tim en los jardines, conversando despreocupados. Typheus había estado tan cerca de él todo el tiempo, inmiscuyéndose en sus recuerdos.

«Mentiras. Todas fueron mentiras».

«¿Lo fueron?», susurró Typheus DENTRO de su cabeza. Desde el otro lado del sótano, su mirada se posó sobre la de Scarlett.

Xavier le tomó la muñeca e intentó arrastrarla hacia unas cajas en un rincón para esconderse. Scarlett estaba harta ya de huir y esconderse.

Se puso de pie.

En un rincón de su cabeza, oyó a Xavier maldecir de nuevo. Sintió el silbido del aire cuando se alejó de ella. Apenas notó su ausencia. Tenía ojos solo para el monstruo que estaba frente a ella.

—Me robaste a mis hermanas —gritó. Su voz hizo que el resto de las chicas de Theta notaran su presencia. Giraron las cabezas con miradas furiosas, todas al mismo tiempo, como una hidra. La inquietó. Ver a Vivi solo una vez era suficiente como para recordarle por qué estaba ahí.

Typheus se rio. Su risa era como la de varias personas distintas carcajeándose juntas, todas sus voces enmarañadas.

—Tus hermanas vinieron a mí por voluntad propia —dijo Typheus con una voz distinta, ronca y rasposa—. ¿No fue así, Vivian?

Hizo un gesto con la mano y Vivi dio un paso al frente, con los puños apretados a los costados.

—Tiene razón. Yo quise hacerlo, Scarlett. Ahora soy Theta. Nosotras somos las poderosas. Y no puedes hacer nada para detenernos.

—Muéstrale, Vivian —susurró Typheus—. Detén a tu exhermana. Demuestra tu valía.

—¡Vivi, no! —clamó Scarlett.

Vivi levantó una mano. Scarlett sintió cómo temblaba el suelo. Buscó asirse del estante para mantener el equilibrio, pero ya no era un estante. Scarlett gritó cuando su mano rozó algo escamoso y húmedo.

Salieron serpientes de lo que alguna vez fue un estante y se le enroscaron en las muñecas, los tobillos. Gritó y saltó hacia atrás.

En el otro extremo del sótano, Vivi se reía. El resto de Theta se reía con ella, sus voces agudas, alegres.

—¿Creías que Kappa era fuerte, hermana mayor? —gritó Vivi—. No tienes idea de lo que puedo hacer ahora.

Su hermana menor apretó el puño. Scarlett aulló de dolor mientras la serpiente que tenía en la muñeca le hundía los colmillos en el antebrazo.

Scarlett intentó correr, pero tropezó y cayó de rodillas. Tenía los tobillos atrapados, amarrados por serpientes que le apretaban las pantorrillas cada vez más fuerte. Comenzó a perder la sensación en los pies; las piernas le cosquilleaban al entumecerse. El brazo le ardía y podía sentir el veneno de la serpiente quemarle las venas de camino a su corazón.

Scarlett miró a su hermana menor a los ojos a través de una bruma roja.

—Detente, Vivi. Esto no es lo que quieres.

—Tú no sabes qué es lo que quiero —chirrió la versión horrible y retorcida de Vivi—. No me conoces, Scarlett. No fui más que un soldado más de tu pequeño ejército.

—Eso es mentira, y lo sabes —gritó Scarlett. Sintió otra punzada de dolor; la serpiente la mordió de nuevo. Apretó los dientes—. ¿Recuerdas a Tiffany? ¿Recuerdas cómo luchamos contra ella? «Juntas». Podemos hacerlo otra vez.

El mundo comenzaba a tornarse borroso a su alrededor, se desdibujaba. El veneno. Intentó levantar la cabeza, pero enfocarse era demasiado difícil. La visión se le enfocaba y desenfocaba, como una cámara de mala calidad. Creyó haber visto algo: una sombra detrás de la figura encapuchada de Typheus. Frunció el ceño, confundida, en un intento por verlo.

—Sí, lo recuerdo. —Vivi dio un paso al frente. Scarlett volvió a

enfocarse en su hermana menor y se olvidó de la sombra—. Recuerdo lo impotente que fui. Recuerdo que casi me destruyó. Nunca volveré ahí; no seré débil nunca más.

—Demuéstralo, entonces —escupió Scarlett, aunque sentía los pulmones en llamas y el pecho le ardía con cada aliento—. Demuestra qué tan fuerte eres. «Detenlo».

Mientras Scarlett hablaba, la figura que estaba detrás de Typheus saltó. *Xavier*. Scarlett lo vio al mismo tiempo que el demonio. Observó, apenas capaz de sostener la cabeza, cómo Xavier le clavaba la daga en la espalda a Typheus.

O al menos cómo intentaba hacerlo.

Typheus se movió a la velocidad del rayo, más rápido de lo que Scarlett habría creído posible. Un instante estaba ahí, el blanco perfecto, al siguiente había desaparecido… no, no desapareció; estaba detrás de Xavier.

Xavier blandió el cuchillo en el aire. Movió la cabeza de lado a lado, en busca del demonio. No lo sabía, no podía saberlo.

—Xavier —intentó gritar Scarlett, pero la voz se le ahogó en la garganta. Lo único que salió de su boca fue un gemido asfixiado.

Xavier la miró, justo cuando Typheus le puso una mano a cada lado de la cabeza y le rompió el cuello.

Scarlett gritó.

El cuerpo de Xavier cayó inerte al piso. La daga cayó de forma estrepitosa e inútil al suelo, a centímetros de la Puerta al Hades.

El agujero abrió más las fauces. Scarlett podía ver cosas en sus orillas, cosas que comenzaban a estirarse en las orillas y hacia afuera. Manos que arañaban el piso del sótano. Las Theta comenzaron a cantar de nuevo, más fuerte. Debajo de todo, Typheus se reía, jubiloso.

—Llegaste tarde, pequeña Raven —susurró. Scarlett no sabía si hablaba en voz alta o solo dentro de su cabeza—. El reino de las Kappa en el campus llegó a su fin. Pero tengo que darte las gracias. —Scarlett intentó jalar aire. Luchaba con todas sus fuerzas por volver a levantar la cabeza, por al menos mirarlo con toda la rabia que sentía. Quería moverse, gatear hasta el círculo, pero sentía los brazos y las piernas como si estuvieran hechos de plomo. Estaba enraizada en el suelo—. Me hiciste las cosas muy fáciles. Tenían tantos enemigos en el campus. —Typheus le revolvió el cabello a María, que estaba a su lado, de forma afectuosa. Cuando le quitó la mano de la cabeza, un hilo de sangre le corrió por la mejilla a María, desde donde las uñas de Tyhpeus, que se alargaban poco a poco, la habían arañado—. Casi no tuve que hacer nada. En Theta

habría hecho lo que fuera por entregarme sus vidas. Lo único que tuve que prometerles fue una probada de la magia de Kappa. Y ahora tengo el poder suficiente para abrir la puerta, para dejar que mis hermanos y hermanas caminen por este patético mundo.

—Vivi —la voz de Scarlett era apenas un susurro, una exhalación. No sabía si su hermana menor la escuchaba aún, o si podía oírla siquiera a esa distancia. Batalló contra la bruma roja que la aprisionaba—. Eres… más fuerte… que él. Lucha…

Ya no veía a su hermana. No veía a las chicas de Theta ni el foso. Podía oírlas. Oía los cánticos. Oía la risa del demonio. La oscuridad la envolvió; Scarlett se dejó llevar por ella.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Vivi

Scarlett cayó de rodillas, horrorizada y asqueada por las serpientes que se enroscaban en sus brazos. Hizo el débil intento de sacudírselas, chilló con desesperación al oír el siseo furioso de las serpientes y sentir que la estrujaban con más fuerza.

Vivi jamás había visto a su hermana mayor en una situación tan vulnerable, pero bastó para complacerla y hacerla reír. No solo había recuperado su magia, sino que ahora era más poderosa. Nadie volvería a dudar de ella jamás.

—«Ya hiciste suficiente por hoy» —canturreó Vivi en tono burlón, citando las palabras desafiantes de Scarlett después del fiasco de la fiesta de Alicia en el País de las Maravillas—. Te aseguro que aún no has visto nada, Scar.

—¿Por qué estás haciendo esto, Vivi? —Scarlett jaló aire, con los ojos desorbitados por el miedo y el dolor.

«Se lo merece», dijo la voz en las profundidades de la mente de Vivi. «Después de todo lo que te hizo, de las cosas por las que te hizo pasar».

Sin embargo, al ver a Scarlett hacer un esfuerzo sobrehumano por alzar la cabeza, otro pensamiento se abrió paso en su mente.

«También peleó por ti».

En el bosque, cuando Tiffany estaba a punto de apuñalarle el corazón, Scarlett llegó a tiempo para confrontar a su mejor amiga y salvar a Vivi. Había arriesgado su vida conscientemente, pues estaba al tanto de los nuevos poderes malignos de Tiffany que casi la matan. Bajó al sótano sin protección alguna, sin una pizca de magia que pudiera protegerla. ¿Por qué lo hizo?

«Por mí».

La confusión peleaba contra la ira que corría por las venas de Vivi. La ira era más sencilla, más simple. Bastaba con dejarse llevar, con permitirle apoderarse de tu corazón y tus puños.

Sin embargo, debajo de la ira se arremolinaban otras emociones. Ver por encima del dolor implicaba sumergirse en la culpa y el miedo y toda clase de emociones desagradables que Vivi habría preferido ignorar.

Desvió la mirada de Scarlett y la clavó en el muchacho que su hermana mayor había llevado con ella, Xavier. O más bien el muchacho que alguna vez fuera Xavier, pues ahora estaba muerto, con el cuello torcido en un ángulo horripilante y los ojos abiertos y opacos. La daga que blandía resplandecía cerca de su mano rígida e inerte, a unos cuantos centímetros del foso. Si la tierra se estremecía una vez más, caería al foso y se perdería para siempre.

Mientras Vivi la observaba, emitió un destello sutil. Un brillo azulado entre los tonos rojizos y ambarinos.

Scarlett había dejado de forcejear. El veneno estaba haciendo su trabajo, y pronto estaría tan fría y rígida como Xavier. Dos cadáveres perfectos. El rey y la reina del baile de los muertos. Scarlett tenía los ojos cerrados y movía los labios, como susurrando algo que Vivi no alcanzaba a oír. Quizás estaba enunciando su propio ritual mortuorio o despidiéndose de la familia que nunca volvería a ver.

Entonces escuchó la voz de su hermana mayor en su cabeza, con una fuerza de la que la chica moribunda no podía ser capaz.

«Eres muy fuerte. Más fuerte que él. No olvides quién eres».

—Bien hecho, Vivi —rugió el demonio—. Acaba con ella.

Vivi sintió en los brazos el hormigueo de la magia que crepitaba, pero no era su propio poder, sino la magia del demonio que fluía a través de ella como un río. Su cuerpo se estremeció, como si sus huesos de ser vivo fueran demasiado delicados para contener las fuerzas que Vivi estaba canalizando. Podría hacer lo que fuera con ese tipo de poder. Podría arrancar de raíz un árbol inmenso. Podría convertir un edificio en polvo. Era un huracán. Era muerte y destrucción y renovación. Esa magia era de *él*. Ella tendría que seguir sus órdenes si quería conservar esa sensación para siempre. ¿Cómo volver a ser de carne y hueso después de saborear la ancestral magia de lo eterno? Se sentiría débil, impotente. Una víctima a la espera de su victimario. Cualquiera podría hacerle daño.

—Acaba con ella. «Mátala».

Vivi se arrodilló y presionó la tierra con las palmas de las manos, lista para atacar a Scarlett de nuevo.

Entonces agarró el puño de la daga de Xavier.

Tan pronto la tocó, volvió a ver y pensar con claridad.

«Recuerda a tus hermanas». Se quitó de encima un peso del que no era consciente. Inhaló profundo, como si fuera la primera vez en varios días que respiraba aire fresco.

Al alzar la cara de nuevo, el sótano se veía más brillante. Más nítido. Ahora veía todo con claridad.

«Recuerda a las Ravens».

Scarlett seguía de rodillas, rodeada por las otras brujas que poco a poco fueron volteando a ver a Vivi, con el rostro retorcido por la furia, mientras seguían pronunciando las palabras guturales del hechizo que el demonio les había enseñado.

Eso no estaba bien. Esa no era el tipo de magia que Vivi quería.

Tim alzó los brazos para concluir el hechizo. En ese momento no la estaba mirando. No estaba mirando a ninguna de ellas. Tenía la mirada fija en el suelo, en el foso que seguía ensanchándose. De las profundidades se asomaban garras con incontables dedos carbonizados. Venían seguidas de brazos larguísimos, demasiado largos como para ser de humanos. Se flexionaban en ángulos impensables, pues tenían más articulaciones que cualquier animal que Vivi hubiera visto jamás.

Por una fracción de segundo, el terror la paralizó. La parte animal de su cerebro le suplicó a gritos que huyera, que le salvara el pellejo. Luego vio que Scarlett se colapsó y que sus extremidades habían dejado de estremecerse.

«No». Esa palabra se apoderó de ella como un animal salvaje recién liberado. Tenía que hacer algo. Tenía que ponerle un alto a eso.

Despacio, como si nadara en melaza, Vivi alzó el brazo que sostenía la daga resplandeciente.

Era muy difícil moverse, pues fuerzas invisibles la jalaban de las extremidades, mientras voces escondidas en su mente le gritaban que se detuviera, que se uniera al cántico de las Theta. «Estamos a punto de lograrlo», siseaban. «No podemos parar».

Vivi hizo un esfuerzo por recordar que Scarlett había bajado al sótano para buscarla, para salvarla, a pesar de todo. Recordó a las demás, las que seguían en la casa sin saber lo que se avecinaba. Incluso pensó en las chicas que estaban ahí con ella, chicas que apenas conocía, pero cuya sangre había compartido y quienes habían terminado enredadas en una red de poder que no entendían. Chicas convertidas en soldados de un ejército monstruoso que no habían elegido ser parte de él.

Se irguió con dificultad y dio un lento y doloroso paso al frente. Percibió el calor abrasador del foso que le quemaba la piel y la cegaba.

Apretó los dientes y agarró la daga con más fuerza.

—Oye, Tim —balbuceó.

El demonio volteó al oír su voz. Su rostro había perdido toda cualidad humana y los últimos indicios de Tim se perdían en las pupilas felinas y la boca inmensa. Le quedaba aún suficiente humanidad como para hacer una mueca de sorpresa mientras Vivi se armaba de toda la fuerza que tenía para clavarle la daga en el corazón.

Mantuvo aquella expresión de sorpresa casi risible. Miró la navaja, luego a Vivi, y maldijo y escupió en una lengua que Vivi no reconoció.

El suelo se agitó de pronto y la tiró. Se estrelló con Rose, mientras las demás Theta se tambaleaban y caían de espaldas.

El demonio siguió escupiendo y siseando, mientras alzaba las garras en busca de la daga que tenía hundida en el pecho. Tan pronto tocó el metal, sus garras empezaron a consumirse, y el sótano se llenó del grotesco olor a pelo y carne chamuscados.

El demonio abrió la boca y emitió un grito agudísimo y ensordecedor. Vivi retrocedió, horrorizada, al ver cómo se le derretían las manos.

Luego siguieron los brazos, que se convirtieron en gotas de un líquido espeso que cayó al suelo como cera de una vela. Volvió a abrir la boca para gritar, pero en vez de eso emitió un burbujeo escalofriante, justo antes de que su cara también se colapsara.

Se consumió en sí mismo, un centímetro a la vez, hasta que lo único que quedó fue un charco humeante en el suelo y una túnica negra desgarrada.

Alguien soltó un grito angustiante. Era María. Vivi volteó en el instante mismo en el que se abalanzaba hacia el charco.

—¡No! —exclamó Vivi y la agarró del brazo antes de que alcanzara a tocar lo que quedaba de su novio.

María gruñó y le arañó la cara a Vivi. A pesar de eso, alcanzó a ver que otras de las chicas empezaban a despertar del encantamiento y que parpadeaban y agitaban la cabeza antes de percatarse de la horripilante escena que las rodeaba.

—¿Qué hiciste? —le gritó María. Sus hermanas la habían alcanzado y la estaban conteniendo.

Rose la abrazó y le susurró al oído:

—Está bien… estás bien.

Una vez que se deshizo de María, volteó a ver la Puerta del Hades, la cual se había ensanchado aún más. No era momento para preocuparse por eso. Primero debía atender a Scarlett. Corrió hacia ella, pero Reagan

ya tenía la cabeza de Scarlett sobre su regazo, mientras Etta y Bailey mascullaban encantamientos entre sollozos.

Vivi le buscó el pulso hasta encontrarlo, aunque era casi imperceptible. Aún respiraba, pero con cada inhalación su respiración se volvía más errática. Entre maldiciones, Vivi volteó a ver a las demás, que trataban de alejarse de la orilla de la Puerta del Hades. En ese momento, el cuerpo inerte de Xavier cayó por el borde y se perdió en las profundidades.

—¡Necesitamos a todas! —gritó Vivi—. ¡A todas las Ravens! ¡En este instante!

Reagan asintió, apoyó con delicadeza la cabeza de Scarlett en el suelo, y Etta y ella se abrieron paso entre las chicas aterradas para llegar a las escaleras y buscar a las demás.

Vivi buscó su magia, pero ya no tenía acceso al poder que había canalizado minutos antes, pues se había esfumado junto con su dueño. También había perdido la magia dactilar de las Theta.

Cerró los ojos y buscó más y más profundo. Percibió la tierra, el suelo duro bajo sus rodillas, las raíces y los gusanos y la vida que estaba más allá de ella misma.

Y entonces escuchó el llamado de la magia.

Escuchó el viento que agitaba las hojas del bosque atrás de la casa.

Sintió las frías piedras del arroyo y su superficie alisada por el agua perenne.

Percibió el aroma de la tierra húmeda después de una tormenta.

Vio las plantas atravesar el suelo y salir al mundo. Eran parte de ella, tanto como ella era parte de ellas. A pesar de todo, Vivi seguía siendo una Pantáculo.

Puso ambas manos sobre el pecho de Scarlett, a la altura de su corazón. No había conjurado un hechizo así en muchísimo tiempo, y sus cartas de tarot estaban perdidas en el caos de la casa.

«No importa. La magia está en tu interior».

Cerró los ojos de nuevo.

—Invoco a la Reina de la Tierra —dijo Vivi con voz firme y fuerte—. Muéstranos tu poder sobre la muerte de ida y vuelta. —Escuchó un crujido cercano, pero no se atrevió a abrir los ojos para ver lo que estaba pasando—. Invoco a la Reina de la Tierra —repitió en voz más alta—. Muéstranos tu poder sobre la muerte de ida y vuelta.

Sintió cómo su cuerpo extrajo magia del suelo y la condujo hacia Scarlett. En algún lugar de su mente, alcanzó a ver que los árboles detrás de la casa se mecían. Las plantas del jardín reverdecieron y se

marchitaron de nuevo para sacrificarse por la bruja de Pantáculos que necesitaba su poder. Sin importar qué tanto se esforzara, no era suficiente. El veneno había surtido efecto.

—No, Scarlett, no, por favor —dijo Vivi, con los ojos llenos de lágrimas—. *Te lo ruego*. —¿Por qué no podía lograrlo? ¿Por qué nunca podía lograr nada por sí sola?

Entonces sintió algo, como un susurro que le acariciaba la mejilla. Antes de voltear, percibió el aroma… el aroma de la magia ajena.

El resto de las Kappa estaba ahí.

Al abrir los ojos, vio a Etta, Hazel y Bailey, cerniéndose sobre Scarlett, mientras Reagan bajaba por las escaleras, seguida de las demás.

Mei tomó la mano derecha de Vivi, mientras Ariana le tomaba la izquierda. Las demás hermanas se arrodillaron, una por una, hasta formar un círculo alrededor de Scarlett. La Puerta del Hades rugía de forma ominosa a sus espaldas, pero ninguna volteó a verla ni titubeó siquiera. Enfrentarían cualquier peligro por su hermana.

Como siempre lo habían hecho.

Vivi apretó las manos de Mei y Ariana.

—Invoco a la Reina de la Tierra —canturreó, y esta vez unió fuerzas con sus hermanas. Sus voces se alzaron hacia el techo y retumbaron a pesar del ruido del foso—. Muéstranos tu poder sobre la muerte de ida y vuelta.

El pecho de Scarlett se detuvo, y hubo un largo momento de silencio.

Vivi contuvo el aliento y sintió que sus hermanas hicieron lo mismo. Todas miraban fijamente a su hermana, a su líder.

«Por favor, Scarlett», rogó Vivi en silencio. «Despierta».

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Scarlett

Scarlett tenía puesto un vestido blanco que le llegaba hasta los tobillos. Estaba a la orilla de un enorme cuerpo de agua. Le besaba los tobillos y acarreaba el aroma del agua salada, tan pesado que podía saborearlo. El cielo sobre su cabeza oscilaba entre la noche y el día.

Crepúsculo que teñía las olas del mar que tenía enfrente de un blanco lácteo.

Había una barca en el agua. Tenía un casco de madera oscura y un nombre escrito en un costado que no alcanzaba a leer. Dio un paso hacia ella; el agua le subió hasta las pantorrillas y le cosquilleaba las corvas.

—Scarlett.

«Esa voz». Sintió una opresión en el pecho. No la había oído en meses, pero la reconocería donde fuera.

—Minnie.

Se dio vuelta. El vestido se ensanchó a su alrededor, flotando sobre las gentiles olas como la espuma del mar.

La mujer que había criado a Scarlett casi por sí sola estaba descalza en la playa, con un vestido que Scarlett reconoció de inmediato. Era el vestido que Minnie vestía para ir a la iglesia en Pascua, su vestido de ocasiones especiales. La madre de Scarlett le ofreció comprarle un repuesto, pero Minnie siempre se negó.

«Este todavía sirve», decía siempre, con un dejo de reproche en su voz que siempre encantaba a Scarlett. Le fascinaba que Minnie le hiciera frente a su madre, siempre que apuntaba que el dinero, el poder y el estilo no lo eran todo, sin importar lo que Marjorie dijera.

La Minnie que la esperaba sobre la arena se veía varios años más joven que la última vez que Scarlett la vio. No había señales de la

enfermedad que le devastó el cuerpo en sus últimos años, su rostro no tenía marcas ni arrugas, y su sonrisa era tan grande como siempre. Fue entonces que Scarlett lo entendió.

—Estoy muerta, ¿verdad? —preguntó.

La sonrisa de Minnie se suavizó. La mirada que le regaló a Scarlett era una que había visto un millón de veces cuando era pequeña, una mirada que decía: «Sabes muy bien cuál es la respuesta».

—Eso depende de ti —murmuró Minnie—. Puedes elegir qué camino tomar.

Scarlett sintió que el corazón se le estrujaba. Quería estar con Minnie. Quería que la abrazara otra vez. «Me queda tanta vida por vivir». Tenía trabajo que hacer, un legado que proteger y…

A la distancia, oyó voces que gritaban su nombre. Voces conocidas. Vivi, Mei, Etta…

«Mis hermanas me esperan», dijo. O quizás solo lo pensó. No sabía distinguir una de otra. Abrió la boca para intentarlo de nuevo y…

Jadeó.

Le ardía a morir. Sentía que tenía el pecho, los pulmones, todo el cuerpo en llamas. Los ojos se le abrieron de golpe. Minnie, la playa, la arena, el mar, todo había desaparecido. Estaba, en cambio, recostada sobre el piso duro, con una decena de rostros mirándola con distintos niveles de terror.

Se aferró a la primera persona que vio.

—Vivi. —La voz le salió como un graznido.

Su hermana menor soltó un ruido ahogado, algo entre una risa y un sollozo. Luego, le envolvió los hombros a Scarlett con los brazos y apretó con fuerza.

Scarlett gimió.

—Auch.

—Ay, Dios. Creí que te habíamos perdido —le jadeó Vivi sobre el cuello.

Los recuerdos regresaron a trompicones intermitentes. La mano levantada de Typheus sobre ella; a su lado, Vivi, imitándolo, con los ojos ennegrecidos. Los colmillos venenosos de la serpiente perforándole la muñeca.

—Esto es muy lindo y todo —murmuró Jess desde los alrededores —. Pero todavía tenemos un problema bastante grande por aquí.

Con la ayuda de Vivi, Scarlett logró ponerse de rodillas y luego de pie.

—El demonio… —muy despacio, recordó de quién era su cara—.

¿Tim? —se corrigió.

Vivi movió la cabeza, aliviada.

—Muerto. Y recuperamos nuestra magia —añadió, con una mirada hacia sus hermanas—. Pero… —Señaló.

Fue entonces que Scarlett volteó a ver la Puerta al Hades. Aún palpitaba con un tono rojo profundo y furioso. Se había ensanchado para devorar la mitad del sótano. El calentador se había desprendido de la pared y había caído al foso, y se estaban derramando galones y galones de agua apestosa y sulfurosa.

La pared que estaba detrás del calentador había comenzado a cuartearse y astillarse también. Encima de ellas, la Casa Kappa gemía mientras sus cimientos se estremecían.

Scarlett pasó saliva.

—Ravens. —Su voz retumbó por todo el sótano. Todas sus hermanas se irguieron, codo a codo, junto a ella, todas enfrentándose al foso—. Si aún confían en mí…

—Solo dinos qué hacer, carajo —ladró Reagan.

Etta resopló; Mei le dio un pequeño empujón.

—Todas nos equivocamos, ¿sí? —Etta miró a Scarlett a los ojos—. No lo hiciste peor que cualquiera de nosotras.

—Soy su presidenta —masculló Scarlett—. Debí hacerlo mejor.

—Hazlo ahora, entonces —dijo Vivi con suavidad. Le tomó la mano.

Scarlett cuadró los hombros. Hora de salvar la casa, de salvar a Savannah, quizás a todo el mundo. «Tú puedes». Las palabras de Minnie resonaban en su cabeza. «Puedes elegir tu camino».

Era solo otro hechizo. Nada más.

Tomó las manos de sus hermanas. Un graznido rompió su concentración por un instante; alzó la mirada y vio a los cuervos de la casa volando por encima de ellas, posándose en las vigas del techo, como si el poder de la casa, o la necesidad de sus hermanas, los hubiera llevado hasta ahí.

Sonrió. Luego volvió a enfocarse en la Puerta al Hades.

—Invoco a todas las Reinas, las cuatro poderosas —entonó. Sus hermanas lo repitieron—. Cierren por siempre esta puerta maliciosa.

La magia de las Ravens crepitó sobre sus cabezas, electrizando las yemas de sus dedos. Cuando Scarlett inhaló, sintió cómo le palpitaba en los pulmones, dolorosa, familiar y reconfortante al mismo tiempo. «Su magia había vuelto». Era una bruja de nuevo; era ella misma de nuevo.

Sin embargo… era más que eso también. Había aprendido que, aun sin magia, Scarlett Winter era una guerrera. Se lanzaría al calor de

cualquier batalla por sus hermanas, incluso sabiendo que jamás podría ganar.

Sonrió. Sin magia, era una guerrera. ¿Con ella? La Puerta al Hades no tenía oportunidad.

—Invoco a todas las Reinas, las cuatro poderosas. Cierren por siempre esta puerta maliciosa.

Gritó las palabras. Sus hermanas las repitieron.

El suelo a sus pies gruñó y se enturbió. Las paredes cedieron. La electricidad chisporroteaba en el techo, se disparaba por las tuberías y los cables de la casa. Algo en la esquina estalló, y el agua del calentador se cargó de electricidad y disparó chispas al sumergirse en las profundidades.

Al caer, siseó y soltó vapor.

Luego, pedazos de tierra comenzaron a desprenderse del suelo y se sumaron a la cascada.

En algún lugar de la casa, por encima de ellas, un vidrio estalló. Oyó el aullido del viento que corría por las escaleras hacia donde estaban y hacia la Puerta al Hades.

—Invoco a todas las Reinas, las cuatro poderosas. Cierren por siempre esta puerta maliciosa.

El agua pareció correr más rápido, con más fuerza. «Mi magia de Copas», notó, justo cuando el viento se hizo más fuerte y les sopló el cabello sobre los ojos. La tierra se sometió a las órdenes de las brujas de Pantáculos también. Todos los elementos se sumaron.

El fuego fue el último en llegar. Una llamarada del foso se elevó y se torció sobre sí mismo, como una serpiente mordiéndose la cola. Se dobló hacia atrás y se arqueó sobre toda la extensión de la grieta.

—Invoco a todas las Reinas, las cuatro poderosas —rugieron las Ravens—. Cierren por siempre esta puerta maliciosa.

Con un último gruñido y temblor, agua, aire, fuego y tierra convergieron en el corazón de la Puerta al Hades. Las dos mitades del piso del sótano se levantaron dos centímetros y se estrellaron la una con la otra.

La casa siguió sacudiéndose; el agua seguía saliendo del calentador destrozado. Pero ahora corría sobre un piso entero y liso. No había una sola grieta a la vista. Solo un charco que se formaba a sus pies.

Scarlett no había notado que se había quedado sin aliento hasta que Vivi le puso una mano sobre el hombro y le susurró al oído:

—Está bien. Lo lograste.

La Puerta al Hades estaba cerrada de nuevo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Vivi

Lo primero que hicieron las Ravens al recuperar sus poderes fue reparar la casa, cambiar las ventanas rotas, restablecer las tuberías y reformar el piso del sótano. Fue un proceso lento, pues hasta las brujas más experimentadas tuvieron dificultad para recalibrar bien su magia, que al principio parecía rebelde e incontrolable, como montar un caballo salvaje en vez de un corcel de concurso.

—Bueno, creo que las cosas no salieron como planeamos —dijo Hazel entre risas al dar un paso atrás y observar la pared que acababa de limpiar. El hechizo había funcionado, pero además de retirar el humo y el polvo, pulverizó los retratos enmarcados y descarapeló la pintura, por lo que solo quedó la pared de cemento desnuda. Luego agitó las manos, como si le dolieran por el esfuerzo.

—Como sea, vas mejor que yo —dijo Ariana desde el otro extremo del salón, donde intentaba reparar un par de vidrios rotos. Ya no estaban agrietados, pero se habían vuelto de color púrpura.

—Se ven bien. Déjalos así —dijo Mei desde la cima de la escalera que había puesto para reemplazar con mucho cuidado la instalación eléctrica de una lámpara. Antes de eso había intentado levitar, pero en lugar de flotar en el aire se dio de golpes en el techo. Su cabello, en cambio, ya lo tenía dominado. Ese día había optado por una larga cabellera ondulada de color cobrizo y la habitual chispa en su mirada, mezcla de su buen ánimo y encantamientos precisos, había vuelto a resplandecer.

Durante un rato, Vivi se ocupó alegremente de esas responsabilidades, pero no podía seguir ignorando el hueco incómodo en

el estómago. Seguía sin hablar con Scarlett, la tensión entre ellas iba en aumento. Vivi le pidió a Bailey que cuidara la escalera de Mei y se dirigió al estudio de Scarlett, donde encontró a su hermana mayor usando un hechizo para barrer esquirlas de vidrio. Se veía cansada y un poco sudorosa, pero bastante recuperada de los sucesos de la noche anterior. No obstante, verla así no bastó para aliviar el persistente horror que Vivi sentía al recordar el hechizo tan horripilante que había conjurado en su contra o la forma en que siguió las órdenes del demonio a tal grado que casi mata a Scarlett.

—Hola —dijo Vivi desde la puerta—. ¿Tienes un minuto?

Scarlett dejó de barrer por un instante y con la mano se echó hacia atrás el fleco mojado de sudor.

—Claro —contestó e hizo una seña para que Vivi se sentara en el sillón verde de terciopelo.

Vivi asintió, pero, antes de llegar al sillón, volteó a ver a Scarlett y no se contuvo más.

—Lo siento mucho, muchísimo, no sabes cuánto. No puedo creer que casi…

—Vivi —la interrumpió Scarlett, apoyada en la orilla del escritorio, frotándose las sienes.

—Nunca debí abandonar Kappa. Debí haberte contado todo en vez de ir a *unirme* a Theta para recuperar mi magia, y…

Scarlett alzó una mano para pedirle que se callara.

—Y *yo* nunca debí pedirte que te infiltraras. Al menos no sola. Mucho menos sin magia.

Vivi negó con la cabeza.

—Eso no justifica el… el hechizo que traté de conjurar —dijo vagamente, sin atreverse a enunciar las palabras. «El hechizo que iba a matarte».

—Pero estabas poseída por Typheus. Y ya viste lo que les hizo a las chicas de Theta.

—Tenía muchísimo miedo de no recuperar mi poder, de sentirme indefensa, como la última vez…

Scarlett guardó silencio un momento, suspiró y se acercó para ponerle una mano en el hombro.

—Las dos cometimos errores. Yo estaba tan obsesionada con ser la mejor presidenta de Kappa que no me di cuenta de que necesitaban mi ayuda.

Vivi pensó en las Kappa del pasado, incluyendo a aquellas que habían atrapado a Typheus en el talismán de Henosis.

—No sé —dijo con una leve sonrisa—. Al final logramos destruir a un demonio en lugar de enjaretárselo a generaciones futuras.

—Pero perdimos el Baile de Primavera y casi nos exponemos frente a toda la universidad. Perdimos nuestra magia por completo. Ah, sí, y permití que un portal al infierno se abriera en nuestro sótano. ¡Qué grandes logros!

—Pero todo se resolvió. —Vivi se puso de pie y la miró a los ojos—. Scar, las mejores líderes no son las que tienen un mejor currículum. Las mejores son las que dan la cara por su gente cuando las necesitan. Las verdaderas líderes son las que se sacrifican por su gente. Y, sin importar los errores que hayas cometido, fuiste por mí. Corriste *al mismísimo infierno*, sin magia alguna, para salvarme. Eso es lo que hace un gran líder.

Scarlett al fin sonrió.

—Bueno, si lo pones en esos términos…

—¡Claro que sí! Y bueno… —Vivi inhaló profundo—. Lo siento mucho. Lamento haberte lastimado.

—Lo sé. —Scarlett guardó silencio de nuevo, como si se hubiera perdido por un instante en sus pensamientos—. Pero al final tomaste la decisión correcta. No todo el mundo lo habría hecho.

Cuando el silencio se volvió insoportable, Vivi le tendió el meñique.

—Hagamos una promesa. De ahora en adelante, nos pediremos ayuda siempre que la necesitemos. Nada de avergonzarnos ni de intentar hacer las cosas solas. —Vivi hizo una mueca de dolor—. Somos hermanas.

Scarlett torció ligeramente los labios. Luego alzó la mano y tomó el meñique de Vivi con el suyo.

—Somos hermanas —repitió—. Pero no estoy de acuerdo contigo en una cosa. Las *mejores* líderes trabajan en equipo. —Arqueó una ceja—. Así que, ¿qué dices? ¿Seguirás siendo mi coordinadora de eventos sociales?

Vivi sonrió en respuesta.

—¡Sin duda!

Scarlett se fue para ayudar a Jess con una tubería rota que no lograba reparar, Vivi salió al jardín para intentar llamar a su madre. Las plantas marchitas empezaban a reverdecer de nuevo, y Vivi inhaló profundo y se deleitó con el aroma limpio y herbal de la magia de las Ravens. Una vez que se sintió lo suficientemente centrada, presionó el botón para llamar a Daphne. A pesar de la hora, su madre contestó.

—¿Bueno? —dijo con voz adormilada—. ¿Está todo bien, mi amor?

Al oír la voz de su madre, los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque

no entendía bien por qué. Sentía una mezcla de orgullo, alivio y agotamiento. Tal vez era eso.

—¿Que si todo está *bien*? —repitió Vivi con una risita cansada—. No sé ni por dónde empezar…

Se esforzó por darle un recuento detallado de todo lo que había ocurrido. Aunque apenas habían pasado unas horas desde que derrotaron a Typheus, era como si hubiera ocurrido hacía muchísimo tiempo, como si le estuviera describiendo a su madre los sucesos de una pesadilla confusa.

—¡Ay, cielos! —exclamó Daphne, angustiada—. Lo lamento mucho, mi amor. Qué horrible que hayan tenido que enfrentarlo solas, sobre todo después de lo que pasó con Tiffany. —Se le quebró la voz, y Vivi pudo imaginar su expresión compungida—. No puedo creer que volví a decepcionarte.

—Todo está bien —dijo Vivi, y hablaba en serio—. Logramos resolverlo.

—Sin duda. Eres una bruja extraordinaria. No sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—Gracias. —A Vivi se le alegró el corazón al escuchar esas palabras, pero no podía dejar de pensar en la duda que la carcomía—. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué Typheus necesitaba *mi sangre* para abrir el portal?

Daphne titubeó un instante, y Vivi temió que fuera a salirse por la tangente, como acostumbraba.

—Venimos de un gran linaje de brujas, mi amor. Sospecho que quien abrió el portal por primera vez era de nuestra familia y aún llevamos su sangre en las venas.

Vivi recordó el retrato de la Finca del Sauce Solitario.

—Había una mujer… o algo así —dijo Vivi—. Su retrato nos advirtió a Scarlett y a mí sobre el demonio y la Puerta al Hades.

—Esa es magia ancestral y poderosa —le explicó Daphne en tono reverencial—. A las Ravens nos unen lazos mágicos, y la familia permanece unida por la sangre, incluso después de la muerte. Cualquier predecesora nuestra que también fuera Kappa puede comunicarse con nosotras desde la tumba. Y ella volvió a advertirte, Vivi. Me alegra que la hayas escuchado.

—A mí también. —Vivi hizo una pausa y se armó de valor para preguntarle lo que más ansiaba saber—. Y, bueno, he estado pensando en otra cosa. Tim y yo pasamos mucho tiempo hablando de nuestro papá, y de verdad quiero saber qué pasó entre ustedes dos. —La mezcla de secretos y magia demoniaca le impedía distinguir la verdad de la ficción.

Si Tim era un invento, ¿lo que le había dicho sobre su padre también lo era?

Daphne soltó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Bueno, mi amor, tienes derecho a saberlo, claro, pero es que tampoco hay mucho que contar. Vince y yo estudiamos juntos en Westerly. Él era una gran estrella deportiva, y a mí me gustaba mucho. Cuando me gradué y empecé a viajar, pasé por Vancouver, donde resultó que estaba viviendo él. Así que nos quedamos de ver en el bar de un hotel y… pues eso fue lo que pasó.

Vivi no esperaba más.

—¿Así que vive en Canadá?

—No estoy segura. Le perdí la pista hace muchos años. Lo culpé de todo y me convencí de que no quería tener nada que ver con nosotras. Por eso nunca te dije nada sobre él, porque no quería que al final te lastimara. Pero ahora sé que te dolió mucho más que no te dijera nada, y lo lamento mucho.

Vivi guardó silencio un rato mientras la duda le hacía un nudo doloroso en el pecho.

—¿Sabe que existo? —dijo finalmente.

—Sí. La última vez que hablé con él, le confesé todo. Me dijo que estaba dispuesto a conocer a su única hija, si ella alguna vez lo deseaba.

Vivi dejó que las palabras se acomodaran en su mente. «Su única hija».

—¿Te molestaría que lo conociera?

—No, Vivi. Debes seguir tu propio camino —contestó Daphne—. Además, ayer hice una lectura de tarot y salió la Sota de Copas. Tal vez sea una señal. Buscar a tu padre podría ser el comienzo de un viaje gratificante.

Vivi sonrió y bajó la mirada.

—Sí, tal vez lo sea…

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Scarlett

—Y ahí lo tienen. —Marjorie Winter terminó de escribir con una floritura y le devolvió el libro a Scarlett—. Eso es todo lo que recuerdo.

Scarlett miró la página y vio la escritura de su madre transformarse sobre el papel con el poder del hechizo hasta que se tornó indistinguible de todo lo demás escrito en el volumen con tapas de cuero. Después de que le contó a su madre todo lo ocurrido en la Puerta al Hades, Marjorie se disculpó. Dijo que había pasado las últimas semanas envuelta en una suerte de bruma. Quizás Typheus había interferido con todas las Ravens, presentes y pasadas. Marjorie habló con las Monarcas sobre la posibilidad de contribuir al libro de Scarlett, *La historia de las Ravens*, para garantizar la seguridad futura del aquelarre.

—¿Eso significa que al fin vas a aceptar que tenía la razón?

—Voy a admitir que es una buena idea tener un registro imparcial de nuestras experiencias en Kappa, algo con que las fuerzas del exterior no puedan interferir. —Miró a su hija a los ojos—. Y quiero que conste que eres más fuerte de lo que jamás he sido, Scarlett.

Scarlett se paralizó en su asiento, anonadada.

—Mamá…

—No en cuanto a la magia —enmendó Marjorie. Scarlett no pudo evitarlo: se rio. «Por supuesto». Su madre sonrió—. Bueno. Puede ser que sí, pero no. Hablo de tu fortaleza mental. Tu lealtad hacia tus hermanas, tu capacidad de hacer lo que se tiene que hacer, sin importar las apariencias o el costo personal que pueda conllevar. Esa es fuerza de verdad, Scarlett. Y es más poderosa que cualquier hechizo.

Scarlett sonrió, incluso mientras sentía que el pecho se le comprimía.

Aunque lo que dijo su madre no era del todo cierto. Tenía aún una

tarea que había estado evitando, una última cosa que debía hacer por sus hermanas que deseaba con todas sus fuerzas no tener que hacer.

Después de que Marjorie se fue, se quedó en la sala común un minuto más. Mei, con el cabello recién encantado con rizos rojos le daba consejos a Reagan sobre cómo hacer encantamientos con su maquillaje.

—La línea entre una belleza increíble y verse como una caricatura japonesa poco humana es muy delgada —decía.

Cerca de ahí, Etta atendía las plantas. Su vivacidad volvió cuando las chicas recuperaron su magia, pero Etta no quería correr ningún riesgo y les estaba dando dosis extra de afecto a todas.

Jess había extendido una pila de recortes de periódico sobre la alfombra. Sonali estaba sentada cerca de ella y le preguntaba sobre distintos estilos y géneros periodísticos.

El solo ver a sus hermanas retomar sus vidas cotidianas le levantaba los ánimos a Scarlett más de lo que cualquier hechizo habría podido. Lo extrañaba: el bullicio desenfadado de la casa de las Kappa en un día normal.

Alguien soltó un pequeño chillido, Scarlett brincó: Ariana se apresuraba a apagar un hechizo en las velas con la regadera de Etta.

«Bueno». La normalidad era relativa.

«Por ellas es que tienes que hacerlo», se recordó Scarlett antes de mirar al reloj sobre la puerta. Y, si quería hacerlo bien, tenía que apresurarse.

Corrió por el campus y llegó a la biblioteca unos segundos antes de la última campanada del viernes. Como esperaba, los rizos de Jackson aparecieron en la ventana un momento después. Se quedó en la acera mientras Jackson trotaba por los escalones; lo interceptó al pie de la escalera.

—Jackson.

Su expresión, al verla a los ojos, recorrió una enorme gama de emociones. Sorpresa, rabia, un destello de algo más, algo que Scarlett no pudo leer del todo, antes de adquirir una expresión parca, muy distinta de su habitual gesto amigable.

—Winter.

«Genial». Habían vuelto a los apellidos.

Eso era mejor que el que la ignorara en favor de una chica que lo había hechizado para que se enamorara de ella. Cuando comenzó a caminar hacia el comedor, Scarlett caminó a su lado.

—¿Cómo estás?

Jackson volteó a verla y mantuvo la mirada fija un poco más de

tiempo.

—No sé muy bien cómo responder a eso ni sé por qué me lo estás preguntando, a decir verdad.

Una mueca de dolor se le dibujó en el rostro a Scarlett. Supuso que se lo merecía.

—Escuché que terminaste con Cait.

—¿Sabes? —Jackson dejó de caminar. Se dio vuelta para mirarla de frente—. No estoy seguro de qué es peor a la larga: estar hechizado y no poder decidir por ti mismo… o que la única persona que debió haber sabido lo que ocurría te mienta.

Scarlett se congeló a medio paso.

—Jackson…

Esperó a que terminara de hablar. Cuando no lo hizo, se cruzó de brazos, con la mandíbula tensa.

—Sí. Como creo que es obvio, el hechizo de Cait se rompió. Supongo que debo agradecértelo.

Scarlett tragó saliva. «Sabe que fue un hechizo». Lo que significaba que…

Tuvo problemas para formular su respuesta.

—Lo siento. Debí haberlo roto antes. Quería hacerlo, pero fue más difícil de lo que esperaba y… —se detuvo—. ¿Qué es lo que recuerdas, Jackson?

—Lo suficiente. —La miró de arriba abajo. Tras un momento, algo en él se suavizó—. Scarlett… no sé qué pensar. El semestre pasado, sentí... —Cerró los ojos. Maldijo—. Sentía algo por ti. Aún siento algo por ti, pero lo que me hiciste, quitarme los recuerdos así…

—Tuve que hacerlo, Jackson. Si recuerdas algo del semestre pasado, entonces recuerdas las reglas también. —Miró a su alrededor; no había nadie tan cerca como para escucharlos, pero, por si acaso, se acercó a Jackson un paso más—. La magia tiene que mantenerse en secreto, por el bien de las Ravens y el de todos los demás.

La mandíbula de Jackson no dejaba de trabajar. Miró al cielo, como si no soportara verla a los ojos.

—¿Crees que no lo entiendo? Después de lo de Cait. —La voz se le quebró.

—Lo siento tanto. No puedo imaginar cómo pudo haber sido.

—¿No tener control de tu cuerpo ni de tu mente? —Meneó la cabeza —. No, no puedes. —Tragó saliva con fuerza. Scarlett esperó a que continuara. En el cielo, las esponjosas nubes blancas pasaban por un cielo que, fuera de ellas, estaba despejado y de un azul vibrante. Un hermoso

día en Savannah, tan contrastante con lo que Scarlett sentía en ese momento, como si tuviera una nube negra sobre el pecho, a punto de estallar—. Te lo dije el semestre pasado, me parece peligroso que haya gente que pueda tener tanto control sobre otros. Y lo sigo creyendo —dijo Jackson al fin—. Tú incluida, Scar.

—Lo entiendo. Créeme, lo entiendo. —Entrelazó los dedos de las manos para contener el impulso de tocarlo. Cuando habló, su voz sonó débil, conflictuada—. No sé qué hacer.

Jackson la miró al fin. Su expresión se endureció.

—¿Qué? ¿No me vas a borrar el cerebro otra vez? ¿No vas a robarme los recuerdos y hacerme olvidar todo esto?

Los ojos le ardían.

—No *quiero* hacerlo.

—Pero lo vas a hacer.

—Tengo una obligación para con mis hermanas, para con Kappa. —Si había aprendido algo ese año era que no podía permitirse olvidar eso —. Créeme, si hubiera alguna forma de que pudiera dejarte con esos recuerdos, lo haría. Este semestre… me mataba pensar que no lo recordaras, que no tuvieras idea de lo que vivimos juntos.

Jackson se acercó un poco. Scarlett sintió dificultades para respirar.

—Entonces déjame recordarlo, Scar.

—¿Me prometerías no revelárselo nunca a nadie? ¿Podrías guardártelo por siempre, sin importar qué vieras o qué ocurriera en el campus?

—Sabes que no podría —la interrumpió con una voz un poco más suave—. No si volviera a ocurrir algo así. No si hubiera otras personas en peligro. —Mientras hablaba, inclinaba la cabeza hacia la de Scarlett.

Ella sintió cómo su cabeza hacía lo propio. Al acercarse, sus miradas se encontraron. Ese era el Jackson al que extrañaba, el Jackson de quien se había enamorado. Implacable. Que no aceptaba un no por respuesta. Que tenía sus creencias y las defendía hasta el final. Al que respetaba.

Y era por eso que no podía poner las vidas de sus hermanas en sus manos.

Pensó en Xavier, en el enorme sacrificio que hizo para salvarlos a todos. Si él pudo hacer eso, Scarlett podría dejar ir a Jackson, podría soportar perder a la persona a la única persona que la había visto como en verdad era, que la comprendía.

—Lo siento, Jackson —susurró.

Jackson cerró los ojos. Por un segundo, perfecto y aterrador, Scarlett pensó que la besaría de todos modos. Que se permitirían fingir, por un

momento más, que todo estaría bien, que podrían estar juntos, que podrían superarlo.

—No es solo la magia. No quiero olvidarte —murmuró él.

Las palabras le apretaron el corazón como un puño.

—Quisiera que hubiera otra manera.

Estaban tan cerca. Sus bocas estaban separadas apenas un centímetro.

Jackson abrió los ojos de repente. Dio un paso atrás, nervioso e inquieto.

—¿Podrías darme al menos un día? —Se pasó una mano por el cabello. Miró al cielo. Se alejaba de ella otra vez—. Un día más para recordar. Solo… —Con el cuello arqueado y el sol iluminando su perfección morena—. Quiero una noche para poder procesar lo que le pasó a Harper. Mañana puedes hacer lo que quieras. No porque yo pueda detenerte, pero…

Scarlett respiró despacio, de forma entrecortada. No lo había pensado. No había pensado en cómo debía sentirse después de haber descubierto la verdad sobre su hermana solo para perderlo de nuevo.

—Una noche —dijo con suavidad—. Sí, te puedo dar una noche.

—Gracias, supongo. —La dureza volvió a su voz—. Nos vemos mañana, entonces.

Desapareció antes de que Scarlett encontrara las palabras para pedirle que se quedara.

CAPÍTULO CUARENTA

Vivi

—¿De verdad vamos a vestirnos como si fuéramos a ir a un juzgado? —preguntó Mei con la mirada puesta en los sacos, los tacones y los vestidos ajustados que Scarlett había insistido que usaran las integrantes del consejo ejecutivo de Kappa el día de la reunión con el concejo panhelénico—. Esto no es un juicio.

—Necesitamos demostrar que no hay motivos para que nos amonesten —dijo Scarlett y ajustó su collar de tres tiras de perlas para que quedaran bien alineados sobre su vestido negro de lana.

—O sea, solo abrimos las puertas del infierno y casi incendiamos el campus completo —dijo Reagan desde el sofá, mientras conjuraba un encantamiento para pintarse las uñas de negro vinílico. En los últimos días había estado inusualmente callada y dócil. Aunque Vivi no se atrevería jamás a decirlo, le daba gusto ver que había recobrado parte de su humor ácido.

Juliet se acercó a enderezarle las solapas del saco a Jess.

—Deberíamos considerarlo más bien un servicio público —contestó con voz alegre—. Aunque quizá sea mejor no mencionarlo. Hasta el momento, todo el mundo se ha creído lo del terremoto, ¿no?

—Sí, hasta el momento sí —contestó Scarlett—. El rector Sanderson nos tiene en la mira, pero ni él puede culparnos por un desastre natural.

—Un desastre infernal, diría yo —intervino Reagan

Algunas de las chicas se rieron, pero Vivi apenas esbozó una sonrisita. Era una tontería llorar por un hermano que nunca había existido, pero no podía controlar las estocadas de tristeza, mezcladas con la vergüenza y la ira de haber sido víctima de Typheus. Cuando conoció a Tim, temía que tener un hermano perdido fuera demasiado bueno para

ser cierto, y al final sus sospechas se confirmaron, aunque de forma mucho más sórdida y retorcida de lo que habría creído. Aun así, extrañaba la posibilidad, lo que podría haber ocurrido en otra vida. Sin embargo, aunque su aflicción era real, no era solitaria, pues al final, aunque había crecido siendo hija única, ahora vivía en una casa llena de hermanas, unidas por algo más fuerte que la sangre… *la magia.*

Una hora después, Scarlett las guio al enorme auditorio donde se llevaría a cabo la audiencia. Los tacones de todas repicaban al unísono sobre el suelo de mármol. Vivi contuvo la sonrisa al percibir los murmullos y las miradas de admiración que despertaban a su paso. Las Kappa siempre creaban una ligera conmoción cuando llegaban al campus en grupo, y al parecer la sanción no había sido capaz de dañar su encanto.

De reojo, Vivi vio a María encabezando a las Theta en el extremo opuesto del auditorio. Era obvio que iban hacia los asientos de la primera fila, donde por lo regular se sentaban las Kappa. Para ganarles, María aceleró el paso de forma burda, lo que la hizo ver aun más ridícula en comparación con la elegancia y sofisticación de Scarlett, quien caminaba con la frente en alto.

María y Scarlett llegaron al escenario del auditorio, se metieron a la primera fila y se detuvieron una frente a la otra. Era la primera vez que se veían desde el encuentro trágico en el sótano, a Vivi no dejaba de sorprenderle cuánto habían cambiado las dos. María se veía pálida y empequeñecida. Llevaba el cabello opaco en una coleta ajustada que le estiraba la piel a tal grado que parecía que había perdido más que un poco de magia robada. Scarlett y ella se miraron sin decir una palabra. María miró de reojo a sus hermanas, mientras Scarlett se mantuvo firme, serena, como si tuviera todo el tiempo del mundo. En circunstancias normales, no mucha gente se atrevía a enfrentar a Scarlett Winter, hasta la gente sin magia intuía que era mejor no meterse con ella, lo cual quizá explicaba por qué María parecía una gacela enfrentando a una leona. Finalmente, se dio media vuelta y se fue varias filas atrás, haciéndoles señas a sus acompañantes de que la siguieran.

Vivi sintió compasión al ver que las otras intercambiaban miradas nerviosas. Ellas no sabían en qué se estaban metiendo cuando las sedujo Typheus. Si hasta Vivi, que era una bruja experimentada que había enfrentado magia maligna anteriormente, había caído en las garras de Typheus, ¿qué esperanza tenía un grupo de chicas que antes de eso no tenía idea de que la magia existía?

Si bien no recordaban los detalles de lo ocurrido porque les habían modificado la memoria, había sido imposible borrar ciertas cosas, como el terror que experimentaron al volver en sí junto a la Puerta al Hades, tras la caída de Typheus. Vivi había escuchado por ahí que más de unas cuantas integrantes de Theta pidieron permiso para ausentarse por el resto del semestre.

El rector Sanderson cruzó el escenario y se sentó junto al podio. Parecía haber envejecido en el último mes, desde la última reunión del concejo. Vivi tenía la impresión de que él también había pasado por momentos difíciles. Entre los terremotos inesperados en el campus que dañaron artefactos valiosos en la biblioteca Hewitt y algunas de las casas de las fraternidades, y las interminables juntas para determinar cómo lidiar con los montones de infracciones estudiantiles que habían surgido, pues Kappa y Theta no habían sido las únicas fraternidades afectadas por la energía negativa de Typheus… el pobre hombre parecía al borde del abismo. Anunció el inicio de la sesión del concejo panhelénico con voz ronca y tomó varios sorbos enormes de café de un termo antes de saludar a los asistentes y pedirles a los presidentes de las fraternidades y las sororidades que tomaran su lugar en el escenario.

—Buena suerte —le susurró Vivi a Scarlett cuando se puso de pie para subir los tres escalones que llevaban al escenario. Quedaba claro que ella no necesitaba magia para andar en tacones, pues se movía como alguien que de bebé había dado sus primeros pasos en tacón de aguja. Se sentó, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y escuchó con expresión educada, pero un poco aburrida, las minutas de apertura que leyó el rector Sanderson, seguidas de una discusión sobre recaudación de fondos y los planes para reparar los daños causados por los terremotos.

—Finalmente, volvemos al tema de la sanción contra Kappa Rho Un —dijo el rector. Luego carraspeó y revisó sus notas.

—Sé que acordamos no usar magia para influir en nadie —murmuró Mei—. Pero tengo que confesar que me siento muy tentada a hacerlo en este momento.

—Te entiendo perfectamente —contestó Vivi y se reacomodó en su asiento.

Mei se acercó para darle un apretón de manos.

—El concejo ha determinado que no habrá cargos adicionales contra la sororidad después del periodo de revisión de un mes. En vista de lo anterior, Kappa puede seguir operando como de costumbre y cumplir con las funciones previamente acordadas.

Vivi miró de reojo a Mei. «¿Eso significa que…?».

En el escenario, María alzó la mano de golpe, y el rector volteó a verla con expresión de fastidio.

—Por favor espere a que termine de leer el documento, señorita Grimaldi —contestó el rector. María bajó la mano, pero no podía contener las ansias—. En vista de que, como declaró previamente la señorita Winter, con anterioridad nunca se había sancionado a Kappa Rho Un por esas infracciones, y dado su comportamiento ejemplar durante el último mes, se decidió durante la votación del concejo devolverle a Kappa el privilegio de organizar el Baile de Primavera.

Jess soltó un aullido, y unas cuantas personas del público aplaudieron de forma espontánea, lo que solo confirmaba la inclinación general hacia las fiestas de Kappa. Mei le estrujó el hombro a Vivi y le dio un empujoncito entusiasta. En el escenario, Scarlett apretó los labios, como si estuviera tratando de contener una enorme sonrisa.

María, por el contrario, se derrumbó en su asiento. Al mirar de nuevo hacia atrás, Vivi descubrió que Rose también se veía decepcionada. Había apoyado la cabeza en el hombro de Spencer, y parecían la encarnación de la derrota.

Aunque debió darle gusto recobrar el control de la organización de ese evento y que Kappa volviera a ser lo que era —las indiscutibles reinas del campus—, Vivi no podía evitar pensar en lo fácil que había sido para Typheus explotar a las Theta. Y en parte fue culpa de las Kappa. Siempre habían sido muy posesivas y anteponían sus necesidades y deseos a los de las demás personas. Aunque Theta hubiera hecho cosas cuestionables, Vivi no podía negar que le gustaba que fueran mucho más receptivas y que, para bien o para mal, siempre quisieran incluir a otra gente en sus planes.

Mientras la sesión continuaba, Vivi metió una mano a su bolso para examinar su baraja de tarot y buscar una carta de Espadas que le ayudara con el hechizo. Luego se concentró en Scarlett, que estaba en el escenario.

«Tengo una idea», le comunicó a su hermana mayor.

Instantes después, Scarlett la miró a los ojos y asintió.

Tan pronto el rector dio por concluida la sesión del concejo, Vivi se levantó de su asiento, como si hubiera estado electrificado.

—¿Dónde está el incendio? —le preguntó Mei en son de broma. Como coordinadora de eventos sociales, tenía que hacer ese tipo de cosas.

Buscó la cabellera rosa de Rose entre la multitud y se abrió paso hasta donde estaban las integrantes de Theta. Las alcanzó al mismo tiempo que María, quien tenía los hombros caídos y se veía derrotada.

—Tendremos que volverlo a intentar el próximo año —dijo María—.

No pasa nada.

Su tono de voz indicaba lo contrario. Y la sororidad entera estaba abatida. Vivi carraspeó para llamar su atención.

Rose fue la primera en percatarse de su presencia, y asintió para saludarla. Las demás voltearon también, y María se puso muy seria.

—¿Vienes a regodearte, Vivian?

—De hecho… —Vivi miró a Rose y luego a María—. Como coordinadora de eventos sociales, quería preguntarles si les interesaría que fuéramos coanfitrionas del Baile de Primavera este año.

Por un instante, todas guardaron silencio. Luego, Rose esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Hablas en serio?

—Tendríamos que pensarlo bien… —intervino María, pero el brillo alegre en sus mejillas delataba que se sentía tentada a aceptar.

—Miren, sé lo importante que es para ustedes —dijo Vivi—. Y también sé que Kappa no siempre ha sido la sororidad más colaborativa. Pero eso era antes. Este semestre queremos dar vuelta a la página. Trabajar *en equipo* con otras sororidades, en vez de ser rivales.

María se le quedó viendo largo rato, y luego sonrío.

—Sabía que habrías sido una gran Theta, Vivian.

—Bueno, soy Raven de corazón. Pero, si me lo preguntan, las dos sororidades no son tan distintas entre sí.

—¡Amén por eso! —intervino Rose y le dio un ligero apretón en el brazo a Vivi—. Me encantará planear esa fiesta contigo.

—Lo mismo digo —contestó Vivi con una sonrisa. Y, a diferencia de las fiestas anteriores, en las que el nerviosismo la había consumido desde el principio, esta vez le emocionaba organizarla.

Cuando Vivi alcanzó a las demás Kappa fuera del auditorio, todas estaban en sus teléfonos, comunicándoles las buenas nuevas a las que se quedaron en casa.

—¡Somos libres! —exclamó Mei, dando brinquitos. Miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie las estuviera viendo, y agitó sus largos mechones cobrizos para transformarlos en pequeños rizos rosas que combinaban a la perfección con sus tenis de plataforma.

—¿Es en serio? —dijo Scarlett con una sonrisita—. Después de todo lo que pasó, ¿te vas a arriesgar a exponernos nada más para cambiar de look?

—Ay, mira quien habla. —Jess le dio a Scarlett un empujoncito

afectuoso—. Tú tenías lista la poción para echarla en el café de Sanderson si la decisión del concejo no nos favorecía.

Scarlett se encogió de hombros.

—Una buena presidenta siempre está preparada. En fin, ¿quién quiere ir por pastelitos a esa divina pastelería que está en el pueblo? Yo invito.

Cuando iban de regreso a la casa, Vivi se escabulló y fue a la biblioteca de libros antiguos y se sentó en las escaleras de piedra a esperar, con una taza de café en cada mano. Era el crepúsculo, su hora favorita del día en el campus. El cielo era de un azul oscuro intenso, las lámparas de gas que rodeaban el cuadrante empezaron a cobrar vida.

Vivi inhaló el aire vespertino y trató de calmar sus nervios, pero no podía dejar de temblar y derramar el café. Habían derrotado a Typheus y recuperado su magia, pero antes de poder relajarse de verdad tenía que arreglar una cosa más. Unos cuantos minutos antes de las seis, vio a Mason llegar por el sendero de ladrillos, tal y como esperaba que ocurriera. Siempre iba ahí a estudiar una o dos horas antes de la cena. Al verla, se paralizó, y por un instante Vivi creyó que daría media vuelta y se iría. Luego se recompuso y siguió avanzando, y evitó mirarla a los ojos hasta que estuvo enfrente de ella.

—Hola —dijo Vivi—. Perdón. Supongo que debí mandarte un mensaje, pero no sabía bien qué decir. Así que pensé que… —Alzó una de las tazas de café con una sonrisa esperanzada—. Pensé que, si te traía un café costoso, me perdonarías por ser la peor novia de la historia. Es un trato justo, ¿no crees? —Mason la observó con una expresión indescifrable, pero no contestó. Era extraño y solitario sentirse tan alejada de él. Por lo regular era fácil interpretar sus gestos, pero en ese instante Vivi no tenía la menor idea de qué estaba pensando el hombre al que tanto amaba—. Mira, fue *muy* costoso —continuó—. Fui a ese lugar donde solo hacen una taza a la vez y te miran feo si pides azúcar.

—Gracias —contestó Mason y aceptó la taza que le estaba ofreciendo. Se notaba que había tenido un día pesado, pues hablaba más pausado cuando estaba cansado.

—Mira, sé que no hay razones para que me perdones. Sé que fui muy grosera y que te alejé sin siquiera explicarte…

—¿Y ahora sí lo harás? —preguntó Mason, y las vocales prolongadas le estrujaron el corazón. Se veía derrotado. Y era culpa de Vivi. Ella lo había distanciado, había permitido que la magia interfiriera

entre ellos. Lo peor era que, a pesar de lo *mucho* que quería confiar en él, seguía sin poder hacerlo. Al menos no en todos los sentidos.

No podía confiarle su mayor secreto, el más importante de todos. Aunque podía compartirle otros, aunque omitiera ciertos detalles.

—Casi renuncio a Kappa. De hecho, renuncié por un rato y me uní a Theta.

—¿*Qué*? Eso no tiene sentido. Kappa es sumamente importante para ti.

—Lo sé. Lo era. Lo *es.* Pero por un momento perdí el piso. Las primeras dos fiestas del semestre fueron un desastre, y Scarlett me encomendó muchísimas cosas, y todas nos peleábamos con todas. Te conté que no quería pedir ayuda, pero eso no es todo. Es que… —Inhaló profundo—. Tenía mucho miedo. —El escepticismo en la cara de Mason se transformó en empatía genuina, y a Vivi se le hizo un nudo en la garganta—. Sé que es una tontería —continuó—. Y sé que estoy bien, y que sobreviví aquella tormenta. Pero, cada vez que cierro los ojos por las noches, vuelvo a revivirlo, y esta vez pienso que seré yo quien muera en lugar de una de las otras chicas.

—Vivi… Lo lamento tanto. Debe ser algo terrible.

—Lo es —dijo y suspiró—. Pero no es un pretexto. Lo sé. Sé que debí ser sincera, que debí escucharte cuando me pediste que lo hiciera.

Mason asintió y guardó silencio unos segundos.

—Pedir ayuda puede ser una de las cosas más difíciles del mundo.

Vivi no pudo evitar reír en medio del dolor.

—Créeme que ahora lo sé. Ya aprendí la lección.

—Entonces, ¿ya no eres parte de Kappa?

—Bueno, me aceptaron de nuevo. Pero tuve que prometer que no me obsesionaría con mis responsabilidades hasta agotarme y que delegaría cosas a mis hermanas si siento que algo me rebasa.

—Me da gusto —dijo él con una sonrisa—. Ellas son buenas para ti. Y tú para ellas.

Vivi se levantó de los escalones y se acercó un poco a él, lo suficiente para percibir el familiar aroma que emanaba.

—De lo que más me arrepiento es de cómo te traté. Te quedé mal cuando más me necesitabas. Y sé que no tienes razones para perdonarme. Pero te prometo que, si tengo la suerte de que me des una segunda oportunidad, no volveré a fallarte. Te prometo que esta vez sí… diré las cosas.

Mason soltó una risotada, y Vivi sintió un destello de esperanza confusa.

Era lo que más ansiaba. Lo ansiaba con desesperación. Reconquistaría a Mason, costara lo que costara.

—Vivi… —Mason suspiró, con expresión herida. «Por favor», pensó ella—. Necesito que me des tiempo —dijo, y Vivi tuvo que hacer un gran esfuerzo para volverse a sentar—. Tengo cosas que pensar.

—Sí, sí, claro. Tómate el tiempo que necesites. Lo entiendo por completo.

La expresión de Mason se relajó un poco.

—No estoy diciendo que no, ¿de acuerdo? Es solo que… Ya veremos.

—Lo seguiré intentando. —Vivi lo miró a los ojos—. No importa cuánto tiempo tome. No renunciaré a lo que fuimos, Mason.

Y esta vez, hablaba en serio.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Scarlett

La mujer que esperaba a Scarlett en el café del centro de Savannah se veía tan familiar que, por un momento, se paralizó en el medio de la acera, sintiendo que no tenía aire en los pulmones.

No por primera vez desde la batalla con Typheus, Scarlett vio en su cabeza los últimos momentos de la vida de Xavier. Sus miradas encontradas en el sótano mientras el demonio le tomaba la cabeza con las dos manos. El terrible crujido de su cuello al romperse.

—Tú debes ser Claudia. —Scarlett se obligó a tenderle la mano a la mujer. Se la estrechó. Scarlett se sentó frente a ella en la mesa. Había recibido un mensaje por redes sociales un par de días después de la muerte de Xavier. Su familia. Al parecer, ya sabían lo que le había ocurrido, aunque Scarlett no lograba entender cómo, ni cuántos de los detalles conocían en realidad.

Claudia, en particular, insistió en conocerla.

—Scarlett Winter. —La hermana de Xavier era idéntica a él. Podrían haber sido gemelos. Salvo que, mientras Xavier era todo coqueteo peligroso, su hermana parecía tan serena que casi se veía aburrida.

—Lamento mucho tu pérdida —murmuró Scarlett.

Al escuchar esas palabras, la serenidad de Claudia flaqueó. Cerró los ojos por un largo momento, como para recobrar la calma, antes de asentir.

—Gracias. Ha sido difícil para toda la familia.

—Xavier hablaba mucho sobre ustedes —dijo Scarlett. Cierto, cuando lo hacía, por lo general era para decir cuánto lo presionaban. Scarlett lo sabía por experiencia: podía amarse a los parientes que te exigían demasiado—. Quería que estuvieran orgullosos de él, más que nada en el mundo.

Claudia suspiró. Dejó caer los hombros.

—Y lo logró. Hasta las últimas consecuencias, por desgracia.

Scarlett metió una mano a su bolsa y sacó una caja delgada. Fue extraño tener la daga de un cazador de brujas dentro de la Casa de Kappa, pero era mucho más extraño devolvérsela a alguien que bien podría ser el tipo de cazadora sobre el que su madre le había advertido.

«Enviaron a Xavier a ayudarnos», se recordó. «Están de nuestro lado».

Con una respiración profunda, deslizó la caja por la mesa.

—Creo que tú deberías tener esto —dijo.

Claudia levantó la tapa. Ahí estaba, el mismo flaqueo, una grieta en su serenidad. Frunció el ceño y los ojos se le tornaron vidriosos. No eran lágrimas, pero…

Scarlett se preguntó si así era como se vería Eugenie si algo le pasara a ella. Por más que pelearan, también compartían muchas cosas: la misma historia familiar, la misma ambición, las mismas metas dentro de Kappa.

Tras un largo momento de silencio, Claudia cerró la caja.

—La daga de un cazador debe de estar en manos de su sucesor. Yo ya tengo la mía. La de Xavier debería ir con un aprendiz, pero Xavier no había elegido al suyo, así que…

Scarlett torció un poco la cara.

—No entiendo.

Claudia se reacomodó en su asiento.

—¿Cuánto te contó Xavier?

—Si te preocupa que haya revelado secretos del gremio, no te angusties. —Sonrió con un dejo de cariño—. Tu hermano fue una caja fuerte hasta el final.

Claudia sonrió.

—Era todo un purista. Creía que su… que nuestro trabajo importaba, que hacía una verdadera diferencia en el mundo, por difícil que pueda ser nuestra labor en ocasiones.

—Y sí la hizo —respondió Scarlett—. Nos salvó a todos, a todo el campus, quizás a todo el mundo.

Claudia cerró los ojos con fuerza.

—Solo quisiera poder decirle lo orgullosa que estoy. Solo una vez más. —Le dio una palmadita a la caja y volvió a deslizarla hacia donde estaba Scarlett—. Por ahora, quédatela tú, un poco de protección adicional. Si conoces a alguien que sea digno de blandirla, pues… —Dejó su tarjeta de presentación sobre la caja—, que me llame.

Scarlett la vio salir del café. Entonces, de repente, el nudo en su

pecho se aflojó. Devolvió la daga a su bolsa. El principio de una idea le vino a la cabeza.

—Estoy confundida. —Mei miraba la caja que Scarlett le había dado—. ¿No es el semestre equivocado para votar por las aspirantes?

Las Ravens estaban reunidas en el invernadero a petición de Scarlett, todas sentadas con las piernas cruzadas sobre pufs de ratán que Etta había conjurado a partir de canastas de flores.

—No es precisamente una situación de votos por aspirantes —dijo Scarlett—. Pero quiero sus opiniones antes de seguir adelante. Quiero estar segura de que esto es algo con lo que todas se sienten cómodas.

Mei se encogió de hombros y sacó una pluma blanca de la caja, que luego le pasó a Etta. Mientras la caja circulaba, y cada una de las chicas tomaba su pluma, Scarlett colocó con mucho cuidado la daga de Xavier en el centro del círculo. Más de una chica se estremeció, a pesar de que Scarlett ya les había explicado quién fue Xavier y cómo luchó a su lado.

Era difícil sacudirse el instinto que a casi todas les habían inculcado sus padres desde pequeñas. Los cazadores eran peligrosos.

Aunque, ha de decirse, habían enfrentado peligros mucho peores en los últimos dos semestres.

—Como ya les dijimos Vivi y yo —Scarlett miró al otro lado del círculo a su hermana menor, quien le sonrió para darle aliento—, la familia de Xavier está en busca de un nuevo recluta.

—¿Por qué es nuestro problema? —refunfuñó Reagan.

Scarlett le sonrió, indulgente.

—¿Preferirías que escogieran a un desconocido que no sepa nada sobre las Ravens y que podría considerar que nuestra magia es una amenaza? ¿O preferirías ser parte del proceso de selección? Alguien que nos conozca, que no amenace la forma de vida de Kappa.

«Salvo que alguna de nosotras haga lo de Tiffany otra vez». Suprimió la idea.

—Me agrada la idea —dijo Etta—. Sería bueno que pudiéramos aprender de los guardianes, y viceversa.

—Pero sigo sin entender por qué las plumas —Jess alzó la voz.

—Bien. Las plumas son porque… —Scarlett vaciló. Volvió a mirar a Vivi, luego a Mei—, porque tengo una nominación. Y quisiera saber qué opinan ustedes. En lo personal, creo que esta persona hará un gran trabajo, pero creo que no puedo ser muy objetiva. Así que quiero someterlo a votación.

Entonces, explicó su nominación.

Como esperaba, surgió un debate. Algunas estuvieron a favor de inmediato. Otras expusieron dudas que a Scarlett le parecieron justas y razonables, preguntas que ella misma se había hecho, como: «¿Es algo egoísta? ¿Debería de estar preguntando esto?».

Al final, sin embargo, cuando hubieron analizado todos los ángulos posibles, Scarlett tomó su pluma.

—¿A favor? —dijo. En ese momento, la pluma blanca se tornó negra de a poco, el color escurriendo como tinta.

Alrededor del círculo, más y más plumas hicieron lo mismo. El color se esparció hasta que todas las plumas en las manos de las Ravens fueron negras como un cuervo.

Scarlett no pudo contenerse: sonrió y el corazón le dio un pequeño vuelco dentro del pecho.

—Bien. Está decidido, entonces.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Vivi

Planear fiestas era algo mucho más sencillo teniendo los recursos de dos sororidades, y no el de solo una. Ese año decidieron realizar el Baile de Primavera en un barco de lujo de los que atracaban en el río, pues el padre de María era capitán de uno de ellos y les había conseguido una excelente oferta.

Las instalaciones del barco por sí solas eran muy impresionantes. Tenía tres cubiertas y una piscina desbordante hasta arriba, un bar al aire libre en la cubierta central y un antiguo molino de agua en la cubierta inferior. Los ajustes mágicos de las Kappa solo habían contribuido a hacer más festivo el entorno: series de luces adaptadas al molino para que el agua se viera dorada durante el trayecto, barreras de sonido para que cada cubierta tuviera música distinta y no se mezclara ni chocara entre sí, y una versión perfeccionada del brebaje antiresaca de Etta y Ariana. Claro que nadie valoraría eso sino hasta el día siguiente, pero era importante.

En la cubierta superior, Vivi se apoyó en el barandal para ver a sus compañeros de universidad subirse a la embarcación con sus resplandecientes atuendos primaverales. Sonrió al ver a Rose acercarse con vasos de plástico en las manos.

—¡Salud por el trabajo en equipo! —Le entregó un vaso a Vivi y brindaron. El barco tenía la política de no usar cristalería, así que Kappa tuvo que aceptar la elección de Theta en ese caso en particular. Scarlett frunció la nariz la primera vez que el cantinero le sirvió un Martini en uno de esos vasos, pero al menos tuvo la decencia de mostrarse avergonzada al descubrir que Vivi la estaba viendo. Luego se rio y le dio un sorbo.

—Bueno, a fin de cuentas, sabe igual —reconoció Scarlett con una

sonrisa que animó mucho a Vivi.

Vivi sintió un entusiasmo similar al escuchar los murmullos de sorpresa y satisfacción de los invitados al subirse a la embarcación.

—Hacemos un gran equipo, ¿verdad? —preguntó Vivi.

—Sin duda —contestó Rose—. Pero ojalá nos hubieran dejado ayudarles con los toques finales. Supongo que poner esas luces les tomó *años*. ¿Cómo lo hicieron?

Rose sonaba muy sincera, pero Vivi no pudo evitar observarla en busca de destellos en la mirada o sonrisas maliciosas que indicaran que sí sabía cómo habían creado ese efecto tan espectacular. Su expresión amigable y franca no dejaba entrever nada. Los encantamientos de memoria habían funcionado a la perfección.

Ninguna de las integrantes de Theta recordaba haber poseído magia.

Era lo mejor, sin duda. Habría sido cruel y francamente peligroso dejarles el recuerdo del engaño de Tim. A veces Vivi sentía un poco de compasión por sus nuevas amigas. Perder la magia era lo peor que te podía pasar en la vida, sin importar si lo recordabas o no.

—¿Vino Mason? —preguntó Rose y se inclinó sobre el barandal para examinar a la multitud.

Vivi negó con la cabeza.

—No, no creo que vaya a venir. Esta noche tenía una cosa familiar a la que no podía faltar.

Rose le dio un apretoncito en el brazo.

—Verás que cambiará de opinión.

—Tal vez. —Mason y ella se habían visto unas cuantas veces más desde aquella conversación afuera de la biblioteca, y en realidad sus encuentros habían sido meramente platónicos. La semana anterior, Vivi lo había acompañado a una reunión del departamento de historia, en donde conoció en persona a su supervisora y sintió un gran orgullo al escucharla presumir las investigaciones de Mason. Sin embargo, aunque en ese contexto la trató como su novia y se las presentó a sus compañeros y a los estudiantes de posgrado con los que trabajaba, no dio pie a ningún tipo de contacto físico en toda la noche. Cuando la dejó en casa, Vivi caminó hasta la puerta sintiéndose más sola que después de que terminaron. Entendía que necesitaba recobrar la confianza de Mason, pero la incertidumbre la estaba matando.

Alcanzó a ver a Bailey, Ariana, Sonali y Reagan, que la saludaban con la mano desde la cubierta inferior.

—Iré a ver si necesitan que haga algo. ¿Te veo luego?

Rose alzó la copa en señal de acuerdo, Vivi bajó las escaleras y se abrió paso entre la multitud creciente para reunirse con las otras Kappa.

—Se ve *increíble* —dijo Vivi y admiró la barra de mariscos que había salido de la nada en los últimos veinte minutos—. Gracias a todas por su ayuda. Espero que no haya sido muy cansado. —En esa ocasión había dividido los hechizos entre todas para asegurarse de que nadie se sobrecargara.

—Por millonésima vez, queremos ayudar —dijo Sonali con una gran sonrisa—. De eso se trata ser Ravens. De trabajar en equipo.

—Aunque a veces las Theta también sean parte del equipo —preguntó Ariana y miró a su alrededor con suspicacia exagerada. Le había tomado unos días recuperarse del dolor de ver a sus hermanas abandonar la sororidad, a pesar de saber que habían estado bajo el yugo de la magia de un demonio. Sin embargo, a pesar de eso, Vivi sabía que Ariana les estaba agarrando cariño a las chicas de la otra sororidad. Incluso la había visto almorzando con Spencer hacía unos días.

—Ey, Vivi —dijo Reagan y le dio un ligero codazo en el costado.

—¿Qué te pasa? —Vivi frunció el ceño, pero luego siguió su mirada hasta posarse en unos rizos que familiares que hicieron que el corazón le latiera a mil por hora. Mason había subido al barco y estaba observando a los asistentes.

—Buena suerte —le susurró Reagan cuando Vivi fue a buscarlo, con el estómago revuelto por el entusiasmo y la angustia. Lo había herido tanto que estaba en su derecho de no darle otra oportunidad. Al verlo abrirse paso por la multitud con el traje azul que combinaba con sus ojos, y al verlo sonreírle a todas las personas que conocía, Vivi supo que jamás le bastaría que solo fueran amigos.

Se alisó la falda una última vez antes de alcanzarlo.

—Me da gusto que vinieras —le dijo e hizo una pausa antes de darle un abracito torpe.

Mason sonrió.

—A mí también.

Vivi se mordió el labio con expresión nerviosa, y agradeció volver a tener a la mano los hechizos para arreglar su maquillaje.

—Eh, no sabía si… si llegarías. —Ya no le importaba sonar desesperada o vulnerable. Se negaba a seguir ocultando sus emociones.

—Para ser sincero, yo tampoco. —Mason metió las manos a los bolsillos y se meció sobre los tobillos.

—Ay. —Aquello fue como un golpe al vientre, pero Vivi se esforzó por asentir—. Entiendo. Es lo justo.

—¿Qué? —Mason se veía confundido—. Digo que no sabía si llegaría a tiempo.

—Ay —repitió ella, pero esta vez sonaba aliviada—. Es que pensé que… No importa.

—Mi supervisora dijo que eres encantadora, por cierto —dijo Mason, ansioso por cambiar el tema.

—Qué linda. Temía que pudiera asomarse a mi cerebro y que descubriera que en quinto año busqué en Google quién era el rey de Estados Unidos.

—Seguro que le habría impresionado tu curiosidad precoz. —Hizo una pausa—. ¿En serio buscaste eso?

Vivi se encogió de hombros.

—Es lo que pasa cuando cambias de escuela primaria tantas veces. Nunca aprendes cómo terminó la guerra de independencia.

—Razón de más para que me acompañes al congreso en Boston.

Se encendió un chispazo de esperanza en el pecho de Vivi, y la emoción le recorrió las venas.

—¿El de este otoño?

—Sí, suponiendo que no tengas planes dentro de seis meses.

—¿Tanto tiempo necesitas para pensar las cosas? —preguntó Vivi con una osadía inesperada.

—Ya lo pensé lo suficiente —contestó él en voz baja y la tomó de la mano—. Quiero que seas parte de mi vida. Te necesito.

—Eso significa que… —Vivi guardó silencio, por temor a enunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua y que Mason las destruyera.

Mason bajó la mirada y le dio un beso dulce antes de acariciarle la mejilla.

—Eso significa que te amo y que quiero que estemos juntos.

La oleada de alivio y alegría fue arrasadora, tanto que Vivi casi pierde el equilibrio.

—Yo también te amo —contestó ella y se puso de puntitas para besarlo. Cuando al fin se separaron, Mason estaba sonriendo. ¡Benditos hoyuelos! Vivi jamás se cansaría de verlo así, tan genuino y feliz.

—Prometo ya no ser misteriosa ni voluble. —Le estrujó la mano y se apoyó en él.

Él la tomó de la cintura y la jaló hacia sí.

—No puedes prometer no ser misteriosa. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

—¿Qué otras cosas te gustan?

—Pues… —Miró a su alrededor—. Eres una gran organizadora de fiestas.

—¡Eso no cuenta! —Vivi se cruzó de brazos y sonrió.

—Y te ves más adorable que de costumbre cuando finges enojarte —dijo Mason y le besó la frente—. ¿Eso cuenta?

—Sí, pero más tarde tendrás que darme la lista completa.

—Claro, después de que te cuente la historia del primer rey de Estados Unidos.

—¡Basta! —Vivi le dio un golpecito en el brazo—. Nunca debí contarte eso.

—Había una vez un reino llamado Georgia, donde una princesa dejaba plantada a todos sus novios… —Mason soltó una carcajada, y Vivi lo jaló a la pista de baile y se acomodó entre sus brazos.

Vivi se aseguraría de que, sin importar lo que ocurriera ni los obstáculos que se les presentaran, enfrentarían todo juntos a partir de ahora. Lado a lado.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Scarlett

«Felicidades, hermana. Oí que tu fiesta no es tan terrible». El mensaje de Eugenie la hizo sonreír, quizás por primera vez en su vida. Había intentado hacer un esfuerzo por conectar más con su hermana desde que conoció a la de Xavier.

Había sido un camino con picos y valles, pero creía que estaban avanzando. A rastras y con trabajos, pero avanzando.

Mei le pasó un brazo por la cintura.

—Dime ya. ¿A quién invitaste al final?

La especulación había circulado por toda la casa durante días. Scarlett no ayudó a apagar la fábrica de rumores, pues no dejaba de evitar la pregunta. Pero ya no la podía esquivar más.

—A nadie.

Mei tuvo que verificar que eso era lo que había oído. Estaba boquiabierta.

—Es broma.

—¿Qué tiene de malo venir sola? —Se echó el cabello, rizado para la ocasión, sobre un hombro—. No necesito estar del brazo de un hombre para pasarla bien.

Mei levantó las manos en señal de rendición.

—No, claro que no. Es solo que… nunca creí ver el día en que lo decidieras. Nada más.

En realidad, ella no lo decidió, pero no iba a admitir frente a todo el mundo que la persona a quien invitó la rechazó.

Entendía el por qué, sin duda. No lo culpaba, pero eso no hacía que doliera menos.

—¿Tragos? —preguntó Scarlett—. Voy a ir por otro.

—Por favor.

Mei le dio su vaso. ¡Vasos rojos de plástico! ¿En qué estaban pensando en Theta? Aunque Scarlett debía aceptar que, en el barco que se mecía con delicadeza mientras avanzaban sobre el agua y se alejaban poco a poco de los muelles de Savannah, tenía algo más de sentido. No soportaría tener que conjurar un hechizo para mantener a salvo todos los objetos de cristal durante la noche entera.

Se abrió camino entre la gente para llegar a la barra. Estaba a punto de hacer un hechizo para llegar hasta el frente de la fila cuando alguien le rozó el codo.

—Yo los lleno, si quieres.

El corazón se le detuvo un instante.

—Jackson. —Arqueó las cejas—. Pensé que no vendrías.

Tenía puesto su uniforme, lo que la hizo dudar. Extendió los vasos y Jackson sirvió una cantidad considerable de champaña en cada uno antes de responder.

—No podía venir como tu acompañante —dijo muy despacio—, porque ya había aceptado trabajar en el evento.

—¿Aún estás ahorrando para el viaje?

Asintió.

—Por Harper. Aunque vaya a ser más difícil cuando olvide la verdad otra vez. Quiero ir. Se lo prometí.

Scarlett hacía girar la champaña dentro de su vaso, sin beberla aún.

—Podrías haberme dicho, ¿sabes? Sobre esta noche.

Había escrito para invitarlo. Jackson dejó el mensaje en visto. También le escribió para decirle que necesitaban hablar. Ese ni siquiera lo vio.

—Lo sé. —Suspiró—. Supongo que… —Hizo una pausa. Miró sobre su hombro, a la multitud que lo rodeaba—. Eh… supuse que la próxima vez que habláramos sería cuando vinieras a… pues… *drogarme* otra vez.

«Ah».

—Sí sabes que no necesito estar cerca de ti para hacerlo, ¿verdad?

La última vez usó una poción, pero existían otros hechizos para alterar la memoria.

Kappa había adquirido bastante práctica en ello.

Jackson entrecerró los ojos.

—Vaya. Qué reconfortante.

—Solo estoy siendo honesta. —Scarlett se encogió de hombros.

Jackson colocó la champaña en la bandeja de otro mesero que pasaba y se cruzó de brazos.

—Así que esto es todo, ¿eh? ¿Mi tiempo se acabó?

—No necesariamente —respondió Scarlett.

Jackson frunció el ceño y solo entonces Scarlett se dio cuenta de lo irritados que tenía los ojos.

—¿Qué quieres decir? Me dijiste que no había otra opción.

Levantó la voz; Scarlett no pudo evitarlo. Alzó una mano y conjuró un hechizo de distracción para alejar la atención de los demás estudiantes de Westerly que los rodeaban.

Jackson brincó cuando se movió.

—Scarlett, no…

—No te voy a hechizar —siseó—. Solo quiero contener la conversación. —Señaló a la gente. Todos miraban hacia otro lado, concentrados en sus vasos o en sus compañeros de plática.

Jackson se dio vuelta y observó.

—¡Hola! Oye —agitó los brazos frente a las narices de las parejas que estaban más cerca. Nadie reaccionó.

Cuando miró de nuevo a Scarlett, parecía impresionado, si bien a regañadientes.

—No es justo. Un grupo de personas que tiene demasiado poder. Nadie sabe siquiera que ustedes pueden hacer esto. Tienes que ver que hay un desequilibrio aquí.

—Lo veo —dijo Scarlett. Jackson parpadeó, sorprendido. Probablemente había esperado que Scarlett debatiera el punto. La hizo sonreír, aunque fuera solo un poco.

Era la decisión correcta. Por eso fue que borrarle la memoria se sintió como un error la vez anterior. Jackson era la persona perfecta para el trabajo.

Muy despacio, metió una mano a su bolsa y sacó una caja delgada.

—Ábrela —le dijo.

Contrario a las Ravens, quienes se estremecieron como por reflejo al ver la daga de Xavier, Jackson la tocó, maravillado y trazó el mango con un dedo.

—Es hermosa. ¿De dónde la sacaste? Parece un artefacto histórico. —Miró a Scarlett con seriedad—. No robaste un museo, ¿verdad?

Scarlett se rio.

—No, me fue entregada de forma 100 % voluntaria. —Respiró profundo. *Aquí vamos*—. Hay una vacante para alguien que piense como tú, alguien que quiera garantizar la seguridad del mundo natural y del sobrenatural. —Apretó los labios por un instante—. No es un trabajo fácil. La última persona que usó esta daga… —hizo una mueca—, murió en el

cumplimiento de su deber.

Jackson la observó.

—¿Xavier? —adivinó.

Scarlett parpadeó.

—¿Cómo…?

—Cuando estaba bajo el hechizo de Cait, Tim me dijo que sospechaba de él, que no confiaba en él. Luego, cuando oí la noticia de su accidente de auto en la misma noche que mi hechizo se rompió… no fue muy difícil unir los puntos. Xavier estaba intentando detener a Tim, ¿cierto?

Scarlett asintió.

—Sacrificó su vida para salvar las de todos los demás.

Jackson levantó la daga de la caja y la sopesó con una mano.

—Pero no era un brujo como tú, ¿o sí?

—No. Era un guardián. Todos en su familia lo son. —Scarlett le dio la tarjeta de Claudia—. Ofrecieron entrenarte, si tú quisieras serlo también. Te enseñarían a combatir demonios como Tim, o a cualquiera que se exceda en su búsqueda de poder.

—¿Hasta a una bruja sin escrúpulos? —Jackson levantó una ceja.

Scarlett vaciló.

—Hasta a una bruja, sí… si alguien comenzara a comportarse como… —No necesitaba decir el nombre de Tiffany. Jackson lo recordaba todo. Era un alivio en más de una forma. Quizás era egoísta de su parte esperar que se quedara, que se pusiera en riesgo solo para seguir siendo parte de su mundo. Se aclaró la garganta—. No tienes que decidirlo en este momento. Tómate tu tiempo, piénsalo bien. Considera los riesgos.

—Si dijera que sí… ¿podría conservar mis recuerdos?

Scarlett asintió de nuevo.

—Tienes que estar seguro de querer hacerlo, Jackson. Más allá de los recuerdos.

Jackson se metió la tarjeta de Claudia al bolsillo. Cuando volvió a mirarla, el indicio de una sonrisa se le asomaba en las comisuras de los labios.

—Déjame adivinar. Antes de poder salir en una cita contigo, les asignas a todos tus pretendientes una misión de vida o muerte. —Scarlett resopló. Pero tampoco lo negó, lo que hizo reír a Jackson—. Las Kappa son imposibles.

—Y peligrosas. Tú mismo lo has dicho. —Dio un paso hacia él, con la mirada fija sobre sus ojos—. Y por eso es que necesitamos a alguien que nos mantenga vigiladas. Por nuestra seguridad y la de todos los demás.

—Dime que este no es solo otro plan para hacer que te bese otra vez, Winter —dijo Jackson.

Sus palabras le provocaron una descarga eléctrica en las venas, una chispa que le encendió todo el pecho.

Eso es lo que le había faltado todo el semestre. Las bromas, la forma en que Jackson siempre decía lo que Scarlett no esperaba que nadie más pudiera decir en voz alta.

—Bueno… no es *solo* eso —respondió.

La sonrisa de Jackson se hizo más grande.

—Eres una bruja mala. —Se rio mientras lo decía.

Dio un paso más hacia él; él hacia ella. Sus pechos se rozaron. Scarlett sentía que cada centímetro de su cuerpo estaba en llamas solo por estar tan cerca de él después de pasar tanto tiempo separados.

—¿Eso quiere decir que vas a ser mi guardián? —Levantó una ceja.

Algo estalló a la distancia. Scarlett alzó la mirada y vio los fuegos artificiales que explotaban por encima del río en torrentes dorados. A su alrededor, los demás asistentes de la fiesta se maravillaban con las luces.

Jackson nunca le quitó los ojos de encima.

—Trato hecho —murmuró.

Agachó la cabeza y por fin —*por fin*— la besó. Mientras Scarlett se sumergía en él, con los brazos subiendo por los de él para enredarse en su cuello, sintió algo de lo más extraño: como si cayera y la atraparan a la vez.

Entonces alguien la jaló del hombro y se separaron, sin aliento.

«Se están perdiendo del show, tórtolos», la reprendió Mei con un susurro en su cabeza. Con una enorme sonrisa, Scarlett le tomó la mano a Jackson y lo jaló entre la masa de gente hacia la proa del barco.

Sus hermanas cerraron filas a su alrededor y recibieron a Jackson como si fuera uno del aquelarre. Vio a Vivi y a Mason en la orilla del grupo. Vivi levantó las cejas, una pregunta tácita.

«Dijo que sí», le informó Scarlett.

La sonrisa de Vivi se agrandó. Y, a juzgar por la forma en que su hermana menor tenía la cabeza reposada sobre el hombro de Mason, él debía haberla perdonado también.

Jackson abrazó a Scarlett por detrás; le puso la barbilla sobre el hombro.

—¿En qué acabo de meterme? —le susurró, su aliento cálido sobre la piel de Scarlett.

Ella lo miró, sonriente.

—No me digas que le tienes miedo a unas cuantas brujas de sororidad.

Jackson se rio y le dio un beso en la nuca.

—Creo que todo el mundo debería tenerles miedo, porque estoy casi seguro de que no hay nada que no puedan hacer.

Vivi y Mason se acercaron y se pararon a su lado. Scarlett le tomó la mano a Vivi y se la apretó. Su hermana menor le contestó con una enorme sonrisa. Jackson tenía razón: con sus hermanas a su lado, era imparable. Todas lo eran. Juntas.

A su alrededor, el cielo nocturno estalló en múltiples colores brillantes. El pecho se le llenó de orgullo. Scarlett sabía que no había mejor sensación en el mundo que esa.

Era magia.

Agradecimientos

Gracias al equipo de Alloy, que ha hecho que mis sueños literarios se hagan realidad, incluyendo a Sara Shandler, Josh Bank, Les Morgenstein, Romy Golan y Joelle Hobeika. Una porción extra de gracias para Lanie Davis y Laura Barniea, cuyos instintos para contar historias me maravillan a cada segundo, y a Emilia Rhodes, cuya inteligencia y perspicacia me inspiran a ser mejor escritora y editora.

Estoy muy agradecida con todo el equipo de Clarion Books, en particular con Liz Agyemang, Tara Shanahan, Sammy Brown, Julie Yeater y con todos aquellos que contribuyeron a que nuestras Ravens levantaran el vuelo.

Un agradecimiento muy especial a la talentosísima Ellen Googlett, quien hizo contribuciones invaluables a este libro. Y mi más sincero agradecimiento a mi hermana bruja, Danielle Paige, quien soñó a Kappa Rho Nu y trajo tanta magia a mi vida.

Por último, gracias a todos los lectores que nos han acompañado en este viaje. Sus tweets, reseñas, comentarios, palabras de aliento y hermosas publicaciones en Bookstagram han sido el punto más brillante de un año de lo más extraño. Estoy muy agradecida de tenerlos a todos en nuestro aquelarre.

KASS MORGAN

Hay tantos tipos de magia, estoy muy agradecida por toda la magia que hay en mi vida. Kass, estar sentada a tu lado en aquel panel hace tantos años fue obra del destino. Estoy muy feliz de tenerte como mi hermana bruja escritora. No solo aceptaste mi invitación a la sororidad, trajiste contigo tu propia magia e hiciste que las Ravens fueran imparables. Te amo, amiga.

A mi familia: mi amor, Chris Albers, aún atravesaría cualquier habitación para llegar a donde estés. Andrea, Papi, Sienna y Josh, su amor es magia; me ha hecho quien soy.

A mis adoradas segundas familias: Annie, Chris, Fiona y Jackson Rolland; Lauren Dell y Sandy y Don Goodman; Stephen Mcpherson y Tina Solan; Jill Lorie y Tony Hurst. A Bonnie Datt… ¡los vestidos son magia y tú también! A Daryn Strauss, mi brillante y prolífica amiga. A mis amigos Carin Greenberg, Josh Sabarra, Michele Wells, Kimi García, Frank Lesser, Sasha Alsberg, Leslie Rider, Paloma Ramírez, Jeanne-Marie Hudson, Megan Steintrager, Lexi Dwyer, Lisa Tollin, Sarah Kagan, Kristin Nelthorpe, Leslie Kendall Dye, Crystal Chappell, Melissa Salmons, Laura Wright, Jordan Vilasuso, Sasha Mote, Chris Lowe… y tantos, tantos más… mi vida es mucho más mágica porque ustedes están en ella.

¡A mi querida Emily Williams! ¡Gracias por ser la coordinadora de eventos sociales de las Ravens y mi piedra angular!

A nuestro leal y confiable equipo en Alloy, que nos ayudó a conjuntar a nuestras brujas: Sara Shandler, Josh Bank, Les Morgenstein, Romy Golan y Joelle Hobeika. Y en especial a Lanie Davis y Laura Barbiea por sus hechizos editoriales.

A nuestro equipo de Clarion Books: Liz Agyemang, Tara Shanahan, Sammy Brown, Julie Yeater y en especial a nuestra editora, Emilia Rhodes, por guiar a nuestra sororidad sobre la página y hasta las librerías con un respaldo feroz.

A Ellen Goodlett, quien sin duda es Raven y amiga.

Por último, a nuestro siempre creciente aquelarre de lectores, que tanto amor les han dado a nuestras brujas. Gracias a todos los que tomaron nuestro libro, lo recomendaron, lo publicaron en sus redes o hicieron arte con él. Extrañamos poder verlos en persona. No puedo esperar a que nuestros abrazos virtuales se conviertan de nuevo en abrazos reales. Duendecillos, me han dado tanta magia. ¡Que su propia magia los encuentre!

DANIELLE PAIGE

Acerca del autor

Danielle Paige. La autora más vendida del New York Times de la serie *Dorothy Must Die, Stealing Snow, The Ravens* y la próxima serie *Fairy Godmother.*

Kass Morgan. Después de colaborar durante más de 10 años para Lonely Planet, Kate Morgan ha tenido la suerte de trabajar como escritora de viajes en destinos como Shanghái, Japón, India, Zimbabue, Filipinas y Phuket. Ha vivido en Londres, París y Osaka, pero actualmente se ha instalado en una de sus regiones favoritas en el mundo: Victoria (Australia). Además de viajar por el mundo y escribir sobre ello, Kate disfruta pasando tiempo en casa y trabajando como editora autónoma.

Título original: *The Monarchs*

Danielle Paige
Kass Morgan

Traducción: Ariadna Molinari Tato

© 2022, Alloy Entertainment, LLC

Producido por Alloy Entertainment, LLC

Publicado por acuerdo con Rights People, London.
Diseño de colección: Jessica Handelman
Diseño de portada: Alice Wang
Ilustración de portada: Shyama Golden, 2022
Fotografías de las autoras: © Michael Bisberg / © Laura Hanfin
Diseño de interiores: Beatriz Díaz Corona
Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9088-1

Primera edición en formato epub: septiembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9183-3

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de los autores o son utilizados ficticiamente.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE